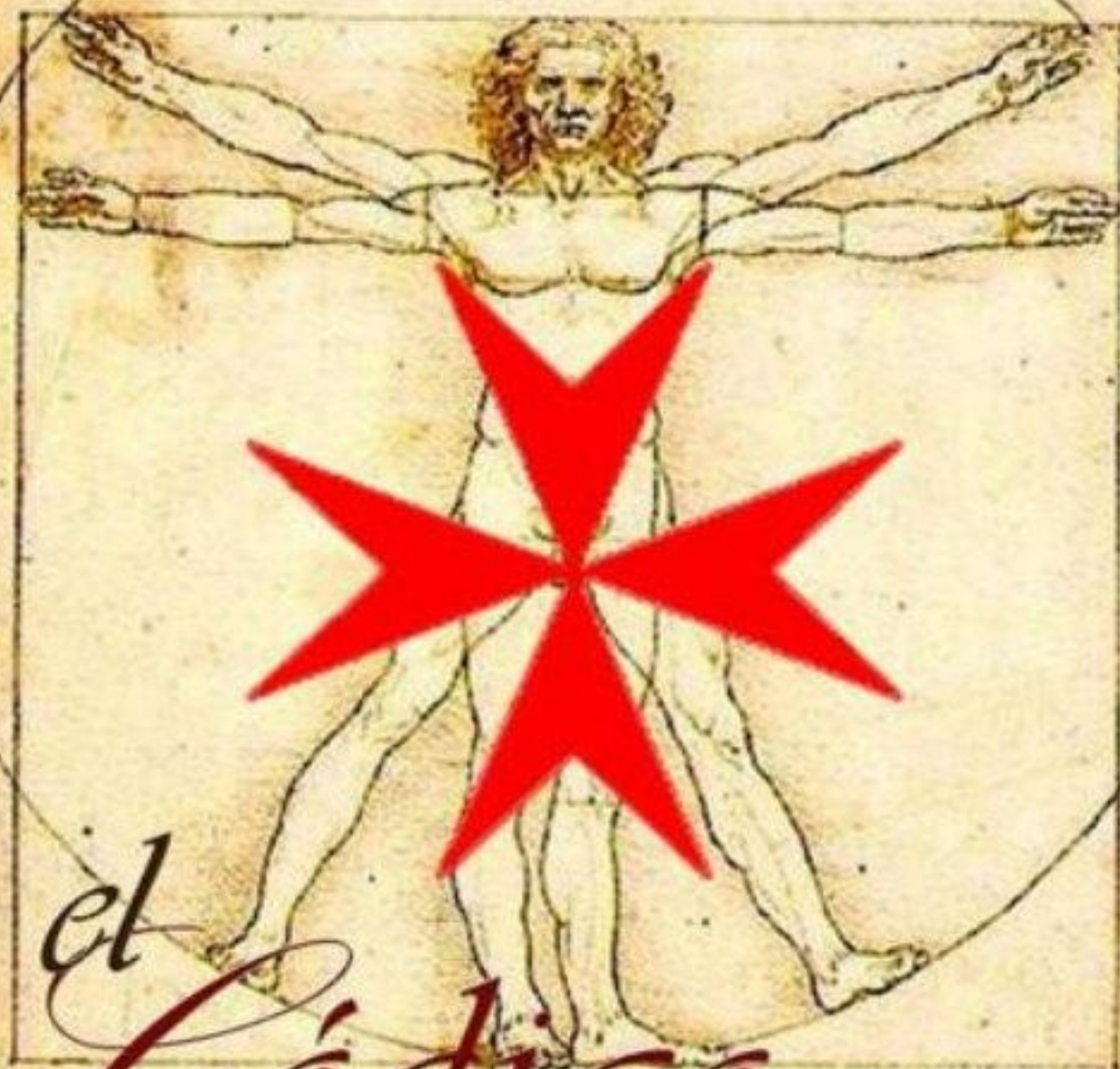


JEAN DELCLAUX

*[Faint handwritten text from the original manuscript, likely a preface or introduction, written in a cursive script.]*



*et*

*Código*

*Templario*

Lectulandia

Leticia pasa el tiempo en su aburrido trabajo, resignada desde hace años a vivir sin más horizonte que una humilde y anónima existencia. Pero un inesperado giro del azar la coloca de pronto en el epicentro de una delirante investigación clandestina sobre la verdadera ruta de Cristóbal Colón, en la que se ven involucrados los Servicios Secretos del Vaticano, la Inteligencia Militar española y un rico aristócrata, descendiente de los Medici de Florencia.

¿Quién fue y de dónde venía Cristóbal Colón? ¿Por qué la Santa Inquisición intentó borrar todas las pruebas de su gesta? ¿Cuál era su verdadero destino? ¿Por qué una vez muerto descuartizaron su cadáver y dispersaron sus restos por varios lugares del mundo? ¿Qué se oculta detrás del proyecto para desvelar su ADN? ¿Quién es su actual descendiente?

**Lectulandia**

Jean Delclaux

# **El código templario**

**La misión oculta de Cristóbal Colón**

ePub r1.1

Titivillus 01.08.15

Título original: *El código Templario*  
Jean Delclaux, 2006

Editor digital: Titivillus  
Corrección de erratas: r1.1 kekon04  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

América se convierte así en el escenario perfecto para la construcción del primer gran proyecto del hermetismo utópico. Los encargados de llevarlo a cabo fueron los jesuitas, la Compañía o vanguardia espiritual del Imperio y la orden hermética por excelencia. La instauración del reino de Dios en la tierra fue una ambiciosa obra de ingeniería técnica, social y cultural

A. Alonso y I. Arzoz

## NOTA INICIAL

Esta novela está basada en hechos históricos y reales, aunque no sea propiamente una novela histórica, sino más bien una obra de ficción verosímil. Porque como dijo Christine Brooke-Rose, catedrática de Literatura de la Universidad de París, «la tarea de la novela, a diferencia de la historia, es extender hasta el límite nuestros horizontes intelectuales, espirituales e imaginativos».

Pero lo cierto es que lo que aquí se relata cobra una inquietante actualidad este año, pues el 20 de mayo de 2006 se celebra el quinto centenario de la muerte de Cristóbal Colón, y en tal fecha se publican los resultados del análisis genético que revelará por fin la verdadera identidad del descubridor de América.

Dicho estudio se remonta al año 2003, cuando un grupo de historiadores, biólogos, antropólogos y genetistas del Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada, bajo el patrocinio de la cadena de televisión *Discovery Channel*, crearon el proyecto denominado *Cristóbal Colón: la revelación del enigma*, con el fin de analizar el ADN de sus restos. Los resultados obtenidos han sido contrastados por el laboratorio norteamericano del FBI que analizó el ADN de las víctimas del 11-S en las Torres Gemelas de Nueva York.

Esta novela se adelanta a los acontecimientos y al impacto mediático mundial que protagonizará este año la figura de Cristóbal Colón, uno de los personajes más incógnitos de la historia española y universal.

# I

*De ti espero, Señor, que la confusión no dure eternamente*

**Cristóbal Colón**



# 1

La tormenta cayó sobre Barcelona como un zeppelin en llamas. El cielo borrascoso de sombrías nubes que habían precipitado la noche se incendió de rasgones lívidos. En el antiguo caserón del barrio antiguo, la única pupila de un viejo gato tuerto relumbró en la oscuridad sobrevenida por la repentina supresión eléctrica en toda la ciudad. El pelo andrajoso del felino se puso de punta como las púas de un erizo, temblando a cada chasquido eléctrico y consiguiente fagonazo en las tinieblas.

La anciana mujer habitante del caserón, pálida como un cenotafio de alabastro, se hallaba sentada en la silla de costumbre, rezando su triste rosario vespertino, murmurando con las encías desdentadas una letanía inquieta y apresurada. Desgranaba las cuentas de azabache pasándolas por la dura rugosidad de sus dedos de talla románica, pero no albergaba la menor esperanza de salvación en su pecho. Sabía que había llegado su hora.

Exhaló un suspiro, intuyendo la presencia maligna de aquel ser abominable que rondaba las profundidades, y que sólo se dejaba ver fugazmente cuando la tormenta presagiaba, como ahora, la inminencia de un desastre. Por alguna razón, la lluvia excitaba su violenta naturaleza, reptaba por las cloacas y los canales olvidados de la ciudad, siempre al acecho para satisfacer su perversidad. Quizá fuese porque los túneles y las alcantarillas se anegaban de agua pluvial, obligándole a salir a la superficie, y entonces actuaba de manera tan cruel, con un salvajismo tan desalmado, que al otro día ni siquiera los más impúdicos periódicos locales querían mostrar la fotografía de la víctima que aquel espectro había destrozado durante la noche.

De pronto, un rayo inflamado por millones de megavatios, atravesó la grisalla húmeda del cielo, dividiéndose hacia varios lados como una zarpa eléctrica. Una de las ramificaciones alcanzó de lleno la veleta metálica que coronaba el pináculo del tejado, y la enorme claraboya de la cúspide vibró, haciendo temblar los cristales encastrados entre la maraña de hierros forjados que la sostenían. Un segundo después, la descomunal cúpula estalló en miles de fragmentos, causando un peligroso granizo de astillas candentes que atravesaron el aire reluciendo en la oscuridad.

Por el cielo abierto se precipitaba una metralla de agua furiosa, negra y a mansalva. El estrépito sonó en todo el caserón como un choque de trenes, y cientos de trozos de vidrio y cascotes quedaron esparcidos por el suelo del zaguán, encharcado por la lluvia incesante que ahora se colaba dentro del antiguo edificio desde los abismos celestiales.

La vieja dama de luto se había quedado sin aliento, agarrada al rosario con las manos crispadas de pavor.

—Ya está aquí —murmuró, y el gato emitió un maullido quejoso, como si confirmase los temores de su ama.

Algo comenzó a moverse por el interior del vetusto caserón, avanzando lento pero implacable. La anciana reprimió un nuevo suspiro y se aferró al rosario, hasta que la



cruz metálica se clavó en la rugosidad de sus manos fuliginosas. El felino tuerto rondaba nervioso, emitiendo marramiaux, con la pelambreira erizada, alumbrando el cuarto con su ojo amarillo de faro en medio de la galerna. El monstruo se aproximaba proyectando su alargada sombra, que se deslizaba como una estola fúnebre por los pasillos y los techos. La vieja dama le sintió llegar por detrás, al mismo tiempo que su gato se quedaba congelado de miedo, sin poder soportar la visión de lo que acababa de aparecer en el umbral.

Ella no necesitó volverse para confirmar a quién pertenecía la presencia que ahora latía alzándose a su espalda. Contempló aterrorizada la silueta que el recién llegado proyectaba en esos momentos sobre el piso de la sala, acercándose con el brillo frío de una hoja de acero en la mano. A la primera cuchillada, el animal fue lanzado y estampado sobre la pared del fondo, desenrollando en el aire una serpentina de sangre. La sombra espectral le había segado la vida de un solo tajo, y el faro de su pupila se apagaba como una candileja exigua, desmadejado sobre un charco de sangre que todavía burbujeaba recién salida de su horrible costurón. Hacía mucho frío, y la lluvia zarandeaba vertiginosa sobre las ventanas cerradas.

—Eres tú, ¿verdad? —musitó la noble dama, exhalando un miedo vaporoso—. Sabía que vendrías antes o después —la comisura de su boca se frunció en una triste mueca—. Te lo llevaste a él y ahora has vuelto a por ella.

En ese momento, el gato cerraba su ojo, dejando en la oscuridad un rastro de luz demacrada.

—Ella no está, llévame a mí si quieres —añadió la mujer, sin apenas aliento—; nada tengo ya que hacer en este mundo.

Y entonces, la hoja de acero se hundió lenta en la figura consumida de la anciana, desgarrando la carne vieja y blanca, que al instante quedó maculada por la púrpura viscosa de la sangre. Ni siquiera tuvo tiempo ni fuerzas para gritar, todo lo más un gemido largo y gutural, que acabo eclipsado en el silencio cuando la punta de acero ensartó su cansado corazón. Las manos macilentas de talla románica se abrieron relajadas por la muerte, y el rosario cayó al suelo con un repique sonoro. Instantes después, la sangre que resbalaba del pecho lo estampó de goterones como un lacre ardiente.

## 2

Desde que venimos al mundo, dos ángeles compiten por seducir nuestro espíritu: el ángel de la guarda y el ángel caído. En saber elegir a cual de ambos escuchar estriba nuestro destino. Pero es difícil saber a quién de los dos se había encomendado Leticia la mañana en que bajó del tren con ese aturdimiento desorientado de los largos trayectos, y buscó en medio del trajín de viajeros al guía que debía conducirla al punto de cita con su destino.

Quien tenía que venir a recogerla no aparecía, y ella esperó inútilmente a pie de vagón, como una novia compuesta y sin pareja. Al cabo de un rato fumando compulsivamente, el andén se vació de pasajeros y acompañantes, y durante todo ese tiempo nadie llegó para trasladarla al hotel en el que tenía confirmada la reserva. Así que se echó la bolsa de viaje al hombro, se encaminó hacia la fila de taxis que aguardaban fuera de la estación y le pidió al taxista que le llevase al pequeño pueblo donde tenía encomendado su trabajo.

El trayecto duró poco más de media hora, pues el pueblo no estaba lejos, a unos treinta kilómetros de la capital. Cuando el taxi llegó al sitio, Leticia comprobó enseguida que se trataba en realidad de una vistosa alquería campestre, restaurada como albergue para huéspedes según la creciente moda del turismo rural. El lugar ofrecía un comfortable aspecto, y el paisaje alrededor era muy agradable. Bajó la bolsa de viaje del taxi, entró en el caserío y le tendió el papel con la reserva a un hombre de aspecto rústico que le salió al paso. El gerente del establecimiento, que se llamaba Paco, le pidió disculpas porque la persona que debía ir en su busca se había quedado dormida.

Nada más acomodarse donde la instaló Paco, Leticia bajó de su cuarto, salió fuera de la casa y admiró con agrado el lugar, fascinada por el silencio reinante y el canto de los pájaros. ¿Cuándo fue la última vez que había oído piar a los pájaros en sus treinta y cinco años de vida? En Barcelona nunca oía pájaros, como no fuesen los de las jaulas que vendían en la Rambla de las Flores. Apartó el cigarrillo de los labios, respiró hondo, inflando de aire puro los ahumados pulmones de nicotina, y miró achinando los ojos al sol deslumbrante que se cernía sobre su cabeza como un arma de destrucción masiva.

*«Mecachis, me he dejado las gafas de sol en Barcelona.»*

Era la típica persona de ciudad sorprendida de que todavía quedase naturaleza en el mundo. Pero de pronto recordó que debía avisar a su jefe, el señor Sardá, y comunicarle que ya había llegado a su destino. Preguntó por el teléfono y Paco le mostró uno muy manoseado que había en el recibidor. Luego el gerente se dio la vuelta y se marchó a sus quehaceres. Leticia estaba marcando el número de la inmobiliaria donde trabajaba, con el cigarrillo en los labios, como hacen los

fumadores empedernidos, cuando escuchó tras ella la voz ahogada de un bostezo:

—Tú debes ser la nueva huésped.

Sorprendida por la interrupción, Leticia colgó el auricular y se giró, enarbolando la colilla entre los dedos índice y anular, con ese gesto afectado que hacen algunas mujeres cuando fuman. Era una joven de unos 17 años y de aspecto muy desaliñado. La miraba con ojos soñolientos, sin duda recién despertados, y con la voz aún pastosa por el sueño.

—Buenos días —contestó Leticia en el mismo acento severo que utilizaban las monjas de su internado cuando querían mostrarse reluctantes—, y tú debes ser quien tenía que haber ido a recogerme hace una hora a la estación y se ha quedado dormida.

A continuación, lanzó una bocanada de humo, que se interpuso entre ambas como una telaraña gaseosa; pero por toda respuesta, la chica se alzó de hombros.

—Si, *buana* —dijo imitando la voz de una criada negra—, soy Chelo, la chacha para todo. ¿La señora desayunará en sus aposentos? —añadió haciendo una burlona reverencia.

Leticia se quedó plantada con un palmo de narices sin saber cómo reaccionar, así que aplastó compulsivamente la colilla en el cenicero, como si estuviese matando una larva venenosa. El sarcasmo siempre la desarmaba. Más tarde, cuando ya se le hubo pasado el asombro, se enteró de que aquella muchacha tan joven pero de aspecto tan desaliñado trabajaba en el albergue como chica para todo. Por lo visto, había salido hacía muy poco de un centro de desintoxicación, a donde había ingresado por orden de la Fiscalía de Menores tras haber sido cogida en reiteradas ocasiones vendiendo su cuerpo a los turistas en las calles menos recomendables de la capital.

Chelo no tenía padres (se habían separado, dejándola sola como a un juguete abandonado) ni a nadie que se hiciese cargo de ella, así que desde Servicios Sociales le habían encontrado aquel trabajo tutelado en el albergue rural del cercano pueblo, lejos de las tentaciones de la ciudad; cometido que ella efectuaba de mala gana. Cuando se enteró de los detalles, Leticia se enterneció de la chica, pues ella tampoco tenía padres, ni siquiera los había conocido. Fue adoptada poco después de nacer por una señora mayor, doña Rosa, que había sido y era toda cuanto familia tenía en el mundo.

Una vez instalada en su habitación, Leticia le preguntó a Paco por la hacienda del indiano, que así se llamaba la finca que su jefe le había mandado a tasar en el sureste de España, tan lejos de Barcelona. Tenía prisa por conocer al dueño de la propiedad, comenzar cuanto antes con el trabajo y volver pronto a casa, pues doña Rosa era muy anciana, vivía sola en un antiguo caserón y no andaba muy bien de salud.

—Ah, sí, *usté* se refiere a la finca que compró el belga; no está lejos, es esa que hay en *to* lo alto de la loma.

—¿Belga? —preguntó ella, prendiendo un cigarrillo con ese gesto autómatas de los que fuman demasiado y ni siquiera se dan cuenta de que lo hacen.

—Sí, belga o francés; *pa* mí *tos* son iguales —hizo un ademán despectivo y

añadió como si estuviese hablando de una plaga bíblica—: forasteros; vienen y se adueñan de *to*, como si el dinero fuese la única ley que conocen. Y por eso mismo no valoran *na* de lo que tienen. Fíjese *usté*, fue el año *pasao* cuando compró la finca del indiano y por lo que se ve, ya no la quiere. Caprichosos millonarios —desdeñó.

—Por cierto, ¿por qué la llaman así?

—Porque la construyó un indiano, ya sabe, uno de esos que volvieron ricos de América. Compró los terrenos donde estaba la ermita en la que se guarda desde hace siglos la santa custodia, una reliquia *mu sagrá*.

«*O sea, el dueño actual compró la casa el año pasado y ya la quiere vender — meditó ella, soltando una bocanada de humo que envolvió al gerente por completo, pues era un hombre bastante canijo, al que sólo le faltaba la boina y la garrota—. Entonces —dedujo—, debe ser un especulador*».

El hombre esbozó un gesto de resignación, y continuó:

—Ahora la finca está un poco *abandoná*, pero tendría que haber visto *usté* la casa del indiano hace unos años. Era un palacio; bueno, aún lo es, pero los sucesivos dueños lo han *desmantelao* casi *to*.

—Y desde que la compró, ¿vive ahí el propietario?

—Ca, el belga ese *tie* millones a *puñaos*, creo que *tie* varias casas por *tol* mundo.

—¿Pero por qué compró esa finca, si no la habita?

—Es que *tie* su historia. Ya le digo que la custodia sacramental que hay en la ermita cercana es una pieza *mu* valiosa y *mu* antigua. Bueno —dijo de repente, dando media vuelta—, yo me voy a mis trajines; si quiere *argo* no *tie* más que llamar a la Chelo; está un poco *volá*, siempre *conestá* a ese dichoso chisme del ordenador, pero no es mala del *to* la cría.

Era cierto, más tarde Leticia comprobaría que Chelo, a pesar de su turbio pasado y su juventud, era toda una experta en el manejo del ordenador, un *chisme*, como lo había definido Paco, que a ella no le gustaba nada; nunca se había propuesto utilizarlo. En su caótico cuarto del albergue Chelo tenía un ordenador portátil (quién sabe de dónde lo habría sacado), y allí se pasaba la noche tecleando.

Provista de su carpeta de trabajo, Leticia se encaminó a la hacienda para entrevistarse con el propietario, quien por cierto, era el que pagaba sus gastos de viaje y su estancia en el hotel rural mientras durase la tasación. Tras un rato de trote cansino por el pedregal, y un último esfuerzo para el ascenso final por el sendero, al sortear un repecho del terreno se tropezó con la portalada metálica flanqueada por dos gruesos pilares de sillería. La verja estaba entornada, y al rebasarla daba paso a una senda que atravesaba una explanada, desembocando ante un suntuoso palacete solariego que había enclavado unos trescientos metros más arriba, en la cima de la colina. Tenía todo el aspecto de ser una de aquellas haciendas un poco pretenciosas que se hicieron construir en el siglo XIX los afortunados que volvían ricos de las colonias españolas en ultramar.

«*Magnífica hacienda* —se dijo ella con instinto profesional— *debe valer lo suyo*,

*sobre todo si el interior está bien conservado».*

Cuando llegó arriba, se detuvo frente al gran pórtico de madera tallada de la casa. Un balcón sobresalía de la fachada central como una terraza volante, sostenida por dos esbeltas columnas jónicas de mármol. La puerta estaba cerrada y Leticia rodeó la casa en busca de algún morador. Por la parte de atrás se abría un sendero adentrándose por entre una frondosa pinada. El camino moría en una diminuta ermita semioculta entre los árboles; una construcción sencilla y austera. Encontró la puerta abierta, y la traspasó. El interior estaba sumido en la penumbra y olía a velas apagadas. Al fondo palpitaba un suave fulgor que bañaba el sencillo retablo con un halo de luz casi mística, filtrada por una ojiva estrecha como una tronera.

Y entonces Leticia vio la custodia.

En la hornacina central del altar destacaba refulgente un ostensorio sacramental de unos cincuenta centímetros de alto, con aspecto de ser muy valioso. Era uno de esos relicarios repujados que sirven para mostrar en el centro de una radiante orla de orfebrería labrada al Santísimo Sacramento expuesto ante los feligreses, de ahí su nombre: ostensorio. Normalmente se usan en las procesiones del Corpus, con gran boato litúrgico, portados por el sacerdote tocado con una fastuosa capa pluvial, presidiendo la procesión.

La impresionante joya sacra llamaba la atención en medio de la parca y pétrea humildad de la ermita. Pero lo más raro era que la puerta estuviese abierta y semejante pieza expuesta sin ninguna cautela y carente de toda protección. Leticia se acercó a la custodia para verla mejor, pero al hacerlo, algo cedió bajo sus pies emitiendo un ruido hueco. Bajó la cabeza y contempló la losa encastrada en el piso. Una sepultura, como las que antiguamente se hacían en los templos para inhumar eclesiásticos o personajes importantes. Sin embargo, aquella lápida no tenía nombre.

Pero como lo funerario no era su especialidad, Leticia se alzó de hombros y devolvió su atención a la brillante joya sacramental. Parecía maciza y pesada. Si aquello era oro, la pieza debía costar una fortuna, eso aparte del valor como joya de anticuario. El centro de sol repujado era un cristal translúcido y ligeramente cóncavo, quizá cristal de roca. En su interior no se distinguía reliquia alguna, pero tal vez la contuviese y el reflejo impedía verla; hostias incorruptas, uñas de mártir, pelos de santa, o cualquier otro exvoto parecido, supuso ella.

Cuando hubo figoneado suficiente, Leticia se dio la vuelta y salió de nuevo a la cegadora luz exterior, encendiendo un cigarrillo y reanudando la búsqueda del propietario. Pero como no encontró a nadie, regresó por donde había venido. En cuanto llegó al hotel, Paco le salió al paso con una nota.

—¿Es del belga? —preguntó ella.

—Ca —negó el gerente, con el semblante algo tenso—, creo que es de don Tadeo Malumbre, el presidente de la Cofradía.

—¿La Cofradía?

—Sí, la Cofradía organiza los festejos en honor de la custodia de la ermita; por lo

visto quiere entrevistarse con *usté*.

—¿Para qué?

—No lo sé; supongo que se ha *enterao* de la llegada de una turista y... —Paco se frotó nervioso las manos, palma con palma—. Don Tadeo está *jubilao*, pero es de esa gente beata que siempre anda mangoneando, *usté* ya me entiende...

—Sí, ¿pero cómo puedo ir hasta el pueblo? No tengo coche.

—Si quiere, yo la puedo acercar en el mío; ahora mismo iba en esa dirección *pa* realizar unas compras en la capital.

### 3

Cuando vio el aspecto de su cliente, Cristian Lacroix estuvo a punto de darse media vuelta y marcharse. Un tipo moreno, presentando evidentes signos de alopecia temprana, pálido y con cara de galgo hambriento, espigado pero algo encorvado, unos 28 años, aspecto funcionarial de total incompetencia y vestido con un traje gris de confección económica. Para colmo, llevaba medio deshecho el nudo de la corbata (de tejido sintético) y muy poco lustrados los domeñados zapatos.

—Bienvenido, señor Lacroix —saludó, tendiendo una mustia y húmeda mano—, soy el sargento Rubén Mengual.

—¿Sargento?

—Pertenezco a la brigada de información de la Guardia Civil —el tipo mostró una sobada cartera con su credencial—; espero que eso no suponga un problema para usted.

Cristian Lacroix le observó con ojo experto. Saltaba a la vista que su interlocutor era un recién salido de la academia de suboficiales, seguramente un bisoño sin la menor experiencia en misiones operativas. Y Lacroix nunca trataba con subalternos que no tuviesen capacidad decisoria. Él era un cotizado mercenario en los círculos del hampa centroeuropeos, un prestigiado experto y ladrón de obras de arte, que trabajaba para coleccionistas multimillonarios, e incluso altos cargos políticos, pero nunca para amateurs. Sin embargo, había aceptado la cita, volando esa misma noche desde París, donde residía normalmente, pues por teléfono le habían dado a entender que su cliente sería el Gobierno español. Pero ahora se hallaba delante un simple sargento de la Benemérita, ese cuerpo entre militar y civil que tan ambivalente fama tenía en España desde la época franquista.

Estaban sentados como dos clientes más en el bar del hotel donde se alojaba Lacroix. El sargento Mengual cogió el maletín barato que llevaba consigo, sacó una carpeta de cartulina y tomo un informe:

—Antes que nada, echemos una ojeada a su historial —leyó—: «se llama Cristian Lacroix, aunque esto se considera un nombre falso; natural de... no consta; edad desconocida, aunque podría estar alrededor de los cuarenta; habla español, inglés, francés y algo de italiano. Experto en arte...», en robarlo, naturalmente —añadió el suboficial con una pizca de reproche en el tono.

Luego hizo una pausa, se pasó la mano por la pálida cara de galgo, no muy bien afeitada, y miró a su interlocutor con clara inquina, molesto por tener que tratar con alguien de su calaña. Cristian Lacroix no era muy alto, pero estaba en evidente forma física. Tenía un aspecto vital y era bastante atractivo. Iba vestido con atuendo sport en tonos cámel; camisa de aspecto militar y pantalones de amplios bolsillos laterales y calzado con botas Panamá Jack, a juego con su cazadora de cuero marrón estilo aviador inglés, más un grueso reloj Hamilton en la muñeca. Apoyó los brazos encima de la mesa, remangándose la camisa para mostrar los músculos y preguntó:



—¿Qué quiere usted de mí, sargento? ¿Para qué me ha hecho venir desde París?

Rubén Mengual cerró la carpeta y la devolvió al maletín reprimiendo su ojeriza. Ahora tenía que explicarle a ese presuntuoso la misión encomendada. Le habían dicho que aquel tipo era el mejor *especialista* que se podía conseguir en el mercado. Un mercenario independiente, por tanto sin complicaciones si algo salía mal. Porque la que Mengual tenía entre manos era una de esas misiones extraoficiales de las que había oído hablar en la academia, pero que nunca creyó que existiesen. Una misión tan rara y extraoficial que su compañero de operación se la había expuesto fuera del despacho, dando un paseo por el Parque del Retiro, mientras Liborio Torrente, que así se llamaba el también sargento, se comía un cucurucho de palomitas.

—Es por si nos están apuntando con uno de esos micrófonos direccionales de alta sensibilidad —justificó Torrente, con la boca y la solapa de la arrugada chaqueta llena de restos blanquecinos—, el ruido al masticar distorsiona el sonido de la voz, ¿entiendes? Trucos de veterano; ya los irás aprendiendo a mi lado, chaval.

A Rubén Mengual le desagradaba el casposo compañero que le habían asignado nada más salir de la academia, pero no tenía más remedio que transigir. Torrente, barrigudo y un poco guarro, regoldaba y se tiraba pedos a toda hora, incluso dentro del coche camuflado. Además fumaba infames puros de pestífero efluvio a rastrojo quemado, que tenían la virtud de matar todo rastro de vida en un radio de doscientos metros. Los mandos de la Guardia Civil sabían que Liborio era un viejo perro de presa seboso y cebado; un patán sin remedio y más torpe que mandado hacer por encargo. Pero resulta que ciertos trabajos al borde de la ley sólo pueden confiarse a tipos como él, por si salen mal, tener ya de antemano a quien cortarle la cabeza.

Desde luego, aún existen operaciones clandestinas o *alegales*, y estas nunca se pueden confiar a esos nuevos agentes tan llenos de escrúpulos, pamplinas constitucionales, derechos humanos, etcétera, etcétera... Sin embargo, y en contra de lo usual, los mandos habían incluido esta vez al sargento Mengual en la nueva operación extraoficial, pues había obtenido las mejores calificaciones de su promoción, tanto en tiro como en tácticas de investigación criminal. Y además, ya no se fiaban tanto de Torrente, había rebasado peligrosamente su propio récord en cagarla durante las últimas misiones encomendadas.

El sargento Liborio era bajito, medio calvo, con bigotito de facha y llavero de Franco sobresaliendo del bolsillo de su mal planchado pantalón de mezclilla marrón. No podía ocultar su condición de ultra y de chusquero ni vestido de paisano, como recomendaba la brigada de información de la Benemérita cuando se realizaban operaciones *alegales*. Y a Torrente le encantaba patrullar la ciudad en busca de «enemigos de la madre patria» a los que apretar las clavijas en nombre de la Nación, como él denominaba a España.

—Mira, chaval —comenzó a explicar Torrente—, nos han encargado un asuntillo delicado; algún hijoputa está indagando cosas que al Gobierno le ponen nervioso, y quiere saber de qué va la cosa.

Su compañero le miró con perplejidad y un poco de asco, pues cada vez que Liborio hablaba le rociaba con salpicones de saliva y trozos de maíz masticado.

—El jefe tampoco sabe mucho —continuó Torrente—, por lo visto es un caso gordo que le ha llegado desde arriba.

—¿Cómo de arriba?

—¿Cómo que cómo de arriba? ¡Pues desde arriba del todo, coño!

—¿Del Ministerio?

—¡Chsst!, no hables tan alto, chaval; no sea que nos estén escuchando a distancia. Toma, come palomitas, que distorsiona el sonido.

—No, gracias —rechazó el cara de galgo.

—No es del Ministerio —aclaró Torrente con la boca llena de maíz—, esta vez las órdenes las vamos a recibir directamente del Estado Mayor.

—¿Tan grave es la cosa que la Guardia Civil necesita recurrir al Ejército?

—Ni puta idea, pero para que inquiete a los de arriba, imagínate cómo de gorda será.

—¿Y quién es el malo?

—Lo sabremos cuando los militares se pongan en contacto con nosotros para explicarnos el caso. Precisamente, hoy se producirá ese contacto.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—Pues yo no veo a nadie —dijo Mengual, mirando a su alrededor.

—¡Chsst!, disimula; contacto secreto, chaval —Torrente le dio un pescozón a su compañero y tiró al suelo el cucurucho de las palomitas, justo al lado de una papelera—. Verás, dentro de un momento se nos acercará alguien, y muy discretamente nos pedirá que le sigamos a donde tendrá lugar la entrevista. ¿O es que no has visto cómo pasan estas cosas en las películas?

—Pues no.

—Lo que yo digo, chaval, hay que ir más al cine.

Tadeo Malumbre había citado a Leticia en el pequeño bar de la plaza del pueblo.

—Tenga *cuidao* —le advirtió Paco asomándose por la ventanilla de su viejo Citröen—, ese beato no es trigo limpio.

Pero antes de que Leticia pudiese preguntarle nada, Paco arrancó y se alejó hacia la capital, dejándola plantada en medio de la típica plaza rural, con fuente de piedra y viejos alrededor muriéndose poco a poco al sol. Cuando entró al establecimiento, el clásico bar de pueblo con olor a tasca de vinos, el tipo aquel ya la esperaba acodado en la barra de zinc. Tadeo era un hombre mayor, uno de esos jubilados de saludable aspecto y esforzado en mostrarse distinguido. Iba vestido de oscuro con un anticuado traje de posguerra a juego con sombrero de fieltro; se veía de lejos que no era un campesino, como los que menudeaban por allí.

—¿Ha venido usted a tasar la finca del indiano? —preguntó el jubilado a bocajarro.

—Vaya, veo que aquí las noticias vuelan —contestó Leticia, asombrada de que aquel desconocido estuviese tan al tanto de su cometido.

El hombre dio un trago al vaso que estaba bebiendo.

—Por cierto, ¿quiere un vino? Es bastante pasable, lo hacemos en el pueblo.

Leticia aceptó.

—Y dígame, ¿qué le ha parecido la ermita que hay junto a la casa?

—Es una bonita capilla. ¿Pero por qué lo pregunta?

El camarero le sirvió el vino, mirándola torvo y de soslayo.

—¿Bonita? —repitió Malumbre arqueando una ceja por encima de sus gafas marrones—. No sólo eso, señora; ese pequeño templo tiene un enorme valor para este pueblo.

—Ah, ¿sí?

—De eso quería hablarle —prosiguió el jubilado—. Esa ermita campestre sostiene la fe de los feligreses de toda la región, desde que en el siglo XVI alguien donara el ostensorio que habrá visto presidiendo el altar.

Leticia prendió un cigarrillo y le dio un trago al vino, que le anegó la boca de regusto agrio; vino peleón de cooperativa.

—Durante los días en que se celebran las fiestas en honor de la custodia sacramental, nuestro pueblo recobra su verdadera importancia histórica; que la tiene, ¿sabe?, aunque ahora vengan pocos por aquí y todo esté medio abandonado.

Leticia hizo un gesto de aquiescencia, se acabó el vinazo por educación y aprovechó para despedirse:

—Bueno, pues gracias por la información, pero si no le importa, tengo un poco de prisa, he de hablar con el propietario y comenzar mi trabajo.

El camarero la volvió a mirar de reojo, mientras le sacaba brillo a un vaso

frotándolo con un trapo pringoso, como si estuviese intentando invocar al genio de la lámpara maravillosa. Tadeo se quitó las gafas marrones, sacó un pañuelito blanco del bolsillo de su chaqueta y comenzó a frotarlas, imitando el gesto del camarero, igual que una señal convenida entre miembros de la misma logia masónica. Cuando Leticia alcanzaba la puerta de salida, el presidente de la Cofradía espetó:

—Yo sólo quería advertirle que sobre la finca que se dispone a tasar pesa un viejo litigio.

Leticia se detuvo en seco y se volvió hacia la barra. Aquello sí le interesaba. Malumbre se puso las gafas y explicó displicente:

—Seguramente usted no sabe que el caballero que construyó esa hacienda campestre lo hizo adosándola a la ermita funeraria, incluida en los terrenos que compró. Pero la capilla no era suya, sino perteneciente a un antiguo monasterio franciscano desaparecido a mediados del siglo XIX. Pues bien —recapituló el jubilado, intercambiando una fugaz mirada con el camarero, que seguía frotando el vaso empañado, como si el genio se obstinase en no aparecer—, el año pasado ese belga vino por aquí y adquirió la finca entera, pero yo creo que sólo le interesaba la ermita, lo mismo que al antiguo dueño indiano.

Leticia hizo un gesto de indiferencia; no estaba para culebrones históricos:

—Pues vale —dijo, ajustándose la correa del bolso para marcharse—, a mí todo eso no me concierne. Mi cometido es valorar la casa, la ermita no entra dentro de mi incumbencia.

—Está bien —concluyó Malumbre, dándole la espalda—, yo ya la he advertido; supuse que debía saberlo.

—Y se lo agradezco —dijo ella, despidiéndose. Pero de pronto se detuvo y preguntó:

—Por cierto, ¿qué tipo de reliquia contiene la custodia de la ermita?

Al camarero le resbaló el vaso de las manos y se hizo añicos a sus pies. Malumbre se giró hacia ella como una peonza. La inesperada pregunta le había demudado la cara de arrogante:

—¡Eso a usted no le importa! —Le temblaba el labio inferior—. Y le aconsejo que no indague nada al respecto.

Perpleja todavía por la intrigante conversación mantenida con el presidente de la Cofradía, Leticia decidió volver a la casa del indiano para ver si había llegado el propietario y comenzaba con el trabajo de tasación. Esta vez evitó ir caminando; el tabaco le restaba demasiado fuelle como para ir triscando repechos y caminos rurales. Fumaba demasiado, lo admitía. Era un vicio adquirido desde que entrase a trabajar hace ya casi nueve años en la inmobiliaria Sardá; ni siquiera recordaba cómo había empezado con el tabaco, quizá para matar el tedio que soportaba cada día con sus dos pelanduscas compañeras. O más bien por la insatisfacción de una vida sin horizontes,

que se prolongaba llena de sinsabores emocionales más allá de los 35 años.

Leticia era delgada pero no flaca, con aceptables caderas y los pechos bien colocados aunque algo grávidos, lo que no le restaban atractivo. Tenía el cabello claro y los ojos grandes de mirada limpia y azulina; no es que fuese un bellezón, pero sí una mujer con bastante gracia. Sin embargo, debido a la edad, ya no se consideraba en el *mercado*. Técnicamente, se la había pasado el arroz, era una descatalogada, camino de la triste soltería y la soledad. Veía muy lejana, por no decir imposible, la esperanza de tener algún día un hijo, una familia, un hogar. Tanto es así, que ya ni se molestaba en arreglarse; ¿para qué? A la mínima oportunidad, los hombres siempre se iban detrás del culo más joven y más fácil de tocar. Como por ejemplo, el de aquella jovencita del albergue, Chelo, con sus pechos bien plantados, su trasero perfecto y su aspecto de Lolita y *femme fatale*.

«*Menuda será esa.*»

Cuando Leticia salió del bar vio un taxi aparcado en la plaza y le pidió al conductor que la acercara a la casería del indiano. El taxista ascendió hasta lo alto de la loma por un camino flanqueado de olmos que transcurría desde el pueblo hasta la finca. La dejó frente a la imponente mansión campestre y se marchó. Justo en ese instante, una voz sonó a su espalda:

—Hola, ¿puedo ayudarla?

Un hombre de estatura media y vestido de tiempo libre apareció tras ella.

—Buenos días —saludó Leticia—, busco al señor Lavantier.

El hombre esbozó una seductora sonrisa. Atractivo, bronceado, pelo rubio y todavía denso... Todo un magnífico ejemplar masculino en su mejor edad, como un buen vino, y no como aquel caldo agrio del bar que le estaba perforando el estómago en estos momentos. Ella dedujo que se parecía bastante al actor Robert Redford, maduro pero endiabladamente guapo.

«*¿Cuántos años tendrá? Cincuenta...* —calculó Leticia, disimulando su turbación—. *No importa, está como un tren*».

El hombre la envolvió unos instantes en aquella seductiva sonrisa:

—Yo soy Jean Claude Lavantier —dijo, con leve tonalidad extranjera.

Leticia se quedó muda por la sorpresa. Entonces, el hombre comenzó a caminar hacia la casa, abrió el portón y lo traspasó.

—Vamos, venga —le indicó desde dentro—, ¿no pensará quedarse ahí fuera? Tenemos mucho trabajo por hacer.

Mientras los sargentos Mengual y Torrente caminaban por el Retiro madrileño, esperando que se produjese el contacto aludido, un majestuoso Mercedes negro, un modelo anticuado pero reluciente, con los cristales tintados y las banderolas de capitán general ondeando en el morro, apareció de algún lado por detrás, cogiéndoles desprevenidos; les rebasó y se detuvo derrapando ostentosamente, en espera de que ambos agentes llegasen a su altura. Mengual y Torrente cruzaron una mirada indecisa y se aproximaron con cautela. La puerta de atrás se abrió. Dentro había un hombrecillo de aspecto roedor con gafas negras de carey, como escapado de un anuncio de lavadoras de los años sesenta, que les hacía señas para que subieran.

—Vaya —murmuró Mengual—, esta no es precisamente mi idea de discreción.

Torrente carraspeó, abochornado, y ambos entraron al automóvil. La puerta se cerró y el chófer, vestido con uniforme del Ejército de Tierra, puso en movimiento el Mercedes blindado, saliendo del parque a toda velocidad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Liborio, adoptando el papel de superior.

—Ahora conocerán a la persona de contacto que ustedes estaban esperando.

—¿Militar? —preguntó Mengual.

El roedor asintió y ya no abrió la boca. Veinte minutos después, el vehículo enfilaba por la Castellana, deteniéndose finalmente ante el Ministerio de Defensa. El conductor paró ante la barrera de control, custodiada por un soldado armado con su fusil *Cetme* reglamentario. Hubo un intercambio de llamadas vía teléfono interior. La barrera franqueó el paso y el vehículo continuó hasta el aparcamiento subterráneo. Bajaron, y el hombrecillo rancio les acompañó por un laberinto de pasillos grises poco iluminados, hasta detenerse ante una sobria puerta de madera flanqueada por un policía militar. Un cabo ayudante les salió al paso, saludando marcialmente a los dos suboficiales de la Guardia Civil, a pesar de que iban vestidos de paisano.

—Pasen, sargentos, el general les espera.

El cabo les introdujo entonces en un despacho decorado con austeridad castrense. Una pequeña placa dorada en la puerta indicaba: Jefe de la 2.º División. Sentado tras una mesa funcional de madera oscura, tan espartana como todo lo demás, había un hombre mayor uniformado de caqui, concentrado en unos papeles. Su aspecto era severo y lacónico, su perfil aguileño y rapaz. Era delgado, nervudo y más bien bajo; tenía el pelo encanecido, la piel enjuta y el semblante autoritario. Levantó la cabeza de los documentos, vio a los recién llegados, se quitó las gafas y se alzó con ligereza marcial.

—Ah, caballeros —iba vestido con uniforme del Ejército de Tierra; el fajín rojo le delataba como general—, adelante; gracias por venir. Me llamo Alonso Betancurt, soy el capitán general del EMACON<sup>[1]</sup>.

Mengual y Torrente se cuadraron instintivamente:

—¡A sus órdenes, mi general!

—No, no, descansen —descartó el alto mando con un gesto patriarcal de su correosa mano—, dejémonos de formulismos, esta es una reunión... *oficiosa*.

Rubén Mengual torció el hocico de galgo. La diferencia entre oficioso y oficial terminaba siempre atropellando la ley. Betancurt les ofreció asiento y comenzó sin dilación:

—Iré directo al grano: ambos me han sido recomendados por su comandante para investigar un caso extraño de espionaje histórico: un extranjero millonario y coleccionista de arte antiguo anda indagando en nuestro país sobre Cristóbal Colón desde hace varios meses.

Ambos agentes intercambiaron una mirada circunspecta, y el general añadió:

—Les parecerá una tontería, pero se han puesto nerviosos en las altas esferas y quieren saber qué hay detrás de tan repentino interés histórico. Y me han encargado a mí averiguarlo, mejor dicho, al departamento de Inteligencia militar que dirijo. Presten atención, les pondré al día de manera sucinta: fue el CESID<sup>[2]</sup> quien detectó la presencia de ese sujeto en octubre del año pasado, cuando, como recordarán, en España celebrábamos el quinto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Al principio no se le dio importancia, pero luego, al comprobar los lugares que iba rastreando y las gestiones que hacía, en algún despacho de lo más altos del Gobierno han saltado las alarmas.

Mengual, que había sacado una libretita y un bolígrafo barato para tomar notas, levantó la vista y parpadeó extrañado:

—¿Qué lugares eran esos que rastreaba?

—Ese tipo ha estado realizando visitas al monasterio de El Escorial, la Biblioteca Nacional, la catedral de Sevilla, Valladolid... En apariencia, no es más que un turista cultural, pero todos los lugares y la documentación que indaga poseen un vínculo común: Cristóbal Colón. Y su interés llegó al punto álgido cuando a finales del año pasado compró un palacete campestre, una finca histórica, envuelta en cierto halo de misterios y milagros, situado en el Sur de España, junto a una ermita franciscana incautada por el Estado durante la desamortización de Mendizábal.

Los agentes cruzaron otra mirada, esta vez de perplejidad.

—Perdone, general —intervino Mengual—, pero no entiendo nada. ¿Qué hay de malo en investigar sobre Colón?

—Nada —expresó Betancurt, lacónico—, si no fuese por las inquietudes que ha levantado en cierta personalidad del Estado, cuyo nombre debe permanecer al margen.

Los agentes se miraron de nuevo, desconcertados, preguntándose si todo aquello iba en serio o formaba parte de algún tipo de entrenamiento o ejercicio militar. El general prosiguió:

—El caso ha pasado del CESID al departamento de Inteligencia militar, cumpliendo órdenes de la mencionada personalidad. Ahora estoy al mando, y mi



primer paso ha sido promover en secreto una investigación paralela a la de ese sujeto para dilucidar todo lo concerniente a Cristóbal Colón, quién fue, cómo y por qué planeó su expedición, de dónde era...

—¡Español, por supuesto! —irrumpió Torrente con patriótica vehemencia.

El general negó:

—La mayoría de los libros de historia dan por sentado que Colón era genovés, sin embargo, el grupo científico del CSIC<sup>[3]</sup> que ya tenemos trabajando en el asunto está convencido de su origen catalán. Lo que coincide con ciertos datos inéditos recién encontrados por otros miembros del equipo.

—¿Qué clase de datos? —preguntó Rubén Mengual, cada vez más intrigado.

—Todavía no hemos tenido tiempo para analizarlos por completo, pero puedo adelantarles que hay abundante documentación y bastante antigua, no es fácil de interpretar. El hallazgo se compone de un mazo de papeles con documentos y anotaciones personales de Hernando Colón, el hijo ilegítimo del Almirante, encontrados por los expertos del CSIC en el monasterio de El Escorial.

—Vaya —exclamó Mengual—, eso parece importante.

—Lo es, porque se trata de documentación que se creía perdida para siempre, quemada en el incendio que asoló la valiosa biblioteca del monasterio.

—¿Hubo un incendio?

—Sí, en 1671; ardieron más de 4000 códices.

—Menuda fogata —silbó admirado Torrente.

—Teóricamente, fue un accidente, pero los del CSIC piensan que pudo haber sido causado por alguien que pretendía borrar las pruebas, justo las que hace poco hemos encontrado.

—¿No se quemaron?

—No, los documentos estaban ocultos en un archivo casi olvidado, lejos de la biblioteca, en la llamada torre de los alquimistas. Eso los salvó del fuego.

—¿Qué les hace suponer que el incendio fue intencionado? —quiso saber Mengual, cuyo instinto de sabueso había venteado alguna oculta maquinación detrás de aquella inaudita historia. Por algo había sacado las mejores notas en las pruebas de investigación criminal.

—La Santa Inquisición requisó y quemó buena parte de la información sobre las Indias Occidentales, prohibiendo la publicación de cualquier obra que tratase sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo. Los monjes de El Escorial tenía la protección especial del Rey para custodiar la famosa biblioteca de manuscritos, quizá la más valiosa del mundo en aquella época. Como los monjes se negaban a entregar la documentación solicitada, los inquisidores utilizaron la vía expeditiva.

—¿Tan peligrosos eran esos documentos? —preguntó Liborio Torrente, que seguía desconcertado por la exposición del general.

Ambos sargentos vieron como Alonso Betancurt dudaba unos instantes antes de contestar:

—Lo examinado hasta la fecha contiene revelaciones tan increíbles que harían tambalearse los motivos históricos del Descubrimiento; tanto es así, que todo esto ha sido declarado secreto de Estado. Por eso llevamos el asunto con la máxima cautela, y por eso hemos recabado la ayuda del servicio de información de la Guardia Civil; es decir, de ustedes dos.

—Bien —intervino Torrente con el ego inflado y sacando pecho—, no hay problema; para eso estamos.

Sin embargo, su compañero sacudió levemente la cabeza de galgo, como venteando algo que no encajaba, y al final preguntó:

—¿Pero quién es esa persona que investiga sobre Colón?

—Se trata de un millonario belga, coleccionista de arte antiguo —el general se levantó, fue hasta el escritorio y cogió un folio—: Jean Claude Lavantier, no se sabe mucho de él, sólo que tiene fama de cazatesoros, uno de esos tipos con una total carencia de escrúpulos. Según nuestras fuentes, sería capaz de vender a su madre por dinero, suponiendo que semejante sujeto tenga madre.

—Bueno —rezongó Torrente—, si a eso vamos, yo también sería capaz de lo mismo.

Hubo un momento de silencio meditativo, que finalmente rompió de nuevo el sargento Liborio:

—¿Y por qué no se le pegan dos tiros a ese belga y asunto resuelto?

—Todavía es un poco prematuro para considerar esa... *solución* —indicó el general—. Antes deberíamos averiguar qué se propone con la documentación y las pruebas que al parecer va recolectando.

—¿Pruebas? —inquirió Mengual, frotándose la barba mal afeitada.

—Sí, sargento, los datos analizados de momento por el CSIC apuntan a que la verdadera misión de Cristóbal Colón era encontrar algo en medio del océano Atlántico, algo de lo que hablaban antiguas crónicas. Y para localizarlo usó cierta información considerada herética por la Iglesia.

Ambos agentes se miraron de nuevo, alucinados. El general levantó su correosa mano:

—Pero les advierto que todo esto es información reservada, declarada secreto de Estado.

—Joder, menudo marrón que nos espera —protestó Liborio Torrente, rascándose la casposa coronilla.

—Sea como sea —zanjó el general—, hemos de averiguar lo que les interesa tanto a unos y otros, adelantándonos a cualquier paso que den nuestros dos rivales.

Alonso Betancurt se puso de pie, enérgico, dando por culminada la reunión, y los dos agentes hicieron lo mismo:

—Bien caballeros, ¿cuento con ustedes?

—A sus órdenes —dijeron ambos, cuadrándose.

—¡Viva España, coño! —proclamó Torrente.

—¿Y por dónde empezamos? —preguntó Mengual, menos entusiasta que su fogoso compañero, pues todo aquello le daba muy mala espina.

—Lo primero, necesitamos ayuda técnica ante todo este embrollo de enigmas históricos y religiosos. Por ello, han de contactar ustedes con cierto personaje especializado en localizar obras de arte antiguo, y lograr que se involucre en la misión, pero naturalmente sin revelarle la verdadera naturaleza de nuestras intenciones.

—Un ladrón de arte —constató Mengual.

El general asintió:

—Sí, y ustedes deben contratarle en nombre del Estado, de manera que se ofrezca al belga para encontrar lo que sea que va buscando en España, trabajando infiltrado para nosotros. Ofrezcanle todo cuanto pida; los fondos reservados quedan de ahora en adelante a su libre disposición. Consultando previamente conmigo, claro está. Y por supuesto, no necesito decirles que esta misión no existe a efectos oficiales.

## 6

Jean Claude Lavantier invitó a Leticia a almorzar. Ella accedió, aunque fuese poco amante de las comidas de negocios, pero tenía un trabajo que cumplir. Además, así aprovecharía para preguntarle al dueño de la finca por el presunto litigio que según Malumbre afectaba a la pequeña ermita de la custodia sacramental. Lavantier se ausentó para cambiarse de ropa, y Leticia se quedó de pie, aislada en mitad de un salón del tamaño de una cancha de tenis, amueblado como un suntuoso palacio barroco. Al cabo de unos minutos se presentó un hombre de mediana edad, vestido de negro, peinado con fijapelo y aspecto bilioso.

—Buenos días, *signora*, soy el secretario del *signore* Lavantier; me llamo Renzo Tornelli —se presentó con acento italiano y portando una bandeja de selectas viandas. Luego dijo con flema profesional:

—El *signore* Lavantier le ruega que comience usted el aperitivo sin él. Teme que se retrasará, debido a una llamada telefónica, y le envía sus disculpas.

Leticia encendió un cigarrillo para mitigar la tensión; el ambiente que la rodeaba era intimidante. La casa solariega era un auténtico museo repleto de obras antiguas de un valor incalculable y su dueño tenía un secretario italiano, como en las películas de mafiosos. Se sirvió un martini y esperó, entretenida en admirar tantas y tan apabullantes piezas de visible precio y antigüedad. Aquello no sería nada fácil de tasar, el cometido la desbordaba por completo; se necesitaba un experto para valorar todo lo contenido sólo en esa estancia donde se hallaba. Al cabo de quince minutos allí no llegaba nadie. Se asomó al exterior. Al otro lado de las puertaventanas se divisaba un paisaje de olivos y viñas en perspectiva bajo el sol luminoso de la primavera.

Leticia se sirvió otro martini y encendió un nuevo cigarrillo, y en ese momento apareció Jean Claude Lavantier. Vestía traje de lino azul marino conjuntado con una camisa también de lino color crudo. Tenía muy buen aspecto, con el cabello rubio perfectamente peinado; luciendo su saludable bronceado. Leticia tembló. El belga irradiaba esa sonrisa suya entre condescendiente y amigable. Sin embargo, lo que más le favorecía era el dominio de sus ademanes, los gestos controlados; al caminar, al quedarse mirando como ahora, apoyado en la jamba con una mano indolente dentro del bolsillo del pantalón.

Leticia estaba cada vez más intrigada por aquel hombre tan atractivo pero inquietante. Era demasiado para ella; no parecía, desde luego, como los tipos indecisos e inmaduros que había conocido hasta ahora. A fin de cuentas, precisamente por eso seguía soltera.

—Discúlpeme, creo que la he dejado abandonada.

Ella hizo un gesto de que no importaba.

Pero él insistió, acercándose dos pasos:

—Lamento de veras que se haya encontrado sola.

Leticia suspiró, encandilada, pero él volvió a sonreír con su encantadora jovialidad, excusándose:

—He debido atender..., en fin, ya se imaginará: el engorro de los negocios.

Leticia no supo qué decir, de modo que se sentó en un apabullante sofá de piel y continuó fumando en silencio, atolondrada por la situación. El secretario italiano entró sigiloso y trajo un cubo plateado con una botella de vino blanco de Borgoña hundida en hielo.

—Oh, pero vamos —de pronto él cambió de registro—, ¿qué puedo ofrecerle para hacerme disculpar? ¿Un poco de vino, por ejemplo?

Leticia asintió, y él le tendió una copa empañada de frío.

—¿Usted no bebe? —preguntó ella, al ver que el belga no se servía.

—No —dijo sonriente, restándole importancia al hecho, y añadió—: espero que finalmente se quedará usted a almorzar, si me hace el honor.

Ella paladeó el espléndido vino y se encendió otro cigarrillo, nada más aplastar el anterior a medio consumir. Luego preguntó:

—¿Es esta la casa que quiere vender?

—Sí.

—¿Pero por qué? —quiso saber, sin poder aguantarlo—, es una hacienda magnífica, si parece un museo...

Él sonrió, haciendo un gesto de aserción.

—Perdone —se disculpó Leticia—, quizá he sido indiscreta al preguntarlo; eso no es asunto mío.

Lavantier le indicó mediante un ademán que no importaba, y a continuación tomó asiento, cruzó las piernas y dejó transcurrir un silencio antes de señalar:

—No tiene por qué disculparse —comentó con una chispa de complicidad en los ojos—; fui yo quien quiso que usted me ofreciera su opinión al respecto.

—Es cierto, y sin embargo, todavía no entiendo por qué...

—Porque la considero la persona más autorizada para valorar esta hacienda —zanjó él, sonriente.

—Vaya, pues es un honor —resopló Leticia, azorada—. ¿Y puedo saber cuál es el motivo de su confianza?

Él amplió su encantadora sonrisa; y por toda respuesta la miró como quien tiene ante sí un bello ejemplar en peligro de extinción.

El almuerzo estaba dispuesto en otra de las estancias de la casa igualmente recargada de historia y de arte. La nueva pieza se abría a una luminosa galería acristalada que comunicaba con lo más florido de los jardines de la hacienda, un tanto asilvestrados por el abandono. Entraba una brisa fresca y fragante del campo. Ella se quedó embobada contemplando el impecable servicio, adornado con un centro de rosas blancas y dos candelabros de plata con las velas encendidas.

—¿Qué tal su conversación con el presidente de la Cofradía? —abordó él, negligente, mientras desplegaba su servilleta bordada sobre las rodillas.

Leticia levantó la vista hacia el otro extremo de la mesa. ¿Cómo sabía el belga lo de su entrevista con aquel tipo?

—Pues ahora que lo nombra, me dijo que esa ermita de ahí atrás no pertenece a la finca, sino a los franciscanos.

Jean Claude Lavantier dejó transcurrir unos minutos, mientras atacaba el primer plato con suma pulcritud. Leticia hizo lo propio, aunque detestaba esos modales amanerados que ostentan algunos en la mesa, manejando los cubiertos como si en vez de comerse una gamba estuviesen desactivando un peligroso explosivo.

—Es cierto que la ermita perteneció a la orden de San Francisco —admitió él—, pero fue requisada por el Estado en el siglo XIX, así que desde ese momento pasó a pertenecer a quien compró la finca donde se hallaba enclavada la capilla.

—¿Quién la compró?

—Precisamente, un paisano suyo, un catalán enriquecido en América, que luego se construyó esta casa como residencia campestre, retirándose aquí hasta su muerte. Está enterrado en la sepultura que hay en el suelo de la capilla.

—Sí, la he visto, ¿pero qué contiene la custodia sacramental? —curioseó ella.

Lavantier se tomó unos segundos antes de responder. Sorbió un poco de agua. La miró desde el extremo opuesto de la mesa, a través del centro de flores frescas, blancas como un puñado de nieve. Pero en ese instante, su secretario se acercó y le susurró algo al oído, él asintió y dejó los cubiertos en el plato.

—Si me disculpa —dijo levantándose—, he de atender una llamada urgente. Usted quédese, haga el favor, disfrute del postre. Catherine, mi cocinera francesa, lo ha hecho en su honor.

—Pero...

—Por favor —suplicó él, incontestable.

Un chófer joven y con pinta de guardaespaldas devolvió a Leticia a su hotel rural, a bordo de un impresionante todoterreno Range Rover color plata. Durante el corto trayecto, ella se fue preguntando quién era ese tipo de modales tan perfectos, con secretario italiano y cocinera francesa. Cuando llegó al hotel, saludó a Paco de pasada y subió sin detenerse a ver a Chelo. La encontró en su habitación tecleando en el ordenador y conectada a sus auriculares, mientras mascaba chicle sin cesar dando cabezadas al ritmo de la inaudible música que le taladraba el cerebro.

La chica iba vestida, si se puede decir así, con un atuendo *neohippie* de lo más extravagante; despeinada, sin maquillar, luciendo unas profundas ojeras, delgaducha y con la piel trinchada por varios *piercings*. Sin embargo, era muy guapa, y tenía ese aire perverso y fatal de las adolescentes que han vivido demasiado deprisa. Leticia hizo una mueca de horror y encendió un cigarrillo. Esperó a que la chica se diese cuenta de su presencia y se quitara los auriculares. Luego preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Chelo le contestó sin dejar de rumiar goma de mascar y sin apartar la vista de la pantalla:

—Más de cuatro meses, colega —bufó—, trabajando como una esclava —hizo una mueca sarcástica y añadió—. Para redimirme, ¿sabes?

—¿Y conoces al belga que compró esa mansión campestre?

—Alguna vez le he visto pasar con su cochazo; no se deja ver mucho ni recibe a nadie.

—Vive sólo ahí arriba.

—Sí, con su chófer y dos o tres criados. Pero en realidad no vive en la casa, desde que la compró va y viene continuamente —alzó los hombros, como si eso no le interesara—; nadie sabe qué hace por aquí.

—Pues quiere vender la finca —dijo Leticia, encendiéndose un cigarrillo.

Chelo dejó de teclear y la miró, dejando momentáneamente de rumiar el chicle:

—¿Cómo lo sabes?

—He estado hablando con él.

—¿En su casa?! —exclamó Chelo—. Jo, tía, qué suerte; por lo visto nadie ha entrado allí desde hace siglos. ¿Cómo es por dentro? ¿Y por qué has ido?

—Es un auténtico museo. Me ha invitado a comer, se llama Jean Claude Lavantier.

Chelo abrió unos ojos como platos, y aulló, dejando ver el chicle entre las encías:

—¡Guau, *tronca!*, lo tuyo marcha, ¿eh?

—¿Lo mío?

—Jo, tía, ya te digo; conmigo no hace falta que disimules, ¿vale? El menda ese mola, ¿eh?; bueno, demasiado carca para mí, pero...

—Oye, oye, no te embales —atajó Leticia—, creo que te equivocas, lo que hay entre... Quiero decir... Verás, yo sólo he venido para ayudar a ese belga a vender su finca.

Chelo la miró asombrada, incluso paró de masticar durante unos segundos.

—¿De verdad que quiere vender la casa? ¿Pero por qué?, si dicen que está forrado, es un jodido multimillonario.

Leticia se alzó de hombros.

—Pero oye, tía —inquirió Chelo, amoscada—, ¿tú qué dices que haces en...? O sea, vamos a ver... ¿Es que eres de Hacienda, del Cobrador del Frac o algo así?

—No, nada de eso —rio Leticia—, soy de una inmobiliaria de Barcelona. Mi trabajo consiste en tasar los bienes inmuebles de los demás y ofertarlos al mercado.

—Oye, pues allá tú; podrías ligártelo, es un partidazo. Así no tendrías que dar golpe en toda tu vida.

Leticia parpadeó, puso los ojos en blanco, movió la cabeza negativamente y dijo:

—Me voy a la cama.



No pasó una buena noche. Al acostarse tomó varios somníferos y un vaso de güisqui para que le ayudasen a digerir el creciente desconcierto que la estaba embargando debido a los últimos acontecimientos. Leticia era una persona sencilla, sin cultura, sin pretensiones ni esperanza en el porvenir tras recibir varios fracasos sentimentales, criada desde niña bajo el halda de su vieja madrina doña Rosa; y la *bola* con la que se había topado de la noche a la mañana la desbordaba. Era la segunda vez que salía de Barcelona; la primera fue a Castellón, con una excursión de las monjas. Y desde luego, jamás había viajado fuera de España.

Se levantó tambaleante y miró el reloj.

«¡Las diez de la mañana; tardísimo!»

Pero luego recordó que no debía salir disparada estrujándose en el Metro hacia la inmobiliaria Sardá, y eso la tranquilizó. Era genial no tener que comenzar el día peleándose con las pelanduscas de sus compañeras de trabajo. A estas horas, las muy envidiosas estarían criticándola por haber sido ella la elegida para ir varios días a una provincia del sureste a tasar la casa solariega de un multimillonario belga. Había sido todo muy extraño, porque fue el propio Lavantier quien llamó a la modesta inmobiliaria, indicándole al señor Sardá su deseo de que fuese Leticia, expresamente, la que mandase a tasar su finca. Y el señor Sardá se avino, claro está, aquel era el negocio más gordo de su carrera profesional.

Leticia se quitó el pijama, abrió el grifo y se metió en la ducha. Luego se vistió con ropa cómoda, tejanos, zapatillas de tenis y camisa; hacía tiempo que no le apetecía vestirse de otra manera. Se arregló un poco el pelo con las manos y ni siquiera se maquilló. Para qué, total los hombres siempre la habían tratado igual, como a un objeto de usar y tirar. Hasta hoy, las diversas relaciones amorosas mantenidas durante sus 35 años de vida todas habían terminado igual: primero, mucho cortejo y mucho hacer el pavo, pero cuando el hombre la conseguía no tardaba demasiado tiempo en ponerle los cuernos con otra o abandonarla. Era como si ella eligiera de forma inconsciente a tipos insensibles que se aprovechaban de su candidez y no la respetaban.

Por eso, algunas veces echaba de menos a su Ángel de la Niebla, el personaje imaginario que había creado durante sus años adolescentes, proyectando en él todo cuando una chica podía desear de un hombre: el valor, la belleza, la ternura, el romanticismo, pero también la fuerza, el misterio y la magia. Había crecido sola, con la única compañía de la viejísima doña Rosa y los gatos que se colaban por el ventano de la buhardilla. Quizá por eso había forjado en su mente aquella presencia sobrenatural que la cortejaba en silencio durante las noches, y que ella imaginaba surgir del gran espejo redondo que había descubierto colgado en una pared de la buhardilla, como si llegase del otro mundo.

Pero Leticia se había hecho mayor sin apenas darse cuenta, y ahora ya no creía en

ángeles ni en espejos mágicos; ni ella era Alicia, ni este mundo el país de las maravillas. Los tipos desalmados que había conocido le arrebataron de cuajo su idealismo romántico. Ahora no era más que una resabiada, una fumadora empedernida llena de complejos y amargura. Cualquier día se levantaría con la libido más hundida que el *Titanic*, con sofocos de menopáusica, las nalgas descolgadas, las tetas pendulantes; tendría que teñirse las canas y comprarse salvaslip para las pérdidas de orina, mientras las arrugas avanzaban y las patas de gallo cercaban sus ojos.

«*Qué asco es la vida pasados los treinta y cinco, si no tienes perrito que te ladre.*»

—Han *dejao* otra nota *pa* *usté* —le dijo Paco, tendiéndole un sobre cerrado, cuando ella bajó a desayunar, malhumorada y portando en los labios el primer cigarrillo del día.

—¿Malumbre?

—No va *firmá*, pero me temo que sí, señora.

«*Y encima este cretino me llama señora, para terminar de fastidiarme la mañana.*»

—¿Cuándo han traído el recado?

—A eso de las nueve, señora.

La cita era para las doce del mediodía en el bar de la plaza.

Mientras desayunaba, Leticia le preguntó a Paco por qué pensaba que Tadeo Malumbre no era trigo limpio, tal como le dijo ayer.

—Es un falso, como *tos* los de la Cofradía.

—¿Qué quiere decir?

—Van de beatos, pero engañan a *tos* con su rollo de la santa custodia, el milagro y *to* eso. Porque, está mal que yo lo diga, pero esa custodia sacramental es más falsa que Judas.

—¿Falsa?

—La original fue *robá* hace muchos años. Esa que hay en la ermita es una copia que se hizo en secreto *pa* ocultar lo del robo y que no repercutiera en el turismo religioso, la venta de medallitas y *to* el negocio que tienen *montao* los curas y la Cofradía alrededor del relicario.

—¿Quién la robó?

—Vaya *usté* a saber; pero los de la Cofradía y el párroco ponen mucho *cuidao* en que no se hable de ello. Es como un tabú local.

—Claro, ahora entiendo por qué la puerta de la ermita está abierta. No hay ningún temor a que roben el ostensorio.

—Si, pero no le diga a nadie que se lo he *contao* yo —suplicó el gerente, temeroso—, o son muy capaces de matarme.

—Descuide.

Después del desayuno, Paco se marchó a sus trajines con la sensación de que

había hablado de más. Leticia subió a su habitación a recoger su bolso y la carpeta, preguntándose qué desearía esta vez aquel mangante de Malumbre. Pidió un taxi, y cuando llegó al pueblo, entró en el bar. Pero no era Tadeo Malumbre quien la esperaba. Leticia sufrió un sobresalto cuando vio a la persona en cuestión:

«¡Un cura!»

Un hombre orondo, mofletudo y con la cara enrojecida como una gamba cocida, se hallaba de pie junto a la barra de zinc, vestido con sotana y bebiendo una copa de coñac. El camarero dirigió a Leticia una mirada torva. Nada más tenerla delante, el cura le clavó los ojos en el escote de la camisa que Leticia llevaba un poco desabrochada de más, pues hacía calor. Era el párroco del pueblo, Aquilino Bermúdez, un tipo soez sin la menor virtud sacerdotal. El sudor grasiento le resbalaba desde la pelambreira fosca de la cabeza hasta el gáznate adiposo y rubicundo, cuya papada casi le tapaba el alzacuello blanco de la sotana. Acabándose la copa de golpe, como un camionero en un puticlub de carretera, le ordenó a Leticia sin miramientos:

—Sígame arriba.

El padre Bermúdez se dio la vuelta y atravesó el bar arrastrando su sotana negra por la suciedad del local. Accedieron por un vano cubierto con una cortina opaca y no muy limpia, que ocultaba detrás unas empinadas escaleras subiendo hacia el piso superior. El cura extrajo una llave y abrió la puerta que tenían enfrente. Entraron a una sala rectangular, iluminada por tres balcones ahora cerrados y con las ventanas de marquesina plegadas.

Estaba oscuro y apestaba por el humo del tabaco sin ventilar. Aquilino Bermúdez se dirigió a la ventana del centro y entreabrió un poco la marquesina. Al instante se iluminó la sala con una ráfaga de luz oblicua que se filtraba desde el exterior. La luz desveló tres o cuatro parcas mesas de tablero aglomerado, sillas de tijera, ceniceros repletos de colillas, una pizarra verde, un crucifijo de madera y metal colgado en una de las paredes mal pintadas, un televisor bastante antiguo colocado sobre un mueble de formica con algunos libros, catecismos y trofeos deportivos... Tenía todo el aspecto de ser uno de aquellos antiguos teleclubes de la Iglesia para reunir a la juventud local.

El párroco era grueso, caminaba bamboleándose como un pingüino, y lucía una coronilla rojiza y aceitosa. Allí estaba, con su cara bovina mirando por las rendijas de la marquesina; callado y severo, mientras Leticia observaba intrigada el salón donde habían entrado. Encendió un cigarrillo para serenar el tembleque de piernas que sentía. Entonces Aquilino Bermúdez se volvió y la miró intimidante:

—Oiga, señora —gruñó de malos modos—, no sé quién es usted ni qué ha venido a hacer por este lugar, pero desde que fisgonea lo que no debe, tengo a la feligresía muy removida.

Leticia parpadeó, perpleja por la imprevista andanada.

—¿Me quiere explicar quién es usted para que se hayan movilizado de esa forma en la capital? —añadió él.

Ella fue incapaz de contestar, y el cura prosiguió:

—Me han llamado indagando desde el Obispado, y eso no me gusta; aquí no queremos injerencias.

—Oiga, mire —intervino Leticia, aplastando la colilla en un cenicero de plástico que había sobre la mesa—, no sé de lo que me está usted hablando...

El cura volvió para traspasarla con su mirada exacerbada de ira.

—Le diré de qué estoy hablando, señora don nadie: la custodia sacramental de la ermita de la loma es el símbolo religioso de toda la comarca, una reliquia que sostiene la fe y buena parte de la economía de esta región. Aparte de eso, las fiestas en su honor atraen raudales de gente y mueven mucho dinero, y no estoy dispuesto a que nadie juegue con ello.

—¿Insinúa que Jean Claude Lavantier quiere arrebatarnos la custodia? —sondeó ella.

Aquilino Bermúdez enrojeció al oír nombrar al belga.

—Ya le he dicho a ese millonario que lo que indaga no está en este pueblo, pero por lo visto no me cree; sigue husmeando sobre los orígenes y el contenido del ostensorio.

—¿Y eso es malo? —repuso ella.

—Su contenido es un misterio de fe —zanjó el párroco—, y debe seguir siéndolo.

—¿Por qué?

—Cuestión de marketing religioso: el valor de un símbolo sagrado se fundamenta en lo no manifestado; lo misterioso atrae a la gente. Sin su halo enigmático de reliquia milagrosa, la custodia no sería más que una baratija. Como tantas otras.

Leticia encendió un nuevo cigarrillo y dijo:

—En todo caso, eso sería aplicable al ostensorio auténtico, no al que hay actualmente en la ermita.

El cura casi se atraganta. La miró con los ojos desencajados, alarmado por la imprevista indirecta.

—Porque yo tengo entendido —añadió ella— que la custodia original fue expoliada el siglo pasado. Y esa de la que hablamos no es más que una copia sin milagro y sin valor.

—¿Quién le ha dicho eso?! —explotó el padre Bermúdez, sudoroso y encendido de inquina.

Ella dio un paso atrás, atemorizada por la brusca reacción.

—Escuche —dijo el párroco, cambiando su tono violento por otro más taimado—, si no cuidamos de las tradiciones se nos irán al traste las fiestas y las visitas turísticas, que hacen que este miserable pueblo figure en el mapa. Y eso sería un desastre. Los pueblos pequeños se mantienen gracias a estas cosas, la fe, las viejas tradiciones —se frotó las manos porcinas y agregó—: ¿Comprende usted eso, aunque sea una mujer urbana? En las ciudades tienen sus monumentos, sus museos y sus centros comerciales para atraer a la gente. En los pueblos tenemos nuestras rancias

costumbres y nuestros viejos milagros. Déjenos conservarlos en paz.

Tras darle una nerviosa calada al cigarrillo, Leticia dejó escapar el humo lentamente para tranquilizarse del sobresalto. Luego, replicó:

—Todo eso está muy bien. ¿Pero aún a costa de engañar a la gente?

Aquilino Bermúdez le lanzó una mirada cargada de hostilidad. Después se dio la vuelta, cruzó los brazos en la espalda y concluyó:

—Ya puede irse, es todo cuanto quería decirle —la miró de reojo y agregó—: Allá usted si decide seguir adelante por ese camino; yo no me hago responsable.

Cuando Leticia salió del bar a la plaza, dispuesta a pedir el taxi que la devolviese de nuevo al albergue, oyó un claxon a su espalda y se giró. Era el Range Rover del belga. El mocetón trajeado y con aspecto de guardaespaldas le hizo indicaciones de que se acercara.

—Vengo de su hotel; me han dicho que estaba usted aquí —se excusó previamente—. El señor Lavantier la invita a cenar en su casa. Es decir, si a usted le viene bien.

El chófer se quedó mirándola imperturbable, esperando la respuesta.

—Está bien, por qué no —y subió al todoterreno.

El párroco, que lo había visto todo desde la ventana, se acercó hasta una rinconera de madera, sobre la que reposaba un anticuado teléfono de baquelita, y marcó el número del Obispado.

—Soy el padre Bermúdez; pásame con Monseñor.

Mientras esperaba que le pasen con el obispo de la diócesis a la que pertenecía su parroquia, murmuró:

—Se va a armar la de Dios es Cristo, pero yo me lavo las manos como Pilatos.

El inmenso edificio renacentista de la Compañía de Jesús parecía abandonado desde los tiempos en que los jesuitas fueron expulsados de América por Carlos III, el rey ilustrado. Aquel *palazzo* de grandeza decadente había sido en tiempos la central de las misiones jesuíticas de toda la cristiandad, pero actualmente la Compañía no se dedicaba ya a la evangelización del mundo, así que no necesitaba mantener un inmueble tan ostentoso. Sin embargo, el enorme palacio no estaba tan deshabitado como parecía. Una pequeña puerta de servicio, en una estrecha calle lateral, daba acceso al interior del imponente inmueble. Y esa misma puerta es la que acababa de franquear un fraile vestido con el hábito blanco y negro de la orden de Santo Domingo.

Los pasos del monje resonaron con eco mientras atravesaba la planta baja de aquellos inmensos salones vacíos y en penumbra. Pasó deprisa por las estancias pintadas a estuco que antaño recibieron a los misioneros repartidos por todo el orbe, abrió una portezuela disimulada entre los tapices polvorientos con escenas religiosas y encendió una mortecina bombilla eléctrica. Unas escaleras de piedra se hundían en la negrura de un profundo sótano, y el fraile dominico descendió en él con cuidado de no tropezar.

Cuando llegó abajo, el dominico se dirigió a una recia puerta metálica con cerradura de seguridad. Sacó una llave y abrió. Traspasó el umbral y se encontró en una sala de mediano tamaño construida en piedra toba, y cuya techumbre se abovedaba en curva, revestida por algunas telarañas; eran las bodegas del palacio. En un extremo del subterráneo, iluminado por luces eléctricas provisionales, había un joven sentado ante una gran mesa oscura en madera de nogal, con un potente ordenador *Mac* encima.

El jovenzuelo, Lucio Manzoni, era hijo de una devota familia romana que deseaba ver ascender a su retoño en el escalafón religioso, aún a costa de la falta de vocación del muchacho, más interesado por los manuales de informática que por los misales litúrgicos. Vestía un *blazier* azul marino con el escudo de la Universidad Gregoriana de Roma bordado en el pecho. Completaban su aspecto la cabeza pelirroja, el pelo crespo y la piel pálida de los que viven la mayor parte del día enclaustrados. Aparte de sus estudios reglamentarios sobre cánones y doctrinas, se había especializado en infografía y diseño en tres dimensiones, motivo por el cual había sido llamado para lo que allí abajo se traían entre manos aquellos hombres de Dios.

En el momento de llegar el fraile, Manzoni estaba trabajando en un rebuscado

esquema, con cara de absorbente concentración. Pero al notar la presencia del austero dominico, le saludó sin apartar la vista de la pantalla:

—Qué tal, fray Cornelio.

El monje dominico respondió con un escueto movimiento de cabeza, sin variar el rictus adusto que mostraba su cara de viejo eclesiástico. Le molestaban aquellas muestras de excesiva confianza por parte de un inferior. Fray Cornelio Delmonio, riguroso y parco hasta el ascetismo, se expresaba con una confusa jerigonza mezcla de italiano y latín. Era un religioso de ideología preconiliar, y mostraba su radicalismo con orgullo, ostentando su tonsura con la coronilla afeitada. Toda su sarmentosa figura revelaba el tipo de persona para el que la vida es una misión. Exhibía una gran narizota aguileña que nacía del centro de sus ojos aguiluchos, coronados por unas gruesas cejas, muy pobladas por recios pelos estirados, como si fuesen pequeños cuernos que le nacían en la frente.

—¿Dónde está? —preguntó lacónico el monje.

—¿El jefe? Está en el oratorio, como siempre —contestó el joven, alzando la vista para mirar al recién llegado, mientras apuraba de un trago el café que bebía en un vasito de plástico.

Fray Cornelio le dio la espalda y se dirigió hacia el fondo del sótano.

—No creo que deba usted molestarle —insinuó Manzoni, tirando el vaso en la papelera—, es la hora de sus oraciones.

Pero el dominico no apreció el consejo. Atravesó a paso vivo la sala abovedada y entró en un estrecho pasadizo sin iluminación. Fue a detenerse frente a una humilde portezuela barnizada de color marrón, en cuya superficie figuraba clavada una pequeña cruz de latón deslucido. El fraile tocó dos veces con los nudillos y giró la manilla con cuidado. Al asomarse recibió en su rostro la cálida luz de dos velas que alumbraban el interior del diminuto oratorio. El dominico se detuvo ante la jamba, recogió sus manos en el regazo e inclinó la coronilla con respeto.

Sobre un majestuoso reclinatorio situado frente al pequeño altar de mármol blanco de Carrara meditaba de rodillas un hombre muy anciano, aunque de porte distinguido y altivo. A pesar de su edad, todavía tenía bastante cabello en la cabeza; eso sí, tan albo como el algodón. Aquel hombre era Johanes Hjortsberg, cardenal de la Iglesia y el más viejo de los jesuitas. Sostenía en sus manos largas de pianista un breviario de tapas repujadas en cuero y plata, e iba vestido con una impecable sotana negra forrada de raso, ceñida por el fajín púrpura cardenalicio.

—*Eminentia...* —avisó Cornelio, emitiendo un ligero carraspeo de disculpa.

—Adelante —el cardenal se removió en el reclinatorio, girándose de soslayo, y el fraile vislumbró mejor su rostro de gárgola viviente y sus autoritarios ojos glaucos.

El dominico carraspeó de nuevo:

—Le traigo *notitias* de *Spagna*: una *e bona* e la otra mala. ¿Cuál prefiere saber

primero Su *Paternitat*?

—Déjate de acertijos, Cornelio, y dime qué sucede en España —la voz del cardenal sonó cortante y severa, de acuerdo a su condición como príncipe de la Iglesia y decano jesuita.

—Alguien está indagando cerca de esa ermita campestre donde los franciscanos ocultaron el *relicarium*.

Fray Cornelio había torcido el gesto al nombrar a la orden rival. Desde la Edad Media, las órdenes de San Francisco y de Santo Domingo eran antagonistas, a pesar de ser hermanas en el Señor. La primera, como fundados por el apacible San Francisco de Asís como frailes mendicantes, se basaba en postulados de pobreza y humildad. La segunda, fundada por el furibundo Santo Domingo de Guzmán, siempre había tenido debilidad por el poder, y nada le impedía el disfrute mundano de riquezas. Los franciscanos, algo heterodoxos en sus doctrinas, habían sido más bien gibelinos, esto es, partidarios de separar el poder terrenal y espiritual de la Iglesia. Por otro lado, los dominicos, totalmente seguidores de la ortodoxia católica imperante, eran güelfos, partidarios del poder absoluto del Papa.

Por lo demás, los de San Francisco se fundamentaban en las tesis filosóficas de Platón, mientras que los de Santo Domingo preferían las de Aristóteles. Así las cosas, su secular enfrentamiento por el estudio y la custodia de la sabiduría más ancestral de la Humanidad se había prolongado hasta el Renacimiento, hasta que ambas órdenes habían sido destronadas por una superior y todavía más ambiciosa y autoritaria: la Compañía de Jesús, la legión de Cristo, fundada por el antiguo soldado español Ignacio de Loyola.

El cardenal se enderezó instintivamente sobre el reclinatorio, como un rey en su trono, y se quitó las gafas chapadas en oro que cabalgaban sobre su huesuda nariz. Su añoso rostro parecía forrado de pergamino.

—¿Quién está indagando sobre la custodia sacramental?

—Un millonario belga —respondió el fraile—. Se llama Jean Claude Lavantier y es uno de los mayores coleccionistas *di arte dil mondo*. Fue él quien compró la finca que hay junto a la ermita franciscana el año pasado.

—¿Ha tocado el relicario? —interrumpió ansioso el cardenal.

—Esa es la *bona notitia* —indicó el dominico—, al parecer, la custodia *sacramentale* sigue todavía en su sitio, pero...

—Alabado sea Dios —proclamó Hjortsberg, juntando las manos—. Ese relicario contiene posiblemente el secreto que la Iglesia busca desde hace siglos. Los jesuitas lo hemos tenido localizado durante siglos, hasta que llegase el momento de utilizarlo. Y ese momento ha llegado. Ahora que ya estamos listos y conocemos la forma de activar nuestro plan para encontrar el secreto que oculta no debemos consentir que nadie le ponga las manos encima, justo además cuando se acerca la fecha propicia para el experimento —se puso las gafas y añadió, dirigiéndose al fraile—. Es hora de reclamar oficialmente ese relicario en nombre de la Santa Sede.



—Sí, *Eminentia*, pero...

—Contacte con el obispado de la diócesis española correspondiente y formalice la petición y el traslado a Roma de acuerdo al derecho canónico. Ha de hacerse todo con la debida formalidad litúrgica; no queremos levantar sospechas.

—Perdón, *Eminentia*, pero falta la mala *notitia*.

—Habla.

—El cura párroco de ese *puoblo spagnolo* dice que la custodia *sacramentale* es falsa.

El cardenal giró como una cobra hacia su interlocutor, clavándole como un venablo su pétrea mirada de gárgola:

—¿Cómo que falsa?!

—Sí, *Eminentia*, por lo visto es una copia, la *originale* fue robada durante los últimos años del *sícolo* pasado.

El cardenal bajó la cabeza y dejó escapar un largo suspiro. Transcurrido un silencio, que el fraile respetó con las manos recogidas en el regazo, Hjortsberg preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—El párroco se lo ha *confesato* a su obispo hace tan sólo unas horas, y el obispo nos ha llamado para decírnoslo.

—¿Entonces, qué hace allí ese coleccionista de arte?

—El cura lo ignora, pero supone que la persona que ha llegado hace dos días al pueblo ha sido contratada por coleccionista millonario para verificar la autenticidad o falsedad del *relicarium*.

—¿Un experto en arte?

El dominico negó:

—El párroco dice que es una fémina.

—¿Una mujer? —Hjortsberg pareció extrañado, pero luego reaccionó y dijo—: Hay que averiguar lo que está sucediendo allí.

—Sí, *Eminentia*.

—Avisa al *cavaliere* inmediatamente, él sabrá qué hacer; es quien maneja toda la información desde que hace más de treinta años dio con el paradero del ostensorio, todavía no sé cómo. Además, el *cavaliere* conoce bien España y recursos no le faltan —hizo una pausa y añadió—; es la persona más intrigante y sañuda que he conocido jamás, y he conocido a mucho jesuita maquiavélico en mi vida.

—Perdón, *Eminentia*, pero el *cavaliere* Fabrizio Bellamare se encuentra precisamente en *Spagna* resolviendo un asunto *personale*.

—Está bien, cuando regrese dile de mi parte que destine a este asunto todo su tiempo y su energía. Hemos de recuperar ese relicario cueste lo que cueste, lo necesitamos para encontrar el gran secreto perdido de la Humanidad.

La hacienda del indiano reverberaba entre dos luces a esa hora de la tarde. Al descender del Range Rover, Leticia vio que el repeinado secretario italiano Renzo Tornelli la estaba esperando a la puerta de la casa solariega para recibirla personalmente.

—Acompáñeme, *signora*, por favor —le pidió con su habitual displicencia.

Ella le siguió hasta una de las habitaciones superiores.

—La cena es a las nueve de la noche —anunció Tornelli antes de darse la vuelta y dejarla sola.

Leticia casi se cae de espaldas. El centro de la espaciosa cámara estaba presidido por una cama con dosel. Y sobre ella, como una joya recamada, un extraordinario vestido de noche negro de Valentino, junto con una caja de zapatos conteniendo unas elegantes sandalias de tacón. Todo parecía dispuesto como para agasajar a una señorita de alcurnia en su primera puesta de largo. Un amplio tocador (decorado con flores naturales) dotado de todo lo necesario; un cuarto de baño hasta arriba de exquisiteces inimaginables y todo tipo de perfumes de mujer; una enorme bañera circular de mármol rosa casi a ras del suelo...

Leticia estaba aturrullada, no daba crédito a todo lo que le estaba ocurriendo desde que saliese de Barcelona.

«*Por cierto —se amonestó en silencio—, eso me recuerda que tengo que llamar al señor Sardá*».

Pero es que le estaban sucediendo tantas cosas y tan seguidas que aún no había tenido tiempo. Se sentó en la cama, resoplando alucinada; acarició el elegante vestido, dejó a un lado el bolso y la carpeta de la agencia y prendió un cigarrillo. Suspiró, consultó el reloj y comenzó a arreglarse para la cena. Se sentía como una doncella propiciatoria a quien emperifollan antes de ofrecerla en sacrificio ritual. Si no estuviese tan nerviosa por lo acontecido con el cura, se habría sentido la reina del mambo.

El vestido de Valentino le sentaba de maravilla. ¿Cómo había adivinado el belga su talla? Se maquilló lo mejor que supo con su escasa práctica, y a las nueve en punto acabó de acicalarse; se miró ante el espejo y se quedó asombrada por el resultado. Ni siquiera ella se reconocía. ¡Estaba guapísima!

De pronto escuchó llegar un coche y frenar en la gravilla de la explanada exterior. Apartó un visillo y se asomó por la ventana. Era el Range Rover plateado, que llegaba con una persona, un hombre joven y atractivo, con un petate militar colgado del hombro y vestido con atuendo informal. El secretario salió a recibirle y entraron en la casa. Miró el reloj y comprobó que ya era la hora estipulada. Abrió la puerta de la habitación. Le costaba mantenerse en equilibrio sobre aquellas sandalias de tacón tan elegantes como incómodas; ella que siempre iba en zapatillas de tenis. Si ahora la vieran sus compañeras de la inmobiliaria, menudo soponcio les iba a dar. El patito feo

transformándose en cisne.

Salió al exterior en penumbra y al momento escuchó el aleteo de la música. Lo siguió y las notas volantes de un piano le condujeron a una sala que resultó ser la biblioteca. Las puertas dobles se hallaban entornadas. El secretario surgió de algún lado, le hizo una reverencia y abrió ambas hojas como si diese paso a una princesa. Jean Claude Lavantier estaba dentro, esperándola de pie y vestido con su acostumbrada elegancia casual. La biblioteca era la estancia más solemne de la hacienda del indiano. Tenía forma ovalada, y había sido decorada con una costosa colección de muebles y complementos que imitaban el interior de un palacio del siglo XVIII.

Vitrinas con objetos de marinería, cuadros con escenas de buques antiguos y batallas navales, viejas armas de avancarga, fanales de cobre y una enorme esfera terráquea de madera sobre pie de bronce situada sobre el suelo de mármol, que reproducía una colorida imagen de la rosa de los vientos. En las paredes, alternando con óleos, había fotos de personas en traje del siglo pasado. En una de ellas, un grupo de hombres, todos ellos con barba y densas patillas, al estilo Julio Verne, posaban delante de un rudimentario submarino a punto de ser fletado.

A un extremo de la gran sala ovoide, alguien, vestido de rigurosa etiqueta, tocaba en el piano una suave pieza clásica de armoniosa belleza. Leticia se había quedado mirando aquel globo terrestre, que parecía igual a otro que había en el salón de su casa. Le pareció una extraña coincidencia, pero antes de poder sospechar nada, su anfitrión se dirigió a ella:

—Vaya, está muy guapa —aprobó mirándola de pasada, mientras descorchaba la botella y le servía una copa de vino blanco.

—Gracias —contestó ella, ruborizada.

Él se sirvió una copa de agua y propuso un brindis:

—Por la belleza.

Los cristales de Bohemia dejaron su nota vibrando en el aire, y ambos bebieron.

—Hum, por cierto —indicó el belga, depositando su copa sobre la mesa—, creo que ya es hora de que hablemos de trabajo.

Leticia asintió, incapaz de pronunciar palabra. Realmente, aquel hombre era el mismísimo diablo. Por salir del brete en el que se hallaba, comentó:

—He visto que acaba de llegar alguien. ¿Un huésped?

Él la miró con su típico gesto de introspección, sonrió encantador, e hizo un gesto afirmativo.

—¿Quién es —preguntó ella—, alguien de la competencia? Porque si es así, las normas me impiden seguir adelante. No se puede encargar a inmobiliarias distintas el mismo trabajo de tasación.

Le apetecía a rabiarse encender un cigarrillo, pero se contuvo.

—El señor Lacroix, que acaba de llegar, no pertenece al mundo inmobiliario. Es

un experto internacional, el mejor en localizar y valorar obras de arte antiguo —y como si no quisiera hablar más del asunto, preguntó a continuación—: ¿Qué le parece el caviar? Pruébelo, me lo trae un amigo iraní; dígame si hago bien en gastarme la pequeña fortuna que pago por él.

El caviar sabía divino, y Leticia sintió una oleada de éxtasis. Una de las dos sirvientas de la casa, una rubia de físico exuberante, entró en ese instante en la biblioteca, y unos pasos antes de acercarse al belga se detuvo e hizo una respetuosa flexión. Iba vestida al estilo de las camareras de las grandes mansiones victorianas, de negro, con mandil y cofia ribeteados de encaje blanco; medias negras y albos guantes de seda.

—La cena está servida, *signore* —declamó con un susurro ponderado y en acento italiano.

—Bien —propuso él—, ¿qué le parece si continuamos esta conversación en el comedor?

Pero durante la cena no hablaron de nada en particular. Ella estuvo tentada muchas veces a preguntarle por su ocupación, su vida... Pero él tenía la habilidad de esquivar las preguntas antes incluso de ser formuladas. Se refería a los vinos, al caviar, a la caza; hablaba de arte, de cosas mundanales, como un ameno conferenciante, con su voz perfecta y timbrada. Mientras, Leticia bebía de aquellos generosos vinos y se moría de ganas por encender un cigarrillo.

Tras la cena regresaron a la biblioteca. Ya no estaba el pianista, y las luces eléctricas habían sido apagadas. Sólo quedaban unos pocos candelabros de plata encendidos. Leticia estaba deliciosamente embriagada por el vino, fumando con deleite el aromático tabaco rubio que finalmente le había facilitado el secretario italiano. Si existía el cielo, debía ser algo como aquello. Le asaltó un fugaz pensamiento de locas escaramuzas sexuales en una amplia cama con heráldico cabecero. Que sea lo que Dios quiera, zanjó abandonándose a lo que viniese.

Porque algo iba a ocurrir. El ambiente lo preludiaba. Ella se giró para ver un cuadro de perturbador contenido mitológico. Mientras tanto, él se había dirigido a uno de los suntuosos anaqueles de caoba de la biblioteca y había sacado un estuche de metal damasquinado. Se acercó por detrás portando el objeto en la mano. Leticia escuchó sus pasos y le intuyó aproximándose a su espalda, casi desnuda por el amplio escote trasero.

«*Ahora es cuando me desliza el vestido por los hombros* —se dijo preparándose para la inminente acometida—. *Espero que le guste la combinación que llevo debajo* —pensó con picardía—, *porque no llevo ninguna*». Era un truco que le había enseñado Maica. A los hombres les encanta que no lleves ropa interior, según le dijo una vez.

—¿Por qué? —preguntó ella como una tonta.

—Porque así les pareces más puta.

—¿Le gusta Tiziano? —preguntó él a dos palmos de su espalda. Ella notaba su

aliento sobre la piel—. Ese cuadro es una de las últimas obras del pintor; se titula *Danae recibiendo una lluvia de oro*.

—¿Es auténtico? —preguntó ingenuamente Leticia, dándose la vuelta. Las miradas y los alientos se mezclaron a tan corta distancia. Él asintió.

—Todo esto ha debido costarle una fortuna —repuso ella, a un palmo del atractivo cliente.

Lavantier parpadeó ligeramente, clavándole su mirada introspectiva, y alzó un poco los hombros.

—Estoy acostumbrado a tenerlo todo.

—Pero *todo* no se puede tener en la vida —Leticia comprendió que aquel tópico sonaba cándidamente absurdo en los labios de una mujer tan humilde como inexperta.

Él esbozó una de aquellas encantadoras sonrisas, envolviéndola en su halo varonil.

—¿Ah, no?

Ella suspiró. Bajó los brazos dispuesta a ofrecerse en ese mismo instante, mirándolo a los ojos como desprovista de voluntad para otra cosa. Ahora él la cogería por la cintura, la atraería hacia sí y le estamparía un hondo beso en la boca. Luego le arrancarían el vestido negro y la tendería sobre aquellas bellas alfombras persas de valor desmedido y harían el amor como posesos.

Él alzó la mano derecha. En ella portaba el estuche damasquinado. Leticia bajó de su nube.

—Creo que le interesará ojear esto —dijo él, sentándose y abriendo la caja. De ella sacó una moneda de oro. Era brillante y de buen tamaño.

Leticia salió de golpe de su ensueño. Se había comenzado a excitar, pero ahora veía cómo sus planes de una escaramuza sexual con aquel espécimen de hombre único parecían venirse abajo.

—Por cierto —dijo él—, debería presentarme; creo que no lo he hecho todavía con la debida formalidad.

El belga jugueteaba con la moneda de oro entre las manos perfectamente bronceadas.

—Seguro que habrá oído rumores sobre mí, ¿no es así?

Ella también se sentó; decepcionada por no haber sido tomada cuando tanto lo deseaba.

—Sí, en el pueblo se comentan cosas —dijo al fin.

—Lo comprendo, mi estilo de vida es algo provocador; poseo todo lo que cualquiera puede soñar, soy coleccionista de objetos de arte antiguo, aprecio las cosas bellas —añadió mirándola con interés.

—¿Las colecciona o especula con ellas? —preguntó Leticia con segunda intención.

Él sonrió:

—Ambas cosas.

Ella gimió imperceptiblemente.

—Verá —prosiguió Lavantier—, el arte es un valor intangible debido a su belleza y a su simbolismo. Pero hoy día la gente prefiere lo material a lo intangible.

—Ahora me dirá eso de que el dinero no da la felicidad —interrumpió ella.

—El dinero es otro símbolo —puntualizó él—, pero un símbolo menor, pues conocemos su precio, y eso debilita el misterio. Un objeto no es nada en sí mismo si no contiene algo más intangible que su precio.

«*Vaya —meditó ella—, eso suena igual a lo que opina el párroco sobre el relicario de la ermita*».

—El arte y la belleza son los verdaderos valores de la vida porque no tienen precio —prosiguió él—. Ambos son intangibles, y por lo tanto, eternos. Yo comercio con el arte, lo intercambio, lo saco de polvorientos lugares donde ha sido arrinconado o perdido, y lo pongo en manos de quien lo sabe apreciar. En esa transacción se genera riqueza, no lo niego, pero la vida funciona así.

—¿Es usted traficante de obras de arte? —preguntó ella abiertamente.

El belga esbozó una de sus cínicas sonrisas:

—Vea por ejemplo esta pieza —eludió, recuperando la moneda que reposaba en el brazo del sillón—. Parece una simple moneda de oro, pero esconde un misterio que todavía nadie ha resuelto. He ahí su verdadero valor, no el material del que está fabricada.

—¿Qué tiene de especial? —dijo ella, algo decepcionada por el derrotero que estaba tomando la velada. No entendía nada. ¿Por qué su cliente había organizado toda esa pantomima de lujo asiático si no pensaba culminarla en la cama?

—Es una moneda del siglo XIV, perteneciente al ducado de Toscana; un florín de oro. Vea la flor de lys acuñada —el belga le mostró la pieza, cogiéndola entre el índice y el pulgar—, símbolo de Florencia, capital de la república. Pero lo que tiene de particular es que Cristóbal Colón pagó en España los gastos de la expedición a las Indias con florines de oro similares a este.

—Yo tengo entendido que el viaje de Colón lo financiaron los Reyes Católicos —adujo ella.

—En los libros de historia dice que las tres carabelas y la marinería correspondiente fueron pagadas con ducados españoles con la efigie de los Reyes Católicos. Pero dicha moneda no se acuñó hasta 1497, cinco años después del descubrimiento de América.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que alguien miente deliberadamente sobre el descubrimiento de América. Por ejemplo, durante siglos se ha obviado la razón por la que Colón pertenecía a la orden de San Francisco.

—¿Colón era franciscano? —preguntó ella, extrañada por el dato.

—Sí, había ingresado de niño en la Orden Tercera de San Francisco, incluso muchas veces iba vestido con su sencillo hábito marrón<sup>[4]</sup>. Ingresar en una orden

religiosa era lo habitual entre familias patricias para poder acceder a estudios superiores, pues en aquel entonces el conocimiento estaba concentrado en los monasterios, principalmente franciscanos y dominicos, los más cultos de la cristiandad, antes de que se fundasen los jesuitas.

—¿Insinúa que Colón era de familia noble?

—Noble y bien posicionada; tenían relación comercial con banqueros y prósperos comerciantes de Italia. Cristóbal Colón era un hombre muy culto y bien preparado, no el aventurero desconocido y apátrida que nos han hecho creer algunos historiadores.

Leticia se quedó desconcertada, sin saber qué decir. El belga se puso de pie y rodeó el sillón hasta colocarse a su espalda. Su corazón comenzó a palpitar alocadamente y dio una nerviosa calada al cigarrillo.

«*Prepárate, chica, ahora es cuando viene lo bueno.*»

Jean Claude Lavantier se inclinó hacia ella y le entregó el florín.

—Tenga —le susurró al oído.

—¿Para mí? —vaciló ella.

—Sí.

—¿Por qué? —Leticia se estremecía por momentos—. ¿Me está comprando por el precio de una moneda de oro?

—Sí —admitió él, poniéndole una mano sobre su hombro desnudo—, pero recuerde: no es una simple moneda de oro. Es el precio del Nuevo Mundo.

Ella lo consideró un halago y suspiró, dispuesta a la entrega total. Pero justo en ese momento asomó por el umbral la cabezota repeinada del secretario italiano:

—Ejem..., disculpe, *signore*, tiene una llamada importante.

Lavantier arqueó una ceja, molesto por la interrupción.

—Lo siento —se excusó—, este es el inconveniente del dinero: que nunca duerme ni te deja dormir.

Ella se rehizo, incorporándose y aplanándose recatada el vuelo del vestido:

—No se preocupe —repuso despechada—, vaya a atender esa llamada. No querrá perderse su nueva adquisición de valores intangibles...

Él asintió levemente, comprendiendo la indirecta, y señaló:

—Mi chófer la llevará de vuelta. Buenas noches.

Cuando Leticia se despertó al otro día era casi la una de la tarde. Estaba atontada y sufría resaca por todo lo bebido y fumado durante la noche para ahogar la decepción sufrida en casa de su cliente. La botella de güisqui de baja marca y alta graduación que se había llevado a la cama figuraba medio vacía sobre la mesita de noche, junto al cenicero repleto de colillas. Se frotó las sienes entumecidas y se arrastró hasta la ducha. Ni siquiera el agua fría terminó de avivarla. Necesitaba café directo en vena. Bajó a trompicones y se dirigió a la cocina. Paco la recibió con un *buenas tardes* deliberado, insinuando lo tarde que era para desayunar.

—¿Dónde está Chelo? —preguntó ella, sin hacer caso de la indirecta.

Por lo visto, la chica se había marchado con Cristian Lacroix, el recién llegado huésped del belga, que había venido temprano buscando a Leticia, pero como ella estaba todavía durmiendo, Lacroix se había marchado con Chelo. Eso que se había perdido, lamentó Leticia, porque aquel hombre del petate militar parecía muy guapo, aunque le viese anoche y sólo de refilón. Estaba claro que aquella chica tenía un éxito fulminante con los hombres, pensó con cierta envidia, mientras bebía tragos de café como si fuese agua mineral. ¿Pero qué querría de ella el huésped de Lavantier? Ni siquiera habían sido presentado; el belga sólo le había dicho que aquel tipo era un experto en arte.

Entonces Leticia oyó el claxon y sufrió un sobresalto. Salió fuera, y allí estaba esperándola el Range Rover enviado por Jean Claude Lavantier. El chófer descendió y se dirigió a ella. ¿Aceptaba la señora la invitación de almorzar con el señor Lavantier? No es que a esas horas Leticia tuviese muchas ganas de almorzar, pero en cambio ardía en deseos por ver de nuevo al insolente y atractivo millonario. Subió a su cuarto y rebuscó entre su bolsa de viaje. Eligió una blusa ligera azul celeste con escote cuadrado bastante bajo. Evitó ponerse sujetador, de tal forma, el nacimiento de sus pechos ofrecía un aspecto incitante de lo más apetecible, según los consejos de la experta Maica.

Esta diablura femenina la hizo cobrar ánimos; tenía que reconocer, aún a regañadientes, que le excitaba que el belga la hubiese intentado comprar como a una valiosa obra de arte. Era la primera vez que le sucedía algo así en toda su recatada vida monjil. Se enfundó una estrecha falda de algodón que había encogido desde la última vez. Era la que se ponía las pocas veces que salía de copas con sus compañeras de la inmobiliaria, la misma que se trasparentaba un poco a cada contraluz.

«*Más vale barcos sin honra que honra sin barcos*», pensó, vestida para la batalla.

Cogió la moneda entregada por Lavantier y la metió en su bolso. Acto seguido, subió al coche dispuesta a venderse cara.

«*Pero tampoco demasiado.*»

Nada más llegar a la casa del indiano, Renzo Tornelli la estaba esperando en el umbral. La hizo pasar a la biblioteca, donde Leticia vio que en una mesa auxiliar



había dispuesta una bandeja con bebidas, caviar y otras delicadezas de gourmet. Se sirvió un martini, aderezado con un trozo de limón, y se encendió un cigarrillo. Aún no había dado el primer sorbo, cuando oyó la voz a su espalda:

—¿Ha examinado la pieza que le presté?

Leticia sufrió una ráfaga de placer desde el cuello hasta los talones. La sola voz de Lavantier ya bastaba para enervarla. Se volvió temblorosa con el vaso en la mano; y allí estaba él, con su aspecto relajado y su sonrisa encantadora, apoyado en el dintel de la biblioteca.

Ella preguntó, extrañada:

—¿Ha dicho que me prestó? Yo creía que me la había regalado.

—Fue una transacción; y usted todavía no ha satisfecho el precio de su valor... — insinuó él.

«*Será canalla...*»

—Quizá el precio ha subido desde ayer —replicó ella.

—Entiendo —admitió el belga, esbozando una de sus mejores sonrisas. Luego añadió en otro tono:

—¿Puedo preguntarle a qué conclusiones ha llegado sobre lo que le comenté?

—¿Se refiere a esa pretensión suya sobre la financiación del viaje de Colón por parte de Italia en lugar de por España?

—Ahá.

—Yo diría que me ha contado usted eso y me dejado ver el florín de oro porque tiene alguna relación con esta finca y con la ermita donde se guarda el ostensorio en cuestión.

Lavantier hizo un gesto asertivo. Se acercó a la mesita auxiliar y se sirvió un vaso de agua.

—Tal como yo suponía, es usted una mujer inteligente —admitió él—; además de muy hermosa. Veo que no me equivoqué al pensar que podía formar parte del equipo.

—¿Equipo? —repitió ella.

—Eso he dicho —sonrió él.

Leticia suspiró cansina:

—Dígame la verdad, señor Lavantier; ¿de qué va el juego? Se supone que yo estoy aquí para ayudarle a valorar la finca y recomendarle un precio, no para que usted me ponga precio a mí.

El belga volvió a llenar el vaso de Leticia y cabeceó afirmativamente:

—Está bien, no andemos con más rodeos. Seguramente usted ya sabrá que soy un renombrado buscador de obras de arte perdidas —hizo una pausa para beber otro sobro de agua y añadió—: rastreo la pista de un valioso códice perdido escrito por Leonardo da Vinci.

Ella esbozó una cara de extrañeza, y Lavantier amplió el dato:

—Un legajo de anotaciones personales que contendría referencias a cierto artefacto que utilizó Cristóbal Colón para orientarse en su viaje hacia el Nuevo

Mundo.

Ahora Leticia le miraba con absoluta perplejidad.

—Me refiero —continuó él— a un sistema de navegación que tiene relación con el ostensorio de la ermita franciscana de ahí fuera.

Leticia vaciló:

—¿Quiere decir que la custodia sacramental oculta en su interior un manuscrito de Leonardo da Vinci?

Lavantier puntualizó:

—No lo sé con certeza; de eso se está ocupando ahora mismo el señor Lacroix. Sin embargo, sí sé que se trata de un artefacto de orientación marítima inventado por uno de los sabios de la hermandad a la que quizá pertenecía Colón: los Pitagóricos.

Leticia cabeceó en forma negativa:

—Todo eso me parece poco probable —rechazó, sorprendida de que todavía quedasen tesoros artísticos por descubrir—. ¿Cómo es que algo así no ha trascendido hasta la fecha?

—Se lo explicaré de manera sucinta. Según mis investigaciones, esta casa fue construida en el siglo XIX por alguien que se hizo con ciertos documentos y objetos personales de Leonardo da Vinci, hasta ahora desconocidos.

—¿Se refiere a ese códice?

—Sí, en concreto, dos diarios de anotaciones.

—Ya, ¿y qué pasó con ellos?

—No se sabe con seguridad, de ahí que algunos los anden buscando desde hace siglos.

—Entre ellos, usted —aventuró ella.

Lavantier asintió:

—Yo, junto a varios países del mundo, incluso el Vaticano. Todo apunta a que los manuscritos recalaron en España y quizá terminaron en manos de la Iglesia, posiblemente requisados por la Santa Inquisición.

—Pero usted no lo cree.

Lavaniter negó.

—¿Y supone que están ocultos en el ostensorio de la ermita? —insistió ella, rebosando asombro.

—Quizá. Puede que alguien los escondiese ahí, para preservarlos de la Inquisición. Es de suponer que en una joya votiva no se atreverían a indagar ni siquiera los inquisidores.

Leticia se dio una palmada en la pierna.

—Lo que yo suponía; y por eso compré esta finca.

—Es usted muy perspicaz —dijo él, con su seductora sonrisa mundana.

—Pero entonces —vaciló ella—, ¿por qué la quiere vender ahora?

—Forma parte del plan.

—¿Qué plan?

Lavantier bebió un sorbo de agua e hizo como que no había oído la pregunta. Ella prendió un cigarrillo, dejó escapar el humo, cada vez más nerviosa, y preguntó:

—¿Pero que contiene ese código, para que interese a tantos?

—Para el Vaticano contenía la pista de un secreto ancestral referido a la creación del mundo, mientras que para las potencias marítimas de la época se supone que contenía el secreto de la navegación.

Leticia expulsó una nueva bocanada humo y puso cara de no entender.

—En tiempos de Colón —explicó Lavantier— todavía no se conocía cómo orientarse en el mar usando las coordenadas de un mapa; es decir, la latitud y la longitud.

—Ah, ¿no?

—Verá, cualquier marino podía deducir la latitud calculando con el astrolabio la altura del Sol, o por la noche, observando la altura de ciertas estrellas conocidas por encima de la línea del horizonte. Pero averiguar la longitud era un dato mucho más complejo, porque el tiempo influye al atravesar los meridianos, y en aquel entonces no había una forma precisa de medir el tiempo. Ni siquiera se habían establecido los meridianos, tal como los conocemos hoy.

—¿No existían los relojes?

—Sí existían, pero eran rudimentarios, imprecisos, y muy poco fiables, sobre todo ante las duras condiciones climáticas del mar y el constante movimiento de un barco. Era una locura fiarse de ellos.

—¿Es que la longitud se calcula mediante un reloj? —inquirió ella.

—Así es, había que saber qué hora era en el barco y en el puerto base del que se había partido, cuya longitud era conocida. Los dos tiempos permitían que el navegante convirtiera la diferencia horaria entre ambos puntos en distancia geográfica, efectuando un simple cálculo.

—¿Qué cálculo?

—Pues teniendo en cuenta que la Tierra tarda 24 horas en efectuar un giro completo de 360 grados sobre su eje, una hora supone la vigésimo cuarta parte de una rotación, es decir, quince grados. Por lo tanto, cada hora de diferencia entre el barco y su punto de partida supone un avance de quince grados de longitud. Pero, como le digo, en aquel entonces no existían relojes en los barcos ni mapas con meridianos y paralelos. Por eso, ante la incógnita de la longitud, las principales potencias marítimas rivalizaban intentando lograr un método fiable de cálculo, porque de ello dependía el dominio de los mares.

Leticia se consideraba una inculta, a causa de su falta de estudios superiores, que su madrina doña Rosa no había podido pagarle. Pero eso no quería decir que no fuese una persona curiosa de todo, y aquella historia de la navegación antigua que le desgranaba Jean Claude Lavantier le parecía muy interesante. Por eso preguntó:

—¿Pero qué papel juega Leonardo da Vinci en todo eso?

—Se sospecha que Da Vinci resolvió antes que nadie el cálculo de la longitud.

Por lo visto era un sistema para localizar determinado lugar en mitad del océano Atlántico.

A pesar de su interés por el asunto, Leticia escuchaba todo aquello con un punto de distanciamiento profesional, procurando mostrarse atenta pero a la vez no ser embaucada por el fascinante propietario de la casa que tenía que valorar. Eso si es que de verdad le había llamado para ello, porque a estas alturas no estaba nada claro. Pero era difícil escapar al hechizo que desplegaba el buscador de tesoros artísticos; sus ademanes comedidos, su magnética voz... No había hecho más que acabar con un cigarrillo, y ya estaba encendiendo otro sin apenas darse cuenta.

El almuerzo posterior transcurrió tan agradable como era de suponer. Durante la comida, su anfitrión le terminó de contar el origen de aquella moneda de oro. Leticia escuchó entregada el relato, aquel hombre parecía saber tanto de todo. Según Jean Claude Lavantier, Génova, la presunta patria de Colón, era rica en navíos, empresas comerciales y sobre todo en bancos y prestamistas. Uno de ellos, el más conocido de todos, era el Banco de San Jorge, con sucursales en varias ciudades del Mediterráneo. En el Renacimiento, la moneda principal era el florín de oro de Florencia, patrón monetario de Occidente debido a su solidez; acuñado por una cara con la cruz celta de San Jorge, símbolo de Génova, y por la otra la flor de lys, símbolo de Florencia.

Se sabe que Cristóbal Colón, con apenas 25 años, era socio de una empresa de prósperos comerciantes y capitaneaba uno de sus navíos. En uno de sus viajes a Florencia conoció a los Pitagóricos, una hermandad de sabios que habían llegado a Florencia cuando los turcos invadieron Constantinopla. Los Pitagóricos, seguidores de la sabiduría griega, sobre todo de Pitágoras, le propusieron a Colón organizar una expedición para encontrar determinado lugar oceánico del que hablaban antiguos tratados de mitología. Colón recabó ayuda de sus socios genoveses, que le avalaron ante la banca de San Jorge. El préstamo fue pagado con aquellos florines de oro.

Al parecer, los Pitagóricos se fiaron de Colón debido a su pertenencia a la Orden Tercera de San Francisco, antagonistas de los dominicos, que acusaban de herejes a los Pitagóricos. En aquella época, los franciscanos y los dominicos rivalizaban en Florencia por el control de la ciudad. Los franciscanos eran amigos de los Pitagóricos, que compartían con ellos su sabiduría clásica y sus amplios conocimientos científicos y astronómicos. En cambio, los dominicos representaban la ortodoxia de Roma.

Para atacar la creciente influencia de los Pitagóricos en Florencia, capital del arte en Italia, los dominicos enviaron a uno de sus más prestigiosos predicadores, Giorlamo Savonarola, que se puso a despotricar públicamente de las herejías que protegían los franciscanos al dar cobijo a esos seguidores de Pitágoras que habían llegado desde Bizancio. Pero a tal extremo llegaron sus fogosas diatribas, que Savonarola, enfebrecido, terminó criticando a la propia Iglesia. La Inquisición no tuvo más remedio que arrestarle, condenándole a morir en la hoguera. Debido a ese ambiente irrespirable de integrismo religioso, los Pitagóricos pasaron a la

clandestinidad total, huyendo de Florencia a lugares más tranquilos.

Jean Claude Lavantier se interrumpió aquí, pues llegó su secretario italiano avisándole de una nueva e importante llamada de negocios.

—Considérese en su propia casa —se excusó gentil—; si necesita algo no tiene más que decirlo.

Leticia no tenía ganas de quedarse allí sola en la mansión de su cliente. Le hervía la cabeza, pues a la resaca que arrastraba desde la noche anterior, había que añadir los martinis, el buen vino del almuerzo y dos güisquis tomados durante la improvisada tertulia histórica que le había dedicado el belga. Ella no comprendía aún por qué un potentado como Jean Claude Lavantier le estaba haciendo partícipe de aquella extraña historia sobre Cristóbal Colón y Leonardo da Vinci, suministrándosela como una gacetilla por entregas. Sospechaba que tal actitud tenía algún tipo de finalidad con respecto a la tasación y venta de la finca, tal vez para incrementar su valor con el añadido histórico y misterioso de la ermita y su enigmático relicario. ¿Era debido a eso por lo que el rico y confeso traficante de arte despertaba la irritación de Tadeo Malumbre y el párroco? Decidió acercarse al pueblo a entrevistarse con el presidente de la Cofradía. Quizá mediante el antagonista de uno, lograse información valiosa del otro.

Solicitó a Tornelli que le llamara un taxi, y se dirigió hacia el pequeño villorrio. Cuando llegó, Tadeo Malumbre no estaba, como ella suponía, acodado en la barra del bar. «Se encuentra arriba», le dijo el camarero, mirándola con aversión, «pero no puede usted subir, está reunido con unos señores». Leticia decidió esperar sentada en una de las mesas de junto a las ventanas, por cuyos sucios cristales se veía la recoleta plaza del pueblo.

«¿Qué narices estoy haciendo aquí? —se preguntó al cabo de un cuarto de hora y cinco cigarrillos—. *Quién me ha dado a mí vela en este entierro* —se reprochaba fumando como una posesa, mientras el camarero no le quitaba ojo».

Al poco, vio salir a Paco de la trastienda del bar. La mirada de ambos se cruzó. El gerente del albergue sufrió un respingo y se detuvo. Por un momento titubeó, como si dudase en seguir adelante o acercarse a saludarla. Pero de repente salió disparado a toda prisa, tropezando nervioso entre las sillas y las mesas. En su semblante asomaba la viva expresión del miedo. Subió a su viejo Citröen y se marchó.

En eso, comenzó a salir más gente por la misma puerta. Se notaba que los del piso de arriba habían concluido su reunión. Uno de los congregados era el padre Aquilino Bermúdez. Justo antes de salir por la puerta del bar, el cura se detuvo y le lanzó una mirada con los ojos cargados de advertencias. El último en bajar fue Tadeo Malumbre. Se acercó a la barra y pidió un café. El camarero le hizo un gesto silencioso en dirección a donde aguardaba Leticia. Tadeo se giró y la vio; cogió la taza y se acercó a la mesa.

—¿Han tenido reunión de la Cofradía? —le preguntó Leticia, fingiendo despreocupación.

Él suspiró, mientras removía silencioso el azúcar del café. Ofrecía un aspecto lastimoso, como si hubiese pasado la noche en vela.

—Señora —dijo al cabo de unos segundos—, debió usted hacernos caso y no andar indagando en lo que no le concierne.

—¿Se refiere a la ermita y a su presunta reliquia milagrosa?

El jubilado alzó la vista de la taza:

—Váyase —dijo—, quizá todavía esté a tiempo...

Pero antes de terminar la frase Tadeo Malumbre negó con la cabeza y volvió a inclinarla sobre la taza humeante, como si lo que se había desatado ya no tuviese marcha atrás.

—No, es inútil —murmuró—, la encontrarían de todas formas; el brazo de esa gente tiene mucho poder.

—¿Qué ha pasado ahí arriba? —preguntó ella, comenzando a inquietarse de veras.

Pero él no respondió enseguida. Alzó de nuevo la cabeza, con la mirada perdida en la plaza, donde los viejos comenzaban su pausado desfile de retiro a casa, tras pasar la tarde como lagartos al sol. Estaba pensando que allí es donde tenía que haber estado él, con los jubilados y los pensionistas, evocando recuerdos o hablando de cualquier nimiedad, y no jugando a conspiraciones políticas y eclesiásticas que podía estallarte en las manos, como acababa de suceder allí arriba. Tadeo iba sin afeitarse, el sombrero mustio, doblado sobre sí mismo, como si de pronto notase la cantidad de años acumulados a su espalda.

—Está bien —dijo, volviendo el rostro hacia Leticia—, después de todo, tiene derecho a saberlo..., antes de que... —Sus ojos estaban cada vez más enrojecidos—. Mire, se lo diré bien claro: el Vaticano ha tomado cartas en este asunto; la cosa ya no depende de mí ni de la Cofradía.

—Pero...

—No debió usted indagar sobre la custodia sacramental, no debió usted entrar en la ermita, no debió usted hablar con el belga... Ahora ya es tarde —añadió con la cabeza derrotada—; que Dios la ayude.

Tras aquella inquietante conversación todo sucedió muy deprisa. Leticia volvió al hotel rural y tomó una buena dosis de tranquilizantes para conseguir dormir un poco. Finalmente, cayó en un pesado sueño. Por la mañana, confusa y sin saber la hora ni el día en que se hallaba, decidió que toda esa historia de intrigas imbricada en su vida y en su trabajo no le incumbía lo más mínimo. Lo mejor era regresar a Barcelona y seguir con la existencia cotidiana y aburrida de siempre, vendiendo y alquilando pisos a gente normal y trabajadora.

Bajó dispuesta a informar a Paco que se marchaba, que se despidiese en su nombre del belga; rechazaba el trabajo de tasación encomendado y volvía con su madrina doña Rosa, el gato *Fausto*, tuerto por alguna reyerta en los tejados, y sus peludos amigos, que seguramente la estaban echando de menos. Se había levantado deprimida, pensando que el mundo es un lugar inhóspito, que todo aquello no era para ella. Que aquel atractivo multimillonario sólo pretendía llevársela al huerto, «como quieren todos, chica», según la experta en hombres Maica Roig. Y ella no era más que una soltera pasada de horno, huérfana, sin estudios y sin la menor experiencia de la vida. ¿A qué estaba jugando, pues?

«*Quítate la venda de los ojos —se dijo con amargura, contemplándose en el espejo del baño—, quién te va a querer a ti, que eres una don nadie, como te dijo ese cura*».

Antes de bajar hizo el equipaje, metiendo las cosas en un montón informe, irritada por el dolor de estómago y de cabeza que le habían provocado las pastillas y el alcohol. Estaba decidida, se iría de allí hoy mismo. Pero de repente, mientras buscaba a Paco para comunicarle su decisión, cayó en la cuenta de que la capital estaba treinta kilómetros del villorrio. Le buscó por todos lados para pedirle el favor de que la acercara con su coche, pero el encargado del albergue seguía sin aparecer desde que ayer le viese salir del bar con la cara desencajada de pánico. Chelo tampoco aparecía; estaría con su nuevo amigo, el invitado del belga.

Leticia se sirvió un café y comenzó a evaluar si le quedaba dinero suficiente para ir en taxi a la capital y luego para el billete de tren hacia Barcelona. Tenía prisa por largarse; algo estaba sucediendo, se lo decía su intuición femenina. Entonces oyó que llegaba un coche. Salió, suponiendo que se trataba de Paco. Pero era el Range Rover del coleccionista de arte conducido por su chófer guardaespaldas.

—Buenos días, señora —la saludó con ademanes de matón—, si tiene la bondad de acompañarme, el señor Lavantier la reclama en su casa para hablar de un asunto de suma importancia. Ah, y haga el favor de traer consigo su equipaje.

Cuando Leticia llegó a la finca del indiano, Jean Claude Lavantier la estaba esperando junto a Chelo y el experto en arte, en uno de los fastuosos salones de la mansión. El secretario italiano le sirvió una taza de té. Leticia no daba crédito a lo que veían sus ojos. Ella tan preocupada y desecha, y aquellos tres tomando tan

campantes el té de las cinco. Chelo, vestida con su astroso atuendo *neohippie*, sorbía la taza masticando chicle como si nada.

Lavantier le presentó a su huésped: Cristian Lacroix, se llamaba. Era guapo y parecía simpático, aunque un tanto presumido. Sonreía indolente, con evidente dominio de la situación.

—Les he reunido como miembros del equipo —estaba informando Lavantier— para comunicarles que hemos de marcharnos con la máxima celeridad.

—¿Marcharnos? —inquirió Leticia—. ¿Adónde, por qué, de qué equipo habla?

—He dado por concluida la primera fase de la investigación —contestó el belga, sin perder un ápice de su encanto mundano—; dadas las últimas circunstancias, aquí ya no estamos seguros. Desde ahora, iniciamos la segunda fase del plan.

Leticia parpadeó, sin entender nada. Iba a replicar, pero entonces Lavantier la detuvo con un gesto y soltó de sopetón:

—La policía ha encontrado a Paco; se despeñó anoche por un terraplén mientras conducía hacia el albergue, y el coche se incendió. Ha muerto.

Leticia abrió unos ojos descomunales y se le escapó de las manos la taza de té, cayendo sobre la alfombra del suelo. Se había quedado pálida como la cera. Tornelli acudió silencioso a secar la mancha y servirle otra nueva taza.

—Hemos de marcharnos enseguida —repitió el anfitrión—. Lo haremos esta misma noche. Usted, el señor Lacroix y nuestra joven amiga Chelo, que desea sumarse al equipo y huir de aquí, donde la tienen trabajando como a una esclava; ¿no es eso?

Chelo asintió, sin dejar de mascar chicle.

—Me parece bien —sonrió el coleccionista—, quizá necesitemos sus habilidades informáticas.

«¿Primera fase de la investigación, equipo, habilidades informáticas...?»

—Aquí ya no hacemos nada —agregó Lavantier—, una vez comprobado que la custodia relicario de la ermita es falsa y no contiene lo que buscamos.

Entonces Leticia pensó que se le había ido la mano con los somníferos y que se había quedado atrapada dentro de un sueño. Pero aquello no era un sueño, era una pesadilla.



## II

*El descubrimiento del Nuevo Mundo fue concebido desde el primer momento como una operación ocultista*

**Hakim Bey**

# 1

Leticia emergió de su hipnótico letargo de tranquilizantes, y lo primero que vio al abrir los ojos fue la moneda de oro entregada por Jean Claude Lavantier, depositada en la mesita de junto a la cama, al lado del paquete de tabaco, el cenicero repleto de colillas y el encendedor. De golpe comprendió que aquel florín era el precio que había pagado el coleccionista belga por disponer de su vida, y sintió la urgente necesidad de salir corriendo en ese mismo instante. Pero antes debía saber dónde estaba, con el fin de correr en la dirección correcta. Porque no reconocía el sitio. Giró a un lado y a otro la cabeza y constató que se hallaba tendida en un lecho, mientras el sol deslumbrante de la mañana lo inundaba todo entrando por el balcón abierto a la derecha de la cama.

Trató de recuperar la conciencia y recordar. Había subido a bordo de un *jet* privado, junto con Chelo; Cristian, ese chico tan guapo del petate militar; el bilioso secretario, la cocinera y la doncella de Jean Claude Lavantier. Luego, el pequeño reactor había despegado en dirección desconocida. Empujada por la incertidumbre y los nervios, Leticia se había dejado llevar sin objeción. Poco después, con el avión en pleno vuelo penetrando en la negrura de la noche, se había tomado varios somníferos, cayendo en un profundo sueño; ni siquiera fue totalmente consciente del aterrizaje. Despertó atontada cuando el reactor se deslizaba sobre la pista del aeropuerto. Un lujoso vehículo les aguardaba a pie de escalerilla. Los hombres de Lavantier les acomodaron en el automóvil y partieron hacia su nuevo destino. Era de noche, y las luces de una ciudad brillaban a lo lejos reflejadas sobre una mansa bahía en calma. Eso era todo lo que recordaba de su llegada.

Pero ahora era de día y por el balcón entraba un torrente de luz insoportable. Leticia se desperezó; aturdida por los últimos jirones de sueño, se incorporó de la cama todavía sin deshacer. Estaba en una amplia habitación de alto techo, amueblada de manera elegante pero funcional, como un piso de familia burguesa. Vio que se hallaba en ropa interior y cubierta sólo con una camiseta, pero el clima era estupendo. Se levantó y caminó hacia el balcón entornando los ojos, con intención de cerrarlo y aplacar la deslumbrante luz matinal, pero antes de hacerlo percibió una oleada de aroma salino y sintió curiosidad. Haciendo visera con la mano, apartó los visillos blancos que cubrían la puertaventana y se asomó al exterior. Y entonces se dio de bruces con una hermosa panorámica.

Hasta donde alcanzaba la vista se veía rutilante un mar azul, sembrado de reflejos espejeantes. Debajo de la balconada había un bonito paseo flanqueado de altas palmeras y pavimentado por mosaicos de mármol reproduciendo un oleaje ondulado. Se encontraba a la altura del piso seis o siete de un edificio estilo principios de siglo enclavado justo enfrente del puerto. Más allá, hacia su izquierda, contempló la playa salpicada de bañistas; y a lo largo de toda la costa, los balandros cabeceando en la brisa, los kioscos de coloridos toldos, los enjambres de palomas blancas y gaviotas

que llegaban planeando hasta casi entrar por el balcón. Respiró henchida de gozo, olvidando sus temores.

Cogió sus tejanos, se los puso, se calzó sus zapatillas blancas, abrió la puerta de la habitación, y salió al exterior. El piso reposaba silencioso en una confortante y fresca penumbra. Era muy amplio, tendría 300 o 400 metros cuadrados, quizá más; un ático impresionante, todo decorado con el mismo aspecto formal, pero sin el lujo excesivo que había contemplado en la hacienda campestre. Entonces se preguntó dónde estaría Jean Claude Lavantier, y para qué se habían desplazado de ciudad. ¿Acaso no era la casa solariega la que tenía que ayudarle a tasar? ¿Qué hacía entonces allí, qué ciudad era esa?

*«Por cierto, aún no he llamado a la inmobiliaria; estarán todos preocupados por mí. No he dado señales de vida desde que salí de Barcelona.»*

Se encendió el primer cigarrillo del día y buscó el cuarto de baño. Mientras se aseaba, maldijo su comportamiento tan poco profesional y considerado. ¿Cómo estaría la inválida doña Rosa y el despeluznado *Fausto*? No había forma de avisar a su vieja madrina, puesto que el caserón del Raval carecía de teléfono. ¿Y su jefe, el señor Sardá? ¿Qué estaría pensando de ella a estas alturas, sin una sola llamada de cortesía, desaparecida como si se la hubiese tragado la tierra? Se propuso llamarle en cuanto se arreglase. Salió del cuarto de baño con intención de bajar a la calle de inmediato, pero justo en ese instante alguien surgió de una de las habitaciones que flanqueaban el largo pasillo de la casa.

—Hola; nos conocimos ayer, ¿recuerdas? —sonrió el hombre—, aunque me parece que estabas un poco aturdida...

—Ah, sí, perdona, tú eras...

—Cristian Lacroix; también formo parte del equipo.

*«Y dale con el equipo.»*

—Ah, ¿y podrías decirme dónde nos han traído? —indagó Leticia.

—Claro, ¿no lo sabes?; estamos en Alicante.

## 2

La vieja cocinera francesa y la doncella italiana se habían hecho cargo de la cocina y la intendencia en el amplio ático que ocupaban. Cristian, Leticia y Chelo habían mantenido su primer almuerzo común como miembros del *equipo* al que se refería el belga en uno de los salones con vistas al paseo de palmeras. A los postres, mientras conjeturaban de qué iba todo aquello, apareció el secretario repeinado y les entregó displicente un abultado sobre.

—¿Qué es? —preguntó Cristian, adelantándose a tomarlo, gesto con el que asumía *de facto* el rol de jefe.

—Me permito suponer que son las instrucciones enviadas por el *signore* Lavantier —dijo el envarado Renzo Tornelli.

—¿Instrucciones? —replicaron los tres al unísono.

—En efecto, relativas al trabajo que ustedes tienen que desarrollar en esta ciudad.

—¿Pero él dónde está? —preguntó Leticia.

—Deberá permanecer ausente por el momento, sin embargo, es su deseo que se consideren ustedes como en su propia casa.

Cristian rasgó el papel; dentro del sobre había varios folios, donde figuraban las instrucciones de puño y letra consignadas por Jean Claude Lavantier. No tuvo más que comenzar a leer para corroborar el propósito de aquel grupo improvisado: el coleccionista de arte belga les contrataba a los tres para descubrir lo que iba buscando Cristóbal Colón cuando se hizo a la mar en 1492.

—*Pa* cagarse —repuso Chelo, rumiando chicle—, ¿ese tío está *colgao* o qué? ¿Pero el menda de Colón no buscaba América? Vamos, hombre, si hasta yo sé eso.

Leticia se encendió un cigarrillo y preguntó irritada:

—¿Y se puede saber cómo piensa que descubramos nosotros tal cosa?

—Aguarda —dijo Cristian, reanudando la lectura de los folios—, aquí lo pone: hemos de utilizar un simulador de navegación.

—Jo, qué fuerte, tío.

—¿Un simulador de navegación?

—Sí —confirmó Cristian—, aquí lo explica: por lo visto es un aparato como los simuladores de vuelo para entrenamiento de los pilotos de líneas aéreas, sólo que este sirve para enseñar a maniobrar y pilotar buques, simulando de manera virtual a través de sus pantallas los mares del mundo y las diversas dificultades meteorológicas adversas con las que un capitán de barco puede tropezarse navegando.

—¿Y dónde está eso? —replicó ella, incrédula.

—Si me permite, *signora* —intervino el secretario—, el simulador de navegación pertenece a la Universidad de Alicante y está considerado el mejor de Europa; se encuentra instalado en un edificio no lejos de aquí, al final de este mismo paseo de palmeras. Cuando quieran les indicaré su exacta situación.

—Ya te digo, el menda.

Chelo continuaba mostrando su desdén, aunque lo cierto es que aquello le divertía de lo lindo, por fin se había escapado de su enclaustramiento en el albergue rural. Además, le gustaba mucho Cristian Lacroix, aunque fuese mucho mayor que ella; había estado intentando ligárselo con sus artimañas de Lolita perversa desde que apareciese por la finca del indiano.

—Bien, recapitulemos —retomó Cristian—; Jean Claude Lavantier busca algo relacionado con Cristóbal Colón...

—Sí, ¿pero qué? —interrumpió Leticia, mirando al secretario repeinado en tono inquisitivo. Renzo Tornelli hizo un gesto negligente, como si contestar a eso no formase parte de su cometido.

—No sé —replicó Cristian—, pero me imagino que se trata de una isla perdida, o tal vez algo hundido en el mar, porque según tengo entendido, Lavantier es un cotizado cazatesoros.

—¿El belga busca un tesoro?

El envarado Tornelli carraspeó e intervino de nuevo:

—Con su permiso, les diré que, en efecto, el *signore* Lavantier ha protagonizado el descubrimiento de importantes obras de arte antiguas, que... —Enarcó una ceja— ... que bien podríamos llamar tesoros, si atendemos sólo a su valor material. Aunque considero adecuado puntualizar que el *signore* Lavantier se considera un filántropo...

—¿Un qué? —preguntó Chelo, que no conocía el término.

—... un rescatador de obras de arte perdidas para beneficio de la humanidad —completó Renzo Tornelli.

—Ya —dijo Leticia, volviéndose hacia Cristian—. O sea, ahora lo entiendo: Lavantier te citó por eso. Yo creí que te había llamado para que determinases la autenticidad de la custodia sacramental de la ermita.

—Bueno, para eso también —Cristian vaciló unos instantes, meditando la respuesta—. Pero creo que él ya sabía que la custodia era una réplica cuando yo llegué. Y además —confesó—, en realidad no me citó él..., me ofrecí yo cuando supe lo que andaba buscando.

—¿Pero tú cómo lo sabías?

—En este mundillo nuestro las noticias vuelan.

Leticia frunció el ceño, extrañada, y él agregó:

—Tengo cierto renombre como rastreador de obras de arte desaparecidas; ya sabes, cuadros robados de museos o colecciones particulares..., objetos y piezas expoliadas durante la guerra...

—Vaya, que apasionante...

Cristian trató de cambiar el hilo de la conversación. No quería que nadie sospechara su colaboración como infiltrado de los servicios de Inteligencia.

—Aunque quizá no sea un tesoro lo que busca Jean Claude Lavantier —insinuó.

El secretario enarcó de nuevo una ceja y Leticia preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que yo sepa, ninguno de los viajes de Cristóbal Colón está relacionado con nada de valor material.

—Pero encontró oro, ¿no? —preguntó Chelo.

—Muy poco, algo de bisutería indígena. Nada como para considerarse un tesoro.

—Un momento —atajó Leticia—; tú serás un experto rastreador de arte y no sé cuantas cosas más, pero yo no soy más que una sencilla empleada de inmobiliaria, que no tengo la menor idea de tesoros y de todo eso. Por no saber, ni siquiera sé lo que hago aquí con vosotros. Porque en lugar de tasar nada, ese Lavantier me cita en su mansión campestre, me organiza una cena de lujo y me cuenta un rollo histórico, que todavía no comprendo con qué intenciones...

Tornelli carraspeó, como evidenciando que se hallaba presente.

—Mola, ¿no? —opinó Chelo—. Eso es que le gustaste...

Leticia se giró hacia ella:

—Te molará a ti, rica, que no tienes otra cosa que hacer. Pero yo estoy aquí enviada por mi jefe para valorar una finca, no para tomarme unas vacaciones.

—Olvídame, tía —espetó Chelo, cruzándose de brazos.

El secretario intervino:

—Con permiso; si se fijan, tal como se indica entre las instrucciones que acaban de recibir, todos ustedes cobrarán un generoso estipendio del *signore* Lavantier por el tiempo y el trabajo dedicados desde ahora mismo como integrantes de su equipo investigador.

—¿Lo ves, colega?; ese tío va de legal —razonó Chelo.

—Eso lo dirás porque te ayudó a escapar del albergue rural.

—¡Pues sí, ¿vale?! Ese Paco me tenía esclavizada, ya estaba más que harta de fregar suelos, hacer camas y limpiar retretes en su hotelucho de mierda.

—Eres una menor de edad —espetó Leticia—, y Jean Claude Lavantier estará en un lío gordo cuando la policía crea que te ha raptado.

—¡No soy menor, ya tengo 18 años!

—Mientes. ¿Te crees que no me lo dijo Paco?

—¿Quién, el cotilla pueblerino ese?

—Estabas allí bajo su custodia legal.

—Bueno, ¿y qué?, ni que fueras mi madre. Y para que lo sepas, ese paleta cochino pretendía tocarme el culo.

Cristian Lacroix vadeó la rencilla femenina, sacó otro folio del sobre y leyó, interrumpiendo la disputa entre ambas:

—Lo de la paga es verdad, aquí están plasmadas las cantidades que nuestro jefe de grupo nos ofrece por nuestra colaboración con su proyecto; mirad.

Las chicas miraron el folio, Chelo lanzó un silbido de admiración, pero Leticia seguía reacia, por mucho que la cifra consignada era bastante alta.

—Yo acepto el trabajo —ratificó Cristian. En realidad, fingía que aceptaba, pues sólo él sabía que trabajaba espiando al coleccionista belga contratado por los

servicios de Inteligencia españoles.

—Yo también acepto —secundó Chelo—, con esa pasta puedo comprarme mogollón de cosas.

—¿Ya no recordáis que ha muerto un hombre? —Leticia se refería a Paco, a quien ella suponía que habían asesinado por revelarles que la custodia de la ermita era falsa.

—Bah —descartó Chelo—, eso sería una bola para sacarnos de allí sin darnos demasiadas explicaciones. Además, si de verdad lo han matado, no se pierde mucho; ya te digo que ese Paco era un chulo y un guarro. ¡Que le den!

Leticia la miró con severidad y luego se volvió hacia Cristian:

—¿Pero tú cómo puedes estar tan tranquilo? Todo esto no es normal, ese Lavantier nos ha involucrado en su plan sin pedirnos autorización, tratándonos como si fuésemos marionetas.

—Pero bueno, tía —reaccionó Chelo—, ¿cuál es tu problema? ¿Es que tienes que poner la lavadora? ¿O te espera el capullo de tu marido en casa para que le laves los putos calzoncillos y le sirvas la jodida cena?

Leticia negó:

—No estoy casada, ni siquiera tengo novio. Pero me espera mi jefe, al que aún no he tenido tiempo de llamar y decirle cómo va el trabajo de tasación para el que se supone que estoy aquí; bueno, allí. Porque ahora resulta que me trasladan a otra ciudad y me enrolan en un grupo con dos desconocidos para descubrir presuntamente lo que buscaba Cristóbal Colón, como si eso me importase un pimiento —arrojó la colilla al suelo y añadió, enfadada—: No sé vosotros, pero yo me largo de aquí.

—Eh, eh, creo que deberíamos calmarnos un poco —interpuso Cristian, que no quería romper los planes del buscador de tesoros hasta ver a dónde llegaban sus intenciones—. Escucha, Leticia —la persuadió, tomándola por un brazo—, la oferta económica es francamente buena; si te administras bien, con tal cantidad podrás vivir durante un tiempo sin trabajar, incluso si te despiden de la inmobiliaria esa por no cumplir con tu cometido.

Luego añadió, sonriendo:

—Tal vez deberías reconsiderar tomarte un año sabático.

Eso era cierto, pensó ella. Estaba un poco harta de ver cada día las mismas caras y hacer las mismas y aburridas gestiones. Su vida era un tedio, siempre de casa al trabajo y del trabajo a casa, sin la menor expectativa de cambio; cuidando a la inválida y viejísima de su madrina, como una señorita de compañía.

—Mira —propuso Cristian—, ¿por qué no examinamos el resto de las instrucciones de Jean Claude Lavantier antes de tomar una decisión definitiva? Piénsalo: descubrir el verdadero destino de Cristóbal Colón. El reto es interesante, eso no puede negarse.

—Tope guay, colega.

Leticia recapacitó durante unos segundos, asintió de mala gana y encendió un

nuevo cigarrillo. El ansia y la incertidumbre la consumían.

—Vale —refunfuñó—, pero ahora me voy a dar una vuelta por ahí, necesito despejarme.

—Buena idea —aprobó Cristian—, ¿por qué no aprovechamos y nos acercamos los tres a ver ese simulador de navegación por el que nos han traído a esta ciudad?

El simulador de navegación virtual era una gran bancada de mandos, aparentando ser la cabina de control de un trasatlántico. La Universidad de Alicante lo acababa de adquirir por 300 millones de pesetas, y por lo visto era uno de los mejores del Mediterráneo. Tenían previsto organizar con él cursos de adiestramiento para marinería comercial y deportiva, pero todavía se hallaba en fase de pruebas. Estaba instalado en el último piso de un edificio de cuatro plantas recién restaurado, frente al puerto, haciendo esquina entre dos alegres avenidas flanqueadas de acacias y palmeras.

El sofisticado aparato, montado en un extenso salón sin tabiques, era custodiado por Enrique Arlanza, un chico delgado, embutido en un jersey que le venía grande; un muchacho tímido, que tartamudeaba cuando estaba nervioso, o sea, casi siempre. Estaría entre los 25 y los 28 años y era muy retraído. Tenía unos ojos de color ámbar siempre un poco absortos, cegados por un largo flequillo de pelo castaño que le caía descolgado por la frente, con el que parecía el teleñeco Epi. De hecho, hablaba intercalando expresiones de dibujos animados y tebeos, con argumentos titubeantes y frases demasiado alambicadas que le hacían parecer un bicho raro.

A los tres les cayó bien enseguida; su torpeza, su aire desvalido de chico torpón educado en colegio caro, daban risa pero movían al afecto.

—Ho... hola, chicos, me lla... llamo Quique. ¿En qué pu... puedo ayudaros?

—¿Tú eres el que maneja todo esto? —preguntó Cristian.

A Quique le tenían arrinconado allí sin hacerle caso, y él se pasaba el día leyendo cómics y novelas de aventuras. Nadie había usado todavía el simulador de navegación; en realidad, lo tenían olvidado, pues su adquisición no había sido más que una operación de imagen del rector con vistas a la presentación de su candidatura para resultar reelegido. El chico había sido contratado para ese puesto de nueva creación gracias a un enchufe solicitado por su padre, un próspero terrateniente vinícola de Toledo, y que consideraba a su hijo primogénito Enrique como a un pusilánime sin carácter, un tímido que no servía ni para atarse los cordones del calzado. Y era cierto, porque ahora mismo llevaba uno de los zapatos desatados.

—Sí —dijo Quique con orgullo—, yo lo he pu... puesto en marcha y lo... lo he ajustado. Funciona de ma... maravilla.

Enrique Arlanza vivía sólo en una gran casa que poseía su padre en Alicante, ciudad donde lo había mandado el vinatero progenitor para no tenerlo cerca, pues le sacaba de quicio. Gracias a un amigo catedrático, lo habían empleado casi por caridad



en aquel puesto ignorado de todos, pues el campus universitario propiamente dicho se encontraba a cinco kilómetros de la ciudad.

—¿Y este chisme es difícil de utilizar? —preguntó Cristian.

—Qué va, es co... como una vídeo consola gi... gigante.

Quique era un poco hipocondríaco y bastante torpe, pero nada tonto ni tampoco inculto. Por el contrario, había estudiado en los mejores internados pijos de Madrid, y luego se había licenciado en Literatura Comparada en la Universidad de París. Poseía cultura y educación de alto nivel, aunque sus muchas manías raras, su poquedad, carácter retraído y su físico desvaído le condenasen a parecer un tipo risible. Como se aburría, pues el trabajo de conexión y ajuste ya estaba finalizado, y la Universidad seguía sin programar ninguna actividad con aquel sofisticado armatoste, el chico recibió de buen grado la extravagante propuesta de aquellos tres: emplear el simulador con la finalidad de averiguar el verdadero destino secreto de Cristóbal Colón.

—Glub —aceptó tragando saliva emocionado—. De a... acuerdo.

—Vale, colega —celebró Chelo, dándole una palmada en la espalda, que hizo sonrojarse a Quique como un tomate.

No hizo falta más para que saltase la chispa entre ambos. Misterios del amor adolescente. Eso facilitó mucho las cosas, pues Quique determinó que lo mejor sería no comunicar nada al departamento universitario correspondiente, no fuese a negarse y dar al traste con la travesura; porque para él todo aquello era como una de las aventuras de sus cómics. Por su parte, Chelo estaba feliz por haber encontrado en Quique un chico a la medida de sus posibilidades; convencida ya de que Cristian Lacroix no era para ella. Además, él no le quitaba ojo a la rubia doncella de meloso acento italiano, que esa sí estaba plena de curvas peligrosas. En cuanto a Leticia, seguía tan ensimismada y confusa como siempre, aunque Quique también le había caído muy bien; ambos parecían dos almas gemelas, incapaces de adaptarse a este mundo de locos.

Congeniaron tanto que Cristian le propuso a Quique entrar en el grupo, seguro de que al multimillonario Jean Claude Lavantier no le importaría pagarle a uno más. Además, necesitaban sus conocimientos específicos para seguir adelante con aquel extraño encargo.

—Está bi... bien —accedió Quique, sintiéndose útil y valorado por primera vez en su vida—, si pensáis que pu... puedo ser de utilidad...

—Jo, pues claro, tío, eres imprescindible.

Quique se ruborizó. En realidad, también aceptó participar porque Chelo le había gustado y no quería perderla de vista; nunca había salido con una chica, y la sola posibilidad le tenía entusiasmado y atemorizado al cincuenta por ciento. Así que fue a casa, cogió todo lo necesario, principalmente sus libros, el Cola Cao y su taza para el desayuno, y se mudó al extenso ático que ocupaban sus nuevos y extravagantes amigos. Renzo Tornelli no tuvo inconveniente, y a partir de entonces comenzó la

odisea.

### 3

Leticia se levantó temprano y se dirigió a la cocina para llenar el vacío estomacal que sentía. Con un güisqui, por ejemplo. Pero no lo encontró; por lo visto allí nadie bebía salvo ella, así que encendió el primer cigarrillo de la mañana y aspiró el humo deleitada. Cuando se daba la vuelta para salir, tropezó con Chelo en el umbral.

—¿Qué haces aquí?

—Desayunar —contestó la muchacha, mientras se comía un yogurt desnatado.

—¿Eso es lo que tú desayunas?

—Jo, tía, es que estoy echando un culo...

Aquella chica era tonta de remate, pensó Leticia. Tenía un envidiable trasero desde cualquiera de los puntos de vista que lo mirases, uno de esos culos pequeños pero tan perfectos según los arquetipos de la moda imperante. Sin embargo, ella lo disimulaba con sus pantalones demasiado grandes, que se le descolgaban por la cintura y arrastraban por el suelo.

—Yo voy a dar un paseo por la orilla del mar —comentó Leticia—, ¿vienes?

—Bueno.

Al pasar por delante de una de las habitaciones oyeron los tenues murmullos de una conversación.

—Qué raro —dijo Chelo—, parece la voz de la doncella italiana.

—¿Con quién estará hablando? —preguntó Leticia, recomida por un repentino ataque de celos.

—No sé, tía, pero espero que no sea con nuestro Principito, o la estrangulo. A Quique que no me lo toque nadie, me lo he pedido yo.

Chelo le llamaba así, desde que Cristian comentase que Quique se parecía al Principito, el popular personaje de cuentos infantiles creado por Antoine de Saint-Exupéry. Ella, por supuesto, no sabía quién era el *menda* de Saint-Exupéry, pero le había hecho mucha gracia el calificativo.

—Quizá la doncella esté con el secretario.

—Uy, no creo —negó Chelo, maliciosa—, me parece a mí que al Tornelli ese no se le planta; ¿has visto la cara de vinagre que lleva siempre? Si parece un estreñido.

Y ambas se marcharon de allí, riendo como buenas amigas. No hay nada que una más a las mujeres que las complicidades compartidas en torno a los hombres.

A la vuelta de su paseo mañanero por la solitaria playa, encontraron a Cristian Lacroix en la terraza realizando ejercicios y flexiones gimnásticas en ropa deportiva. Demasiado en forma para ser un simple experto en arte, pensó Leticia al ver su poderoso torso. Él miró a las chicas con presunción de gallito y siguió haciendo abdominales. Por su parte, Quique se había montado su espacio particular en una de las cúpulas del edificio, apartando los trastos y quitando un poco la suciedad reinante. Se había empeñado en instalarse allí, en lo más recóndito de la casa, decía que le recordaba el gabinete del algún explorador geográfico, como los protagonistas de las

novelas de aventuras que había leído de adolescente: Verne, Conrad, Salgari... Había llenado el sitio con un montón de libros traídos de casa, y ahora estaba sentado en un viejo sofá, tomando apuntes en un cuaderno. Se puso de pie al entrar las mujeres, como corresponde al caballerito que se consideraba:

—Ah, se... señoritas, buenos dí... días.

Leticia se sintió halagada; era la primera vez en mucho tiempo que la llamaban señorita y no señora, pero Chelo hizo un mohín; a ella jamás le habían llamado así en toda su vida. No supo qué decir y se quedó con la boca abierta, con el chicle pegado a las muelas, mirando al muchacho, ya todo arreglado, el flequillo bien peinado y envuelto en aquel jersey que le venía bastante grande, pues incluso las mangas le tapaban las manos, dándole un gracioso aspecto de manco.

—Creo —anunció— que sé có... cómo po... podríamos encontrar la ruta secreta de Colón...

—¿Ya?

—Sí, pe... pero sería co... conveniente establecer una co... conexión a distancia con el na... navegador virtual de la Universidad, creando un pu... puente virtual con un GPS... No es conveniente que na... nadie se entere de lo que nos pro... proponemos.

—Perdona, ¿un puente con el qué has dicho? —interrumpió Leticia, frunciendo el entrecejo.

Chelo, recuperada de la impresión por haber sido llamada *señorita*, se lo explicó:

—Me parece que Quique se refiere al Sistema de Posicionamiento Global. Es una red de satélites artificiales repartidos en seis órbitas alrededor de la Tierra. Transmiten señales de radio indicando su posición, y esa información se recibe con los receptores GPS, que descodifican las señales captadas alternativamente y combina todos los datos para calcular su propia posición —paró, rumió un poco el chicle, y resumió—: O sea, tía, que te localiza cualquier coordenada geográfica del planeta sin moverte de donde estés.

—Ah —Leticia parpadeó confusa; desconocía cualquier cosa relacionada con la tecnología—, ¿y todo eso qué tiene que ver con lo que aquí estamos haciendo?

—Yo de eso no tengo ni puñetera idea —replicó Chelo, volviéndose hacia Quique—. No sé qué tramará nuestro experto.

—Bu... bueno, pues como los sa... satélites del GPS circundan el pla... planeta a 20 000 metros de altura en una órbita circular y geoestacionaria, qui... quiere decir que giran sobre el plano del Ecuador en el mi... mismo sentido y a la misma velocidad que la Tierra; o sea, si... siempre están so... sobre el mismo lugar, aparentemente fi... fijos si los observamos desde tierra. Y eso hace que se usen para encontrar lu... lugares perdidos, como si fuesen un gran ojo que to... todo lo ve.

—Pa cagarse, colega —repuso Chelo, ruminado chicle y admirada por su Principito—; yo es que flipo contigo.

Quique hizo con todo su cuerpo un ademán de modestia, y a continuación,

subiéndose previamente las mangas del jersey, le mostró a Chelo unos complicados esquemas electrónicos que había trazado en su cuaderno:

—Cre... creo que necesitaremos hacer este mo... montaje para poder controlar el na... navegador virtual a di... distancia...

—¿A distancia? —repitió Leticia.

—Cla... claro, ya digo que no po... podemos arriesgarnos a que nos pi... pillen usándolo sin per... permiso.

—En eso tienes razón.

—Lo ma... manejaremos desde aquí, sin que na... nadie se dé cuenta.

—Vale, colega, suelta ya qué te hace falta; seguro que el Tornelli ese nos consigue lo que sea, con tal de que sigamos trabajando en el plan de su *signore* —añadió burlesca, remedando al estirado secretario.

Quique leyó entonces la lista de cosas que se había hecho en el cuaderno:

—Un receptor y una antena pa... parabólica de 11.70 a 12.50 gigahertzios con polarización lineal o V-H. Más una ta... tarjeta del tipo 16 bit ISA, con velocidad de 11'79 Mbps, con *tuner* en F. I. de 1450 megahertzios. Eso además de un ordenador *Pentium III* con 16 de RAM y 500 mbytes de espacio en el di... disco duro para OS/2. Co... como mínimo.

Leticia frunció de nuevo el entrecejo sin haber entendido ni papa, pero Chelo se apresuró encantada, dispuesta a colaborar con la parte técnica:

—Guay, el ordenador sirve el portátil mío.

En ese instante, Cristian apareció en el umbral, sudoroso, con el torso desnudo y una toalla alrededor del cuello.

—Hola, chicos, me alegro de veros tan atareados; así me gusta.

—Yo no tengo nada qué hacer —se quejó Leticia, de brazos cruzados.

—Podrías hacer café —dijo Chelo, enfrascada en el trabajo junto Quique—, tengo un muermo...

—¿Cuál es tu especialidad? —preguntó Cristian, poniéndose una camiseta.

—¿Mi especialidad? —repitió Leticia.

—Sí, me refiero a lo que estudiaste.

—¿Yo? Pues corte y confección con las monjas.

—Ya te digo, la colega... —ironizó Chelo—, pues que nos haga un puñetero vestidito.

—¿Qué pasa? —reaccionó Leticia—; también estudié ganchillo, macramé y buenas maneras, algo de lo que a ti te hace un poco de falta.

—Bueno, no te preocupes —concilió Cristian, siempre tan amable—, si Jean Claude Lavantier te eligió para formar parte del grupo, será por algo.

—Ya te lo dije ayer, me llamó para que le ayudase a vender su hacienda campestre. No soy más que una vendedora inmobiliaria lejos de su casa —se lamentó.

Quique la miró condescendiente y Chelo carraspeó, arrepentida por su comentario

del café:

—Oye, tía, perdona, no quería ofenderte, ¿vale? Anímate; eres una colega superguay. Te necesitamos, ¿verdad, Cristian?

—Sí —redundó él—, seguro que tú eres la única que tiene un poco de sentido común.

Dio una palmada y dijo:

—Pero bueno, ahora veamos tú y yo lo que sabemos de todo este asunto.

—Ah, ¿pero es que sabemos algo? —preguntó ella, todavía remisa.

—Pues, por ejemplo, que la custodia sacramental de la ermita tenía relación con un artefacto de navegación ideado por Leonardo da Vinci.

Leticia objetó:

—Sí, eso me dijo el belga, pero yo no veo qué relación hay entre Leonardo da Vinci y Cristóbal Colón.

—Perdón... Si pu... puedo intervenir...

—Claro, Quique, adelante.

—En mi opinión, la pri... primera relación es que Co... Colón y Da Vinci tenían casi la misma edad; Colón nació en 1451 y Da Vinci en 1452.

—¿Lo ves?

—¿Estás insinuando que se conocieron?

—Yo di... diría que con toda pro... probabilidad.

—¿Por qué lo supones?

—En el Renacimiento, la mayoría de los artistas y los ci... científicos formaban gremios de pro... profesionales, para proteger sus conocimientos y transmitirlos a sus alumnos. Colón y Da Vinci eran dos ma... maestros en sus respectivas áreas del co... conocimiento, así que pi... pienso...

—¡Un momento! —Cayó entonces Leticia—, el belga me habló de un gremio de esos, al que pertenecía Colón. ¿Cómo me dijo que se llamaba...? Ah, sí: los Pitagóricos.

—Sí —confirmó Quique, que había resultado ser una genial adquisición—, los Pi... Pitagóricos existieron; hoy se sabe que fo... formaban un grupo de sabios bajo la pro... protección de los franciscanos de Florencia.

—¿Y a qué se dedicaban?

—Eran ci... científicos, difundían las ideas progresistas del Humanismo, en contra de la retrógrada Iglesia Católica, que pretendía seguir mantenido al mundo en el oscurantismo de la Edad Me... Media, y por eso la Iglesia los mi... miraba con recelo.

—¿Y por qué se llamaban Pitagóricos?

—Se consideraban descendientes del gru... grupo de alumnos y discípulos que había for... formado Pitágoras en Samos.

—¡Jo, tíos! —admiró Chelo—, lo que sabe el colega.

—De acuerdo —recapituló Cristian—, pues ya tenemos relacionado a Pitágoras,

Colón y Leonardo da Vinci.

—Sí —rebató Leticia—, pero me parece que seguimos igual que estábamos: ¿qué relación tenía Leonardo con Cristóbal Colón? Y sobre todo, ¿cómo podemos nosotros saber qué es lo que buscaba Colón?

—Creo que sólo hay una forma de averiguarlo —sonrió Cristian—: que repitamos su mismo viaje trasatlántico...

—¿El viaje de Colón?

—Sí.

—Antes de poder navegar necesitaríamos un navío —objetó Leticia—, y, vamos a ver... —ironizó mirando a su alrededor—. Hum..., no, creo que por aquí no veo ninguno; me parece que nuestro jefe no ha previsto esa eventualidad.

—No, pero recuerda que disponemos del simulador de navegación de la Universidad; con él no necesitamos movernos del sitio; podemos navegar *virtualmente*.

Antes de entrar a trabajar para el cardenal Hjortsberg, al joven estudiante de la Universidad Gregoriana Lucio Manzoni se le había advertido seriamente de las graves consecuencias de filtrar cualquier tipo de información respecto al cometido llevado a cabo en el antiguo palacio de la Compañía. Pero de todas formas, él no conocía las verdaderas intenciones de su Eminencia ni el rol que ocupaba el lacónico fray Cornelio Delmonio. El muchacho pelirrojo había sido contratado por un buen estipendio, más la promesa de que su carrera en la diplomacia vaticana siguiese viento en popa. A cambio se le pedía su tácito silencio y nada de preguntas, aunque Manzoni no dejaba de curiosear ni de tratar de averiguar lo que tramaban allí abajo aquellos hombres al servicio de Dios con tan contradictoria mezcla de nuevas tecnologías y sabiduría renacentista.

A pesar de las muchas diferencias entre ambos, Cornelio y Lucio habían terminado por mantener una aceptable relación debido a la continuada colaboración profesional que mantenían desde hacía ya varias semanas.

—¿Y qué pretendemos exactamente con todo este montaje gráfico que hemos armado? —sondeó Manzoni.

—Buscamos el Punto Fijo —contestó lacónico el monje.

—¿Eso qué es?

—Lo que hemos de *descubrir* usted y yo con la ayuda de ese *ordenatore* suyo.

—¿Pero cómo —protestó el pelirrojo—, si todavía no me han aclarado el objetivo real de todo este asunto?

—*In primer lugare* —subrayó Delmonio—, con la *fide*.

Lucio sacudió negativamente la cabeza pelirroja, sirviéndose café de un termo. Su futuro era ser algún día diplomático de carrera en la Curia pontificia, pero se consideraba un pragmático, cuyo único Dios era la tecnología, y en su opinión, la religión y la fe no eran más que viejas supersticiones del ser humano todavía no superadas. Nada que ver con la Iglesia actual, la mayor empresa multinacional del mundo.

—No estoy muy seguro de que sea cuestión de fe, hermano —contradijo—; creo que necesitaremos algo más que eso...

—Tiene usted razón —reconoció el dominico—, necesitaríamos el legajo perdido de Leonardo da Vinci.

—¿Un legajo? —repitió incrédulo Manzoni.

—Sí, un diario con anotaciones personales.

—Bien —zanjó Lucio, terminando de un trago el café—, pues tráigamelo usted y comenzamos a trabajar en serio de una vez. Porque yo hace dos días que ya tengo listo el esquema virtual del astrario en tres dimensiones que me encargaron.

—El problema es que *non* lo tenemos. Los diarios de Da Vinci se perdieron en *Spagna* en el *sicolo* XVII. Desde entonces, están en paradero *desconocito*.



—¿Pero qué contenían?

—Un sistema *secretum* de *orientacione* cosmográfica para localizar el Punto Fijo.

Lucio hizo una expresiva mueca de rechazo:

—Pergaminos extraviados, lugares incógnitos en pleno siglo xx... Perdona, fray Cornelio, pero todo eso me suena a ciencia ficción.

El dominico sacudió su tonsurada cabeza.

—¡*Non is scientia fictionis!*, buscamos el *lugare* desde donde Dios creó el *Universum*.

—Bien, Quique, explicanos a todos tu idea —le pidió Cristian al muchacho.

—Es muy se... sencilla: reproducir el vi... viaje de Cristóbal Colón utilizando el si... simulador de navegación sin que na... nadie se dé cuenta, por medio de un GPS portátil.

—Guay.

—¿Pero cómo? —quiso saber Cristian, asombrado por la providencial capacidad técnica de aquel muchacho apocado.

—Iré a la sede universitaria y lo po... pondré en marcha pero dejando las pa... pantallas apagadas. Luego lo conectaremos al GPS y lo controlaremos de... desde aquí con el ordenador de Chelo, co... como un sistema electrónico de na... navegación.

—Entiendo, así podríamos verificar qué es eso que supuestamente buscaba Cristóbal Colón en su viaje a las Indias, y por qué le interesa tanto a Jean Claude Lavantier. ¡Genial, Quique!, eres un fenómeno.

—Glub, gra... gracias.

—Espera un momento —interpuso Leticia—, para buscar algo que no sabemos ni siquiera lo que es, y en medio del mar, no bastará con un simulador.

—Jo, tía —refunfuñó Chelo— no seas aguafiestas; a ver, ¿y por qué no?

—Porque suponiendo que Colón no viese lo que tenía que ver estando allí mismo, ¿cómo vas a verlo tú desde aquí cinco siglos después?

—Respóndele tú, que lo sabes todo —dijo Chelo, pasándole la pelota a Quique.

El muchacho se balanceó unos instantes, valorando la pregunta y meditando la respuesta. Se apartó flequillo de los ojos y se agachó a rebuscar en una caja de CD's que se había traído de casa. Los otros le miraban hacer sin decir nada, pues el muchacho les tenía todavía intrigados. Quique localizó el que deseaba, uno de sus videojuegos preferidos de estrategia, titulado *El imperio de los mares*, lo alzó en la mano, y contestó:

—Co... con esto reproduciremos paso a paso la ru... ruta de Colón.

Leticia se quedó estupefacta.

—¿Con un videojuego?!

—Mola.

—O sea, a ver si lo entiendo —dijo Leticia, encendiéndose un cigarrillo con gesto nervioso—, ¿quieres usar un juego de ordenador para encontrar lo que buscaba Cristóbal Colón en 1492? ¡Yo alucino con vosotros!

—Bu... bueno —rezongó Quique—, será co... como la navegación electrónica en ti... tiempo real, parecido al sistema que utilizan to... todos los barcos actualmente.

—Tiene sentido —admitió Cristian, que había comprendido el ingenioso plan—, ¿pero de verdad podríais hacer algo así?

—Pues claro tío —replicó Chelo—, la menda controla el tema de la informática.

No hay problema.

—Bueno, a ver si lo he comprendido —abrevió Leticia—: lo que queréis decir es que no necesitamos fletar un barco de verdad para cotejar paso por paso la ruta que siguió Cristóbal Colón cuando descubrió América. Sino que podemos hacer el *viaje* desde aquí, sentados tan campantes frente al ordenador.

Cristian Lacroix asintió, complacido.

—O sea —añadió Leticia—, suponéis que un simulador, un videojuego y un GPS, o como narices se llame eso, podrían encontrar lo que a Colón le llevó media vida.

—Exacto —reafirmó Cristian—, podemos descubrir en qué lugar preciso del océano Atlántico se encuentra esa isla, tesoro o lo que sea que anda buscando Jean Claude Lavantier.

En ese momento, la doncella rubia entró portando la bandeja con el desayuno.

—¿Hay do... donuts? —preguntó Quique, abalanzándose hambriento.

Cristian y la doncella italiana cruzaron una mirada complaciente; estaba claro que al guapo mercenario le había gustado la muchacha del servicio. Ella le sonrió, dejó la bandeja en la mesa, y en lugar de marcharse, se entretuvo fingiendo arreglar el improvisado gabinete de trabajo, ordenando o quitando el polvo aquí y allá.

—De todas formas, hay algo que no encaja —reanudó Leticia, sirviéndose café—: ¿de qué nos sirve disponer de todo ese montaje técnico si no sabemos la ruta de Cristóbal Colón?

—Sí que la sa... sabemos —contradijo Quique, mientras se preparaba su Cola Cao—. Gra... gracias a su cuaderno de bitácora, el lla... llamado *Diario de a bordo* del Almirante.

—¿El qué?

Quique se levantó, fue hasta la pila de volúmenes que se había traído y cogió un manoseado librito.

—Cu... cuando me dijisteis lo que os proponíais, fui a la biblioteca mu... municipal y saqué una copia del *Diario* de na... navegación de Cristóbal Colón.

—¿Y ahí figura la ruta?

—Bu... bueno, el Almirante nunca la re... reveló, pero el autor del *Diario de a bordo* insinúa que Colón navegó por el pa... paralelo de Canarias.

—¿Cómo que el autor —inquirió Leticia—, pero es que eso no lo escribió Colón?

—No, el *Diario* es una transcripción re... realizada por el fraile dominico Bartolomé de las Casas, mu... mucho tiempo después de que Co... Colón descubriese América.

—¿Y pone por dónde navegó? —preguntó Cristian.

—Aquí dice que por el pa... paralelo que está a la altura de las Islas Ca... Canarias, o sea, el 28° Norte.

Entonces Quique les mostró una hoja aparte donde él ya había entresacado las coordenadas marítimas y la derrota seguida día a día por el Almirante, según lo consignado en el *Diario*.

—Creo que si introducimos estos da... datos en el GPS y luego lo transferimos todo al si... simulador de navegación, podemos obtener una fiel reproducción del viaje co... colombino, monitorizándolo con el vi... videojuego desde el ordenador.

El teléfono comenzó a sonar en la ostentosa mesa de madera de palosanto encerada que presidía el amplio despacho de Fabrizio Bellamare, *cavaliere*<sup>[5]</sup> de la nobleza vaticana y maestrante del Santo Sepulcro, orden militar y religiosa dependiente de la Santa Sede. Bellamare, que acababa de llegar de Barcelona y todavía vestía en traje de viaje, alzó el auricular:

—Diga.

—Soy yo, excelencia.

—Anna —constató él, escueto, reconociendo a una de las más fieles de su pequeño ejército de condottieros.

Anna Necrafiore se había introducido clandestinamente como *serva* o doncella al servicio de Jean Claude Lavantier, en su mansión del norte de Italia.

—¿Tienes ya algún dato concreto que transmitirme? —inquirió el *cavaliere*.

—Sí, excelencia, ya he conseguido hacerme con la información; tengo las coordenadas geográficas que proyecta utilizar el equipo de Jean Claude Lavantier para encontrar el Punto Fijo.

El *cavaliere* pareció sorprendido:

—¿Tan pronto? ¿Cómo las han deducido?

—Creo que recurriendo al rumbo que siguió la expedición marítima realizada por Cristóbal Colón.

—Colón... —rechinó Bellamare, mascullando de ira. Aquello le recordaba sus tiempos en España, cuando por casualidad se tropezó con el secreto al que había consagrado el resto de su vida; la razón de su ascenso a la cumbre de la nobleza vaticana y su colaboración con el influyente cardenal jesuita Hohanes Hjortsber.

—Sí, excelencia —proseguía la doncella—, por lo que he comprendido, intentan reproducir virtualmente el viaje de Cristóbal Colón.

—¿Has dicho *reproducir virtualmente*?

—Así es, excelencia —remarcó Anna—, el grupo del cazatesoros belga piensa utilizar un simulador de navegación...

El *cavaliere* parecía cada vez más desconcertado.

—... Y han formado un equipo de cuatro personas, dos mujeres y dos hombres para descubrir la ruta secreta.

—¿Y qué hacen en estos momentos?

—Ya se lo he dicho, excelencia, se disponen a utilizar un simulador de navegación.

—¿Cómo, pero es que Lavantier dispone de algo así?

—No, pero creo que han conseguido que se lo preste la Universidad de Alicante.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde un locutorio telefónico de Alicante; estamos aquí desde hace tres días; no he podido avisarle antes de nuestro traslado.

—¿Y la custodia sacramental de la ermita?

—Ha sido descartada, excelencia; Jean Claude Lavantier cree que la custodia es falsa y que no contiene nada referente a Leonardo da Vinci, tal como suponía en un principio, cuando el año pasado compró la casa del indiano.

El *cavaliere* dejó transcurrir un silencio mientras pensaba. Él no sabía nada de que la custodia fuese falsa, el cardenal Hjortsberg no le había dicho nada de eso, sino que aquel relicario bizantino olvidado en una insignificante ermita franciscana localizada cerca de un pequeño villorrio en el sureste de España, había pertenecido a Cristóbal Colón. Al otro lado de la conexión telefónica internacional se oía la respiración expectante de la bellísima doncella espía, aguardando instrucciones.

—Maldita sea —masculló al fin Fabrizio Bellamare—, no sospechaba que ese cazador de tesoros hubiese logrado semejantes medios y colaboraciones.

—Es que les ayuda un tercer componente que se ha unido al grupo hace poco.

—Supongo que debe ser un experto contratado por el belga, ¿no?

—No estoy segura, excelencia; el experto en arte contratado por Lavantier se llama Cristian Lacroix y parece francés. Pero este otro del que le hablo a mí me parece un simple muchacho apocado. Ignoro todavía quién es y qué papel juega en el proyecto, pero es él quien ha propuesto lo del viaje colombino. Y el resto le hace caso a todo lo que dice.

—Está bien, Anna, emplea los métodos que consideres adecuados pero trata de averiguar todo lo que puedas. Y ahora díctame esas coordenadas geográficas de Colón, tomaré nota y las verificaremos aquí.

Anna Necrafiore le dictó los datos a su jefe, y cuando el *cavaliere* los hubo anotado, le indicó:

—Permanece atenta por si he de comunicarte novedades, y ten cuidado de que no descubran tu identidad encubierta; no debes levantar sospechas.

Fabrizio Bellamare colgó y se quedó pensativo unos instantes. De mediana estatura, delgado, atezado y calvo, con las venas abultadas pulsando por debajo de la piel de la sien; era un hombre mayor, y sin embargo no había en él ninguna huella de senectud. Se notaba que se había cuidado desde joven, y ahora lucía un rostro anguloso, no exento de arrugas, pero eran arrugas como las que imprime el tiempo en el cuero envejecido con solera. La calva pulimentada le olía discretamente a perfume de *Gucci*, y el único signo de vejez lo constituía el vitíligo que maculaba su calva y las gafas oscuras que siempre llevaba puestas, debido un defecto de sensibilidad extrema a la luz.

Tras la conversación, el *cavaliere* cogió de nuevo el teléfono y llamó al fraile

dominicano para informarle sobre los avances en el grupo rival:

—Presta atención fray Cornelio: al parecer, Jean Claude Lavantier también dispone de información valiosa y de ayuda tecnológica avanzada. Anna acaba de decirme que cuentan con un navegador virtual y que intentan encontrar el Punto Fijo basándose en el rumbo que siguió Cristóbal Colón para descubrir América.

—¿Colonne? —repitió Delmonio.

—Sí, ya ves —lamentó el *cavaliere*—; resulta que saben más de lo que suponíamos. No sé cómo, pero también parecen estar al tanto de la leyenda que barajamos.

—Es posible, *excellentia* —adujo el dominicano—, pero ellos tampoco tienen el secreto de Leonardo da Vinci, ese cazatesoros no pudo hacerse con él, porque la custodia *sacramentale* de la ermita es falsa, según afirma el obispado *spagnolo*.

—Sí, sí, ya me lo ha confirmado Anna; pero escucha, fray Cornelio, ellos no se basan en el sistema secreto de Leonardo da Vinci, sino en la ruta de Colón anotada en su cuaderno de bitácora, y ese belga no es tonto. Creo que deberíamos considerar su hipótesis, compararla con la nuestra.

—¿Y que desea que hagamos, *excellentia*?

—Piénsalo bien, fray Cornelio, ¿tú crees que pueden ser esas las coordenadas para encontrar el Punto Fijo?

—¿Las de Colonne? Humm —caviló el fraile—... no, no lo creo, *excellentia*, pero déjeme *tempo* para hacer unas *indagationes*. Le llamaré *in* cuanto sepa algo concreto al *respectum*.

—De acuerdo, fray Cornelio, pero no te demores demasiado; tiempo es precisamente de lo que menos disponemos. Ya sabes que se acercan las fechas propicias para el experimento. Si las rebasamos, tendríamos que esperar al año que viene.

—No se preocupe, *excellentia*, los datos bíblicos que nosotros manejamos son *incuestionables*, los he contrastado con *nostro* arqueólogo vaticano de confianza. Pero echaré un vistazo a esa pista alternativa de Colonne.

Al cabo de una hora, durante la cual Cornelio Delmonio verificó los datos escamoteados por Anna Necrafiori, el fraile telefoneó al *cavaliere*, que aguardaba impaciente la llamada:

—*Excellentia*, las *coordenatas* del viaje de Cristóbal Colonne no son correctas, tal como yo suponía.

—¿En serio? —insistió Bellamare, todavía indeciso—. ¿Cómo tienes la certeza?

—Mire, *excellentia*, me he documentado: Colonne navegó hacia el Oeste siguiendo un paralelo (el 28° Norte) que pasa por las *Insulas* Canarias, pero según las crónicas, al llegar al Caribe se dio cuenta de que si continuaba siguiendo ese rumbo no encontraría lo que buscaba, así que abandonó el paralelo y anduvo varios días navegando a ciegas. Que se sepa, no encontró nada de *particulare*. En resumen, Cristóbal Colonne halló América por *casualidade*. No hay el menor *inditio* histórico

de que localizase el Punto Fijo en ninguno de sus otros tres viajes.

—¿Estás seguro?

—Insisto, *excelentia*, las *coordenatas* correctas son las *nostras*; las que hemos deducido estudiando el *Anticuo Testamentum*. Tranquilícese, *cavaliere* —le calmó el dominico—, ese Colonne estaba perdido, no sabía dónde iba, y lo mismo les ocurre a Lavantier y a su equipo de aficionados.



Lucio Manzoni acababa de recibir del fraile dominico las instrucciones con las que activar por fin el astrario en tres dimensiones que le había costado semanas diseñar, y ahora el pelirrojo estaba introduciendo en el ordenador los comandos necesarios para poner en marcha su creación virtual, una reproducción del Universo conocido, tal como lo imaginaban los astrólogos de la Edad Media, con los planetas girando cada uno en su órbita y las constelaciones zodiacales alrededor.

Lo que Manzoni había diseñado con sus habilidades infográficas era una representación virtual móvil y en tres dimensiones del *Almagesto*, el planisferio astronómico más antiguo de la historia, creado en el siglo II por Claudio Ptolomeo de Alejandría. El *Almagesto* describe por primera vez el funcionamiento del sistema solar, según la antigua creencia de que la Tierra era el centro del Universo.



—*Bene, amico* Manzoni, ya tiene las coordenadas de lo que buscamos; ahora llega *il momento* de su trabajo: *discubrire* mediante la realidad virtual en qué parte del planeta se haya la vertical del Punto Fijo con *respectum* al *Almagesto* de Ptolomeo.

Mientras introducía con el teclado los comandos informáticos que darían movimiento a su esquema en 3D, Manzoni preguntó dubitativo:

—¿Y de dónde ha sacado estas coordenadas geográficas, hermano Cornelio?

—Son las que citan la *narracione* bíblica sobre el Diluvio *Universale* y el Arca de Noé. Allí es donde las profecías afirman que está el Punto Fijo.

El pelirrojo torció el gesto:

—No me diga —replicó escéptico—, ¿y qué se supone que hay por allí?

—Un gran *secretum* de la *Eclessia*.

—¿Qué secreto?

—Escuche —Delmonio bajó la voz, como brindándole a su compañero una confidencia—: Pitágoras determinó que el ser humano era el *centrum di* la *Creacione*, y varios *sicolos* más tarde, ese mismo concepto lo plasmó Ptolomeo en un *Planisferium* del cosmos donde figuraban *tutos* los planetas y *constelationis* conocidas con la *Terra* en el *centrum* de todo el Universo: el *Almagesto*...

—Eso ya lo sé —le interrumpió Lucio—, llevo semanas trabajando en ello, ¿pero de qué secreto estamos hablando?

—Déjeme *continuare*: lo que tan sólo surgió *in* la mente de Pitágoras y Ptolomeo como una metáfora *visuale* del Universo, la *Ecclesia* lo convirtió 1500 años después *in* un obligado dogma *doctrinale*: si el hombre era el *centrum* de la Creación, nuestro planeta debía estar situado *in* el *centrum* del Universo. Así surgió la teoría geocéntrica, relegando al Sol a segundo plano y colocando a la Tierra *in* el *centrum* del sistema solar. Esta concepción errónea del Universo se prolongó durante siglos, y en *il Renatimiento* aún permanecía vigente, a *pesare* de la opinión contraria *di* científicos, matemáticos y *geógraphos* tan prestigiosos como Copérnico o Galileo, defensores del heliocentrismo.

—Me parece que ya lo voy entendiendo —desdeñó Manzoni—, todo se reduce a una vieja pugna científica entre geocéntricos y heliocéntricos —emitió un suspiro de hastío y añadió—: Pero eso es agua pasada, cualquiera sabe que el Sol es el centro del Sistema Solar. Copérnico tenía razón y la Iglesia estaba equivocada, así que no veo lo que quiere hallar el cardenal Hjortsberg. Ya no hay ningún secreto que desvelar.

Cornelio Delmonio se había quedado mirándole con un severo rictus de recriminación. Con mucho menos, la Santa Inquisición quemaba vivo al hereje que su hubiese atrevido a insinuar eso siquiera. Respiró hondo, tratando de apelar a toda su misericordia cristiana, más bien escasa, antes de arrastar a su incrédulo compañero a la hoguera purificadora. Luego cabeceó en silencio, como si hubiese comprendido algo abstracto, y finalmente se avino a compartir con aquel estudiante ateo el verdadero núcleo del asunto que se traían entre manos el cardenal y el *cavaliere*:

—Esta bien, le diré lo que sé. El *secretum* que intentamos salvaguardar por el bien de la *Ecclesia* es este: fue la inclinación del eje de la Tierra, debido a un cataclismo ocurrido hace millones de años, lo que causó la vida en *nostro* planeta. El movimiento rotatorio inclinado y *alrededore* del Sol trajo consigo las estaciones y la diversidad climática que hicieron posible *il* surgimiento de la vida, y con ella *il* hombre. ¿Entiende las consecuencias? La Creación no fue obra de Dios, sino fruto de una simple *casualidade*.

El pelirrojo levantó la cabeza del teclado y miró al fraile con la misma cara de quien no ha entendido un mal chiste.

—Y ahora dígame —añadió Delmonio, apuntándole con un dedo admonitorio—, ¿qué cree usted que sucedería con *nostra Ecclesia* si la gente supiese la verdad?

Manzoni seguía mudo, mirándole con el pasmo reflejado en la cara.

—Pues bien, nosotros hemos *di* seguir ocultando el Punto Fijo, que es el *núcleum*

de inflexión *gravitational* por *il* cual el planeta gira en la forma que lo hace, haciendo posible la vida en la *Terra*.

—Si no le conociese —acertó a decir Lucio—, juraría que está usted completamente loco, fray Cornelio.

Quique acababa de realizar la conexión entre el GPS móvil, comprado con cargo a la cuenta de gastos en una tienda de utensilios de marinería que había cerca del club de regatas. Luego había monitorizado la señal canalizándola hacia el videojuego el *Imperio de los mares*, y ahora estaba sumido ante la pantalla introduciendo en el *software* modificado los datos de la hipotética ruta que siguió Colón cuando descubrió América. Chelo, que había aprendido sus artimañas tecnológicas con los chicos malos de la calle, ayudó a su Principito a reprogramar el juego y a derivar la señal del satélite geoestacionario hasta su ordenador portátil, conectado en el gabinete de trabajo que se habían montado en los áticos de la casa.

Entretanto, tumbada en su cama, Leticia no podía dormir. Demasiadas novedades, demasiadas expectativas; la vida se le aceleraba de golpe y ella no sabía dónde tenía el freno. Ni siquiera se había desvestido. Se hallaba con la luz apagada y la puertaventana del balcón abierta a la brisa tibia que llegaba flotando del mar. Sería media noche cuando comenzó a oír gemidos en el cuarto de al lado. La habitación de Cristian era precisamente contigua a la suya, así que era él quien los causaba. ¿Pero con quién? A través de la pared pudo escuchar algunas de las frases apasionadas que Cristian le dirigía a su amante circunstancial. Leticia se indignó al suponer que sería Chelo la afortunada. Chelo, con su bonito trasero y su desvergonzada experiencia de putilla para turistas.

Leticia suspiró resignada; se había hecho ilusiones de que Cristian la prefiriese a ella por ser más mujer. Pero al presumido experto en arte le iban más jóvenes, y sobre todo, pensó con amargura, más predispuestas. Mientras oía los alaridos de placer que Cristian le arrancaba a su pareja, encendió un cigarrillo y comenzó a deprimirse. Harta de soportar el dúo de gemidos sexuales, salió al pasillo descalza y se dirigió hacia el cuarto de baño a refrescarse un poco la cara. Cuando pasaba por delante de la alcoba cerrada pudo percibir los jadeos desenfrenados de la batalla amorosa que se libraba en su interior. Pero ahora sabía quienes había dentro del cuarto. Se detuvo ante la puerta cerrada, deseando tener valor para aporrearla con los puños y cortarle el orgasmo a la muy guarra de la criada, porque era ella la que gemía en la plenitud de un éxtasis desmesurado. Pero en lugar de eso, crispó las manos, oyendo cómo la maldita zorra se corría enloquecida entre los brazos del guapo y musculoso Cristian Lacroix.

Tres horas después comenzaba a amanecer.

Conforme se fueron levantando, los cuatro se dieron cita en el improvisado gabinete de trabajo, donde ya les aguardaba Quique, con el flequillo bien peinado y el facsímil del *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón en la mano. Enseguida anunció que la conexión al GPS había sido completada con éxito al simulador de navegación de la Universidad, y que tenía los barcos veleros del videojuego dispuestos para zarpar por el piélago de realidad virtual:

—Todo listo pa... para ser orientado hacia la derrota de la expedición co... colombina hacia el Nu... Nuevo Mundo.

Cristian dijo que *magnífico* mirando a la criada, que estaba sirviéndoles el desayuno, y Leticia no supo si el calificativo se refería a lo que acababa de anunciar Quique o al impúdico escote que exhibía esa mañana la desvergonzada sirvienta, rebosante de gozo y recién satisfecha por el atractivo experto en arte.

En Roma, Lucio Manzoni y fray Cornelio Delmonio, tras introducir los parámetros bíblicos en el diseño en tres dimensiones del arcaico sistema solar de Ptolomeo. Se habían quedado a dormir en unos austeros camastros del sótano del palacio jesuita deshabitado, hasta que viniese por la mañana el cardenal Hjortsberg. Cuando Su Eminencia llegó, los adormilados Delmonio y Manzoni se pusieron en pie para informar al cardenal de que todo estaba dispuesto para encontrar virtualmente el Punto Fijo. El pelirrojo, insomne y ojeroso, hizo la introducción técnica:

—He conseguido este *software*, llamado *Oziexplorer*, para que podamos seguir las evoluciones de búsqueda en tiempo real sobre la superficie del planeta desde la pantalla del ordenador.

—¿Quiere decir que con eso veremos la Tierra desde el espacio? —preguntó el anciano cardenal, poco ducho en cuestiones informáticas.

—La Tierra de verdad no, Eminencia, lo que tenemos en pantalla es una representación a escala del sistema solar, técnicamente un astrario, conectado al Tiempo Universal Coordinado<sup>[6]</sup> mediante la red Internet. Es una imagen sintética, pero a todos los efectos, lo que veremos cuando se ponga en marcha equivale al movimiento real de rotación y traslación del globo.

—*Bene* —concedió el dominico, volviéndose hacia el jesuita—, pues cuando Su *Eminentia* ordene...

Johanes Hjortsberg avanzó unos pasos hacia el ordenador, como si cifrase en aquel incomprensible artefacto la esperanza de tantos años de búsqueda. Se le veía emocionado y solemne, embutido en su sotana negra ribeteada de púrpura y el crucifijo de oro macizo de 24 kilates y diamantes pendiéndole del cuello. Tomó aire con el pecho emocionado y ordenó alzando su semblante de gárgola:

—¡Adelante!

Leticia se disculpó ante sus compañeros, necesitaba tomar el aire y reflexionar. Encendió un cigarrillo, bajó de los áticos pensando en dar una vuelta por el cercano paseo de la playa. Quería estar sola, sin la presencia de nadie, deseaba meditar; todo estaba ocurriendo tan rápido... Era como si se hallase dentro de un sueño, y lo supiera pero no pudiese despertarse. Algo así como estar enterrada en vida.

Descendió en el anticuado y traqueteante ascensor de hierro fundido, que proyectaba su sombra de jaula deslizándose por el oscuro hueco lleno de sonidos de cable. Aún no le había dado tiempo a salir del edificio, cuando sintió un repentino mareo y apoyó la mano en la fría superficie de mármol que flanqueaba el soportal de la casa. De pronto sufrió un absceso de náusea y se le cubrió la frente de sudor. Por

un momento, perdió la visión y notó que las piernas le flaqueaban.

«¿*Qué me pasa?*», se preguntó, tratando de no perder el equilibrio.

Intuyó un movimiento por detrás, bajando por las oscuras escaleras del recibidor. Se volvió con el pulso acelerado. La doncella rubia estaba allí, a su espalda, pero ya no iba vestida con su impecable uniforme de servicio, sino con prendas de calle convencionales. Leticia sintió un desmayo; el corazón comenzó a trepidar, le zumbaban los oídos, se ahogaba. Las fuerzas la abandonaron y cayó al suelo desmoronada.

Fabrizio Bellamare miraba por la ventana de su señorial despacho las palomas volando por los jardines vaticanos, entre los cedros milenarios teñidos por el fulgor agonizante de la tarde. Hoy vestía su traje de maestrante, con la casaca de doble botonadura dorada bien ceñida y el sable plateado al cinto. Se le veía como ausente, con los nervudos dedos de faraón posados en la cruz potentada roja, emblema de la Orden del Santo Sepulcro que lucía sobre su pecho. Pero de pronto se giró:

—¿Cómo que no habéis encontrado nada?

Lucio Manzoni estaba intimidado y de pie, justo en medio de la estancia, con su ropa algo arrugada y cara de cansancio, tras acudir a informar del resultado fallido del experimento desde el *palazzo* jesuita deshabitado.

—No, excelencia.

—¿Pero cómo es posible eso? —inquirió el *cavaliere*—. Fray Cornelio me aseguró que con una simulación virtual del sistema solar según Ptolomeo encontraríamos esa isla en cualquier parte del planeta donde se hallase. ¿Y ahora dices que no hay nada?

El pelirrojo titubeó, buscando los términos más adecuados y sencillos para su explicación:

—Verá excelencia, el diseño en tres dimensiones del astrario, que realicé con el ordenador, según el *Almagesto* de Pitágoras no es el correcto para encontrar una localización espacial.

—¿Entonces por qué lo utilizasteis?

—Permítame decirle —delató el pelirrojo—, que fray Cornelio se empeñó en ello. Pero ese planisferio está basado en la premisa medieval de que la Tierra era el centro del sistema solar. En mi opinión, y así se lo dije, hubiésemos debido diseñar un astrario basado en la premisa verdadera: el Sol en el centro del sistema solar, o sea, el planisferio de Copérnico. Me temo, excelencia, que fray Cornelio, como los antiguos dominicos inquisitoriales, se ha dejado llevar por sus prejuicios hacia los heliocentristas.

Dicho aquello, Manzoni se quedó en silencio, esperando la reacción del *cavaliere*, que se había girado de nuevo hacia la ventana y seguía con las manos a la espalda. Menuda decepción después de tanto trabajo, estaba pensando Lucio, mientras aguardaba de pie, pero eso es lo que pasa cuando ahondas en una leyenda religiosa: que quizá no sea más que un mito. Porque mira que lo del Arca de Noé que le había contado fray Cornelio tenía guasa. Ni un niño se lo habría creído. Sin embargo, aquellos tres hombres de Dios se habían empeñado en encontrar el Punto Fijo, fuese lo que fuese; y él no había querido contradecirles. Por el dinero que le pagaban y la

poderosa influencia que proyectaban sobre su futuro diplomático, estaba dispuesto a darles la razón en lo que hiciese falta, por descabellado que pareciera.

—Así que, después de todo, Cristóbal Colón tenía razón, tal como yo suponía —murmuró para sí Bellamare.

Comenzaba a sospechar que el equipo de Jean Claude Lavantier iba bien encaminado, aunque no podía comprender cómo había caído en sus manos la inédita información que parecía manejar sobre Cristóbal Colón. Por eso había ordenado a la doncella infiltrada en el servicio del belga que secuestrase a la mujer del equipo rival y la trajese a Roma lo antes posible. Debían interrogarla, tenía que averiguar por qué motivo Lavantier se había empeñado en contar con ella para su grupo de trabajo.

Manzoni carraspeó y se atrevió a intervenir:

—Con su permiso, excelencia..., puede que tengamos otra oportunidad.

Bellamare se volvió hacia él. Su giro fue tan raudo que la espada y la funda plateada emitieron un sonido metálico al moverse colgada del cinto. El *cavaliere* le clavó a Lucio su mirada ciega. El crepúsculo incendiaba los cristales de sus gafas oscuras, confiriéndole la expresión de Caronte a punto de llevarte a los infiernos.

—¿Cómo dices? —inquirió, como si no hubiese oído bien—. ¿De qué otra oportunidad me hablas? La fecha límite a la que ha de ceñirse la búsqueda del Punto Fijo está ya demasiado cerca, no disponemos de tiempo para diseñar el astrario virtual correcto y corregir los errores cometidos.

Lucio Manzoni vaciló:

—Con su permiso, excelencia, no me refiero a nada virtual; está vez lo podemos intentar de manera real. De hecho, quería anunciarle que fray Cornelio ha admitido su error y ya se halla trabajando en el nuevo sistema a toda prisa; incluso ha sacado del archivo vaticano el original planisferio renacentista de Nicolás Copérnico. Y además, está manejando nueva documentación encontrada en el archivo secreto.

El *cavaliere* frunció el ceño:

—¿Ha encontrado por fin referencias a esos manuscritos perdidos de Leonardo da Vinci?

—No exactamente, excelencia. Pero fray Cornelio supone que ha dado con un sistema de orientación posterior al de Da Vinci, un sistema perfeccionado por Galileo Galilei en 1609, posiblemente basado en las mismas premisas que las de Leonardo.

Fabrizio Bellamare suspiró, sin demasiado entusiasmo:

—Cornelio Delmonio y sus indagaciones herméticas —masculló entre dientes—. Está bien, Lucio, ahora vuelve al palacio jesuita y mira si ha llegado ya de España Anna Necrafiori con la prisionera española; estará cansada, deben haber pasado la noche conduciendo. Pero aún así, dile a fray Cornelio que la interroguen inmediatamente; hemos de ver cuánto sabe esa mujer sobre los próximos pasos que piensa dar Jean Claude Lavantier.

—Entendido, excelencia; ¿y después de interrogarla, que hacemos con la prisionera?



El *cavaliere* hizo un gesto con la mano, evidenciando su desdén:

—Que se deshagan de ella —zanjó, volviéndose de nuevo hacia la ventana.

—Disculpe, excelencia, lo preguntaba porque precisamente fray Cornelio necesita una persona *voluntaria* para el experimento de Galileo del que le hablo. Quizá esa mujer podría servir, ya que de todas formas, lo más probable es que resulte malherida durante la prueba, según el hermano Cornelio.

Bellamare se alzó de hombros, ensimismado en el vuelo de las palomas, como si aquello le recordase algo que no podía invocar en ese momento en la memoria:

—Bien, por mí que haga lo que quiera con ella.

La mente desactivada de Cristian Lacroix comenzó a emerger poco a poco hacia la conciencia. Abrió los párpados y notó el hormigueo entumecido a causa la incómoda postura en la que había permanecido tanto tiempo sin conocimiento. Lo primero que enfocó fueron los restos del desayuno del día anterior. Entonces comenzó a entender lo sucedido. Miró más allá y vio que Quique se hallaba derrumbado sobre la mesa del gabinete, inmóvil. A su lado reposaba Chelo tendida en el piso.

Cristian se levantó como pudo tratando de sobreponerse. Dio unos pasos torpes contemplando la escena. ¿Y Leticia?, se preguntó al no verla por allí. Creyó recordar que había salido a dar un paseo. Y justo después de marcharse fue cuando les sobrevino aquel malestar.

—¡Renzo! —llamó, tratando de hacerse oír por el secretario de Jean Claude Lavantier. Escuchó un leve gruñido y se volvió; era Quique, que comenzaba a recobrar el sentido.

Volvió a reclamar al secretario, y también a la cocinera y a la doncella. Pero nadie respondió a sus gritos.

—¿Qué pa... pasa? ¿Do... dónde estoy? —Quique acababa de volver en sí.

—Creo que hemos sido envenenados —dijo Cristian, acercándose a Chelo para incorporarla.

—Glub, ¿envenenados?

—Narcotizados...

Cristian alzó a la chica y la tendió con cuidado sobre un viejo sofá. Continuaba sin conocimiento, pero su pulso indicaba que se encontraba bien.

—Narcotizados... ¿Pe... pero quién, por qué...? —farfulló Quique, todavía muy mareado.

—Alguien nos ha traicionado, y creo saber quién ha sido.

Quique miró alrededor para cerciorarse de quién era el culpable.

—¿Leticia? —preguntó, al ver que no estaba presente.

Cristian sacudió la cabeza:

—No, ella no. Ha sido la doncella...

—¿La criada de fí... físico imponente?

Cristian asintió. Recordaba con una mezcla de rabia y placer lo sucedido la noche anterior con aquella chica tan complaciente. Le había llamado la atención que a pesar de sus 22 años la criada todavía fuese virgen. Pero eso a él no le había importado demasiado. Lo que sí le molestaba es haber sido engañado por ella, pues ahora entendía que la doncella le había sonsacado todos los datos técnicos, y él había cantado de plano, sin sospechar que fuese una espía. ¿Pero quién puede sospechar nada cuando tienes entre las piernas una boca tan ávida y dispuesta?

—¿Y ahora qué va... vamos a hacer? —gimió Quique, comprobando por primera vez dónde se había metido—. Si se enteran de esto en la Universidad estoy pe...

perdido. Mi pa... padre me ma... matará.

—No te preocupes —murmuró Cristian, comprobando el funcionamiento del ordenador portátil—, no será el único que quiera matarte —añadió pensando en Lavantier y en los servicios secretos españoles.

—Glub, ¿qué qui... quieres decir con eso?

Chelo comenzó a recuperarse y Quique se abalanzó hacia ella.

—¿Estás bi... bien?

—El ordenador ha sido inutilizado —informó Cristian—. Han borrado el disco duro y han cortado la línea de teléfono. Hemos perdido los datos de la ruta completada por el navegador y el GPS. ¡Maldita zorra! —masculló, frotándose las sienes. Ahora comprendía por qué se apellidaba Necrafiori (*negra flor*); y él sabía dónde tenía la doncella la susodicha flor negra. Una flor carnívora.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó Chelo.

—La criada —contestó Cristian, avergonzado.

—¿Pe... pero por qué? —quiso saber Quique, pestañeando confuso.

—Está con los otros... —declaró Cristian, trasteando entre la ruina caótica a la que había sido reducido el gabinete de trabajo. Anna Necrafiori lo había registrado todo a fondo, seguramente buscando algo que no tenían, los manuscritos perdidos de Leonardo da Vinci.

—¿Los otros...? —repitió Chelo—. ¿Quién cojones son *los otros*?

—La competencia.

—¿Cómo?

—Escucha, Chelo, no somos los únicos que buscan el destino secreto de Cristóbal Colón, ¿sabes? —repuso Cristian, malhumorado por su flagrante metedura de pata, o mejor dicho, de polla. Había bajado la guardia y se había dejado seducir como un imbécil por la hermosa rubia con carita de inocente y fuego entre los muslos; y durante la noche de sexo ella le había sacado la información de lo que andaba buscando el coleccionista de arte belga. Se lo merecía por mujeriego y por bocazas.

—He de salir de aquí —reaccionó Cristian, enfilando escaleras abajo.

—¿Adónde coño vas? —le inquirió Chelo, mientras bajaba atropelladamente junto a Quique.

—A Roma.

—¿A Roma?

—Sí, creo que es allí donde se han llevado a Leticia.

—¿Por qué?

—Porque la doncella era de Roma. Tengo que salvar a Leticia, todo esto ha ocurrido por culpa mía y ahora no puedo abandonarla; a saber lo que puede hacer con ella una gentuza que ha sido capaz de infiltrar en el servicio doméstico de Jean Claude Lavantier a una espía sin que nadie se diese cuenta.

—Glub, ¿y co... cómo vas a encontrarla allí? Ro... Roma es muy grande.

—La criada se olvidó su agenda personal en... —Iba a decir en la cama de su

habitación, pero se interrumpió a tiempo—, se ha dejado su agenda telefónica, y en las páginas figuran varias direcciones y números de teléfono. Averiguaré por el camino para quién trabaja esa zorra.

—¿Pe... pero có... cómo?

—Tengo mis recursos, Quique —atajó Cristian, malhumorado.

—¿Pero quién ha raptado a Leticia? —inquirió Chelo.

—Supongo que un grupo rival de Jean Claude Lavantier.

—¿Y están en Roma?

—Sí, y me parece que pertenecen a la Iglesia.

—Glub.

—Pero...

—Es una carrera..., ¿entendéis? Una carrera contrarreloj compitiendo por descubrir el destino secreto de Colón.

Los tres juntos rastrearon la casa, hasta asegurarse de que Leticia no se estaba allí. No la encontraron, pero en cambio descubrieron a la cocinera, Catherine, tumbada en el suelo de la despensa, con el bilioso secretario arrodillado a su lado dándole palmaditas en las pálidas mejillas y sorbitos de agua con un vaso.

—Vamos, vamos, vuelve en ti —repetía con los ojos llenos de lágrimas, con lo cual quedaba patente que Renzo Tornelli no era un autómata teledirigido, sino un ser humano como todos los demás. O casi.

El asunto se había complicado, así que Cristian Lacroix decidió que había llegado la hora de rescatar su rol de mercenario. No se lo pensó más, cogió su petate de lona, bajó a la calle, tomó un taxi y salió disparado hacia el aeropuerto. Tenía que llegar a Roma cuanto antes.

Leticia despertó de golpe; quería continuar en aquella crisálida de sueño que la envolvía como una muselina, pero el dolor era más fuerte y la devolvía a la cruda realidad. Alguien abrió una puerta en el espacio donde se encontraba. Pudo oír unos pasos acercándose, intentó moverse y entonces se dio cuenta de que estaba tumbada. Se ovilló sobre sí misma, temerosa, mientras la deslumbraba una súbita luz cegadora que alguien acababa de encender de sopetón. Justo delante del insufrible foco había una silueta humana que rielaba recortada en el resplandor.

—¡Despierte! —Escuchó que le ordenaban.

—Déjenme en paz —gimió ella—, ¿qué quieren de mí?

Al costado de la cama había una mujer mayor vestida de hábito y mirándola con un rictus inclemente.

«¡Una monja!»

La monja, vestida de blanco, aguardaba impaciente y con las manos entrelazadas en el regazo de su hábito.

—¿Quién es usted? —preguntó Leticia.

—Pertenezco a la Orden de Santo Domingo. Incorpórese, vamos a interrogarla.

«*Oh, Dios mío, lo que me faltaba; toda la infancia en un internado de monjas y ahora esto.*»

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó Leticia.

—No fumo.

—¿Podían apagar esa luz?

—No.

Acto seguido, la monja dominica la cogió del antebrazo, incorporándola de la cama sin miramientos. Entró un hombre maduro vestido con una bata blanca, pero el foco deslumbrante le impedía ver bien el rostro.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó el recién llegado.

Leticia se alzó de hombros como diciendo: a quién demonios le importa cómo me encuentre.

—Necesito un cigarrillo —pidió.

Pero al instante, al ver lo que aquel tipo llevaba entre las manos, sufrió un escalofrío de horror: una jeringuilla. Estuvo a punto de levantarse y echar a correr. Pero como no encontró fuerzas para hacerlo, se mantuvo sentada en la cama.

—Súbase la manga —ordenó el de la bata blanca.

Ella dudó.

—Le aconsejo que no se resista —advirtió la monja—, si lo hace tendremos que obligarla de malos modos.

Leticia obedeció, resignada.

—No le hará daño —el hombre se inclinó sobre ella. Tanteó la vena en el hueco del codo; dio unos golpecitos y clavó la aguja. Ella casi no sintió nada.

—¿Qué es eso? —preguntó. Tenía ganas de llorar, pero se contuvo por mantener un último resto de su dignidad pisoteada.

—*Noctamid*, la mantendrá relajada mientras la interrogamos.

Aprovechando la noche, Fabrizio Bellamare acudió a entrevistarse con el anciano cardenal Hjortsberg. Tras conocer el fracaso del proyecto, Su Eminencia había permanecido recluido en el deshabitado palacio jesuita sin querer ver a nadie. El *cavaliere*, vistiendo un elegante traje milanés de color oscuro, eligió aquella hora nocturna porque, dada la situación, deseaba pasar lo más desapercibido posible. El chófer del Vaticano salió por la puerta de San Dámaso, hizo el recorrido despacio hasta el viejo *palazzo* de la Compañía y estacionó el lujoso Alfa Romeo negro en el callejón trasero. Así, el *cavaliere* entró sin ser visto por nadie.

Fabrizio Bellamare, acogiendo a un viejo precepto de las órdenes militares creadas en la Edad Media, debía comunicar al caído en deshonra su destitución fulminante. Desde los más remotos tiempos, la sucesión en las órdenes de caballería se había llevado a cabo de aquella forma ritual: destitución tajante para el indigno. Así lo requería el viejo concepto del honor militar: el débil es apartado del mando, el fuerte ocupa su cargo.

Johanes Hjortsberg era el gran prior de la Santa Alianza, una logia católica que pervive desde hace siglos como una rémora de antiguos privilegios pontificios. La Santa Alianza se había fundado en secreto poco después del descubrimiento de las Indias Occidentales, a instancias del Papa español Alejandro VI Borgia, con la teórica finalidad de llevar la luz de la fe a los salvajes indígenas de aquellas latitudes. Pero en lugar de la luz había llevado el fuego, la pólvora y la destrucción. Pues en realidad, la idea real que subyacía a la ocupación del Nuevo Mundo era la de aumentar la demografía católica, extendiendo el cristianismo hacia nuevas tierras con el fin de contrarrestar el asedio turco ante las mismas puertas de Europa.

Los Reyes Católicos acababan de echar a los últimos musulmanes de Granada, reunificando España como una sola Corona católica, pero Tierra Santa había caído en manos infieles, y no hacía ni cuarenta años que los otomanos habían asolado Constantinopla, el último bastión cristiano de Oriente, cerrando el paso de las rutas abiertas por Marco Polo hacia el Asia y su necesario mercado de las especias y los múltiples productos de ultramar. El Mediterráneo se veía amenazado por el Islam, y la Iglesia tenía que buscar una solución. Se desempolvieron viejos mitos y leyendas sobre islas y continentes allende el Océano Atlántico; tierras nuevas para colonizar, cristianizar y explotar a beneficio de la reconquista de Jerusalén, la última Cruzada con la que soñaban los monarcas de la cristiandad.

Sin embargo, el proyecto Nuevo Mundo pronto había derivado hacia la rapiña. Al principio, la colonización fue controlada por las dos grandes órdenes religiosas de la Edad Media, los dominicos y los franciscanos, que se repartían el pastel, aunque manteniendo su rivalidad secular. Pero desde que los jesuitas hicieron su aparición en 1540, ya nada fue lo mismo. La influyente y pragmática Compañía de Jesús pronto desplazó a las dos órdenes monacales, imponiendo la creciente influencia de sus

misiones en las Indias, y haciéndose con el control de la Santa Alianza como instrumento de poder para su expansión, infiltrando clérigos y nobles en los lugares más influyentes de los estados y las monarquías, tal como había sucedido con Richelieu, Mazarino, Cisneros, Esquilache...

A mediados del siglo XVI, la Compañía gobernaba *de facto* el virreinato colonial del Nuevo Mundo, que bajo la excusa misionera, había formado una próspera red para la explotación de los recursos naturales (oro, plata, esmeraldas...) utilizando a los indígenas como mano de obra barata; un emporio que se extendía desde las Antillas hasta Perú. Ni siquiera tuvieron que usar la violencia, como habían hecho los franciscanos y los dominicos en su inicial furia explotadora y conversora. Los jesuitas actuaban con argucias mucho más sutiles. Y todo ello con el beneplácito de la Santa Sede y del reino español, cuyas cristianas majestades se disponían a recibir el oro que les había prometido encontrar Cristóbal Colón.

La Santa Alianza, formada por representantes de las órdenes religiosas y militares más importantes de Europa, era una institución secreta, comparable a un parlamento nobiliario y religioso en la sombra; su existencia era clandestina y sus integrantes también. Sus miembros habían ganado fortunas incalculables hasta el siglo XIX, cuando las colonias de Cuba y La Española (hoy República Dominicana), principales sedes del virreinato explotador del Nuevo Mundo, fueron arrebatadas a los españoles por los norteamericanos y los franceses. Sin embargo, esta logia católica jamás había sido disuelta. No se reunía desde los años treinta del siglo XX, pero la institución seguía vigente; al menos, latente.

Sus miembros habían pasado a otros el testigo legatario conforme habían ido envejeciendo, de tal modo que el actual cargo de Gran Prior recaía en el cardenal Hjortsberg (siempre en un jesuita), a falta de gran maestro, un cargo que había ocupado sólo el Papa Borgia. Desde entonces, permanecía vacante, aunque las normas decían que la supremacía la ostentaba la Orden del Santo Sepulcro, cuyo gran maestro siempre es el Papa. Sin embargo, el actual Pontífice, Juan Pablo II, nada sabía de aquellos manejos conspiratorios, ni siquiera conocía la pervivencia de la Santa Alianza, enquistada como un parásito en el seno del Vaticano.

Tras enterarse del fracaso en la búsqueda del Punto Fijo, Su Eminencia se había encerrado en la pequeña capilla subterránea del abandonado palacio de la *Societate Iesu*, y allí dentro llevaba recluido día y medio en solitaria meditación. El altivo y anciano cardenal, que todavía creía en la utopía milenaria del Punto Fijo, el mismo que habían buscado durante siglos sus compañeros jesuitas por el Nuevo Mundo, meditaba constreñido, acodado de rodillas en el lujoso reclinador tapizado de terciopelo rojo, vestido con su encarnada sotana y su valiosa cruz de oro y diamantes colgada del pecho.

Fabrizio Bellamare llamó a la puerta, pero Johannes Hjortsberg, absorto en sus pensamientos, no contestó de inmediato.

—Eminencia, con su permiso... —El *cavaliere* abrió el pequeño oratorio y se



asomó con cautela.

—Adelante, querido *cavaliere* —concedió por fin el cardenal, con acento abatido.

—Eminencia... —Bellamare entrelazó en el regazo sus membrudas manos de faraón embalsamado.

—Hemos fracasado, *cavaliere* —dijo Hjortsberg.

—No, Eminencia —corrigió Bellamare—, ha fracasado Su Paternidad.

El cardenal agachó su cabeza de gárgola y afirmó de acuerdo:

—Sí, tiene razón; ambos sabemos que la Santa Alianza no puede admitir el fracaso. Yo soy el Gran Prior, y no he logrado encontrar ese punto geocósmico del que hablan los documentos antiguos.

—Sí, Eminencia —remachó Bellamare, inmisericorde—, Su Paternidad ha fracasado, pero la Santa Alianza debe continuar con la búsqueda. Y ahora tenemos nuevos datos para proseguir con ello.

El cardenal cabeceó:

—Me alegro; sin embargo, a usted no parece importarle demasiado la posibilidad de ese punto telúrico, origen de todo lo creado, ¿verdad? Pero ese lugar existe. Fue allí donde, según las Escrituras donde recaló el Arca de Noé en el Diluvio Universal, el monte más alto del mundo, antes de que las aguas del abismo anegaran aquellas latitudes.

El *cavaliere* seguía mudo, y entonces el cardenal preguntó abiertamente por primera vez desde los más de treinta años que se conocían:

—¿Qué es lo que usted busca en realidad, Fabrizio? Si le digo la verdad, nunca he sabido cuáles son sus intenciones.

Fabrizio Bellamare mantuvo un impasible silencio parapetado detrás de sus gafas oscuras. Pero el cardenal acertaba, él tenía un cometido mucho más terrenal respecto al secreto de Cristóbal Colón, un cometido material, nada que ver con las elucubraciones místicas de Su Eminencia. Desde la juventud, Fabrizio era un alfil sin rey, un peligroso pretoriano sin jefe, un soldado que vagaba sin bandera, como un mercenario cuya única misión era la suya propia y su particular beneficio.

En realidad era español, aunque lo mantuviese oculto a todos y se hubiese cambiado el nombre para disimular su procedencia. No quería que nadie conociese sus modestos orígenes, ni cómo se había matriculado en la escuela teológica de los jesuitas de Barcelona para escapar al hambre de la posguerra, hijo de una familia del bando perdedor. Aquel era su secreto, pero también su orgullo, pues partiendo desde lo más bajo, había trepado a las mayores alturas de la Curia, siendo aceptado en el seno de la Santa Alianza debido al secreto de Colón que afirmaba conocer. Un secreto del que había tenido conocimiento por casualidad, mientras se ocupaba de repartir la limosna jesuita entre las personas más pobres de los barrios miserables de Barcelona.

—En cambio —reanudó el cardenal—, yo sí creo en la existencia del Punto Fijo, y lo he buscado toda mi vida. Yo he fracasado y lo reconozco, pero usted no se rinde nunca en llevar a cabo su oscura misión, ¿no es así?

Bellamare ni parpadeó.

—Dígame una cosa —pidió Hjortsberg—, ¿de dónde proviene su férrea determinación, cuál es la implacable razón que le mueve, qué pretende conseguir de todo esto?

Entonces el *cavaliere* habló; impávido, revestido de altiva dignidad nobiliaria:

—Su Paternidad lo sabe muy bien. Mi única misión —mintió— es impedir que los secretos de la Iglesia caigan en manos de fariseos y mercaderes. Y ahora, Eminencia, basta de charla: ¿está preparado?

El cardenal suspiró y recitó:

—*Spiritus promptus est, caro autem infirma* (el espíritu está preparado, pero la carne es débil). No se preocupe, *cavaliere*, sé muy bien cuál es mi deber; yo también soy un hombre de honor.

Tras decir eso, Hjortsberg metió la mano derecha en el bolsillo interior de su sotana roja, extrajo una pequeña pistola *Derringer*, la dirigió a su cabeza y se pegó un tiro.

Cristian Lacroix llegó a Roma coincidiendo con la primera oleada turística del verano. Las vacaciones de junio convertían a la capital del Cristianismo en un raudal de turistas ahogados por el bochorno. Un gentío sudoroso y vocinglero trasegaba las callejuelas mugrientas del Borgo, las pestilentes orillas del Tíber y las modernas avenidas urbanas; salpicadas a cada paso por infinidad de ruinas imperiales, para finalmente desembocar como un turbiÓN humano en la Plaza de San Pedro, confluencia de todos los caminos de la Humanidad.

Decenas de lenguas se confundían con el palabrero lenguaje italiano de los lugareños, una babel de idiomas, variopintas vestimentas veraniegas y un calor húmedo que enervaba el ánimo y excitaba a millones de moscas implacables, herederas los fieros gladiadores de antaño. Cristian trataba ahora de atravesar a toda prisa el tropel de turistas, en dirección al laberinto de callejuelas antiguas donde residía Paolo Falicón, un arqueólogo conocedor de los entresijos de la Santa Sede. Sabía que Falicón era un corrupto, que vendía antigüedades de la Iglesia a coleccionistas privados en busca de piezas religiosas. Por eso, durante el viaje desde Alicante, había decidido recurrir a él. Quizá por una buena suma consintiera en ayudarlo a colarse de incógnito en la Basílica de San Pedro. Porque era allí donde pronto se reuniría el equipo rival, según había podido confirmar analizando la agenda de la doncella traidora.

Por fin llegó al apartamento del arqueólogo, un viejo piso en uno de aquellos vetustos inmuebles del siglo XVIII, cayéndose a pedazos en armonía con las no menos decrepitas iglesias. Después de subir por una escalera oscura y tortuosa se halló ante un rellano alumbrado por una exigua bombilla encajada en un aplique de añejo aspecto. Tocó el timbre que había junto a una recia puerta de madera con una mirilla de latón deslustrado, de esas que se giran desde dentro como la celosía de un confesionario. El timbre sonó tan estridente como una alarma antiaérea de la Segunda Guerra Mundial. Segundos después se oyeron los ecos de un sinuoso taconeo, sin duda femenino, acercándose por el sonoro linóleo del piso. La puerta se abrió y una bella romana de cuarenta años apareció en el umbral. Cristian se presentó como profesor de arte y formuló su deseo de ser recibido por el señor Paolo Falicón.

—Mi marido no está en casa —respondió la mujer, mirándole con goloso interés—; pero si le sirvo yo...

Las alarmas de Cristian se dispararon, avisándole de la oportunidad.

—Verá —dijo, utilizando su mejor tono persuasivo—, el motivo de mi visita es poder acceder de manera discreta en el Vaticano; tengo entendido que su marido podría facilitarme dicha posibilidad.

Giovanna, que así se llamaba la mujer, era un ejemplar latino en toda regla. Morena, de cabellera ondulada y espesa; ojos negrÍsimos y profundos, aleteando con

largas pestañas y miradas de lascivia. Iba vestida con un caftán damasquinado de seda escarlata, semiabierto sobre su voluptuoso cuerpo apenas cubierto por tan escasa prenda. El batín era tan corto que sus muslos mostraban el encaje de unas medias negras, rematadas con zapatos de tacón de aguja relucientes, al estilo de una furcia sofisticada.

Ella le hizo pasar, aleteando las pestañas y sin apartarse del umbral, con el fin rozar sus pechos y sus amplias caderas con él, y entonces Cristian aprovechó la oportunidad que le brindaba el destino. Antes de que Giovanna se girase tras cerrar la puerta, él ya se había lanzado a despojarla del caftán, arrancándole de cuajo la ropa interior negra y devorando con furor su boca pintada de púrpura.

La primera vez lo hicieron allí mismo, sobre el piso desgastado de linóleo en pleno recibidor, decorado con madonas y crucifijos antiguos. La segunda penetración ocurrió ya en la severa cama de matrimonio, grande y oscura como un catafalco, presidida por un óleo del Corazón de Jesús, que les miraba lánguido señalándose con dos dedos de la mano derecha el corazón ardiendo salido del pecho, rodeado por una corona de espinas. Giovanna era fogosa, insaciable; Cristian hubo de emplearse a fondo para colmarla, no antes del tercer asalto. Terminó satisfecha, sin apenas respiración y mirándolo con los ojos llenos de gratitud y entusiasmo. Estaba claro que el arqueólogo no daba la talla.

Tras las presentaciones formales, Cristian formuló de nuevo su deseo de acceder de incógnito a la Basílica de San Pedro.

—¿Por qué quieres entrar de incógnito? —quiso saber ella, desnuda sobre la cama, oliendo a hembra recién amada; ese aroma especial que irradian tras el orgasmo. Se tuteaban, pues las barreras sociales siempre caen al primer roce con los cuerpos desnudos.

—He de salvar a una mujer que cierta mala gente ha retenido allí.

Giovanna hizo un mohín celoso. Así pues, tenía una competidora.

—¿La amas? —preguntó.

—No, no; sólo es una amiga.

Ella suspiró:

—Sí, eso decís todos.

—Te equivocas, Giovanna —redundó él, estampándole un beso en aquellos labios gruesos de púrpura emborronada.

—¿Qué clase de amiga es, entonces, para que te arriesgues tanto por ella?

—Han cometido un error al secuestrarla, Leticia es una pobre mujer española, inocente, que no tiene ni idea de nada sobre... —Cristian se detuvo; tampoco era cuestión de explicarle a su amante todo el complot.

Giovanna hizo una mueca de disgusto al oír el nombre de *otra* mujer en boca de su recién hallado semental.

—No te preocupes —la tranquilizó él, estrechándola con fuerza—, no hay nada entre esa mujer y yo, créeme. No es eso por lo que intento salvarla.

—¿Entonces aún te gusto? —preguntó la romana, mimosa. Hay mujeres a las que el adulterio les sienta de maravilla; rejuvenecen.

—Me enloqueces de deseo.

—¿Y no quieres tomarme otra vez? —suplicó ella, gimiendo como una gata en celo, mientras le apesaba el miembro viril con las uñas decoradas de púrpura, a juego con los pétalos húmedos de su volcánica boca.

—No, no, espera, Giovanna —protestó él, librándose de la voracidad de su amante—, ahora no podemos... La española corre peligro. Esa gente del Vaticano es muy peligrosa.

Ella se relamió, hambrienta, mirando con gula su palpitante trofeo.

—Después —susurró él, tratando de recuperar su miembro— te lo prometo. Ahora tienes que ayudarme a entrar allí.

Ella se resignó:

—¿Y vas a rescatarla tú sólo? —quiso saber—; lo digo porque esa gente es aún más peligrosa de lo que tú piensas. Lo sé por mi marido, que se codea con ellos. ¡Menuda corte de intrigantes y falsarios!

—¿Dónde está él?

—Le llamaron hace dos días para formularle una consulta documental sobre ciertos planisferios y artefactos antiguos; por lo visto, un conocido cardenal jesuita y un importante aristócrata vaticano traman algo extraño relacionado con cierta reliquia perdida.

—¿A qué te refieres? —sondeó él, para comprobar hasta dónde llegaba lo que sabía su amante.

—El cardenal Johanes Hjortsberg creó hace meses una pequeña comisión privada para el estudio de ciertas coordenadas geográficas antiguas, que tienen que ver con una hermandad científica y artística del Renacimiento, los Pitagóricos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque el informático que trabaja para ellos, un estudiantillo de la Gregoriana, es mi perrito faldero, ya sabes —hizo un guiño pícaro—..., y el chico me lo ha contado todo.

—Ya veo —coligió Cristian, poniéndose los calzoncillos—. ¿Pero qué papel juega tu marido?

Ella hizo una mueca de disgusto:

—Paolo colabora en todos los asuntos turbios de la Compañía.

—¿Y él sabe lo que buscan en realidad los jesuitas?

—Hace dos días llegó demudado de temor, se encerró en su despacho, rodeado de libros antiguos, pero apenas tuvo tiempo para hacer averiguaciones. Enseguida le llamó un fraile dominico a las órdenes del cardenal Hjortsberg.

—¿Y sabes lo que le consultó ese fraile a tu marido?

—No tengo ni idea, pero ven —ella le cogió de la mano y le condujo pasillo adentro—, en su despacho todavía deben estar las notas que tomó el otro día.

Él la siguió con docilidad, observando su deseable culo desnudo, y tuvo que reprimir una nueva erección intempestiva.

Giovanna le llevó hasta una de las habitaciones interiores de aquel profundo piso. Entraron a un abigarrado despacho, por cuyos muebles y rincones se apilaban restos arqueológicos, libros y carpetas a rebosar de papelotes. Encima del caótico escritorio había un buen número de tomos antiguos sobre cosmografía y cartografía, y en el centro, un bloc de notas abierto y garabateado. Cristian se acercó. En sus páginas figuraba escrito a mano lo siguiente:

*Hace 250 millones de años, durante el período llamado Pérmico, un meteorito gigante impactó sobre la Tierra. El choque fue tan violento que acabó con casi toda la vida del planeta y frenó su movimiento de rotación. En ese período nuestro planeta estaba dividido en una gran masa de tierra llamada Pangea, y todo el resto era agua, un mar denominado Panthalassa. La brusca parada de la rotación originó, debido a la inercia, que esa enorme masa de agua se precipitase desde un hemisferio a otro, desequilibrando con ello el peso de la esfera terrestre, lo que causó la inclinación del eje de la Tierra en 24 grados con respecto a la vertical. Cuando se recuperó del impacto, la Tierra siguió rotando, pero con el eje inclinado. Según la mitología, surgió así un nódulo gravitacional localizado en la diagonal que dividía el peso de la Tierra en dos. Dicha línea diagonal fue llamada por Pitágoras meridiano de la Ecumene, porque según él había sido trazado por Dios al causar el Diluvio Universal.*

—Esto es increíble —reflexionó Cristian, repasando las notas de nuevo—; claro, ahora comprendo ciertas cosas...

Giovanna se encogió de hombros, como si lo único que le interesase de todo el universo fuera él.

—Debo darme prisa —reaccionó—, si puedes ayudarme a entrar en la Basílica...

Ella estaba enamorada; le deseaba con toda su alma, le habría dado su corazón sacándoselo del pecho allí mismo, como el óleo de Jesús que tenía colgado sobre la cama. Pero, maldita sea, se lamentó Giovanna, él tenía prisa. Tenía que salvar a su amiga y cumplir la misión encomendada por el Gobierno español: averiguar qué es lo que tanto les interesaba a unos y a otros.

—Lo siento, Cristian, yo no puedo acompañarte —se lamentó ella—, muchos del personal y la burocracia vaticana nos conocen a mi marido y a mí, levantaría sospechas. Pero ten cuidado, tengo entendido que ese *cavaliere* del Santo Sepulcro es un hombre temible y muy peligroso. Además, últimamente las cosas están revueltas en el Vaticano...

—¿Por qué?

—No sé si lo sabes..., precisamente ayer murió el cardenal Johanes Hjortsberg.

—¿Cómo falleció?

—El comunicado de la Curia dice que ha sufrido un derrame cerebral. Le encontraron muerto en el sótano de un antiguo palacio jesuita abandonado. Pero lo más curioso es que era desde allí desde donde estaban planeándolo todo.

—¿Qué quieres decir?

—Debajo del palacio tenían instalado una especie de centro de operaciones. Es un secreto, todavía no lo saben ni las autoridades ni la prensa italiana; a mí me lo dijo ese chico; el pobre vino ayer temblando de miedo a refugiarse en mis brazos. Pero todo ha sido desmantelado ya por la policía.

Cristian hizo amago de marcharse, pero Giovanna le detuvo.

—Espera, llévate esto.

Ella abrió un cajón del escritorio de su marido y extrajo un papel.

—¿Qué es?

—Un plano de las catacumbas cartografiadas por mi marido, y de los pasadizos secretos ocultos por debajo de la Basílica de San Pedro. Te conducirá a donde deseas ir sin ser visto. Sólo tienes que encontrar la entrada por la que se accede a los subterráneos.

Al amanecer del día siguiente Leticia abrió los ojos tras varias horas de sueño narcótico y se halló tumbada en una plancha metálica redonda, tan pulida como un espejo. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por centrar la vista y reavivar sus atrofiados sentidos. Estaba en una sala muy espaciosa, ricamente decorada con pinturas al fresco y mármoles jaspeados, situada frente a un alto ventanal, con sus dos anchas hojas vidrieras abiertas de par en par.

Trató de levantarse pero descubrió con estupor que no podía; se encontraba atada a esa especie de plato bruñido y ligeramente combado como una lente de contacto gigante; con las cuatro extremidades extendidas en forma de aspa, como anclada en un instrumento de tortura medieval. La lente metálica estaba montada y suspendida en el aire, a metro y medio del suelo, mediante un balancín de bronce regulable en inclinación, que permanecía unos grados orientado hacia el ventanal. Delante, a unos dos metros de su posición, había un gran telescopio de aspecto muy antiguo. El artefacto óptico estaba montado en un complicado trípode de hierro, madera y herrumbrosos engranajes, sobre una corredera circular de cobre graduada con muescas a 360 grados.

Leticia estaba tratando de adivinar para qué serviría tan curioso artilugio, cuando oyó acercarse unos pasos por detrás, rechinando en el eco de la estancia. Volvió la cabeza todo lo que pudo hacia su derecha y vislumbró la llegada de un chico pelirrojo y macilento; alto, vestido con pantalones vaqueros y *blazier* azul marino de tipo colegio universitario. El infógrafo, pues no era otro que Lucio Manzoni, miró de reojo y con gesto culpable a la mujer, y luego se acomodó frente a una pequeña mesa auxiliar donde había instalado un ordenador portátil, dispuesto a tomar nota del experimento que se disponían a efectuar.

A su lado tomaron posiciones de pie dos hombres en traje y corbata, muy altos y fornidos. Cruzaron los brazos sobre el pecho y aguardaron con la expresión neutra de los esbirros a sueldo. Eran dos de los condottieros al servicio de Fabrizio Bellamare.

—Buenos días, señora —el saludo sonó en el lado opuesto, y ella giró la cabeza hacia su izquierda.

Seis metros más allá, confundidos en la penumbra reinante del suntuoso y alto salón barroco donde se hallaba, estaban tomando asiento, sobre una fila de sitaliales, una muda compañía compuesta por diez o doce figuras humanas. No podía verlo con claridad, pero Leticia percibía que aquellas presencias silenciosas la observaban circunspectas como un jurado previo a dictar sentencia. Frente a los congregados permanecía de pie, portando una gran cruz de madera negra, un fraile con deslustrado hábito dominico.

—Me llamo Fabrizio Bellamare —anunció en perfecto español la misma voz de antes, surgiendo del centro del semicírculo de sitaliales—, *cavaliere* vaticano, maestrante de la Orden del Santo Sepulcro y gran maestro de este honorable cónclave



aquí reunido.

Leticia pudo atisbar que aquel hombre iba vestido con un vistoso uniforme caballeresco, birrete a la cabeza y envuelto en una amplia capa ceremonial de color blanco, sobre cuyo hombro izquierdo figuraba una gran cruz potentada roja, emblema de la citada Orden. Sobre su pecho relucía un crucifijo de oro y diamantes, el que Fabrizio le había quitado al cardenal Hjortsberg tras pegarse un tiro; y al costado le pendía el sable correspondiente al grado de maestrante, enfundado en su vaina plateada.

—Permita en primer lugar que le presente a estos señores que me acompañan —comenzó el *cavaliere*—. Cada uno de ellos se encuentra aquí en representación de su propia orden religiosa o nobiliaria, aunque todos nosotros compartimos un mismo destino: administrar los bienes morales y materiales de la Iglesia —y alzando la voz en tono solemne, arrancando ecos en la espaciosa estancia, añadió—: somos la Santa Alianza.

A continuación, el *cavaliere* fue señalando uno a uno a los dignatarios sentados a su izquierda y a su derecha. Todos ellos iban ataviados de gala, con sus respectivos uniformes y hábitos. Eran los once<sup>[7]</sup> priores y comendadores representantes de las principales órdenes militares y religiosas establecidas en Europa. Fabrizio Bellamare había tenido el atrevimiento de tomar asiento en el escaño número trece, el reservado al gran maestro, que permanecía vacante desde la muerte del Papa Alejandro VI. Ni siquiera se había conformado con ocupar el dejado vacante por el cardenal Hjortsber, representante de la Compañía de Jesús, la congregación religiosa número doce.

—Anuncio mi proclamación como máximo dirigente de la Santa Alianza, en correspondencia con la dignidad que me otorga ser *cavaliere* de la Santa Sede, *huomo di fidenza*, y maestrante de la muy sacra Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Se escucharon algunas toses insinuando desacuerdo.

—Pero excelencia —contradijo uno de los presentes—, eso que su ilustrísima dice es irregular. El cargo de gran prior está vacante, y así no puede convocarse un cónclave para discutir el relevo. Por lo demás, el cargo de máximo dirigente de nuestra logia pertenece al Papa...

El *cavaliere* no se inmutó, pero le lanzó al que había osado impugnarle una mirada de reproche que atravesó como un rayo láser el cristal de sus gafas negras.

—Señorías y reverendos padres, según los estatutos, en efecto, el máximo cargo de la Santa Alianza corresponde al Pontífice desde su fundación por el Papa Alejandro VI. Pero los estatutos también indican que lo es en virtud de su cargo como maestro de la Orden del Santo Sepulcro. Como todos sabemos, Su Santidad Juan Pablo II se haya demasiado enfermo como para presidir nuestra digna logia, de modo que, como maestrante de la Orden, yo asumo esa responsabilidad.

Se alzó una nueva oleada de murmullos entre los once congregados, pero nadie osó enfrentarse al *cavaliere*.

—Y como muestra de mi autoridad —añadió—, les garantizo que hoy llevaré a

cabo el cumplimiento de nuestra misión secular: descubrir el secreto de los Pitagóricos.

Hizo una nueva pausa, sondeando de reojo los rostros circunspectos que le flanqueaban. Algunos figuraban demudados de asombro o desencajados de pavor, pues aquello era un golpe de estado (del Estado vaticano) en toda regla. Aprovechando el mudo desconcierto, el *cavaliere* concluyó:

—Me refiero, como saben, al hallazgo de Ofir, la isla del Rey Salomón, junto con sus minas de oro y los tesoros allí depositados.

Desde que fuese narcotizada y raptada por la doncella italiana de Jean Claude Lavantier, Leticia ni siquiera sabía dónde se hallaba. Nadie le había informado sobre los motivos de su secuestro ni a dónde la habían trasladado después de sacarla de Alicante clandestinamente, separándola de sus compañeros Chelo, Quique y Cristian. Ahora Leticia escuchaba tratando de comprender qué pintaba ella en medio de semejante y pintoresca congregación. El estupor la mantenía en silencio y a la expectativa, confiando en que todo aquello no fuese más que una lamentable confusión, y que aquella especie de secta la soltase de un momento a otro y le pidiese disculpas por haberla confundido con la persona a la que tenían que torturar por algún motivo. A fin de cuentas, ella no era más que una pobre empleada inmobiliaria.

Eso era justamente lo que les había explicado a esas personas sin rostro que la interrogaron durante dos horas, en medio de la confusa sensación que le abotargaba la cabeza debido a la droga inyectada. No recordaba demasiado de lo sucedido, pero no debió resultar muy convincente con la defensa de su inocencia, porque allí estaba de tan humillante manera, mientras todos esos señores emperifollados la observaban mudos como mantis religiosas dispuestos a devorarla sobre aquel gigantesco plato metálico donde la mantenían atada.

Aparte de los abates, priores y comendadores, en uno de los extremos del semicírculo de sitaliales habían colocado un asiento provisional, donde figuraba sentado el padre Aquilino Bermúdez, el soez párroco del villorrio donde se hallaba la ermita de la santa custodia. Había sido llamado a capítulo por el cardenal Hjortsberg antes de morir para pedirle que aclarase lo del robo de la reliquia. El paquidérmico cura apenas cabía en el pequeño escabel de madera que le habían colocado; la oronda barriga le rebosaba por todos lados; respiraba con dificultad dentro de su anticuada sotana negra, observando atemorizado todo aquel sainete aristocrático, mirando con temor a esos caballeros y abates revestidos de fatua dignidad. Tal como él suponía, se había montado la de Dios es Cristo.

Cristian Lacroix acababa de llegar a las ruinas de un monasterio de monjas cisterciense, enclavado desde hacía siglos en la Vía della Conciliazione, bastante próximo a la Basílica de San Pedro. Se había equipado con su petate de campaña, donde llevaba un cuchillo de supervivencia, una pistola semiautomática y una linterna suplementaria que le había prestado Giovanna junto al plano de las catacumbas y los túneles secretos de la Basílica. Por fortuna para él, las obras de excavación del solar estaban interrumpidas, y era fácil acceder al interior forzando una débil portezuela de tablas en la valla de protección que cercaba el perímetro.

Había sido una suerte que Giovanna se acordara de pronto de que su marido hubiese trabajado anteriormente en la Pontificia Commissione di Archeologia Sacra. Paolo Falicón fue años atrás uno de los asesores de aquellas excavaciones, a título observador comisionado por el Vaticano, ya que se sospechaba que los sótanos del antiguo monasterio cisterciense comunicaban con las ancestrales catacumbas cristianas. Cristian recordó lo que sabía sobre las catacumbas, esa inexplorada red de galerías que horadan Roma en todas direcciones. Fueron realizadas como inmensas tumbas subterráneas en el siglo II por los cristianos. Allí dentro celebraban sus ritos funerarios, guardaban los huesos y las reliquias de sus mártires. Y si eran perseguidos en la superficie, como sucedía en tantas ocasiones, se refugiaban al abrigo profundo de aquel laberinto tumbal de pasadizos, cubículos y túneles, llenos de muertos, donde nadie en su sano juicio se atrevería a aventurarse.

Hacía mucho tiempo que se suponía que en aquella zona debía de existir un vial subterráneo, del que se tenían noticias desde antiguo, pues al parecer, siglos atrás era usado secretamente por los miembros de la Curia para salir de incógnito de la fortificada Basílica y acceder al monasterio femenino. Los arqueólogos encargados de la restauración del cenobio cisterciense habían descubierto por casualidad un conducto que comunicaba con aquellos antiguos pasadizos vaticanos, y la Comisión de Arqueología Sagrada se había hecho cargo de su exploración. Y en efecto, uno de los túneles conducía debajo de la Basílica, aunque, como es normal, no se había dado ninguna publicidad de ello para evitar insidiosas especulaciones.

Cristian casi había saltado de alegría por aquella oportuna revelación de Giovanna. Y en pago accedió finalmente a quedarse con ella unas horas más. Había sido una inefable noche de sexo y furia pasional desatada.

—Esta vez no deseo que me hagas el amor —le había dicho ella, temblorosa de ganas—, quiero que me tomes sin compasión.

La entrada a las catacumbas se llevaba a cabo accediendo por el arcosolio funerario subterráneo del siglo III que había sido descubierto debajo del ábside. Con ayuda de una tosca escalera de madera, Cristian descendió los cinco metros que había hasta la excavación subterránea. Cuando llegó abajo se encontró ante un húmedo

cubículo. Había montones de huesos, cráneos, tibias, costillares, incluso esqueletos de recién nacidos... Un vacío oscuro se abría detrás del arcosolio. El agujero era suficiente como para entrar por él y pasar al otro lado, pero sólo Dios sabía lo que habría más allá en aquella impenetrable oscuridad. Sin embargo, Cristian ni lo dudó. Encendió la linterna y comenzó a introducirse por el boquete; ya había perdido demasiado tiempo, y debía apresurarse.

Cuando tenía introducido la mitad del cuerpo dentro de aquella fría tumba de tierra y roca, oyó una voz a su espalda:

—Señor Lacroix, ¿adónde cree que va?

Todavía era muy temprano, apenas entraba una luz desvaída por los altos ventanales, y la suntuosa estancia vaticana continuaba sumergida en una penumbra difusa. Sólo destacaba la cara macilenta de Lucio Manzoni, sentado frente al ordenador, con el rostro ensombrecido de culpabilidad. Le habían llamado para crear un esquema infográfico en tres dimensiones, no para participar en la tortura de una mujer. Deseaba no haber estado presente. No le había gustado nada el suicidio del cardenal jesuita, y ahora tenía miedo a las consecuencias del complot en el que colaboraba.

Fabrizio Bellamare estaba ilustrando a Leticia:

—Nos encontramos en el salón llamado de las Bendiciones, desde donde Su Santidad el Papa saluda a los fieles congregados en la Plaza de San Pedro, precisamente desde la ventana que tiene frente a usted. Disculpe que no hayamos encendido ninguna luz y nos mantengamos en esta incómoda penumbra, pero pronto verá que tal circunstancia, por un lado irá mitigándose conforme asciende el sol en el horizonte, aunque por otro... En fin, luego se encargará fray Cornelio de explicarle los detalles... *colaterales*.

El ambiente comenzaba a clarear cada vez más por el cercano amanecer. El bellísimo salón barroco se iluminaba poco a poco dejando ver el exuberante lujo renacentista decorado por enormes pinturas al fresco reproduciendo escenas clásicas, bíblicas y épicas del glorioso pasado pontificio.

—Procedamos —ordenó el *cavaliere*.

A Leticia le dio un vuelco el corazón. A cuatro pasos a su izquierda, el fraile dominico se irguió como una peligrosa serpiente y se adelantó hacia el centro del salón, donde estaba instalado el viejo telescopio:

—*Distinguitos e illustrissimi abates et comendatores*, acusamos a esta fémina de *desvelare* y *propagare* los *secretum* de la *Ecclesia* Católica, reuniéndose en herético conventículo con otros de su calaña para *conspirare* contra la *Sancta* Sede y contra *nostra* nobilísima *Sancta* *Allianza*. Así como de ser cómplice en el robo de reliquias sagradas de la cristiandad y valiosos documentos históricos.

Leticia se quedó estupefacta ante la inesperada jerga inquisitorial lanzada contra ella.

«*Como esto siga así* —se dijo sardónica—, *pronto ese tipejo me acusará también de la muerte de Elvis Presley y de John Kennedy*».

—*Gratias* a la *signorina* Necrafiori, *infiltrata* como *serva* entre usted y sus amigos —añadió Cornelio—, sabemos de sus manejos para intentar localizar el Punto Fijo.

Aquello confirmaba lo que Leticia ya sospechaba. La responsable de todo era la *serva* o doncella italiana de Lavaniter.

«*La muy zorra.*»

—Sabemos —añadió el dominico— que ustedes buscaban el legajo perdido de

Leonardo da Vinci, oculto en la custodia *sacramentale* de la ermita, y que al no encontrarlo, se basaron entonces en el rumbo que siguió Cristóbal Colón en su viaje a las Indias. Por *nostra* parte, dedujimos que debíamos *utilizare* el *Almagesto* de Claudio Ptolomeo, pero también cometimos un error, comprendiendo luego que debimos utilizar el planisferio de Copérnico, otro de esos herejes Pitagóricos del Renacimiento.

Leticia forcejeó, tratando de soltarse, pero fue inútil, estaba bien sujeta con cuerdas a cuatro argollas de bronce que sobresalían de aquella lente metálica.

—Ah —prosiguió Delmonio—, pero yo entonces caí en la cuenta de un plan alternativo: *gratias* a un *artefactum* construido por Galileo para la *observazione* astronómica: la Spécola, que es donde usted se halla tendida ahora mismo.

Aquello era verdad. Tras el fallido intento de hallar el Punto Fijo mediante el astrario virtual diseñado por Lucio Manzoni, tomando como base el planisferio geocéntrico de Ptolomeo, el fraile dominico recordó algo que había visto en los sótanos del palacio del Santo Oficio, mientras recababa información sobre la misión secreta de la Santa Alianza. Se trataba de la Spécola, una lente de reflexión celeste y un telescopio fabricado en el siglo XVII por Galileo Galilei, requisado por la Inquisición por considerarse objetos heréticos para la exploración del Universo, algo severamente castigado por la Iglesia de aquel siglo.

Junto a la Spécola, Cornelio Delmonio había encontrado un código con diversos esquemas donde se mostraba cómo el gran astrónomo italiano había estado trabajando en un extraordinario ingenio: un sistema óptico para demostrar definitivamente que todos los planetas, incluida la Tierra, giraban alrededor del Sol, y no al contrario, como se creía desde los tiempos de Ptolomeo. Galileo fue condenado como culpable de propagar el copernicanismo heliocéntrico, y encarcelado en los calabozos de la Inquisición en Roma. Si no le quemaron como a Giordano Bruno fue porque mantenía una buena relación personal con el Papa Urbano VIII, pero a cambio le obligaron a retractarse de su teoría y negar que la Tierra girase alrededor del Sol. Él accedió con tal de salvar la vida, pero fue entonces cuando pronunció su célebre frase: *Eppur si muove*, y sin embargo, se mueve.

Mientras el dominico desplegab su acusación preliminar, Fabrizio Bellamare se hallaba sumido en sus cavilaciones, ajeno también a los caballeros y abates que le flanqueaban. El *cavaliere*, cada vez más intrigado, miraba fijamente a la mujer a través de sus gafas oscuras, preguntándose quién era realmente, por qué motivo la habría contratado Jean Claude Lavantier, si no parecía saber nada del asunto. Hacía horas que venía sospechando algo indefinido en torno a esa mujer; su aguda intuición le avisaba de alguna maquinación ulterior que no lograba vislumbrar.

Pero lo cierto es que Leticia no había revelado nada sustancial sobre su relación con el coleccionista de arte belga, ni siquiera bajo los efectos de las drogas. Bellamare tan sólo pensaba en que también era demasiada casualidad que aquella mujer fuese natural de Barcelona, como él mismo, esa ciudad donde por primera vez,

hacía ya más de treinta y cinco años, había oído hablar del secreto de Cristóbal Colón, y de donde acababa de regresar tras resolver un delicado asunto pendiente, precisamente relacionado con ello.

De pronto, el representante de la Orden de Santiago intervino imprevistamente, sacando al *cavaliere* de sus reflexiones:

—Con la venia de su ilustrísima, no estoy de acuerdo con el maltrato innecesario que se le está causando a esa mujer; somos caballeros, no villanos.

El padre superior franciscano secundó al comendador santiaguista:

—Coincido con usted, aunque viniendo de los dominicos, no me extraña mucho semejante vejación. La Inquisición siempre ha ignorado lo que es la compasión y la piedad cristiana.

Amanecía. Los primeros rayos del sol se alzaban allá en el horizonte de las avenidas romanas devolviendo la vitalidad perdida durante la noche a la caótica ciudad eterna. Leticia escuchaba la ridícula discusión desatada por su presencia.

—¡El que esté libre de pecado que tire la primera piedra! —proclamó indignado el abad de los dominicos—. Y no quisiera —señaló con el dedo índice crispado— que su reverencia me obligue a expresar mi opinión sobre la sospechosa congregación a la que usted pertenece, siempre más cercana a los *fraticelli* y demás ralea herética medieval que a la Santa Sede.

—¡Por favor! —protestó el aludido, sulfurado—. ¿He de aguantar esto?

—Caballeros, si me lo permiten —intervino el caballero de la Orden de Alcántara—, creo que estamos aquí para hablar de negocios, y no para discutir sobre cuestiones canónicas o rencillas pasadas entre dominicos y franciscanos. Para eso convoquen ustedes un concilio y resuelvan internamente sus diferencias doctrinales. Y por cierto, ya va siendo hora de poner ciertas cosas en claro. Exijo a la Santa Alianza que ese cura que ha sido convocado a capítulo aclare dónde está la custodia sacramental de la que él y la Cofradía de su localidad eran depositarios en España.

—¡¿Cómo?! —Se alzaron algunos—. ¿La custodia ha desaparecido?

—Pero entonces —dijo otro, desconcertado por la noticia—, el sistema de orientación de Leonardo da Vinci se ha extraviado. ¿Así como encontraremos el Punto Fijo de los Pitagóricos?

—Es cierto —confirmó el padre Bermúdez, atajando las murmuraciones—, hace mucho tiempo que no tenemos en el pueblo ese relicario que tanto les interesa. No lo habíamos dicho antes para no perjudicar a los feligreses de nuestra parroquia..., por eso ocultamos el robo y encargamos una copia de la pieza.

—¿Ha dicho robo?

—¿Dónde está el relicario? —preguntaron varios al mismo tiempo.

—Por lo que yo sé —indicó el orondo sacerdote—, desapareció de la ermita franciscana a principios de siglo.

—¡¿Cómo?! —

—¡Esto es cosa de los dominicos!

—¿La custodia, robada?

—¡Inadmisible!

—¡Expolio, expolio!

Intervino el comendador de la Orden de Calatrava:

—Pero sin el sistema de orientación que según la leyenda contenía el ostensorio, ¿cómo vamos a encontrar la isla de Salomón?

—¡Exijo responsabilidades a la Cofradía! —proclamó el abate franciscano.

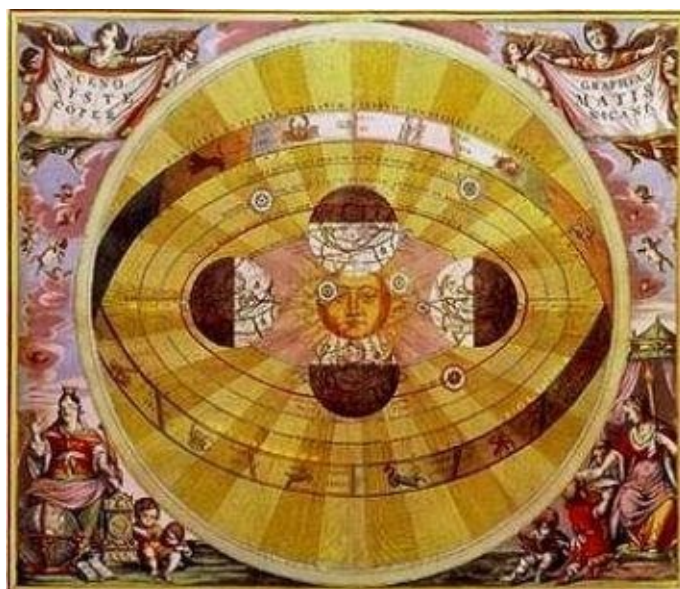
—¡Sí —secundó otro—, que rueden cabezas!

Bellamare levantó la mano, reclamando silencio:

—Cálmense, señorías, y no se inquieten demasiado por la desaparición del relicario. Es cierto que la Cofradía que lo custodiaba desde tiempo inmemorial lo perdió, sin saber todavía quién lo sustrajo de la ermita ni dónde podría estar su paradero tras el expolio. Pero disponemos de un plan alternativo. Además, no hay pruebas concluyentes de que la custodia sacramental albergase un hipotético sistema de orientación ideado por Leonardo da Vinci para Cristóbal Colón; les recuerdo que eso no es más que una leyenda renacentista sin la menor base histórica.

—¿Y de qué plan alternativo habla su excelencia? —quiso saber el padre superior de los Agustinos.

—Ahora lo verán —replicó el *cavaliere*, lacónico. Y a continuación, dirigió una señal hacia el muchacho pelirrojo. Lucio Manzoni pulsó en el teclado que tenía delante. Al instante, del proyector conectado al ordenador surgió una imagen focalizada sobre la pared opuesta al gran ventanal de la sala, que reproducía el planisferio de Copérnico.



—Esto que observan, señorías —explicó Delmonio— es un grabado del siglo XVII que muestra el sistema *planetarium* de Nicolás Copérnico, como ven, basado *in* el heliocentrismo, según la moderna concepción del sistema solar. Así corregimos nuestro error *initial*, al utilizar el sistema geocéntrico de Ptolomeo.



La imagen luminosa ocupaba toda la extensión de la pared frente al gran ventanal de las Bendiciones. A petición del fraile dominico, Manzoni había escaneado el planisferio de Copérnico y lo había introducido en el ordenador para poder proyectarlo como una diapositiva ampliada. En ese momento se alzó de nuevo la voz del abad franciscano, el más renuente de todos ellos:

—Estamos aquí porque se nos ha dicho que por fin podremos descubrir el paradero secreto de la isla Ofir, de donde según la Biblia<sup>[8]</sup> el rey Salomón extrajo 420 talentos de oro para construir el Templo de Jerusalén, y donde ordenó ser enterrado junto a sus tesoros. Pero antes de que la encontremos, quiero remarcar que buena parte de tales riquezas nos pertenecen, ya que fuimos los franciscanos los que desde el principio apoyamos a Cristóbal Colón en la expedición para partir en la búsqueda de dicha isla.

—Y yo le recuerdo, hermano en Cristo —objetó el abad dominico—, que no hay pruebas de que Colón hallase Ofir, de hecho, descubrió América por casualidad. Luego el mérito no es tal.

De nuevo se armó un batiburrillo de protestas y discusiones más bien poco decoroso para tan altas dignidades.

—¡Señores, señores! —Era el comendador de Alcántara, intentando reconducir el cónclave—, miren el penoso espectáculo que estamos ofreciendo con nuestras rencillas.

—Cierto —secundó el padre general dominico—; además, estamos aquí para localizar las minas y los tesoros de Salomón. Primero los asuntos financieros, luego los teológicos: al César lo que es del César.

—Lo que yo siempre digo —convino el comendador de Montesa, frotándose las manos.

Fue entonces cuando entre todo aquel barullo se alzó la voz de Leticia:

—Oigan, ¿alguno de ustedes podría dejarse de tanta monserga y darme un cigarrillo?

Cristian sacó la mitad del cuerpo que ya tenía dentro de la oquedad subterránea, y se volvió, dispuesto a hacer uso de su arma. Pero una luz le deslumbraba apuntándole a la cara.

—¿Adónde va, señor Lacroix? —preguntó quien se ocultaba tras el haz luminoso—, no pensará dejar de lado a sus socios...

El que había hablado apartó la linterna, y entonces Cristian les vio.

—¡Uf!, es usted; qué susto me ha dado, Mengual —resopló, reconociendo a los dos sargentos de la Guardia Civil—. ¿Pero qué hacen ustedes aquí?

En efecto, eran Rubén Mengual, con su aspecto de galgo hambriento, y Liborio Torrente, fumándose un infame puro pestilente.

—Eso mismo deberíamos preguntarle nosotros, ¿no cree? —contestó Mengual—, hace tiempo que no tenemos noticias tuyas; sobre todo desde que salió sin avisarnos de la finca solariega en dirección desconocida. ¿Qué pretendía ese belga, darnos el esquinazo?

—Estuvimos varios días en Alicante —justificó Cristian.

Mengual asintió, pasándose la mano por la cara macilenta y mal afeitada:

—Sí, ya lo sabemos, y también sabemos lo de su visita a ese arqueólogo corrupto.

Torrente rio, soltando una bocanada de humo, que se propagó por el espacio subterráneo como un arma bacteriológica.

—Al arqueólogo corrupto y a la ninfómana de su mujer —precisó, alzando el apestoso puro.

—¿Qué le han hecho a ella? —preguntó Cristian, alarmado.

—Nada —dijo Torrente, sin quitarse el cigarro de la boca—, interrogarla. ¿Cómo cree que le hemos encontrado aquí?

—¿Me han estado siguiendo?

—Desde luego —confirmó Mengual dibujando una sonrisa de perro sabueso—, a todas partes y a cada momento.

—Oiga amigo —añadió Torrente, apuntándole al pecho con el caliqueño—, por el pastón que cobra usted de los fondos reservados del Gobierno para llevar a cabo su misión de contraespionaje contra ese hijoputa belga, creo que tenemos derecho a pedirle explicaciones de lo que hace y de dónde se encuentra usted a todas horas. Si no, no haber aceptado el trabajo de jugar doble.

—¿Pero cómo sabían que estaba en Roma?

Mengual hizo un gesto vago.

—¿Qué se piensa? La Inteligencia militar tiene sus recursos. —Rubén Mengual paseó su linterna por el interior de la excavación tumbal y añadió—. Como ha dicho aquí mi compañero Torrente, usted está en nómina de los fondos reservados, y a cambio tiene la obligación de transmitirnos toda la información que consiga sobre lo que anda buscando Jean Claude Lavantier; ese era el trato, ¿recuerda?

—He estado trabajando —asintió Cristian—; de hecho, casi me envenenan por ello. He tenido que acostarme con esa... ninfómana insaciable...

—¡Será cabrón el tío —rebuznó Liborio, escupiendo un salivazo sucio al suelo—; encima de que folla gratis, se queja!

—Venga, infórmenos sobre el estado de sus investigaciones —solicitó Mengual.

—Bueno —vaciló Cristian—... el caso es que todavía no estoy seguro de lo que busca Jean Claude Lavantier.

—Escuche, amigo —le advirtió Liborio, amenazándolo con el puro—, está usted jugando con dos barajas, y le prevengo de que ese es un juego muy peligroso.

—Les he dicho la verdad —repuso Cristian—, todavía no sé lo que anda buscando el belga. Aunque supongo que será una isla perdida.

—¿Una isla perdida?

—Sí, la isla donde recaló el Arca de Noé durante el diluvio universal.

—¿De qué cojones habla? —rechazó Torrente.

—Es una leyenda bíblica. Según el Antiguo Testamento, Dios inspiró a Noé la fabricación de una embarcación donde debía cobijar todas las especies animales. El Arca navegó guiada por los propios movimientos geodésicos de la Tierra hasta una isla en medio del océano, en cuyo centro se alzaba el monte volcánico más alto del mundo, el Sopora; y allí es donde el Arca tocó tierra, poniéndose a salvo del cataclismo.

Torrente bufó, incrédulo.

—Al parecer —continuó explicando Cristian—, Colón buscaba esa isla misteriosa mediante la utilización de un sistema secreto que tiene alguna relación con la custodia sacramental que había en la ermita franciscana comprada por el belga.

—Esto es *pa* cagarse. Oye, Mengual, me parece a mí que este tío nos está tomando el pelo.

—¿Entonces, no buscaba América? —preguntó Rubén Mengual, sin saber qué pensar de todo aquello.

—América la encontró por casualidad.

—¿Cómo que por casualidad? —replicó Torrente.

—Mire, sargento, cuando Colón partió hacia Occidente en 1492 utilizó sin que nadie lo supiese un sistema de orientación náutico diseñado al parecer por Leonardo da Vinci y una hermandad clandestina, una especie de sociedad hermética del Renacimiento que custodiaba conocimientos de la Grecia clásica.

—¡La hostia!

—Así que supongo que el belga quiere hacerse con ese sistema para encontrar la isla donde recaló el Arca de Noé —concluyó Cristian—. Es todo cuando sé de momento. En sus manos está si quieren que siga o dé por concluida la misión.

—Está bien —convino Mengual, después de intercambiar una mirada interrogativa con Torrente, que se alzó de hombros como diciendo, a mí no me preguntes—, continúe con el trabajo. Por cierto —añadió, paseando la vista por el

interior—, ¿adónde se dirigía usted por aquí abajo?

—Al Vaticano.

—¿Al Vaticano? —preguntó extrañado Torrente—, ¿y qué coño piensa hacer allí?

Entonces Cristian Lacroix explicó que un grupo rival de Jean Claude Lavantier, cercano a la Curia, tenía presa en la Basílica de San Pedro a una de las integrantes del equipo.

—¿Y quién es?

—Se llama Leticia y es de Barcelona.

—¿Qué pinta en todo esto?

—Parece que el belga la escogió como a un elemento clave de su investigación, aunque todavía ignoro por qué razón.

—De acuerdo —consintió Mengual, pasándose la mano por la sotabarba—; si esa mujer es tan importante, le ayudaremos a rescatarla. Ya nos contará por el camino el resto de los detalles. Vamos, Torrente.

—¿Por ahí dentro? —rezongó el sargento, arrojando la colilla del puro entre los esqueletos—. Chaval, ¿tú sabes lo que me ha costado este traje?

Había amanecido por completo, y el sol lucía esplendoroso a través de los ventanales del gran salón de las Bendiciones diseñado por Miguel Ángel como estancia principal de la Basílica. Leticia ya distinguía perfectamente los rostros de todos aquellos señores congregados. Y comenzaba a preocuparse de veras. Fabrizio Bellamare la miró fríamente a través de sus gafas oscuras y dijo:

—Antes de someterse al experimento astronómico de Galileo, por medio del cual descubriremos la isla de Ofir, le concedo una última oportunidad para que nos diga quién es usted y todo lo que su socio, ese coleccionista de arte, conoce al respecto del Punto Fijo.

Leticia resopló, estaba claro que aquella situación se debía a algún tipo de malentendido, porque ni ella era nadie ni el belga era su socio. Ya se los había dicho repetidamente a los hombres sin rostro que la habían estado interrogando bajo los efectos de la droga y el foco en la cara. Pero era patente que no les había convencido.

—Les repito que yo no sé nada —reiteró—, ese Jean Claude Lavantier no era mi socio, sino mi cliente.

—Perdón, ¿su qué?

—Que sí —insistió cansina—, que contactó con la inmobiliaria donde yo trabajo en Barcelona para que fuese a tasar su finca y ponerla a la venta.

—Está bien —repuso Bellamare, reponiéndose de su desconcierto—, se me ha terminado la paciencia —y volviéndose a Delmonio, ordenó—: prosigue con el experimento, fray Cornelio. Ahora veremos si esta mujer se atreve a seguir callando lo que sabe.

El dominico se acercó a Leticia enarbolando de nuevo su tenebrosa cruz de madera negra.

—Le explicaré lo delicado de su *situacione*: Está usted atada a la Spécola de Galileo, el *instrumentum* con el que pretendía *demonstrare* el *movimientum* de la Tierra *alrededore* del Sol.

Fray Cornelio hizo una pausa y enfatizó con orgullo:

—Yo mismo he reconstruido la Spécola. ¿Qué le parece?

Leticia replicó sarcástica:

—Pues me parece que ha equivocado usted su profesión. Debería dedicarse al bricolaje.

El fraile dominico puso cara de no entender, pero enseguida continuó, indiferente a la ironía de su prisionera:

—La Spécola se compone de un gran espejo circular metálico, el cual sirve para proyectar sobre el *planisferium* de Copérnico los rayos del sol que recoge y concentra el *telescopium*, de *modus* que actúa como una potentísima lupa.

Leticia comenzó a temblar, sospechando lo peor. Cornelio Delmonio prosiguió:

—Trataré de explicarle con un *silogismus* lo que va a suceder dentro de muy poco

—dijo, acercándose al gran telescopio, que apuntaba hacia el exterior, donde ya mediaba luminosa la mañana—. ¿No ha jugado usted de pequeña a *concentrare* los rayos del sol por medio de una lupa sobre hojas secas —el fraile se frotó las manos con evidente delectación—... o mejor sobre insectos vivos?

—No —replicó Leticia con desprecio—, pero estoy seguro de que usted sí lo ha hecho más de una vez.

Cornelio ignoró el comentario y continuó:

—Lo que ocurre entonces es que se forma una imagen del Sol sobre la hoja seca o el insecto a *incinerare*, de un diámetro que depende de la *distantia* lupa-objeto, que permite obtener esa imagen del Sol lo más nítida posible, y *concentrare tuta* la luz *solare* que cae sobre la lente en ese pequeño círculo enfocado.

—Muchas gracias —ironizó ella—, es muy didáctico.

—Pues eso es precisamente lo que le va a *sucedere* a usted —sentenció el fraile—. En realidad ya le está sucediendo, debido al inexorable *movimentum* de la Tierra alrededor del Sol. Seguro que me entenderá perfectamente si le digo que el *telescopium* apunta ahora mismo directamente al orto solar, justo el *lugare* del cielo por donde dentro de poco va a pasar el Sol en su ascenso hacia el cenit. Al llegar a la vertical del *telescopium* va a sufrir usted sobre su cuerpo los benefactores rayos del astro rey..., *multiplicatos* por las lentes de aumento. Luego el rayo de sol caerá sobre la Spécola sobre la que usted se halla tumbada en la postura según la recomendación del propio Galileo, y su sombra, de esa guisa, se proyectará el *Planisferium* de Copérnico proyectado detrás de usted, señalando con las extremidades de su cuerpo las coordenadas geográficas para encontrar el Punto Fijo.

Leticia tembló aterrorizada. Había entendido perfectamente su delicada situación: si el Sol llegaba a asomarse a la vertical del viejo pero eficaz telescopio renacentista de Galileo, sus potentes lentes concentrarían los rayos sobre la bruñida superficie metálica, y se asaría viva desde la entrepierna hasta la coronilla. Iba a acabar su vida como una colilla consumida en un cenicero.

Y ella que quería dejar de fumar...

Cristian Lacroix y los dos sargentos acababan de llegar al centro de una cripta en la que figuraban ocho corredores equidistantes que se abrían hacia distintas direcciones como una estrella.

—Maldita sea... —protestó Liborio Torrente.

—¿Qué pasa? —le preguntó su compañero.

—El radiocomunicador no funciona aquí dentro —dijo mirando el pequeño aparato—. A ver ahora cómo coño pedimos ayuda para que vengan a rescatarnos.

—Eso no será necesario —se escuchó a Cristian desde el interior de uno de aquellos túneles—. Es por aquí.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Mengual.

—Se percibe una débil corriente de aire fresco; además, según mi mapa, este pasadizo ha de conducirnos a una salida.

—Menos mal —resopló Torrente—, a ver si es verdad, ya estoy harto de caminar bajo tierra como un topo.

Entraron por allí, incrementando la cautela. De pronto, el pasadizo comenzó a ensancharse. Hedía con fetidez cenagosa.

—¡Huele a mierda! —protestó Liborio.

—Estamos cerca de la superficie —dedujo Cristian—. Seguramente han desviado hacia este lugar las aguas fecales.

El olor se hacía insoportable. Era una peste nauseabunda, azufrosa, que se posesionaba de la garganta y la nariz como una mano de hierro.

—Estamos en una sentina.

—¡Joder!, vamos a morir intoxicados —farfulló Torrente, cubriéndose la boca con un pañuelo.

Un poco más allá, el pasadizo se interrumpía de golpe.

—Lo que faltaba...

Frente a ellos, la luz de las linternas mostraba una recia puerta de fuerte artesanado, reforzada de cobre picado por el cardenillo y herrada con gruesas bisagras empotradas al muro de mampostería.

Rubén Mengual atacó la manilla de la puerta, sacudiéndola con violencia. Crujió pero se mantuvo firme.

—¡Está bloqueada!

—Nos han dado con la puerta en las narices, como quien dice —bromeó Cristian.

—Yo no le veo la gracia —dijo Mengual.

—Dejadme a mí —se adelantó Liborio quitándose la chaqueta en plan torero—, haceros a un lado.

Tomó impulso y se lanzó como un rinoceronte furioso contra las tablas. El encontronazo arrancó un fuerte eco que discurrió disolviéndose por aquellos lúgubres interiores. Pero la puerta había cedido.

—Estás hecho un toro, Torrente —reconoció su compañero.

El sargento aceptó el elogio mientras se sacudía el polvo de la calva y el bigote, y se ponía de nuevo la chaqueta.

—Anda que no soy yo nadie dado patadas a las puertas... —alardeó, sin duda recordando su pasado de guardia civil chusquero.

El sol avanzaba implacable alumbrando en su ascenso la bella fachada de la Basílica de San Pedro rematada con su grandiosa cúpula barroca. Allí, en el más hermoso templo de la Cristiandad, en medio de tan suntuoso lugar lleno de tesoros históricos de incalculable valor, Leticia iba a ser quemada como una bruja medieval, por un motivo que ni conocía.

El extremo superior del telescopio recogía ya los primeros rayos del sol que entraban a través del ventanal central de la sala, abierto a la plaza elíptica y la columnata de Bernini. Los rayos del sol bajaban multiplicándose por el tubo de latón del telescopio, debido al juego interior de lentes. Leticia cerró los ojos y quiso evocar una de las oraciones que rezaban las monjas de su internado. Pero el fulgor en la Spécola se hacía ya insoportable.

—¡Por aquí! —gritó Cristian desde un cubículo.

Los agentes acudieron, y cuando entraron por el pequeño escotillón, vieron a Cristian al pie de una oxidada escalera de hierro que ascendía helicoidal hacia las tinieblas de lo alto.

—Yo por ahí no subo —fue la primera reacción de Torrente—, pero si parece a punto de venirse abajo.

Y era cierto, la herrumbrosa escalera ennegrecida por el orín crujía que daba pavor nada más tocarla. Los escalones y el endeble pasamanos rechinaban difundiendo su eco hacia las alturas invisibles. Cristian se aventuró el primero subiendo algunos escalones con tiento.

—No hay otra opción, creo que es el único medio para acceder a la Basílica.

La escalera se tambaleó y vibró temblequeante con el peso de los tres hombres. A pesar de los crujidos y chirridos metálicos, la vieja espiral no se deshizo, aunque ellos llegaron arriba mareados de tanto dar vueltas sobre su eje.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó desolado Mengual, al comprobar que el final de la escalera no conducía a ninguna parte, y los escalones terminaban en un pequeño y resbaladizo rellano de piedra. Pero en ese momento, Cristian estaba dirigiendo la luz de su linterna hacia arriba.

—Mire —señaló.

Justo sobre su cabeza, donde terminaba el eje metálico enmohecido que sostenía los escalones helicoidales, había un agujero del tamaño de una sandía. El sargento miró perplejo el boquete.

—¿Qué es eso?

—Ayúdeme a subir y lo comprobaré.

Rubén Mengual puso las manos en estribo y Lacroix se aupó, asomándose por el



agujero.

—¿Qué ve? —preguntó ansioso Torrente.

Cristian bajó.

—Ya sé dónde estamos. Es un retrete.

—Con razón olía tan mal por aquí.

—¡Hemos ido a parar a un puto retrete! —protestó indignado Torrente.

—Chsss, no grite, sargento —recomendó Cristian—, alguien puede oírnos.

—Sí, alguien que se nos va a cagar encima si nos descuidamos.

—No se preocupe —le tranquilizó Cristian—, creo que se trata de una antigua letrina fuera de uso.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Mengual señalando el agujero—, por ahí no cabemos.

Por toda respuesta, Cristian había sacado ya su recio cuchillo de supervivencia y hurgaba en la junta de la losa, encaramado en equilibrio sobre los últimos peldaños. La argamasa que unía la piedra plana del agujero con la mampostería de los muros, reblandecida por la humedad de las innumerables deyecciones, se desprendía con la facilidad de la masilla. Un rato después, empujando hacia arriba con los hombros, la losa cedía y se desplazaba a un lado. Apagaron las linternas y subieron. Se encontraron en una pequeña *saletta* para evacuaciones oscura y polvorienta. Al otro lado de una pequeña puerta escucharon voces.

El disco solar asomaba en esos momentos su cuarto creciente por la izquierda del telescopio, amenazando el desquiciado rostro de Leticia. El fuerte resplandor de la Spécola abrasaba; los rayos se concentraban en su cuerpo y comenzaban a chamuscarle la piel. Apretó más los ojos, intentando protegerlos del intenso relumbro.

Pero en ese instante sobrevino el efecto, y la sala se sumió de pronto en la penumbra. Leticia abrió de nuevo los ojos, encandilada por el reluz, descubriendo sobre su cuerpo aquella cruz de sombra indeleble que acababa de aparecer por sorpresa a través del telescopio. Una cruz que saliendo del extremo inferior del visor se proyectaba protectora sobre su cuerpo; y ahora, poco a poco, se prolongaba desplazándose más allá de su cabeza. Parpadeó, suponiendo que aquello era una ilusión causada por el deslumbramiento, la tensión y el miedo.

Pero la silueta oscura en forma de cruz extendía su sombra más allá de su cuerpo, avanzando al ritmo isócrono del sol. Poco a poco iba trepando por la imagen del planisferio proyectado en la pared frontal por el cañón del ordenador, alzando su perfil cruciforme sobre la vieja imagen del sistema solar creada por Copérnico. ¡La cruz de Cristo! Desde su incómoda postura tendida a un metro del suelo, Leticia la veía surgir con toda claridad desde dentro de la lente. Allí estaba frente a ella, salvándola de ser abrasada viva.

Al cabo de unos minutos, el efecto pasó, diluyéndose los contornos de la cruz en el colorido renacentista del salón, y todo volvió a la normalidad, como si aquello

jamás hubiese ocurrido. Pero los religiosos y los caballeros congregados en sus escaños de madera tallada se habían quedado paralizados, como quien ha presenciado un milagro. Todos permanecían mudos, atónitos y sobrecogidos por el inexplicable prodigio de la cruz que había surgido de pronto, salvando a Leticia de ser abrasada en el último instante. Fray Cornelio crispó los puños, enrabiado por no haber culminado la cremación de la mujer. El esperado efecto óptico había transcurrido en pocos minutos, y Delmonio se preguntaba que había fallado ahora, enfurecido contra la bella mujer, a la que hacía objeto de todos los males; aquella fémina que debía morir en sacrificio solar para desvelar con su silueta el Punto Fijo.

Los reunidos comenzaban a salir de su estupor, comentando el asombroso efecto óptico en voz baja, como si hubiesen visto un espejismo y no diesen crédito a su propia percepción. El Sol acababa de rebasar su punto álgido saliendo fuera del campo de visión del telescopio, y ahora seguía su lento curso hacia el Oeste, tal como había desde siempre, impasible y majestuoso, ajeno a los aconteceres humanos que lo habían ensalzado como a un Dios. Pero lo peor de todo, pensó Delmonio, es que aquello no volvería a repetirse hasta el 24 de junio del año siguiente.

Leticia estaba al borde del colapso. Su mente castigada por la droga, la tensión y las fuertes emociones, amenazaba con resquebrajarse. Fabrizio Bellamare tenía hundida la cabeza entre sus manos. Él era el único de los reunidos que había comprendido lo sucedido: los discípulos de aquellos Pitagóricos renacentistas habían construido la Basílica de San Pedro para que el monumento actuase como un sistema geocósmico encubierto en combinación con el sol. No había ningún milagro en lo que acababan de presenciar, sino la inteligente maquinación óptica y geométrica de aquellos artistas y científicos humanistas, seguidores clandestinos de los Pitagóricos. El plan alternativo para encontrar el Punto Fijo había fracasado también, y todo por culpa de aquella mujer. ¡Una simple mujer!

Y entonces, al recordar lo que había dicho sobre su origen barcelonés, un rayo de certeza le atravesó la mente, cuadrando de golpe los presentimientos que habían puesto en guardia su intuición, y el *cavaliere* cayó de pronto en quién era. Cómo no lo había comprendido antes. «Me estoy haciendo viejo», se recriminó en silencio. Y entonces, un odio antiguo y asesino desencajó su rostro lívido de ira, las venas de la sien le palpitaron bombeando sangre al cerebro, la mandíbula rechinó y escupió con rabia:

—¡Ah, maldita, ya sé quién eres!

Leticia giró su cabeza y le miró, echándose a temblar por el aura de maldad que desprendía ese hombre.

—¡Matadla —ordenó el *cavaliere* a sus condottieros—, acabad con ella!

Los dos energúmenos obedecieron maquinales, sacando las pistolas que portaban. Pero de pronto se escuchó un ruido por detrás de los sitiales, y todas las miradas se volvieron hacia allí. En una de las paredes, justo debajo de los frescos renacentistas, una estrecha puerta disimulada en el zócalo de mármol jaspeado acababa de abrirse

con un chasquido metálico, dejando al descubierto un viejo retrete olvidado. Del interior surgió una figura humana portando un recio revólver *Mágnun*.

—¡Quieto todo el mundo! —bramó el recién llegado, alzando el arma por encima de su cabeza.

De la oscuridad del cubículo aparecieron dos nuevas personas armadas. El último de ellos, al ver a la mujer amordazada en aquel disco metálico frente al telescopio, se arrojó sobre ella:

—¡Leticia!

Ella replicó al reconocer la voz:

—¡Cristian, Cristian!

En efecto, era Cristian Lacroix acompañado por los dos sargentos de la Guardia Civil. Pero los tres iban tan cubiertos de polvo y telarañas que parecían fantasmas surgidos por aquel vano secreto.

Fabrizio Bellamare se puso de pie, erguido en su potestad:

—¡¿Qué significa esta intromisión, quiénes son ustedes?!

Ruben Mengual encañonó a los condottieros, que todavía se planteaban indecisos qué partido tomar. En el fondo, como todo esbirro a sueldo, eran unos cobardes.

—¡Tiren las armas al suelo y levanten las manos! —ordenó, mostrando su credencial de la Benemérita, aún a sabiendas de que allí no tenía la menor validez. Pero los tipos obedecieron al ver una placa policial, pensando que quizá los recién llegados pertenecían a los servicios secretos italianos.

Lucio Manzoni y fray Cornelio estaban congelados sin poder reaccionar, pero alguno de los caballeros hizo amago de enfrentarse a los intrusos. Y entonces Torrente dirigió el cañón de la *Mágnun* hacia ellos.

—Eh, vosotros, quietecitos y no hacerme enfadar, ¿eh? Que no veáis las ganas que tengo de liaros a pegar tiros a toda esta chusma de conspiradores.

Cristian desató a Leticia, que se arrojó sobre él, abrazándolo emocionada.

—Vamos, vamos, no tenemos tiempo, hemos de salir de aquí cuanto antes.

—Venga, iros ya —urgió Mengual.

—Y ustedes dos, ¿no vienen? —preguntó Cristian, mientras le indicaba a Leticia que se introdujese por la puertecita del zócalo.

—No se preocupe por nosotros —le tranquilizó el agente—, nos protege la inmunidad diplomática. Ustedes escapen y continúen con la misión.

Al mismo tiempo, en Alicante, Quique se preparaba el desayuno en su taza especial decorada con una vaca sonriente que se relamía sacando la lengua. El chico era alérgico a la leche de vaca, y tenía que tomarla en polvo. Pero como no le gustaba, para hacerse la ilusión, se bebía su mezcla de polvo lácteo, agua caliente y Cola Cao en aquella taza, que le acompañaba desde la infancia. Sin ella no podía desayunar a gusto.

Mientras tanto, Chelo canturreaba sentada en la taza del váter con las bragas bajadas por las pantorrillas, masticando chicle y ojeando una revista. De pronto,

alguien le dio una patada a la puerta del cuarto de baño, abriéndola de golpe. Chelo se retrepó en el inodoro, sorprendida en plena meada. Un hombre acababa de aparecer en el umbral. Era muy alto, vestía de traje y corbata y llevaba una pistola automática en la mano.

—¿Tú quién coño eres, colega? —le espetó, indignada por la violación de su intimidad.

El hombre alzó una cartera negra con credencial:

—Servicio de Inteligencia —dijo serio y lacónico—, vístase y salga fuera.

Pero ella separó más las piernas y le dedicó al intruso el resto de su meada, mascando chicle con la sonrisa más impúdica que aquel tipo hubiese visto jamás. Chelo conocía bien todas las viles armas de mujer que hacían temblar al más aplomado de los hombres.

En una de las estancias del piso esperaban dos tipos más, apuntando a Quique con sendas pistolas dotadas de silenciador. El muchacho estaba sentado en un sillón, aturullado de miedo, con la taza de la vaca entre las manos. Cuando el otro entró, un poco sonrojado, llevando a Chelo del brazo, Quique se alzó de golpe.

—¡Chelo! ¿Estás bi... bien?

Pero uno de aquellos energúmenos trajeados le cogió del hombro y le obligó a sentarse de nuevo.

—Glub.

Entró otro agente armado, encañonando por detrás al bilioso secretario y a la cocinera francesa.

—Muy bien —habló este último, que parecía ser el jefe de aquellos armarios andantes—, ya estamos todos, y ahora escúchenme con atención.

Cristian Lacroix deshizo el camino de las catacumbas con Leticia trepidando hacia la salida. Lo más difícil fue bajar la escalera de caracol tambaleante, pues ella, debido a su estado anímico y a su confusión mental, apenas podía sostenerse en pie. Tenía las muñecas y los tobillos magullados por las correas de cuero que la habían mantenido sujeta a la Spécola. Ni siquiera sabía muy bien lo que había sucedido o dónde se encontraba, pero se dejaba llevar por Cristian, que la sujetaba con fuerza contra su musculado cuerpo.

—Vamos, vamos —la urgía casi cargando con ella.

Leticia estaba a punto de perder el conocimiento. Pero lo lograron. Él la sostuvo como pudo para subir con ella la pequeña escalera de madera hacia la superficie de la excavación arqueológica, y por fin, asomaron a la luz del día. Estaban tan cegados que al principio no les vieron. Repartidos por los restos derrumbados del monasterio cisterciense, aguardaban esperándoles varios policías armados con escopetas repetidoras. Les salió al paso un hombre menudo y delgado, vestido con traje claro no demasiado bueno.

—¿Qué significa esto —preguntó Cristian—, quiénes son ustedes?

—Soy el coronel Marsilio Vechi, jefe de la policía italiana, y ustedes dos vienen con nosotros.

Hizo un gesto y uno de los policías le arrebató el petate de lona a Cristian, rebuscando en su interior.

—No se ofenda —dijo Vechi—, es mera formalidad. Comprenderá que dada su reputación...

—Perdón, ¿me conoce usted? —preguntó Cristian, extrañado por la insinuación.

Pero en ese momento, el policía extrajo la pistola del petate y se la entregó a su coronel. Marsilio Vechi la examinó admirado:

—Magnífica pieza, pasa sin problemas por los detectores de metales de los aeropuertos, merced a su cuerpo cerámico; ni siquiera nosotros podemos permitirnos pistolas así. Se nota que a usted le va bien el *negocio*.

El coronel devolvió el arma y el petate a su dueño. Acto seguido, los policías se agruparon, subiendo una parte de ellos en un coche celular aparcado allí mismo, mientras otros dos agentes acompañaban a Cristian y a Leticia al interior de un Fiat gris.

—¿Qué sucede, adónde nos llevan? —preguntó ella.

Pero el coronel no respondió. Subió en el asiento del copiloto, mientras Cristian y Leticia se acomodaban atrás, escoltados por uno de los agentes uniformados. Los coches arrancaron. Delante iba el celular con la sirena encendida. Detrás iba el Fiat. Circulaban a bastante velocidad, sorteando el denso tráfico de Roma gracias a las luces de emergencia. Después de unos diez minutos de rauda conducción, entraron en el aparcamiento de un alto edificio de oficinas, subieron a un ascensor y ascendieron

hasta la terraza. Arriba les aguardaba un helicóptero con los rotores en marcha.

—Adelante, suban —ordenó el coronel.

—Antes dígame una cosa —le pidió Cristian—, ¿a quién hemos de agradecer este paseo?

Vechi alzó un hombro con indiferencia y con las manos en los bolsillos del pantalón, como si aquello no tuviese la menor trascendencia:

—Le debía un favor a cierta persona; con esto ya se lo he devuelto. Ahora lárguense y que no les vuelva a ver.

Leticia se despertó con la típica tos de fumadora percutiéndole en el pecho. Abrió los ojos y vio la cama con baldaquín en la que se encontraba durmiendo hasta ese instante. Pero aún tardó unos segundos en ubicarse y recordar dónde estaba. Se desperezó y verificó que acababa de despertarse en la espléndida mansión que poseía Jean Claude Lavantier a orillas del lago de Garda, uno de los parajes más bellos de Italia. Había llegado ayer a esa región de arboledas inmensas que se perdían en la lejanía luminosa del horizonte, entre montañas y relucientes aguas cristalinas.

El helicóptero de la policía italiana les había transportado a ella y a su amigo Cristian Lacroix, cubriendo en apenas dos horas los más de 520 kilómetros que separan Roma de Garda. Cuando llegaron a su destino, la aeronave tomó tierra en una extensa explanada de césped, donde los esperaban varias personas al servicio de Lavantier. Ella recibió recado de quedarse y Cristian de continuar viaje con otro destino distinto. El atractivo coleccionista de arte no estaba en la mansión; Leticia había sido recibida por el personal de servicio, y en espera de acontecimientos, había pasado una jornada de ensueño descansando de tanto ajetreo sufrido en aquella extraordinaria extensión de naturaleza, aguas calmosas y jardines, disfrutando del sol y el aire puro del norte de Italia.

Esperaba la llegada de Jean Claude Lavantier para pedirle que la liberase de su compromiso profesional. Deseaba regresar cuanto antes a Barcelona y ver cómo estaban su vieja madrina inválida y sus gatos, a los que tenía abandonados desde hacía tanto tiempo. También se preguntaba de qué forma se presentaría ante su jefe, el señor Sardá, y cómo le explicaría todo lo sucedido. Había sido enviada para tasar una finca solariega en el sureste de España, y en su lugar se embarcaba en una increíble historia en la que se mezclaban conspiraciones, inquisidores, buscadores de tesoros, Cristóbal Colón, Leonardo da Vinci, navegadores virtuales, mapas antiguos, artefactos cosmográficos del Renacimiento... Aparte, se preguntaba qué habría sido de Quique y de Chelo, a los que había visto por última vez en Alicante.

Cristian Lacroix se había despedido de Leticia a pie de helicóptero:

—Bueno, tenemos que separarnos —dijo él, mientras se echaba al hombro su petate de aventurero.

—¿Dónde irás ahora? —preguntó Leticia, entristecida.

—Quién sabe —eludió contestar—; donde el viento me lleve. Adiós, te deseo buena suerte.

—Sí, yo también a ti; espero que te vaya bien con tus *conquistas* —sonrió ella, ocultando su decepción.

Jean Claude Lavantier llegó en un lujoso automóvil Bentley al final de tarde. Iba vestido con un impecable traje de ejecutivo, rodeado de sus colaboradores. Al principio no la vio. Leticia había preparado una pequeña bolsa de viaje con ayuda de lo prestado por una criada, ya que ella no portaba nada propio, nada más que la ropa puesta, desde que fuera secuestrada en Alicante por la doncella infiltrada. Tenía previsto dejar Italia y regresar a España aquella misma tarde, si alguien la acercaba al aeropuerto más próximo. Ya había reservado vuelo.

Cuando la vio, Lavantier despidió a la comparsa de secretarios y colaboradores y se acercó a ella. Sonreía tan encantador como siempre, como si nada hubiese sucedido, indiferente al fracaso de su proyecto y al follón que se había organizado por su culpa.

—¿Te marchas? —preguntó al verla con la bolsa de viaje preparada. Era la primera vez que la tuteaba.

Ella afirmó en silencio.

—No deberías irte todavía —opinó él—, creo que tendrías que descansar unos días más; has hecho un largo viaje.

—Ya he descansado suficiente, gracias.

Ella estaba hechizada. Hacía tiempo que no veía a aquel hombre tan interesante y atractivo a rabiar, y ahora que lo tenía delante le parecía tan desconocido y lejano que no sabía qué hacer ni qué decir. Se habría arrojado a sus brazos en esos instantes, si no fuese porque su corazón estaba empeñado desde niña. La duda y la confusión la martirizaban como un hierro candente penetrando en su espíritu. Él estaba allí, tan elegante, con su aroma viril y su sonrisa canalla; sus ojos algo tristes... Sin embargo, una sombra palpitaba indeleble por su mente. La sombra de un amor secreto, de aquel Ángel que la rondaba por las noches, parapetado en la oscuridad de su habitación. ¿Se habría vuelto loca? Tenía el espíritu dividido entre aquellos dos seres, el uno humano y el otro imaginario. Ganó el imaginario, como suele suceder.

Leticia suspiró.

—Bueno... —Comenzó a despedirse—, creo que será mejor que me vaya..., no quisiera perder mi avión.

—Si insistes —lamentó él—, avisaré al chófer para que te lleve al aeropuerto. Está un poco lejos desde aquí —trató de bromear para restar dramatismo a la despedida—, no pensarías ir andando...

Ella bajó los ojos y sacudió la cabeza. Cuando los alzó de nuevo, él la envolvía en el magnetismo de su mirada. No podía ocultar la melancolía que le estaba invadiendo el corazón. Si es que Lavantier tenía corazón.

Leticia sufrió una oleada de dudas poniendo sitio a su certidumbre. Pero se mordió los labios y aguantó el sollozo que amenazaba con delatar su claudicación. Aspiró aire, hizo un gesto con los brazos extendidos y las palmas abiertas, como diciendo: no me pidas eso, es lo único que no puedo darte. Tenía los ojos a punto de anegarse, pero debía ser fuerte. Había llegado la hora de sacar sus herrumbradas



armas femeninas, como si fuesen dos de aquellas antiguas pistolas de duelo, para batirse con la vida en defensa de su libertad. No quería ser la esclava de ningún hombre.

El chófer llegó con el coche, cargó la bolsa de viaje y aguardó junto al automóvil, esperando la orden de partir. Ella forzó una sonrisa de despedida, con los ojos brillantes por la emoción reprimida.

—Bueno... —dijo Leticia—. Adiós —y le dio un beso en la mejilla, sin que él moviera ni un músculo.

Luego, dándose la vuelta, bajó los escalones de mármol travertino de la puerta principal y atravesó el hermoso jardín estilo inglés. A quince metros la esperaba el coche de lujo en marcha, con el chófer uniformado sosteniendo la gorra de plato en la mano izquierda. Quince metros... No debía mirar atrás; si lo hacía, no respondería de lo que pasara. Pero en ese momento, justo cuando el chófer abría la puerta del automóvil para darle paso, escuchó su voz y se detuvo en seco.

—Supongo que tenías razón —dijo Lavantier—: no se puede tener todo en la vida.

Ella se dio la vuelta. Le miró, esbozó una comprensiva sonrisa, y contestó:

—No, Jean Claude, pero se puede tener lo mejor.

Entonces Leticia deshizo el espacio entre ambos, se acercó a él, metió la mano en el bolso, sacó la moneda de oro que le había regalado y se la tendió:

—Toma, te la devuelvo.

—¿Por qué? —Parpadeó él—. Es tuya, de sobra te la has ganado.

Ella negó con la cabeza, depositando el florín en su mano:

—Tal como dijiste, yo soy un valor intangible. No se me puede comprar con dinero.

Él se quedó en suspenso unos instantes, girando la moneda de oro entre los dedos y viendo como ella se alejaba de nuevo en dirección al coche. Estaba allí, apoyado en el rico pórtico de su fantástica mansión, con su soltura mundana, su traje caro y elegante, su cabello rubio impecable, su rostro bronceado, iluminado por el radiante brillo de sus ojos; la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, con aquella calculada indiferencia de quien se sabe superior, un Gran Gatsby en toda su dimensión... Pero acababa de ser derrotado por primera vez en su vida. Parpadeó de nuevo, indeciso, mirándola con total admiración. Luego asintió levemente y bajó la vista hacia el florín de oro, donde brillaba rutilante la flor de lys.

Ella subió al coche y ordenó resuelta:

—Al aeropuerto.

—Enseguida, señora.

Todos la llamaban señora.

### III

*Por osado que sea investigar lo desconocido, mucho más lo es investigar lo conocido*

**Kaspar**

# 1

Cristian Lacroix se hallaba desnudo sobre su última conquista femenina, haciéndole el amor. La elegante habitación estaba sumida en una tenue media luz, que penetraba desmayada por la ventana en arco, atravesando un visillo desde la hermosa plaza exterior. De repente, el teléfono empezó a sonar en la mesita de arce, sobre la cual reposaba el reloj Hamilton junto a un ejemplar de arte románico bellamente encuadernado; era el libro donde se estaba documentando para efectuar su próximo robo. Cristian se detuvo un momento, sobresaltado por el imprevisto timbrado. Pero ella, Claire, una chica de 26 años, cara de inocencia, límpidos ojos azules, impecablemente rubia y perfecta; de tez alabastrina rubicunda por el ardor, gimió, a punto de alcanzar el éxtasis en ese preciso instante:

—¡No te pares, por favor! —imploró, con la hermosa faz perturbada por un rictus de dolor.

Sin embargo, era un dolor placentero, la inexplicable alquimia que bascula entre la sumisión aceptada y la certeza de que la victoria final será suya, y aquel hombre que tan dulcemente brutal invadía el interior de su cuerpo con embates implacables, caería cautivo y desarmado, completamente rendido ante su pecho. La vieja y sabia naturaleza, la batalla más antigua del universo.

El teléfono seguía llamando junto a la cama. La diáfana habitación, decorada en tonos claros y con extremo buen gusto, se hallaba en el cuarto piso de un señorial edificio situado en uno de los más elegantes barrios de París, asomado a una plaza sin tráfico, iluminada en estos momentos por las farolas de hierro fundido, que dejaban esparcir su pálida luz gaseosa como luciérnagas en la madrugada.

—¡Por favor, por favor, sigue...! —gemía Claire—. ¡No me dejes así, acábame, por favor...!

Cristian continuó adelante hundiéndose aún más en la bella muchacha de ojos entornados, a punto de rodar por el abismo del orgasmo, mientras con una mano libre cogía el teléfono y atendía la llamada.

—Diga.

—¿Señor Lacroix?

—Sí, ¿quién es?

—¡Por favor, por favor, sigue, te lo suplico..., me vas a volver loca!

Cristian se hundió más fuerte y aceleró su empuje, despiadado. Claire frunció la frente y se arqueó sintiendo en las entrañas una mezcla de sufrimiento y de gozo, replegando sus piernas sobre la espalda de Cristian para consentirle llegar aún más dentro, donde nunca antes se lo había permitido a nadie.

—Soy Rubén Mengual, no sé si me recordará...

—Sargento Mengual, por Dios —jadeó Cristian—, creí que ya habíamos dado por terminado nuestra colaboración profesional.

—¡Sí, así, así, así...! —La muchacha se retorció descontrolada por la inmensa ola

de placer que amenazaba con ahogarla.

—Vaya, señor Lacroix, por lo que oigo, creo que le he interrumpido en pleno trabajo...

—¡Aaaahh! —La joven estalló en un grito desgarrado sacudiéndose toda ella, ensartada y feliz, arrastrada ya por el hirviente oleaje de un orgasmo encadenado a otro sin apenas darle tregua. Abrió la boca para tomar aliento, y un hilillo de saliva le unió la comisura de los labios. El corazón se le había parado un instante.

—Bien, señor Lacroix, sólo quería decirle que hemos reactivado el proyecto secreto que usted ya conoce, de modo que vamos a seguir necesitando de su experimentada competencia.

Temblaron los labios de Claire, y abrió los ojos azules, mirando con ternura el cuerpo sudoroso de su amado verdugo, implorando el final de aquella dulce tortura. Cristian comenzó a sentir la llegada de su propio orgasmo. Y entonces la chica, gimiendo indefensa, ardiendo y consumiéndose como una brasa, decidió dárselo todo. Fue un gesto, un pálpito; la espalda se arqueó, las caderas avanzaron y los mulos se abrieron hasta el límite que permitían los tondones y los músculos atormentados por tan duro y largo castigo.

—Le espero en Madrid dentro de dos días, ¿de acuerdo?

—De... acuerdo —farfulló Cristian, tratando de contener la riada que amenazaba con desbordarse. Había notado la maniobra de la chica, y ahora ya no era el dueño de la situación.

—Pero... ¿cómo le... ¡aaah!... le encontraré?

—No se preocupe por eso, ya le encontraremos nosotros. Y ahora, hasta la vista.

—¡Aaaah! ¡Dioos! —Sin llegar a soltar el teléfono, Cristian ya estaba derramando su hombría, desarbolado por el certero cañonazo en plena línea de flotación. Tocado y hundido. Ella, estragada por el éxtasis de la victoria, cerró los ojos y se anudó a él sonriendo satisfecha con la bonita contorsión de piernas y brazos que desplegaría una bailarina de *ballet* clásico en el momento álgido de su corveta final.

Una hora después, mientras la muchacha dormía reconfortada sobre la cama, Cristian circulaba a toda velocidad sorteando el escaso tráfico de la ciudad, todavía desperezándose a la humedad neblinosa del alba. Le había dejado a Claire una nota indicándole que debía ausentarse por imprevistos motivos de trabajo, y ahora conducía raudo en dirección a España. Tenía por delante 1300 kilómetros y un impresionante Ferrari rojo para devorarlos, comprado con la paga doble ganada el año pasado. El mundo era suyo y pensaba comérselo entero.

Al día siguiente, tras quince horas de viaje, Cristian entraba en Madrid por la M-30 en dirección a la Avenida del Mediterráneo. Tres horas después, cuando ya se había instalado en un lujoso hotel situado en el tranquilo barrio de Salamanca, sonó el teléfono en su habitación, se acercó a cogerlo recién salido de la ducha y en alboroz. Era Rubén Mengual:

—Bienvenido de nuevo a España, señor Lacroix. Vayamos al grano: hay alguien que quiere verle lo antes posible; pasaré a recogerle y le llevaré a su presencia.

Mengual no había cambiado. Seguía vistiendo su indumentaria de paisano y sin estilo, la corbata paupérrima, los zapatos vencidos y la mirada perruna siempre avizor. Media hora después, ambos bajaron de un taxi en plena Gran Vía madrileña. Se detuvieron frente a un soportal de vetusto aspecto años treinta; incluso el oscuro zaguán parecía no haber sido limpiado desde entonces. El viejo ascensor, una reliquia modernista de hierro forjado y madera de nogal, no funcionaba. Subieron a pie por las escaleras de mármol resquebrajado, alumbrados por la luz mortecina que caía pulverizada desde un sucio tragaluz en el tejado.

Mengual se detuvo en uno de los amplios rellanos y pulsó el timbre, que resonó por dentro con un prolongado campanillazo estridente. Se escucharon unos pasos mezclados con su eco, y un cerrojo se descorrió en el interior causando un pequeño estrépito. Un hombrecillo encorvado, algo contrahecho y con aspecto de portero jubilado, les hizo ademán de pasar. Luego introdujo a los recién llegados en un amplio salón cuyos muebles figuraban casi todos cubiertos por sábanas blancas. La luz madrugadora de la Gran Vía entraba a bocajarro por dos grandes ventanales de arco carpanel, iluminando el espacioso salón, que olía un poco a cerrado y tenía pelusa en el suelo, como si allí no residiese nadie desde hacía tiempo. Un piso franco, sin duda. A los pocos minutos entró un hombre correoso y delgado.

—Usted debe ser el señor Lacroix.

Cristian asintió mientras le analizaba en silencio. Era un tipo enjuto de corta estatura, con los cincuenta bien cumplidos, mirada de acero, aire inflexible y ademanes enérgicos. Iba vestido con un terno de aspecto grave, de cuyo bolsillo superior sobresalía un impoluto pañuelo blanco; llevaba muy corto el cabello, algo encanecido, al estilo castrense. Un viejo soldado, pensó Cristian, inmediatamente.

—Usted, sargento —dijo volviéndose hacia Rubén Mengual—, puede retirarse ya; gracias por acompañar hasta aquí al señor Lacroix.

El agente dio un taconazo marcial:

—A sus órdenes —dijo media vuelta y se marchó.

—Permítame que me presente —dijo enseguida el enérgico anfitrión—: me llamo Alonso Betancurt, soy general de división del Estado Mayor Conjunto de la Defensa, Segunda Sección: Inteligencia.

Cristian hizo un leve gesto de confirmación; su instinto no había fallado.

—Yo soy el responsable de su contratación hace un año —añadió el general, ofreciendo su férrea mano—; ya era hora de que nos conociéramos personalmente, ¿no cree?

Cristian estrechó aquella mano de acero, todavía sorprendido por la inusual presencia de tan alto cargo militar en un escenario civil. Betancurt se acercó a una cómoda, donde figuraba dispuesto de antemano un servicio de café todavía humeante; sirvió dos tazas y ofreció una a Cristian, mientras le ponía en situación:

—He pedido verle de nuevo porque necesitamos seguir contando con su ayuda... especializada. Debido al hallazgo de un importante documento que íbamos buscando, hemos reactivado nuestro proyecto de rastreo relativo a Cristóbal Colón.

—¿Han encontrado el pergamino de Leonardo da Vinci relacionado con la custodia sacramental de la ermita? —preguntó Cristian.

—Vaya —Betancurt arqueó una ceja—, le veo bastante al tanto... Me alegro; sin embargo, debo admitir que no hemos encontrado el pergamino en cuestión, aunque sí dos diarios perdidos de Leonardo.

—¿Diarios?

El general le ofreció asiento señalando un juego gemelo de sillones antiguos, colocados en torno a una mesa baja, cerca de los ventanales, por los que se veían las fachadas fronterizas de la Gran Vía. Lo que Cristian escuchó a continuación parecía extractado de una novela de intriga centrada en el Madrid del siglo XVII, plagado de conspiraciones políticas, venganzas jesuíticas, polvorientos legajos perdidos hace siglos, espías de todos los estados de Europa y lances de capa y espada, todos combatiendo por hacerse con un milenario secreto universal.

El ventoso y frío atardecer del 7 de marzo de 1623 saltaron todas las alarmas en el Palacio Real de Madrid. Los agentes del rey, a la sazón Felipe IV de Borbón, acababan de detectar la presencia en la Villa y Corte del príncipe de Gales, futuro Carlos I de Inglaterra, junto a un pequeño grupo de escolta. ¿Qué hacía el heredero al trono de una potencia marítima rival de incógnito en suelo español? Nada que ver con la política y las intrigas palaciegas, ni siquiera le traía por España un amorío intempestivo, como el que su paisano el duque de Buckingham se había permitido tener con Ana de Austria, la mujer de Luis XIV de Francia, y que daría origen al conocido *affaire* de los herretes de la reina, que tan bien relataría Alejandro Dumas en *Los tres mosqueteros*.

Poco después, un tropel de hombres embozados y armados hasta los dientes surgieron como una silenciosa marabunta del Palacio Real, repartiéndose y tomando posiciones en las oscuras callejuelas de un Madrid alumbrado por antorchas de sebo, transitado por carruajes con las cortinas de terciopelo bordado echadas, donde se conspiraba, se compraban voluntades y se vendían secretos de estado; al mismo tiempo, en los callejones adoquinados y apestando a bosta y orines, los perros flacos se peleaban por un pútrido despojo; señores de capa forrada de raso y emplumado sombrero se mataban a duelo en los jardines perfumados o en los austeros claustros de los conventos, mientras los rufianes y los lacayos morían acechándose dentro de infames tabernas, a cuchilladas de faca, o de un pistoletazo en plena espalda.

¿A qué se debía semejante situación? Fuertes intereses comerciales movilizaban a centenares de sicarios venidos de las principales potencias marítimas de toda Europa; los gigantescos emporios comerciales de ultramar, tales como la Casa de Contratación en España, la Compañía de las Indias Orientales de Inglaterra o la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, competían por abrir nuevas rutas

marítimas hacia lugares todavía sin descubrir. Tales litigios se dirimían disimulados como guerras políticas o de religión, en las que la Iglesia mangoneaba para sacar tajada, enviando siempre por delante a su legión de Cristo, los jesuitas, que reforzados por su éxito en la Contrarreforma, gobernaban subrepticamente las grandes potencias europeas católicas, principalmente España, donde el rey Borbón no era más que una marioneta colocada por Roma, un monarca rodeado de sotas, mientras la Compañía de Jesús, como si de una compañía comercial se tratase, se enriquecía y expandía su poder por el Nuevo Mundo que Cristóbal Colón había descubierto apenas dos siglos atrás.

Conquistada América, la nueva frontera de los descubrimientos se centraba ahora en la *Terra Incógnita Australis*, el Océano Pacífico, al otro lado del Nuevo Mundo. Pero las expediciones a los mares del Sur eran extremadamente arriesgadas, se precisaba con urgencia nuevos avances en la navegación, porque quien llegaba primero se adueñaba de todo. La rapiña forjaba estados, incluso imperios donde no se ponía nunca el sol, como el de Felipe II, que al final había sucumbido a los terribles corsarios británicos; y ahora Inglaterra era la potencia emergente.

Los gobiernos rivalizaban por el diseño de naos más apropiadas para los largos viajes oceánicos, mejores planos y más precisos sistemas de orientación. Las cartas náuticas de aquella época eran muy poco fiables; ni siquiera existían mapas de muchos lugares recién descubiertos, y las expediciones avanzaban más rápido que los cartógrafos. Así las cosas, los principales reinos de Europa competían entre sí, abocados en una ambiciosa carrera, llena de traiciones y espionaje, por adjudicarse los avances técnicos en orientación y navegación para poder alcanzar los míticos lugares todavía no encontrados. El Siglo de las Luces no fue muy diferente a los inmediatamente anteriores: la ciencia coexistía con los viejos mitos y leyendas; y así ocurriría hasta bien entrado el siglo XVIII. Todavía muchos soñaban con El Dorado, ínsulas y tierras incógnitas pobladas de maravillas y riquezas legendarias.

Todas esas batallas tenían como principal motivo la supremacía oceánica, y por tanto, la conquista y explotación de los territorios vírgenes de ultramar, como así se demostró en el Tratado de Utrech, cuando los ingleses le arrebataron Gibraltar a España, teóricamente para controlar el paso de los barcos enemigos desde el Atlántico al Mediterráneo, o viceversa. Pero el verdadero motivo es que, según Platón, en Gibraltar están las Columnas de Hércules, el legendario lugar donde el gran sabio griego situó el primer meridiano de la historia, punto de referencia geográfico para poder orientarse en la esfera terráquea.

—Resumiendo —recapituló el general—, toda la aventura marinera que caracterizó al siglo XVII y parte del XVIII fue un ambicioso proyecto de conquista para acumular riqueza. Hasta entonces, la Iglesia había actuado de árbitro entre los países, estableciendo demarcaciones o imponiendo tratados, como el de Tordesillas entre España y Portugal, para el reparto de los territorios y las rutas de navegación. Pero el Vaticano estaba perdiendo su influencia, debido a los nuevos avances geográficos

que, desde Copérnico y Kepler, explicaban el mundo de manera científica y no teológica.

Cristian había escuchado paciente tomándose su café, y tras dejar la taza en la mesa de frente al sofá, se preguntaba a santo de qué venía todo aquel exordio. Cuando el militar se calló, él todavía permanecía con la cabeza apoyada en su mano izquierda, con el aire reflexivo de quien pondera su respuesta.

—Lo que no entiendo —dijo— es qué tiene que ver Leonardo da Vinci con todo lo que me acaba de contar.

Alonso Betancurt asintió, enfocándole con su mirada de acero.

—Yo se lo explicaré. Dispóngase a escuchar uno de las mayores incógnitas históricas que haya oído jamás.

Cristian enarcó una ceja escéptica.

—Le hablo —remarcó el general— de una incógnita todavía sin resolver, debido a la cual, y desde hace dos años, están surgiendo de la sombra los herederos actuales de aquellos litigios, empeñados en proseguir con la lucha soterrada de sus antepasados por hacerse con uno de los mayores secretos de la historia.

—¿Herederos? —repitió Cristian con escasa convicción.

—Sí, ¿o acaso no sabe usted que hace unas semanas un coleccionista norteamericano ha desembolsado más de 30 millones de dólares por un legajo de Leonardo da Vinci?

Cristian se quedó patidifuso.

—¿Quién?

—No lo sabemos todavía, la empresa de subastas Chirstie's lo sacó a subasta hace unos meses, después de que lo vendiera su anterior propietario.

Cristian no sabía nada de eso; últimamente andaba un poco desinformado, más ocupado en disfrutar de la vida que de su trabajo como *experto* en arte.

—Sí, señor Lacroix —incidió el militar—, más de 4400 millones de pesetas, la mayor cantidad pagada jamás por un simple manuscrito antiguo. ¿No se pregunta usted qué contendrá ese legajo de Leonardo para que alguien quiera desprenderse de semejante fortuna?

Cristian no contestó; la cara de duda se había tornado por otra de asombro absoluto.

—Pues bien —remachó Betancurt—, yo se lo diré.



## 2

Leticia había cambiado más en tan sólo unos meses que durante treinta y cinco años de vida, y no era para menos, teniendo en cuenta el increíble tornado de acontecimientos que había sacudido su apacible y aburrida existencia sin horizontes. Tras despedirse de Jean Claude Lavantier en el lago de Garda, Leticia había regresado por fin a Barcelona, donde ahora ocupaba un espacioso piso en el Ensanche, alquilado a muy buen precio gracias a su conocimiento del mercado inmobiliario y al estipendio prometido por el cazatesoros belga. Todo habría sido una delirante aventura de no ser porque durante su ausencia había muerto doña Rosa, al parecer, asesinada por alguien que había entrado una noche de tormenta para robar en el caserón del Raval.

Ahora sí que se había quedado completamente sola en el mundo. Y para colmo, Leticia se responsabilizaba en parte de lo sucedido, como si de no haberse marchado pudiese haber evitado la pérdida de su madrina. Sin embargo, y aunque resultase contradictorio, también se sentía liberada, pues doña Rosa, que debía ser la mujer más vieja del mundo, y pertenecía a una generación ya totalmente desaparecida, vivía enclaustrada en aquel decrepito caserón, inválida, rodeada de fantasmas del pasado, rezando el rosario y esperando en vano el regreso de su padre. Ni siquiera tenía televisor o radio, para ella tales adelantos eran instrumentos de Satanás, y toda esa forma de vida claustral la padecía Leticia por extensión.

Pasó varias semanas como una sonámbula, yendo de aquí para allá, tratando de ordenar el caos emocional que la torturaba, sintiéndose culpable, fustigándose con remordimientos y horrorizada por los detalles sangrientos que habían envuelto el asesinato, cuya autoría seguía sin esclarecerse. La policía no había querido darle demasiados detalles, el crimen se hallaba bajo secreto de sumario, y además, por lo visto, doña Rosa había sido asesinada como en medio de un sacrificio macabro, sin duda la obra de un demente o un sádico.

—¿Pero no han encontrado el arma homicida? —preguntó en comisaría, cuando acudió a hacer acto de presencia.

El policía que llevaba el caso la había mirado entonces con un gesto de inquieta incertidumbre, como si pensase que lo mejor era no entrar en pormenores, no fuese a desmayarse allí mismo:

—Según la autopsia, el asesino la mató usando posiblemente un cuchillo de gran tamaño; igual que al gato, que murió de una sola tajada.

—*Fausto* —musitó ella, con el rostro anegado de lágrimas—, ¿pero por qué tuvo que matarlo también, no era más que un pobre y viejo animal?

El policía hizo un gesto de incertidumbre:

—Mire, señora, lo que pasa por la mente de un asesino constituye una razón indescifrable —solventó, como si aquello lo resolviese todo, y a continuación le recomendó que no se quedase a vivir «en el escenario del crimen», era un lugar

demasiado inhóspito y recóndito, perdido en el oscuro corazón de un barrio que por la noche se tornaba poco recomendable.

El notario encargado del testamento de doña Rosa la citó días después en su despacho, y con el semblante circunspecto que requería «la luctuosa ocasión que aquí nos reúne», puso en sus manos la urna funeraria con las cenizas de la anciana, cuyos restos destripados habían sido incinerados tras la autopsia, al no haber dejado parcela en el cementerio ni hallar a nadie que se hiciese cargo del funeral. Era desolador, toda una larguísima vida, a caballo entre dos siglos, para morir acuchillada y sola, quemada luego sin que nadie dijese un responso ni derramase una lágrima de adiós.

—¿Quién se hizo cargo de la incineración? —preguntó Leticia, extrañada, pues sabía muy bien que doña Rosa no tenía parientes; todos habían muerto de viejos, y ella era la única que sobrevivía, como rémora de un tiempo muy remoto que ya no era el suyo.

—Yo mismo —repuso el notario—; en memoria de mi bisabuelo, ilustre notario de esta ciudad, que perteneció al círculo de amigos del padre de doña Rosa Montpalau.

—Se lo agradezco mucho —sollozó Leticia, echando mano a la cartera y tendiendo un fajo de billetes sin contarlos siquiera—. Dígame a cuanto ascienden los gastos de todo.

—Señora, me ofende usted —replicó el notario, pero si aparentar ninguna ofensa y tomando el dinero—, ya le digo que lo hice gustosamente, en honor de mis antepasados. Cómo diría... —Buscó la expresión adecuada en su memoria, miró a su pasante, en un hombre canijo que aguardaba en un rincón, y dijo—: *Sine pecunia*; lo hice sin esperar nada a cambio.

Se guardó el dinero en el bolsillo de su chaqueta y carraspeó, como cambiando de tema:

—Ejem, y ahora, si no le importa, pasemos a revisar el testamento.

Doña Rosa era pobre, pero dejaba a Leticia su enorme caserón del Raval, junto con el viejo automóvil, una antigualla original de los primeros años del siglo xx, que la mujer conservaba en el garaje. La anciana había estado vendiendo poco a poco todo cuanto de valor había en la casa para poder subsistir desde que su padre desapareciese sin dejar rastro cuando ella todavía era casi un bebé de pecho y se quedó huérfana muy poco tiempo después, al morir su madre, quizá de pena por la ausencia de su marido, a quien tachaban de anarquista huido de la justicia.

—¿Y el administrador? —preguntó Leticia, reprimiendo el llanto ante el impávido notario, que permanecía sentado en su sillón con la solemnidad de un Buda en meditación; las manos entrelazadas en el regazo con los pulgares unidos por la punta de la uña mordisqueada.

Ella sabía que el administrador, llamado Malato, un tipo grande, lacónico, de piel cetrina y cabello ensortijado, había llegado a principios de siglo, conduciendo el viejo auto cargado con el extraño espejo redondo y aquel baúl de marinero que su madrina

había relegado a lo más recóndito y alto de la casa. Luego el hombre se había quedado al servicio de doña Rosa como un criado colonial. Malato era silencioso y taciturno, la tez cobriza y el pelo azabache; a todas luces era un indígena del Caribe, aunque nadie sabía ni cómo, ni por qué ni de dónde había salido.

Porque Malato parecía tener el instinto de un animal salvaje, se adaptaba inmediatamente a cualquier cosa o situación; lo aprendía todo con una inaudita eficacia, y por eso doña Rosa lo utilizaba de mayordomo, chófer, secretario, administrador e incluso para infundir temor con su exótico aire aborigen. Tenía un aire inquietante y los vecinos pronto dejaron correr el rumor de que practicaba ritos vudú. Sin embargo, doña Rosa confiaba en él para la venta paulatina de libros, muebles, cuadros y enseres del caserón con lo que ir mitigando la extrema pobreza en la que vivía. Y Malato era también el encargado de llevarla de vez en cuando en aquel coche grandote y negro al cementerio de Montjuic, a visitar la tumba de su madre.

—¿Quién? —El notario no sabía nada sobre ningún chófer o administrador.

Qué raro, pensó Leticia, pues aquel indígena desconocido era la única compañía de doña Rosa desde que llegase a Barcelona. La policía tampoco tenía datos de que viviese nadie más en la casa; era como si a Malato se lo hubiese tragado la tierra o no hubiese existido jamás.

—Bien, pues gracias por todo —musitó Leticia, alzándose para marcharse.

—Un momento —el notario elevó ligeramente uno de los pulgares, pero sin abandonar su postura meditativa—, todavía no hemos terminado. Hay otro... *objeto* que he de hacerle entrega.

El severo despacho estaba casi en sombras, tan sólo iluminado por una lámpara Tiffany que dispersaba un halo de luz enfermiza sobre el oscuro escritorio. El notario hizo un ademán búdico, y al instante salió de su rincón el pasante, un tipo apergaminado, que había permanecido hasta entonces inmóvil como un batracio al acecho. El ayudante recuperó su movilidad y salió con paso lánguido, en busca de lo solicitado. Cuando volvió al cabo de un minuto, durante el cual el notario le dedicó a Leticia un recriminatorio repaso (mira que marcharse de picos pardos dejando sola a una mujer inválida y tan mayor, parecía decir su mirada), el pasante llevaba consigo un paquete grande, envuelto en papel de estraza. Lo dejó en el suelo, frente a ella, y lo desembaló en silencio.

Entonces Leticia soltó un grito involuntario:

—¡*Fausto!*

El notario torció el gesto, reprimiendo la grima que todo aquello le causaba. La de cosas que tiene uno que hacer por complacer a sus clientes, parecía pensar, mientras miraba con asco el inflado cuerpo del enorme gato, el compañero de correrías de Leticia durante su infancia y su solitaria juventud.

—¡¿Pero qué le han hecho al pobre *Fausto*?! —preguntó, desgarrada por el espanto.

—Señora, cálmese —pidió el hosco notario, manteniendo las manos entrelazadas

sobre la panza—. Doña Rosa Montpalau dejó órdenes expresas de que se embalsamase a ese animal cuando ella falleciese; lo dice aquí —desenlazó las manos y dio dos golpecitos con el dedo índice sobre el testamento que reposaba en la superficie del escritorio—. Yo, como albacea, no he hecho otra cosa que cumplir sus deseos —añadió, señalando hacia gatazo estático.

Leticia sacudió la cabeza sin comprender, mientras miraba la espantosa obra cometida por el taxidermista, que había embalsamado a *Fausto* como si fuese un pez globo, inflado de borra y cosido a costurones.

—¿Pero por qué...?

El notario hinchó los carrillos, como si aquella extravagancia de anciana le diese igual, aunque en realidad lo que le daba era náusea:

—Mire señora, el gato falleció al mismo tiempo que la señora Montpalau, poco después de marcharse usted de viaje. Doña Rosa había dejado reflejado en su testamento que si el gato moría después que ella, debía embalsamarse, cumpliendo cierto... protocolo establecido por ella en un documento anejo —hizo una pausa para entrelazar de nuevo las manos, y luego añadió en tono desdeñoso—: Qué quiere que yo le diga, he visto cosas más raras. Seguramente lo hizo para que usted lo tuviese... cómo diríamos —volvió el rostro hacia su silencioso ayudante—:... para que usted lo conservase *in aeternum*, eso es.

El pasante asintió, admirado por la sabiduría de latinajos que usaba su disertativo jefe cuando la severidad de la ocasión así lo requería. El notario dio varias vueltas a los pulgares, observando el testamento que reposaba debajo de la verdosa luz. Luego, con la debida solemnidad, desenlazó de nuevo las manos, quitó el clip metálico, separó un papel del grueso de hojas legales que componían el testamento, y se lo tendió a Leticia. Era una cuartilla escrita a mano, donde, en efecto, doña Rosa consignaba su deseo de que *Fausto* fuese embalsamado. «El gato ha sido el mudo testigo de mi penosa existencia —decía la nota—, mi fiel *Fausto* será el depositario final; su muerte ocultará los mayores secretos de mi vida».

Leticia negó de nuevo, entre maravillada y confusa. Finalmente, dobló la cuartilla y se la guardó en el bolso, suspirando llena de remordimientos. Cuando más la necesitaba, ella le había fallado a su madrina, marchándose de picos pardos, como suponía el notario. Acto seguido se agachó y alzó a *Fausto*; no pesaba nada. El despeluznado gatazo había sido relleno de serrín o lo que fuese, y el taxidermista le había colocado unos vidriosos ojos de plástico le había conferido al pelo un desagradable tacto pulposo. Dio las gracias y bajó dando trompicones las oscuras escaleras del notario, ciega de llanto y desdicha.

Tras todo aquello, Leticia había querido romper definitivamente con su pasado: «*a partir de ahora, borrón y cuenta nueva*», se dijo con resolución. Después de las formalidades requeridas por el fallecimiento de su madrina, había ido a presentarse ante el señor Sardá para rescindir su contrato con la inmobiliaria, pero el hombre la había recibido con un caluroso abrazo de oso. El bueno de su jefe y las pelanduscas

de sus compañeras la habían echado de menos, después de todo. Ella les contó sucintamente lo sucedido, sin entrar en los escabrosos detalles.

Isabel y Maica la recibieron con una envidia indecible. Leticia, bronceada por el aire soleado del norte de Italia y con el carácter ensanchado por todo lo sufrido en su increíble aventura, estaba irreconocible para ellas. Las antiguas compañeras contemplaron con admiración el portentoso cambio que lucía su compañera mosquita muerta. Pero por mucho que le insistió el señor Sardá, Leticia declinó seguir trabajando en la inmobiliaria. Tenía otros planes para el resto de su vida.

Parecía otra persona, incluso había rejuvenecido; mostraba un tipo más delgado y esbelto y se había retocado el cabello, que ahora llevaba siempre suelto, en una bonita melena clara de aspecto más natural, resaltando con ello sus grandes ojos de mirada inocente. Se había dado cuenta de que no era tan tonta como siempre había supuesto. Debía rehacer su existencia, reinventarse; no podía seguir languideciendo a cuenta de su frustrante pasado. Por eso decidió que tenía que estudiar, superarse, tener aspiraciones y una meta en la vida. Se matriculó a distancia en la carrera de Historia; nunca más agacharía la cabeza por no tener estudios superiores.

Y el viento comenzó a soplar a su favor. Muy pronto Leticia recibió una oferta de la Diputación Provincial para cubrir como sustituta un puesto de documentalista que había quedado vacante por baja de maternidad. En un año había reinventado su existencia; todavía estaba soltera y sin compromiso, pero feliz y disfrutando de su recién estrenada autoestima. Practicaba deporte regularmente, como le había recomendado Cristian Lacroix; se compraba ropa y complementos que resaltasen sus encantos de mujer, se alimentaba mejor que nunca, y por supuesto, había abandonado los somníferos, el alcohol y el tabaco. Sin embargo, aunque tratara cada día de enterrarlo muy dentro de su memoria, echaba de menos a su amor secreto, la misteriosa sombra protectora, su Ángel de la Niebla, cuya presencia sólo sentía por medio de aquel extraño espejo redondo que se había quedado colgado en la buhardilla del caserón.

### 3

Alonso Betancurt no quiso continuar desvelando secretos de Estado hasta comprobar personalmente qué podía esperar del hombre de unos cuarenta años que tenía sentado delante, a la espera de acontecimientos. Le habían dicho que Cristian Lacroix, o como quiera que se llamase realmente, era el mejor en su campo: culto, discreto y un verdadero experto en las obras de arte que robaba por encargo de terceros. Pero el general tenía sus propios métodos para calibrar la fiabilidad de un hombre.

—Hay algo que quisiera preguntarle antes de seguir adelante, señor Lacroix.

Cristian hizo un gesto de aquiescencia.

—Me gustaría saber —continuó Betancurt—, por qué lo hace; es decir, por qué roba obras de arte. Según mis datos, usted procede de una familia de alto nivel y poder adquisitivo. Buenos colegios, educación exquisita, vacaciones culturales, estudios de Historia del Arte en Florencia...

—¿Ha estado investigándome? —interpuso Cristian, aunque de ningún modo le pareciese raro. Después de todo, se hallaba frente al jefe de los servicios de Inteligencia españoles.

Alonso Betancurt seguía enumerando:

—... no fuma, se mantiene en forma, no tiene vicios conocidos, salvo una cierta debilidad por las mujeres hermosas...

Cristian hizo un gesto cómplice, como diciendo, y quién no.

—¿Por qué lo hace? —insistió el general—. ¿Qué le indujo a ser expoliador profesional, utilizando su licenciatura en Arte para ser el mejor profesional del hurto?

Mientras Cristian se tomaba su tiempo para contestar, Betancurt se dijo mentalmente que si la respuesta era del tipo «por amor al arte», daría por zanjada la conversación.

—No me pagan para que me justifique moralmente —replicó Cristian.

—Bien —aprobó el militar—, me gusta. Muy apropiado, pragmático, escueto y eficaz. Prosigamos, pues.

Como se ha dicho, aquella desapacible tarde primaveral madrileña de 1623, Su Alteza el príncipe de Gales no estaba en España por asuntos de faldas, aunque su presencia levantase justificadas sospechas en peor sentido. Carlos de Inglaterra era, junto al duque de Buckingham, uno de los mayores coleccionistas de arte de toda Europa. Los agentes del duque y el príncipe rivalizaban entre sí por conseguirles a sus respectivos señores los mejores cuadros y libros raros que circulaban de incógnito por los mercados negros, procedentes de grandes dinastías destronadas, como la de Mantua en Italia, cuya pinacoteca, formada por obras de Tiziano, Rafael, Correggio, Caravaggio y Rubens fue adquirida por Carlos, siendo ya rey de Inglaterra.

Pero aquella tarde, el todavía príncipe, había acudido en persona a España,

acompañado de su amigo Thomas Howard, conde de Arundel, para comprar unas obras de Tiziano que Carlos de Inglaterra perseguía desde hacía mucho, con el fin de completar su pinacoteca. Fue en medio de la negociación cuando el príncipe oyó hablar de unos manuscritos de Leonardo da Vinci que un extravagante clérigo con fama de alquimista, Juan de Espina Velasco, poseía en su palacio de Madrid; legajos que según se afirmaba, explicaban el secreto de la navegación utilizado por Cristóbal Colón para descubrir América.

Los manuscritos habían sido adquiridos por Espina a un escultor italiano que a su vez los había comprado en Milán, cuando toda la herencia dejada por Leonardo fue dilapidada y subastada por sus herederos. Aquello levantó de inmediato el interés de Carlos de Inglaterra, principalmente por lo relativo a la navegación, y decidió hacerse con los incógnitos manuscritos del artista toscano para llevárselos a su país. Sin embargo, acosado por los agentes de la Corte, debido su estancia clandestina en suelo español, hubo de volver a Londres, no sin antes encomendar al conde de Arundel que se hiciese con aquel tesoro documental al precio que fuese.

Pero, como es normal en un palacio plagado de sotanas, el asunto del príncipe de Gales y los manuscritos de Leonardo había llegado ya a oídos de los jesuitas, que sospechando algún turbio manejo extranjero, pusieron sobre aviso a la Santa Inquisición. Viendo peligrar su vida, Thomas Howard que tuvo salir por piernas, cruzando el Canal de la Mancha con un códice vendido finalmente por Juan de Espina. El ejemplar adquirido era un voluminoso legajo de setenta páginas manuscritas y trescientas sesenta ilustraciones realizadas a mano por Leonardo, que presuntamente contenía en clave el secreto de la navegación. La Inquisición llegó a las puertas del palacio de Espina justo cuando el clérigo alquimista no hacía ni media hora que partía a toda prisa en dirección a Sevilla, tratando de huir de los inquisidores.

Pero en aquella época era imposible escapar al largo brazo del Santo Oficio, y finalmente Juan de Espina fue detenido bajo la acusación inquisitorial de nigromante; con mucho menos uno era torturado hasta la muerte o quemado vivo. Sin embargo, para chasco de la Inquisición, el clérigo había vendido ya los códices de Leonardo. La acusación contra Espina se amplió entonces a la de colaboracionismo político con un país rival, y el alquimista vio peligrar su vida. El caso es que siglos después, varios manuscritos de Leonardo da Vinci aparecieron por casualidad y traspapelados por completo en unos estantes olvidados y polvorientos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Por lo visto, Espina, viéndose acosado por los inquisidores, legó el resto de la colección de manuscritos de Da Vinci a Felipe IV, que ignorando su alto valor, la depositó en el Archivo Real, fuera del alcance de los jesuitas, que ambicionaban hacerse con el manuscrito. Lo que sucedió a continuación es una incógnita y todo está envuelto en un halo de confusión, porque en el siglo XIX, el Archivo Real, convertido ya en Biblioteca Nacional, sufrió algunos expolios, y además, en el traslado de los

volúmenes hasta la actual sede, llevado a cabo en 1892, desaparecieron bastantes obras, dándose por desaparecidos los manuscritos cedidos al rey por de Juan de Espina.

Pero en 1967, un estudioso extranjero los descubrió por casualidad mientras estudiaba otros asuntos. No habían sido expoliados, simplemente, los legajos de Leonardo no aparecían porque habían sido mal archivados. Se trataba de dos cuadernos de anotaciones personales, en los que Leonardo hablaba de cierto artefacto de orientación astrológica, una especie de astrario inventado por el artista toscano, que reproducía los movimientos planetarios del sistema solar, basado en las antiquísimas y herméticas teorías de Pitágoras.

—Y eso era lo que posiblemente buscaba el coleccionista norteamericano cuando hace unos meses adquirió a tan alto precio el manuscrito de Da Vinci que perteneció a Carlos de Inglaterra —terminó de narrar Betancurt.

—¿Y qué utilidad piensa darle a las teorías herméticas de Pitágoras? —preguntó Cristian en tono incrédulo.

—Eso lo ignoramos, puesto que no ha trascendido todavía quién es el comprador; sólo sabemos que al manuscrito subastado se le conoce por *Códice Hammer* o *Leicester* y está escrito en clave.

—¿En clave?

—Bueno, supongo que usted ya sabe que Leonardo da Vinci escribía algunos textos al revés, con la que los expertos en arte denominan *escritura espejo*, de manera que sólo podían leerse utilizando cierto artilugio por él inventado, llamado Codexcopio, un curioso instrumento óptico que invertía los términos caligráficos, dividiendo el texto y reagrupándolo de nuevo con otro sentido, desvelando así su verdadero contenido.

—Había oído algo de eso —reconoció Cristian—, pero no sabía hasta que punto era cierto o mera leyenda.

—Leonardo era un gran experto en óptica y holografía, y muchos de sus escritos y grabados están redactados o dibujados en clave, tanto que hoy todavía no se ha descubierto ni la cuarta parte de los secretos que el genio ocultó de tal forma.

—Y usted cree que ese comprador norteamericano supone que el *Códice Leicester* está escrito en clave y contiene el antiguo secreto de la navegación...

—No lo sé —reconoció Betancurt—, pero lamentablemente, el legajo del que hablamos tampoco estaba entre los aparecidos en la Biblioteca Nacional.

—Sin embargo, usted ha dicho que en los diarios...

—He dicho que se menciona ese sistema de orientación, pero no se explica su funcionamiento.

—Entiendo —Cristian anudaba todos los cabos con su mente inquisitiva de mercenario culto.

El general, que parecía estar leyendo su pensamiento, añadió:

—Hay otra cosa: le sorprenderá saber que hemos averiguado algo interesante. Ese



cazador de tesoros belga, Jean Claude Lavantier, pujó también por adquirir el Códice *Leicester*, pero el norteamericano debía tener más dinero, porque superó la oferta.

—¿Más dinero que Jean Claude Lavantier? Vaya, me pregunto quién podrá ser ese tipo.

—Sea quien sea, ha pagado más de treinta millones de dólares; eso evidencia la fortuna que debe poseer.

—Lo que no entiendo —Cristian frunció el ceño, meditándolo—, es por qué Lavantier creía que el documento que describe el sistema de orientación de Da Vinci se hallaba dentro de una custodia sacramental, olvidada en una ermita del sur de España. Incluso llegó a comprar el palacete campestre con el fin de apropiarse del relicario.

—Yo tampoco entiendo aún qué papel juega esa joya religiosa en todo esto —admitió el general—, pero sin duda se trata de una pista que usted debería mantener abierta.

—¿Y qué se supone que contendría ese manuscrito de Da Vinci para que le interese tanto a un millonario norteamericano?

—El Códice *Leicester*, escrito en 1506, curiosamente la misma fecha en que murió Cristóbal Colón, se compone de 72 páginas y 360 ilustraciones. Lo principal de los manuscritos alude a la gravedad terrestre, en concreto a ciertas localizaciones gravitacionales hasta hoy desconocidas.

—¿Localizaciones gravitacionales?

—Sí, posiciones geoestacionarias, que según los expertos del CSIC servirían para distribuir en el espacio una constelación de satélites artificiales con vistas a lograr la cobertura total del globo.

—Vaya —resopló Cristian, intrigado—, interesante paradoja: los secretos de la navegación marítima del pasado, reutilizados ahora para la navegación virtual. Reconozco que la cosa se pone interesante.

A medio día, después de cumplir su trabajo en la Diputación, Leticia se decidió a echar un vistazo por el arcaico inmueble que le había legado su madrina. Sabía lo suficiente sobre la materia como para deducir que aquel descomunal edificio que ocupaba un solar tan grande valdría un buen dinero, por mucho que se hallase tan abandonado y en una estrecha calle del Raval, una zona sin proyección ni expectativas de urbanización a medio plazo. Sin embargo, la casona poseía su valor histórico. Además, relativamente no estaba lejos de la Rambla, esa gran arteria urbana y turística de la ciudad, lo que incrementaba su valor.

Al llegar, tocó primero en la puerta de la vivienda contigua, para preguntarle a una vecina que conocía si alguien se había interesado por comprar el vetusto inmueble. Tal como suponía, la cotilla mujer le dijo que no había ni señal de compradores. Leticia se alegró en el fondo. Le tenía demasiado cariño como para que un constructor desalmado lo echara abajo a golpes de piqueta y excavadora, borrando el único resto que tenía de sus incógnitos orígenes.

La vecina esbozó un gesto reluctante:

—Nanay —negó—; no hay compradores Pero vamos, ¿a quién le va a interesar ese caserón, con el Fantasma rondando por aquí cerca?

«¡El Fantasma!»

Leticia contuvo un sobresalto, pero se controló y puso cara de no entender.

—Sí, chica, sí —remachó la mujer—, ahora me dirás que no has oído hablar nunca del Fantasma del Liceo.

Leticia negó con la cabeza, intentando que no se le notase la mentira pintada en el rostro. La vecina bajó la voz, ahuecándola en tono tremebundo:

—Que sí, chica, ese monstruo que vive en las alcantarillas y en los túneles del Metro. Dicen que sólo sale de noche para sacarle la sangre a la gente —hizo sobre su busto el signo de la cruz—. Jesús, María y José; Dios nos pille confesados, seguro que es él quien mató a la pobre doña Rosa.

Leticia esbozó una mueca de hastío. La del Fantasma del Liceo no era sino una más de las muchas leyendas que se narraban de la Barcelona novecentista, repetidas de generación en generación, como un atractivo más de la ciudad misteriosa; con sus barrios góticos poblados de sinagogas secretas, cementerios olvidados, sacramantecas y aquelarres brujeiles. Leticia había oído contar varias veces la leyenda del Fantasma del Liceo en su colegio de monjas. Eran muchos los que juraban haberle visto como un jirón de niebla borroso deslizándose hacia los túneles y las estaciones del Metro, próximas al teatro de la ópera.

—Idioteces —desdeñó—, los fantasmas no matan a nadie; los criminales son de carne y hueso.

La vecina se sacudió el delantal, levantó un hombro negligente ante la incredulidad de aquella mujer, dio media vuelta y se metió en su casa, como diciendo:

yo ya te he advertido. Leticia, sacando del bolso la llave entregada por el notario, se decidió a entrar en el umbroso edificio por primera vez desde que llegase de su trepidante aventura. Abrió el pesado portón en forma de arco y flanqueado por recios soportales de rugosa sillería. Al otro lado la recibió el extenso zaguán, todo cubierto de cascotes y cristales rotos. Al parecer, un rayo había alcanzado la cúpula de hierro forjado y vidrio que coronaba lo más alto del edificio, desplomándose como una lluvia de cuchillos. El panorama era desolador. El agua y el viento habían penetrado por los huecos de la retorcida claraboya, y los cientos de palomas que albergaba el tejado habían ocupado el espacio, llenándolo todo de suciedad y pestilencia.

Leticia subió al trote las polvorientas escaleras de piedra labrada, las mismas por las que había ascendido miles de veces de niña y jovencita, y llegó al amplio rellano del piso principal. Contuvo emocionada la respiración mientras intentaba introducir la llave en la cerradura de la puerta que comunicaba con el living y las otras estancias más domésticas. Pero no pudo, la llave no entraba. Se agachó y vio con extrañeza que la cerradura había sido manipulada. La puerta estaba intacta, aparte de la suciedad que rebozaba sus molduras. Pero al fijarse para ver por qué no accedía la llave, Leticia vio espeluznada que el bombillo de latón había sido taladrado por una broca.

Alguien había estado allí, alguien que no tenía llave; por tanto, el administrador misteriosamente desaparecido quedaba excluido. Malato tenía las llaves de todo el inmueble, incluidas las del automóvil. Leticia reprimió los deseos de marcharse a escape y empujó la puerta, que cedió emitiendo un lamento quejumbroso. Del interior escapó una bocanada de aire viciado. Algunos murciélagos diminutos revolotearon asustados en zigzag, huyendo pasillo adentro, dándose trompazos contra las paredes. Leticia se detuvo conteniendo la respiración y escuchó. Silencio. Avanzó unos pasos tanteando en la oscuridad. Pero nada más traspasar el umbral se quedó paralizada por la impresión.

El recibidor, el pasillo, el salón interior..., conforme se adentraba en la vivienda pisando el pavimento aún manchado con restos de sangre seca de doña Rosa, el estupor se apoderaba de su ánimo cada vez más alterado. Pero el colmo de su horror fue cuando entró en el saloncito donde hacía la vida su madrina.

*¿Qué es esto —se preguntó espantada—, qué ha pasado aquí?*

Todo estaba revuelto, había sufrido un violento registro. Los pocos muebles antiquísimos que restaban por vender tenían los cajones fuera y el contenido revuelto; los armarios vulnerados, con todo esparcido por doquier; las alacenas de la cocina, vacías de trastos y enseres; la cama deshecha, con el viejo y enorme colchón de lana de su madrina despanzurrado como un buey con las vísceras fuera. Aquella parte del caserón había sido puesta patas arriba. Leticia se ahogaba entre la penumbra opresora, la peste a excrementos secos de murciélago y aquella inesperada violación del que había sido su hogar.

Abrió algunas ventanas veladas de telarañas, pero la luz claudicante que penetraba filtrada por las celosías sólo sirvió para hacer más patente la violencia del

registro. ¿Quién había hecho eso? ¿Qué buscaban allí, en casa de una pobre anciana muerta? Que Leticia supiese (aunque bien poco era lo que sabía ella de su madre adoptiva), doña Rosa no tenía en casa nada de valor, salvo el coche antiguo.

De pronto, Leticia experimentó una súbita corazonada. Corrió hacia la escalera que ascendía hacia los pináculos. Allí arriba tenía ella su habitación abuhardillada, la del grande y antiguo espejo con el extraño marco redondo y refulgente como un sol de oro y el viejo baúl de marino, aquellos dos objetos olvidados por doña Rosa en lo más recóndito de los áticos, de los que ella se había posesionado siendo niña. Leticia penetró con tiento, presagiando lo peor. La buhardilla estaba en penumbra, iluminada por la luz natural que penetraba de un ventano abierto hacia los tejados de Barcelona, amortajados por la neblina marina que llegaba del puerto. Allí, en el ancho alfeizar del ventanuco, pasaba ella las horas sentada, con los pies desnudos reposando sobre la cornisa de piedra musgosa, absorta en el reluz inmenso del mar y arrullada por cientos de palomas amotinadas en el tejado. Parecía que todas las palomas de Barcelona se recogiesen por la noche sobre los pináculos de aquel caserón. Quizá por eso la llamaban desde antiguo la Casa de las Palomas.

Ahora Leticia contemplaba estupefacta que cada rincón del ático había sido también revuelto y registrado a conciencia. Su pecho le retumbó acelerado cuando comprobó que al menos el espejo, cubierto por una sábana, y el baúl, arrumbado en un rincón, seguían en su lugar. Pero al abrirlo, su temor se hizo real; la corazonada era cierta. El sobado arcón de marino, lleno de viejos instrumentos de navegación, libros muy antiguos y cuadernos de anotaciones, había sido también expoliado. Alguien había roto la cerradura de la puerta con un taladro para llevarse aquellas menudencias. ¿A quién le podían interesar tanto unos simples astrolabios, sextantes, libracos apolillados y papelotes, como para matar a una pobre anciana indefensa? ¿O acaso aquellos objetos del baúl no eran tan simples?

Leticia decidió dejarlo todo tal cual, por si acaso denunciaba el nuevo allanamiento a la policía. Pero el daño ya estaba hecho, y quien quiera que conociese lo que guardaba el arcón, había logrado su objetivo. Decidió no denunciar nada. Quizá lo mejor sería mandar que pusiesen una cerradura nueva, ordenar un poco aquel desastre, vender la casa y olvidarse de todo. Antes de marcharse llamó a la vecina y le preguntó si acaso no había visto a nadie merodeando por allí tras la muerte de doña Rosa. Pero no, la mujer no había visto nada; nadie se había acercado al decrepito inmueble, como no fuera el cartero a dejar la correspondencia.

—Pero como la puerta está cerrada desde que falleció la señora, que en paz descansa —se santiguó en dos manotazos, como si estuviese espantando un tábano—, el cartero me deja las cartas a mí. Ay, chica, he olvidado decírtelo antes. Espera, que ahora te saco todo lo que ha llegado mientras estuviste fuera.

La vecina entró en su casa y al cabo de unos minutos salió con un puñado de sobres metidos en una bolsa de plástico. Leticia la cogió, dio las gracias y se marchó. Cuando llegó a casa esparció el contenido en la mesa del salón y comenzó a revisar la

correspondencia. No esperaba encontrar nada importante, la anciana no se carteaba con nadie, pues carecía de familiares o amigos, salvo el taciturno Malato. Comenzó a romper y tirar sobres al cubo de la basura: propaganda y recibos atrasados de la electricidad, el agua, la contribución urbana... Lo único significativo era un pequeño sobre con la dirección y el remite redactados a mano en caligrafía más bien poco elegante.

El remitente se llamaba Vicent Calabuig. Leticia rasgó el sobre y sacó un papel amarillento con textura de oblea. Era una nota de pésame por la muerte de doña Rosa Montpalau, escrita seguramente por algún incógnito conocido de la difunta. Leticia pensó que debía agradecer aquella deferencia. En el remite figuraba una dirección de la Barceloneta, el antiguo barrio de pescadores abocado al mar. Decidió hacerle a aquel hombre una visita de cortesía, y de paso ver si conseguía esclarecer algo sobre lo sucedido y la trágica muerte de doña Rosa.

El hombrecillo encorvado y con aspecto de portero jubilado entró silencioso en la habitación, donde todavía permanecían reunidos Alonso Betancurt y Cristian Lacroix. Se llevó las tazas junto a la bandeja del café, y al poco volvió con un tentempié a base de *sandwiches*. Lo dispuso en la mesa baja, en torno a la cual se hallaban sentados militar y mercenario, y salió con el mismo mutismo, mientras Cristian se abalanzaba sin protocolo sobre el pequeño refrigerio. Lo que Betancurt le había estado contando hasta entonces era lo más descabellado que hubiese oído nunca en su vida. Pero el general aún no había terminado:

—Todo comenzó hace dos años, cuando un equipo de expertos del CSIC encontró en el monasterio de El Escorial cierta documentación inédita sobre Cristóbal Colón.

Cristian se quedó patidifuso, con un *sandwich* en la mano, a punto de hincarle el diente. Tampoco sabía nada de aquello, y eso que su especialidad era precisamente el arte del Renacimiento.

—¿A qué documentación se refiere? —se interesó, de nuevo cogido en evidencia.

—Un montón de legajos pertenecientes a su hijo Hernando, escondidos en la torre de los alquimistas, la única que no ardió durante el incendio que asoló el monasterio —Betancurt consideró oportuno hacer un paréntesis—. Como usted sin duda sabe, la fatídica tarde del 7 de junio de 1671 ardieron miles de manuscritos árabes que atesoraba la biblioteca más completa de la cristiandad, junto a los 38 tomos de la *Historia natural de la nueva España*, la opus mágnum de todas las obras del Nuevo Mundo, escrita en 1577 por Hernández Boncalo.

Cristian hizo un gesto asertivo. Aquello sí lo sabía, es más, sospechaba que el incendio había sido provocado para borrar pistas sobre el descubrimiento de América. El general prosiguió:

—El CSIC ha estado revisando toda esa documentación, salvada precisamente por no estar donde debiera, y hace poco han encontrado algunas reseñas de Hernando sobre el llamado *Libro de las Profecías*, escrito por su padre en Sevilla —el general subrayó—: No sé si usted sabrá que dicho libro no era en realidad más que un puñado de cartas manuscritas redactadas entre 1501 y 1502, y cuyo contenido es un cúmulo de devaneos místicos sin aparente sentido.

Cristian replicó:

—Sí, pero según tengo entendido, las cartas que componen el denominado *Libro de las Profecías* están depositadas en la Biblioteca Colombina de la catedral de Sevilla, no en El Escorial.

—En efecto, pero quizá usted no sepa que dichas cartas, antes de ser agrupadas y editadas como libro, sufrieron un expolio.

—¿Un expolio?

—Los historiadores nunca le han prestado a ese manuscrito demasiado caso, pues ya digo que no contiene más que argumentos religiosos y delirios que dan a entender

que Colón chocheaba cuando los redactó. Sin embargo, de los ochenta y cuatro legajos originales que contenía el conjunto epistolar, desaparecieron catorce de ellos en el siglo XVIII —Betancurt hizo una pausa y subrayó—. Alguien los robó.

—A mí no me mire, yo no fui —sonrió Cristian, pero al ver que su interlocutor permanecía inflexible a la broma, añadió—. Pues no, no lo sabía; ¿pero por qué lo hicieron? Si esas cartas tenían tan poco sentido como usted afirma, no veo entonces qué valor o qué peligro podían significar para nadie.

—Salvo para la Santa Inquisición.

—¿Qué insinúa?

—Según la documentación encontrada en El Escorial, en esos catorce folios robados se hablaría de lo que buscaba Colón —se detuvo un instante, remarcando la importancia de lo que venía a continuación, y proclamó—: el lugar donde según las Sagradas Escrituras debía estar Ofir, la isla donde se hallaban las minas de oro y el sepulcro del rey Salomón, junto a las reliquias y el tesoro del Templo de Jerusalén.

Cristian parpadeó asombrado:

—¿Salomón fue enterrado en una isla?

—Según dice una leyenda hebrea, cuando el rey murió, los sacerdotes del Templo arrancaron su corazón y lo llevaron a Ofir. Porque así Salomón se convertiría en un ser inmortal.

Cristian hizo un gesto de extrañeza, y el general aclaró:

—Por lo visto, Ofir se relacionaba con los viejos mitos de la panacea, el fruto del árbol de la inmortalidad, y la fuente de la eterna juventud que manaban en el centro del Paraíso.

—¿Bromea —desdeñó Cristian, evidenciando su incredulidad—, insinúa que Colón creía en todo eso?

Betancurt le clavó su inflexible mirada de acero. Estaba claro que aquel hombre no bromeaba nunca. Se levantó, se acercó hasta una mesa, cogió unos informes del CSIC y regresó a su asiento:

—Mire, señor Lacroix, el *Libro de las Profecías* se subtitula *Dichos, sentencias y profecías acerca de la recuperación de la santa ciudad y del monte de Dios*. En un pasaje de su *Diario de a bordo* menciona que Salomón «envió desde Jerusalén al fin de Oriente al monte Sopora, en donde se detuvieron los navíos tres años». Se refiere a los barcos enviados a Ofir, los mismos que según la Biblia regresaron trayendo consigo 420 talentos de oro, que por si no lo sabe, son casi veinte toneladas. Algunos historiadores modernos opinan que Colón no conocía la existencia de América, sino que pretendía encontrar las minas de Salomón para financiar con ello una nueva cruzada.

Cristian hizo un gesto de asombro, ante lo cual, Betancurt consideró oportuno añadir:

—Sí, me refiero a la última cruzada, un ejército para expulsar a los turcos de Constantinopla, el último reino cristiano de Oriente Medio.

—¿Y esos legajos expoliados están ahora en su poder? —aventuró Cristian, todavía indeciso.

El general negó:

—No, lamentablemente no hemos podido encontrarlos; desaparecieron para siempre y no hay la menor pista de su paradero.

—Entonces, la eventual existencia de la presunta isla de Salomón queda en entredicho; quizá fuese una mera invención de Colón o de su hijo Hernando para darle un tono místico al descubrimiento.

Alonso Betancurt sonrió; o fue más bien una mueca de aquiescencia y complicidad, pues en su severo mundo castrense, la risa no era moneda común.

—Se equivoca, señor Lacroix, no disponemos de los folios robados del *Libro de las Profecías*, pero sí tenemos algo alternativo que confirmaría la existencia de la isla y cómo llegar a ella.

—¿Por qué tanto interés en ese lugar?

—Porque Colón encontró algo allí.

—¿Algo? —Cristian levantó una ceja, escéptico—. ¿El tesoro de Salomón, quizá?

—No sabemos qué, pero debió ser muy importante, tanto como para que la Santa Inquisición se conjurase para ocultar y destruir las pruebas. Y eso es lo que hizo durante años, proyectando su mano negra hasta principios del siglo xx. Y tan importante como para que alguien haya pagado casi 4500 millones de pesetas por un manuscrito de Leonardo da Vinci que presuntamente indica la manera de llegar a esa isla.

Cristian dejó escapar el aire retenido en sus pulmones.

—Confieso que todo esto me tiene desconcertado, general. Sinceramente, no sé qué espera de mí...

—Que nos ayude a encontrar ese lugar y compruebe qué hay allí.

—Pero eso es una locura —contradijo Cristian—, si hubiese una isla ya habría sido localizada desde entonces. Y de hecho, nosotros no hallamos nada el año pasado utilizando el simulador de navegación y el GPS.

Alonso Betancurt cabeceó afirmativamente:

—Lo sé, usted y su improvisado grupo financiado por Jean Claude Lavantier no encontraron nada porque siguieron la derrota consignada por Colón en su *Diario de a bordo*. En cambio, ahora sabemos que la isla se localizaría en una zona bastante alejada de las rutas de navegación, en el llamado Triángulo de las Bermudas, donde se forman fuertes huracanes y se dan frecuentes anomalías electromagnéticas que dificultan los sistemas de posicionamiento electrónico y la captación de imágenes por satélite geoestacionario. Por eso no la localizaron con el GPS; la isla estaría situada en una de las muchas zonas de sombra satelital.

—Entiendo —comprendió Cristian—, ¿y cómo piensan localizarla entonces? Porque intentar rastrearla *in situ* sería como buscar una aguja en un pajar.

Betancurt esbozó su mueca de complicidad:



—Ya le digo que esta vez disponemos de algo que nos confirmaría la existencia de la isla y cómo llegar a ella. Y con ello queremos que usted comande esta nueva fase del proyecto.

—¿Por qué yo?

—Dada su condición mercenaria, su historial, más la experiencia acumulada como perteneciente al grupo de Jean Claude Lavantier, usted es la persona idónea para ello.

Cristian se mostró renuente:

—Pero yo no poseo suficientes conocimientos técnicos ni de navegación, ni...

—No se preocupe —le interrumpió Betancurt—, de eso ya nos ocuparemos más tarde. Ahora necesito saber si contamos con usted, antes de proseguir revelándole más datos.

Cristian meditó la respuesta unos instantes:

—De acuerdo, acepto; pero insisto, si esa isla es tan inaccesible como parece, ¿cómo la encontraré?

—Bueno, si Cristóbal Colón la encontró con los rudimentarios medios del siglo xv, usted también puede hacerlo del mismo modo.

—Creo que no le entiendo, general. Además, se olvida usted de que yo no soy Cristóbal Colón.

—No, señor Lacroix, pero lo que le voy a mostrar igualará las posibilidades.

Entonces el general se levantó, fue hasta un armario de la sala y extrajo un portafolios de cuero negro con el emblema del Ejército grabado. La puso delante de Cristian y abrió la cerradura de combinación numérica. Levantó la tapa y apareció un pergamino amarillento, con aspecto de visible antigüedad.



—¿Qué es eso?

—Un grabado del arquitecto romano Marcos Vitrubio, que vivió en el siglo I antes de Cristo. Esto es una página original sacada de su obra *De Architectura*, publicada por primera vez en Roma en 1486.

—Interesante, ¿pero qué relación tiene esto con el destino de Cristóbal Colón?

—Observe —dijo el general, tendiéndole el pergamino—, suponemos que Leonardo da Vinci basó su sistema de orientación marítima para Colón utilizando este grabado.

—¿Cómo lo saben?

—Porque en uno de los dos diarios de Leonardo encontrados en la Biblioteca Nacional se habla de este arquitecto y su obra.

Vicent Calabuig vivía en un austero inmueble, un tercero sin ascensor. En cuanto Leticia tocó a la modesta puerta de contrachapado, una mujer enlutada con no menos de cincuenta años de renuncias a la espalda, asomó en el umbral su semblante amargado. Leticia se identificó y la mujer le franqueó el paso haciéndose a un lado. Luego, en silencio, la condujo al interior pasillo adentro.

La casa olía a fregona recién pasada, y la discreta decoración de mercadillo daba idea de la humildad de los moradores. La ceñuda mujer introdujo a Leticia en un comedor con muebles de imitación caoba y láminas de veleros enmarcadas. Era una habitación pulcra, por cuyo balcón adornado con geranios entraba filtrada por los visillos la luz decaída de la tarde. Allí estaba Vicent Calabuig, envuelto en un viejo jersey verde, dormitando en zapatillas su aburrimiento de pensionista, tumbado en una quejumbrosa mecedora. La mujer le dio un empujón y él se despertó. El hombre, arrugado y medio calvo, pero recio como el tronco de una encina, abrió los ojos. Leticia volvió a identificarse, formulando una excusa: si molestaba...

—Che, qué vas a molestar, hija —negó él, enderezándose con cansina lentitud.

Vicent Calabuig estaba retostado y encurtido por el sol, pues era marinero jubilado, según le contó nada más hacerla sentar en una silla junto a la mesa del comedor imitación caoba. La mujer no dijo ni mu. Permanecía todo el rato presente y con las manos recogidas, cual plañidera en velatorio. Calabuig la mandó a la cocina a preparar unas infusiones.

Hablaba repitiendo sin cesar su *che* idiosincrásico de Valencia. Cuando la soltera muda hubo servido las infusiones, y Vicent Calabuig dio unos sonoros sorbos a la suya, comenzó a mostrarse más animado, quizá porque ya se había despejado de la siesta interrumpida:

—Che, así que tú eres aquella *chiqueta* que adoptó doña Rosa Montpalau. Qué trágico lo de tu madrina... —compadeció él.

—Sí, y por eso he querido acercarme a darle a usted las gracias por su amable carta de pésame. Siento no haberlo hecho antes; me la han entregado esta mañana. Me encontraba fuera de España —creyó necesario añadir.

—Algo de eso he oído —cabeceó el jubilado.

Parecía un hombre amable, y se mostraba comprensivo.

—¿Asistió a la incineración? —preguntó ella.

Vicent Calabuig se quitó las gafas de vista cansada y se quedó contemplando la fría luz y otoñal que policromaba el modesto comedor. Era octubre, y este año los primeros vientos gélidos habían llegado a traición, bajando de los Pirineos como lobos hambrientos. La tarde traía consigo una grisalla de nubes que le daban al cielo un aspecto anticipadamente invernal.

—Sí —contestó abstraído—, yo y alguna persona que todavía recuerda quién fue Carles Montpalau.

—Por cierto, ¿quién fue?

Calabuig cruzó una fugaz mirada con su hermana, que seguía sentada en recogido silencio, pero ella no hizo el menor ademán. El marinero volvió a ponerse las gafas y se giró hacia a Leticia, que le observaba curiosa con la tacita de infusión entre las manos:

—Mira, hija... —Se frotó las grandotas y recias manos, encallecidas por el cáñamo de los cabos y el roce con la viscosidad húmeda del pescado. Se notaba que no sabía cómo expresar lo que bullía en su interior. Leticia le miró con simpatía, y él dijo:

—Che, no sé si tú sabrás que el padre de doña Rosa, Carles Montpalau, fue un personaje importante...

Leticia negó.

—Pues era uno de aquellos republicanos y anarquistas que habían revuelto de atentados la Barcelona del siglo XIX y principios del XX, ¡che!, si pusieron bombas aquella gente...

Calabuig hizo una pausa, como evocando lo anterior, y luego añadió:

—Montpalau, che, ¡menudo fue!

Leticia dejó la taza sobre la mesa, quedándose durante unos instantes ponderando lo que había escuchado; hasta que reaccionó:

—Pero yo nunca vi ningún retrato de su padre ni carné político en la Casa de las Palomas.

—Che, pues claro que no, ¿has visto tú alguna vez un carné de anarquista? —Y añadió, complacido de que se le hubiese ocurrido semejante frase—: El anarquismo no es un partido, es una filosofía de vida.

Leticia estaba estupefacta por el hecho de que el padre de doña Rosa hubiese sido en realidad un anarquista de esos que ponían bombas y organizaban atentados mortales en protesta por la burguesía opresora y el absolutismo de la monarquía.

—¿Y dices que han forzado la cerradura? —se interesó Calabuig, cambiando el sesgo de la conversación.

—Sí, y se han llevado las cosas que había en un arcón arrumbado en el ático.

—¿Un arcón, dices?

—Sí, un baúl de madera muy vieja repleto de objetos, libros y papeles como pertenecientes a un barco antiguo.

Calabuig no pudo reprimir un estremecimiento dentro de su viejo jersey verde.

—¿Desde cuando está allí ese arcón? —preguntó, frotándose de nuevo las encallecidas manotas.

—No sé, yo lo conozco desde —Leticia rectificó sobre la marcha. Iba a decir desde que nació, pero ella no conservaba indicios de natalicio alguno—... desde que yo era muy pequeña, pero creo que el baúl lleva en la casa desde principios de siglo.

—Comprendo —asintió él, pensativo—... Me parece que ese registro es obra de los enemigos políticos de Carles Montpalau.

Leticia frunció el entrecejo, extrañada por las ideas de aquel jubilado filósofo. Entonces, el pescador se levantó de la mecedora y caminó cansino pasillo adentro. Al fondo se oyó el repique de una espumeante meada sobre la loza del inodoro, que sonó poderosa y todavía viril. Minutos después, mientras brotaba el escandaloso torbellino de la cisterna, Calabuig reapareció en el comedor abrochándose la bragueta:

—Perdón, hija; la próstata, que me lleva a mal traer. Che, nos hacemos viejos.

Y luego, como si nada, se hundió de nuevo en la mecedora y reanudó la conversación:

—Dicen que la Casa de las Palomas tiene un sótano que comunica con una red de antiguos pasadizos que atraviesan Barcelona de punta a punta en todas direcciones, ¿sabes?

—No, no lo sabía —parpadeó ella, perpleja por la nueva revelación—; yo nunca he visto... ¿Pero es que hay pasadizos secretos debajo de la ciudad?

—Che, pues claro, está llena de ellos; así era como esos anarquistas cometían sus atentados, saliendo por las alcantarillas y las bodegas, igual que los hurones. Esa zona es el antiguo territorio de las fraternidades utópicas, visionarios que anhelaban una nueva Barcelona idealizada, al estilo de Icaria.

Leticia se removió en la silla imitación caoba, hechizada por la refriega de insólitos argumentos que le estaba dando aquel pescador jubilado.

—¿Icaria? —repitió.

—Che, hija, seguro que en alguno de los libros que hay en la Casa de las Palomas hablaba de Icaria.

—Pues no sé, doña Rosa vendió muchos para poder comer, sobre todo los tomos más antiguos y de aspecto más valioso.

—Entiendo —musitó el marinero, chasqueando la lengua comprensivo.

—¿Pero qué es Icaria?

—Una isla perdida; se habla de ella en una novelita del siglo pasado titulada *Viaje a Icaria*, publicada por el escritor francés Etienne Cabet.

Leticia se estremeció.

—¿Una isla, dice usted?

Calabuig asintió:

—Ese Cabet era un visionario, siempre dando la murga con su idealismo filosófico, que si Platón y su Atlántida, que si Tomas Moro y su isla Utopía... Por lo visto había caído en sus manos cierta documentación antigua donde se hablaba de la existencia de una isla mitológica, la misma desde donde había intentado escapar Dédalo y su hijo Ícaro fabricándose unas alas artificiales.

Leticia recordó de inmediato la fábula griega de Ícaro y Dédalo, que un cura les había contado una vez a las alumnas del internado religioso: Ícaro era el hijo de Dédalo, constructor del laberinto de Creta, engendrado con una esclava. Como castigo por haberse quedado embarazada, el rey Minos había ordenado matar a la mujer, deportando al padre y al hijo a una lejana isla desierta. Para escapar de allí, el

arquitecto diseñó unas alas con plumas de aves marinas, y cuando estuvieron listas, Ícaro y Dédalo subieron a lo más alto de la montaña que coronaba la isla, para lanzarse desde allí batiendo las alas al viento. Dédalo le había recomendado a su hijo que no volase demasiado cerca del sol, pues las plumas habían sido unidas con cera, y el calor corría peligro de derretirla. Y así sucedió, porque Ícaro, subyugado por la belleza del sol, quiso acercarse a él, y entonces las alas se incendiaron, cayendo al mar envuelto en llamas. El padre lo contempló todo sin poder hacer nada, y en memoria del hijo muerto bautizó como Icaria aquella isla desconocida.

—Pues bien —estaba diciendo el marino jubilado—, Cabet publicó un extraño libro donde hablaba de Icaria como si existiese realmente; una isla gobernada por un sistema político igualitario, una sociedad perfecta, donde reinaba la armonía y disfrutaban de grandes avances científicos, gracias a una idealizada comunidad de sabios. Una utopía, vamos. Pero el *Viaje a Icaria* alcanzó tanta difusión que muchos creyeron en la existencia de la isla. Cabet, cuyo éxito le cogió por sorpresa, no se atrevió a decir que todo aquello era pura farsa. Total: que se convirtió en un iluminado, una especie de santón, con su secta de icarianos o cabetistas dispuestos a seguirle a donde fuese.

Por supuesto, a estas alturas de la conversación Leticia ya había comenzado a intuir que la utopía de Icaria se parecía como gota de agua a la isla incógnita de Cristóbal Colón, esa Ofir que buscaban aquellos tipos de la Santa Alianza y quizá también el cazatesoros Jean Claude Lavantier. ¿Tendría algo que ver la isla bíblica con la imaginaria de Cabet? ¿Acaso era la misma, nombrada por cada cual de manera diferente?

—¿Pero dónde estaba Icaria, existe de verdad esa isla?

Calabuig hinchó su labio inferior evidenciando duda:

—Che, pues no lo sé, y estoy casi seguro de que Cabet tampoco lo sabía, pero ya era tarde para volverse atrás y decir que todo era una fábula. Así que reunió sus ahorros, y con el dinero donado por algunos exaltados de la causa compró, mediante intermediarios, una gran extensión de tierras vírgenes al norte de Texas, un lugar inhóspito, a cientos de kilómetros de Nueva Orleans, la civilización más próxima. Y allí fundó su Icaria, como quien dice, a distancia. Sus seguidores estaban entusiasmados, por fin Icaria era una realidad tangible. Entonces Cabet fletó un barco con setenta expedicionarios dispuestos a establecerse como primera colonia en aquella nueva Utopía. Pero él se quedó en París a verlas venir.

—¿Y qué pasó?

—Che, pues que al llegar no tardaron en aparecer envidias y luchas internas, principalmente por ver quién mandaba el cotarro en ausencia del jefe supremo. Meses después, algunos desilusionados regresaron a París acusando a Cabet de falsario. Y ese fue el fin del idealismo icariano en Francia. Pero la semilla visionaria voló entonces a España, porque aquí nos enteramos tarde de todo. Y che, mira por donde, fue a caer en Barcelona, el mejor terreno posible para el idealismo. Porque desde

bastantes años antes Barcelona estaba sumida en la lucha de clases, ya sabes: revueltas callejeras y quema de conventos.

—Quiere decir que Carles Montpalau trajo el cabetismo a Barcelona —dedujo ella.

Calabuig negó:

—No, fue su amigo Narcís Monturiol, un tipo bastante utópico en sí mismo, que había fundado una logia masónica llamada *La Fraternidad*.

—¿Quién era ese Monturiol?

—No me digas que no lo sabes, che...

Ella negó.

—Narcís Monturiol —proclamó el pescador— fue el inventor del primer submarino de la historia, el *Ictíneo* o barco-pezu.

Y entonces ella recordó de golpe la fotografía enmarcada que había contemplado en la biblioteca de la finca del indiano, cuando el belga la invitó a cenar aquella noche. Esa fotografía en blanco y negro que mostraba un grupo de personas del siglo pasado, posando orgullosos ante un rudimentario submarino de fabuloso aspecto. Aquella inesperada coincidencia le puso en guardia. ¿Acaso el indiano que había construido la finca comprada por el belga tenía algo que ver con Carles Montpalau o con el inventor del submarino?

—¿Y dice usted que Monturiol era masón? —indagó ella, deseando saber más cosas; estaba entusiasmada indagando aquella vieja historia.

—En aquel entonces, casi todos los progresistas, anticlericales y republicanos lo eran. Narcís Monturiol era lo que se dice un culo de mal asiento: liberal, masón, idealista, utópico y anarquista, aunque pacífico. También era bastante visionario; incluso había escrito a Cabet pidiéndole que le reservase plaza en el barco de la expedición a su Icaria particular. Pero el santón francés no le contestó, y entonces Monturiol decidió buscar la verdadera Icaria por su cuenta. Y así fue como decidió construir el *Ictíneo*, un submarino para navegar a Icaria.

Cuando a media tarde Cristian Lacroix salió de su asombrosa entrevista con el general Betancurt, llevando consigo el preciado grabado del arquitecto romano Marcos Vitrubio, el sargento Rubén Mengual le aguardaba fuera para facilitarle la dirección donde podría localizar a Chelo y Quique, sus antiguos compañeros de equipo.

—Tenga —Mengual le tendió una hojita de papel—, aquí encontrará usted a sus jóvenes camaradas del año pasado. Les necesitará de nuevo para llevar a cabo la misión que le acaban de encargar.

—Quique y Chelo —recordó Cristian—, ¿qué fue de ellos?

—Están bien, ahora trabajan para Inteligencia.

Chelo y Quique residían en una zona tranquila de chalets adosados en las afueras de Madrid. Una vez finalizada sin resultados la misión que les había encomendado Jean Claude Lavantier, el coleccionista de arte belga había desaparecido y los agentes de Inteligencia militar, irrumpiendo en el piso que Lavantier tenía alquilado en Alicante, pusieron a Renzo Tornelli y a la cocinera francesa en un avión con destino a Italia, conduciendo a los dos chicos a uno de sus centros operativos clandestinos de Madrid. Una vez allí, les habían propuesto ficharles para los servicios secretos del Estado. Y ellos aceptaron.

Chelo no tenía otra cosa mejor que hacer, y a Quique le daba igual, con tal de estar junto a la chica de la que se había enamorado perdidamente. Total, él había desertado de su trabajo al frente del simulador de navegación de la Universidad, y a ella le daba lo mismo vivir en un lugar que en otro. Les facilitaron un bonito adosado como residencia en la capital, así que ahora vivían al estilo de dos burgueses, incluso haciendo planes de futuro, mientras realizaban pequeños y esporádicos trabajos técnicos en el apartado de informática. Eran *fontaneros* de las cloacas del Estado, según el argot de los servicios secretos.

La sorpresa de ambos fue mayúscula cuando abrieron la puerta de su chalé y vieron al apuesto Cristian Lacroix, con su petate al hombro, sonriente ante el umbral. Sin embargo, tras los abrazos y después de ponerse al día sobre las respectivas peripecias, Cristian comprobó que las cosas habían cambiado bastante desde que no les veía. Quique seguía igual, con su aspecto vulnerable de sempiterno adolescente y sus modales de colegio privado, pero Chelo no era la misma; inesperadamente, había sentado la cabeza, desapareciendo casi todo rasgo de su escabroso pasado. Ahora ya no mascaba chicle, incluso vestía de forma convencional; parecía una amita de casa. Las tareas propias del hogar la mantenían tan ocupada que apenas le daba tiempo a ser ella misma. Había perdido su natural espontaneidad; y a menudo se lamentaba, reprochándole al tímido Quique que le hubiese hipotecado la vida sin apenas percatarse.

Por eso, ante la inesperada visita de Cristian, fue Quique quien más se alegró. Se



notaba que, una vez apagado el primer fuego pasional de la relación, el pobre se aburría con aquel tipo de vida tan hogareña y claustrofóbica que le coartaba la imaginación. Porque además, sospechaba que lo del empleo como *fontaneros* no era más que una estratagema de los servicios secretos para mantenerles controlados. Sabían demasiado y no era cuestión de perderlos de vista; a saber en manos de quién podían caer. Así que les mantenían invernados en aquella cárcel de oro, como mercancía en espera de la ocasión propicia para utilizarlos. Ocasión que acababa de llegar.

—Los de Inteligencia militar me han encargado una nueva misión —anunció Cristian después los preliminares—, y he venido a pedir vuestra participación, tal como me han aconsejado.

Chelo escuchó con recelo la propuesta de su antiguo compañero. La muchacha miraba con envidia el estupendo aspecto que lucía Cristian, tan presumido como siempre, atractivo, moreno y con su busto bien modelado por el ejercicio diario. No podía evitar compararlo con Quique, paliducho, desmadejado, pusilánime, tan torpe y tan redicho como siempre. No es que no le quisiera, pero se aburría con su perpetua intelectualidad, siempre colgado de un libro y dándole la murga con sus fabulaciones. Ahora creía que quizá se habían precipitado al pensar que podían vivir como pareja. Y para colmo, el atractivo expoliador de arte se plantaba de repente en su casa, perturbando la tediosa paz familiar con la propuesta de una nueva y loca aventura en los confines del mundo. Aquello era demasiado.

—¡Cu... cuenta conmigo! —ofreció Quique enseguida, sin pedir siquiera los detalles.

—Ya no eres un crío, ¿sabes? —le reprochó Chelo—, por si no lo recuerdas, somos una pareja; las decisiones se toman entre los dos.

Quique optó entonces por hacer pasar a Cristian a su nuevo gabinete, una habitación al fondo de la casa, en la que habían instalado él sus montones de libros y ella su nuevo equipo informático.

—Bu... bueno, cuéntame —pidió Quique, excitado como ante un nuevo cómic por devorar—. ¿De qué se tra... trata esta vez?

—Se trata de lo mismo: encontrar el verdadero destino de Cristóbal Colón, pero esta vez trabajaremos exclusivamente para el Gobierno.

—Va... vaya, creí que eso ya estaba re... resuelto —razonó Quique—; el fracaso de la misión es más que evidente: en la ruta de Colón no hay nada de pa... particular. El GPS y el navegador virtual que utilizamos no pu... pueden mentir.

—Pero al menos ahora sabemos lo que buscaba Colón.

—¿Sí?

—Posiblemente la mítica isla de Ofir, donde se hallaba la tumba con el corazón del rey Salomón y los tesoros del Templo de Jerusalén.

—Glub.

—Eso parece.

—¿Y los mi... militares andan tras una co... cosa así?

—Sí, aunque desean mantenerlo en secreto por razones obvias. Mi contacto es un general del Estado Mayor, el máximo responsable de los servicios de Inteligencia del Ejército.

—¿Y tú has aceptado? —inquirió Quique.

—Contando con vuestra ayuda, claro.

—Vaya —bromeó el muchacho—, bien por acordarte de no... nosotros, pero no sé si darte las gra... gracias o llamar a una ambulancia para que te lleven a un ma... manicomio.

—No me des las gracias, ya digo que han sido ellos quienes me han sugerido vuestra participación —sonrió—. El viejo equipo, de nuevo en marcha.

—Por mí, va... vale.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Chelo en el umbral.

—¿Qué estáis tramando aquí encerrados? —preguntó molesta, al ver que la tenían excluida.

Quique le resumió en dos palabras el proyecto que acababa de contarle Cristian.

—Estáis locos, ¿lo sabéis? —les increpó ella—. Las islas perdidas no existen, son cosa de tus tebeos y tus comeduras de bola. En cuanto a ti, Cristian, me parece que ya va siendo hora de que sientes la cabeza y te dediques a algo más provechoso en la vida. No sé si te has dado cuenta de que tus aventuras siempre acaban en problemas, sobre todo para los demás.

Dicho aquello, salió dando un portazo.

La fresca humedad de la noche mordía la piel de Leticia cubierta sólo con un ligero vestido de entretiempo. Ella hubiera deseado que aquel viejo marino valenciano le contase más cosas, pero la hermana solterona se alzó en silencio, dando por levantada la sesión. Había anochecido, y aunque no era muy tarde, la casa ya olía a la sopa de ajo para la cena cuando ella se despidió.

Paró a un taxi y le dio la dirección de su casa. Leticia iba como ausente, viendo pasar por la ventanilla las luces nocturnas de la ciudad, sin poder dejar de pensar en todo lo que le había contado Vicent Calabuig sobre Carles Montpalau, Narcís Monturiol y el submarino para navegar a Icaria. De pronto tuvo una corazonada. Ordenó al taxista que cambiara de rumbo sobre la marcha y se dirigiese al barrio del Raval; tenía la urgente necesidad de inspeccionar la Casa de las Palomas. Nada más llegar recordó que habían cortado la electricidad por falta de pago, así que no habría luz. Aún así, tragándose su miedo, atravesó el zaguán envuelto en un velo de penumbras y subió a tientes las escaleras hasta el piso principal.

No había tenido tiempo para ordenar que cambiasen la cerradura manipulada, de manera que sólo tuvo que empujar la puerta y se halló dentro del solitario escenario que antaño fue su hogar. Tal como suponía, estaba demasiado oscuro para ver casi nada. Tanteando se dirigió a la cocina; en un rincón de la despensa encontró un quinqué de petróleo que doña Rosa usaba para cuando se iba la luz. Lo sacudió y el líquido sonó en el depósito; aún tenía combustible. Tomó una cajita de cerillas y deseó que no estuviesen húmedas. La primera chasqueó con un diminuto relámpago y se apagó. La segunda prendió con una vacilante llama, luego se avivó por un momento, y Leticia aprovechó para arrimarla a la mecha del quinqué. Al instante, una luz rojiza creó un tembloroso halo a su alrededor.

*«¿A qué narices he venido aquí? —se amonestó—. ¿A ver por qué no he podido esperar y volver mañana con la luz del día?»*

Pero después de la conversación con el viejo marino jubilado, Leticia tenía unas ganas tremendas de husmear en aquella casa, presunto santuario utópico clandestino del siglo pasado. Ella todavía no se daba cuenta, pero los estudios que cursaba en la UNED la estaban contagiando con el veneno de la investigación histórica. Había descubierto su verdadera vocación.

De pronto, le pareció escuchar un ruido y se tensó alarmada. Pero luego, en un intento por guardar la calma, se convenció de que quizá había sido el crujir de la puerta de entrada, que se había quedado abierta. Comenzó a temblar con sólo imaginarlo: ¿y si los que habían forzado la cerradura y expoliado el arcón regresaban de nuevo a buscar más cosas? ¿Y si el asesino de su madrina volvía al lugar del crimen? Salió de la cocina con paso trémulo, iluminándose con la exigua luz de petróleo.

Y entonces oyó de nuevo (ahora sí) un leve crujido al otro lado del pasillo.

«Los gatos», se dijo, conteniendo el aliento, a pesar de que no había visto ninguno de los felinos sin dueño que siempre poblaban la casa, entrando por las ventanas rotas de los áticos.

Fue hasta el salón principal de la casa, presidido por un pesado mueble librería, con la intención de buscar entre los pocos ejemplares que restaban sin vender alguna pista sobre lo comentado por el marino jubilado: referencias al enigmático padre de doña Rosa, a Icaria, al submarino de Monturiol... Con esa esperanza, dejó el quinqué sobre una pequeña mesita redonda llena de papeles revueltos y comenzó a examinar los libros; auscultó lomos y cubiertas, se agachó para abrir las puertas de que tenía por debajo la librería... Pero no encontró nada de lo que buscaba. Papeles y más papeles esparcidos por todas partes debido al registro.

Y justo en ese instante intuyó la sombra. Había alguien a su espalda. El pulso se le aceleró a mil por hora, y Leticia se giró aterrada lanzando un grito ahogado. La sombra se movió, justo debajo del umbral. Una silueta se recortaba en la penumbra, casi disuelta en las tinieblas del entorno.

—Buenas noches —saludó la sombra.

Leticia sufrió una violenta descarga de adrenalina en la sangre.

—... ya me imaginaba que estaría usted aquí.

Aquella voz... Leticia trataba de reconocerla, pero su corazón desbocado por el pánico le golpeaba el pecho impidiéndole pensar con claridad.

—Debí suponerlo mucho antes —reanudó la sombra—; usted no era la simple mujer, tonta, cándida y anodina que todos creían. Pero a mí no me engañó; lo supe en cuanto dijo que era de Barcelona.

La sombra se movió hacia delante, Leticia vaciló hacia atrás de forma instintiva, pero su espalda tropezó con la gran esfera terráquea de madera que presidía la estancia, el último resto valioso del que doña Rosa no había querido desprenderse. La Tierra osciló sobre su soporte, y al final cayó estrellada contra el suelo, rompiéndose en varios pedazos.

—¿Está nerviosa? —preguntó la sombra tras el estrépito.

Aquella voz... Leticia trataba de recordar dónde y cuándo la había escuchado antes. Entonces la silueta negra dio un paso más, y en ese momento, un rayo de luz que penetraba por un rasgón de la cortina le dio al intruso en plena cara. Leticia trastabilló hacia atrás:

—¡Usted!

Era Fabrizio Bellamare. ¿Pero qué hacía allí el *cavaliere* vaticano? Leticia suponía que aquel hombre habría sido detenido por la guardia suiza del Vaticano, sin embargo, allí estaba, delante de ella, como un aparecido, hierático y con las gafas negras velando su anguloso rostro, como si fuese capaz de ver en la oscuridad.

—Ya sé lo que está pensando —adivinó Bellamare—, que yo debería estar fuera de juego. Pero no crea que es tan fácil encausar a un dignatario de la prestigiosa Orden nobiliaria de la que soy maestrante. A pesar del grave incidente que causaron

sus amigos en la Basílica de San Pedro para rescatarla, sigo libre.

Leticia era incapaz de articular palabra.

—Sin embargo, por su culpa —añadió el *cavaliere*—, el altercado llegó a oídos del Papa, que disolvió la Santa Alianza, y con ello, he caído en desgracia ante la Curia. Ese Lavantier, husmeando el tesoro de Salomón, ha desbaratado nuestro plan de búsqueda del Punto Fijo. Pero, al mismo tiempo, me ha puesto sobre la pista para cumplir la misión que deseo culminar desde hace años: encontrar el secreto de Cristóbal Colón.

Leticia trató de retroceder en la oscuridad, pensando en cómo escapar de allí, teniendo en cuenta que aquel malvado maestrante se interponía entre ella y la única puerta del salón.

La voz de Fabrizio Bellamare rechinó de nuevo:

—He tardado en comprender por qué motivo fue usted reclutada por ese cazatesoros belga, pero ahora todo encaja. Ha llegado su hora final, no crea que va a escaparse de nuevo. Aquí nadie vendrá a rescatarla.

Leticia retrocedió un paso más, al mismo tiempo que reprochaba:

—¡Ladrón, fue usted quien robó el contenido del baúl!

—No sé de qué me habla; y en todo caso —rio torvamente—, lo único que me interesa, ya se lo he dicho, es el secreto de Colón.

Fabrizio Bellamare abrió el gabán oscuro que le cubría el uniforme de maestrante que vestía por debajo, y desenfundó su sable, que relumbró como una chispa voltaica. La reacción de Leticia fue totalmente inesperada. Al verse en peligro de muerte, bruscamente le dio una patada a la inestable mesita redonda sobre la que había dejado la luz. Acto seguido, el quinqué de petróleo se volcó, derramando el líquido incendiario sobre los papeles y la polvorienta alfombra que cubría el piso de la sala. Al instante, una llamarada violenta se alzó entre ambos. Bellamare lanzó un grito bestial, retrocediendo.

Leticia se encogió asustada, pues la flama inicial se había convertido de inmediato en una hoguera que se propagaba voraz por el suelo lleno de papeles y las baldas colmadas de carpetas y rescos volúmenes. En algún lado de la sala el *cavaliere* lanzaba feroces imprecaciones, dando sablazos a ciegas y a todo cuanto se le interponía. Leticia intentó huir pero cayó hacia atrás, tropezando en algo metálico que había en el suelo.

Fabrizio Bellamare calibró la situación y se precipitó hacia la puerta de salida para ponerse a salvo. Atravesó el pasillo huyendo del fuego desatado, pero el portón del piso se había cerrado debido una fortuita corriente de aire, y como la cerradura estaba estropeada, no conseguía abrirla. El fuego ya se asomaba resoplando hacia el corredor, fortalecido al encontrar una vía de aire fresco. Bellamare palanqueó presuroso con la hoja de su sable, mientras lamentaba no haber consumado la jurada venganza.

Cristian Lacroix se había quedado a cenar en casa de Chelo y Quique. Ella seguía negándose a participar de nuevo en la misma empresa. Porque la chica estaba empeñada en borrar todo recuerdo de su execrable pasado; todavía sufría pesadillas, aunque por fuera fingiese que nada le afectaba. Tras la cena, mientras ella preparaba el café, Cristian salió a la calle, fue hasta su coche y regresó con una carpeta de plástico.

—¿Qué lle... llevas ahí? —preguntó Quique, intrigado.

Entonces Cristian dejó la carpeta sobre la mesa del comedor.

—Glub —Quique tragó saliva al ver el contenido.

En ese momento entró Chelo portando la bandeja con los cafés.

—¡¿Qué es eso?! —exclamó.

Cristian alzó el pergamino que le había entregado Alonso Betancurt.

—La página de un libro antiguo.

—No me digas que la has robado —malició ella.

—No —sonrió él—, me la han prestado para la misión.

—¿Pe... pero qué es?

—Un grabado del arquitecto romano Marcos Vitrubio, perteneciente a su obra *De Architectura*. En él podría radicar la clave Da Vinci.

Chelo se acercó al pergamino y lo examinó con el ceño fruncido. Cristian preguntó a Quique:

—¿Sabes qué representa?

Quique lo tomó emocionado y leyó por encima el borroso texto, pues en su paso por los colegios privados había aprendido los rudimentos del latín, suficiente como para hacerse una idea aproximada de lo que ponía en aquel amarilleado pergamino editado en siglo xv. Al cabo de unos minutos, dijo:

—Por lo que leo, el texto establece una re... relación geométrica proporcional entre el cu... cuerpo humano y las medidas del Arca de Noé.

—Sí, eso es lo que me dijo el general Betancurt.

—Pues a mí me parece un barullo de letras con un monigote pintarrajeado —denigró ella.

—Chelo, por fa... favor —la recriminó Quique—, ¿no te das cu... cuenta?

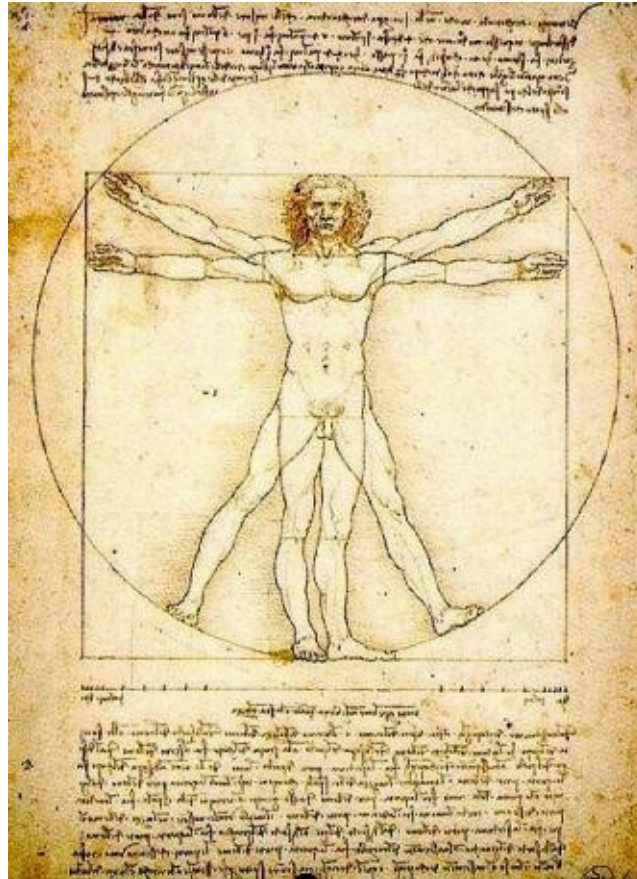
—¿De qué?

—Este gra... grabado fue creado por Marcos Vitrubio Pollio, que fue arquitecto militar de Julio César.

—¿Y a mí qué más me da el menda ese? Lo que tenemos que hacer tú y yo es ir pensando en casarnos, que no soy ni tu amante ni tu criada, rico.

Quique se levantó, resoplando, negándose a contestar. Fue hasta una estantería y sacó una enciclopedia de arte. Hojeó durante unos segundos, encontró la ilustración

que buscaba y se la mostró a la inculca de su novia:



—¿Y eso qué es —preguntó Chelo, desdeñosa—, un tío haciendo aeróbic?

Quique puso los ojos en blanco:

—Chelo, po... por favor...

—Chelo, por favor, Chelo por favor —remedó ella—. ¡¿Qué pasa, eh?!

—¿Es que no lo re... reconoces? Es el *Hombre de Vitrubio*, de Leonardo da Vinci, el di... dibujo más famoso del mu... mundo.

—¡Pues no, no lo reconozco! Por si no lo recuerdas, yo no he sido educada en colegios pijos, como tú. ¡Soy una inculca y una puta, ¿vale?!

Quique bajó la cabeza, abochornado, y miró de soslayo a Cristian, como pidiéndole disculpas.

—Chicos, vamos a calmarnos un poco, ¿eh? —pidió el mercenario.

—No quiero calmarme, coño, sólo intento llevar una vida normal, aburrirme como una maruja y olvidar todo lo que he tenido que tragar; y cuando me parece que lo estoy consiguiendo con este botarate que no sabe ni atarse los cordones de los zapatos, pero que te recita el Quijote de memoria, apareces de nuevo tú con lo de Colón y su empeño de ir al quinto pino. Pues no, se acabó, si queréis aventura, esta vez no contar conmigo.

Lo primero que sintió Leticia al recobrar el conocimiento fue el acre rastro del humo en sus vías respiratorias. Recordó enseguida: el incendio, la habitación en llamas, el malvado *cavaliere* intentando matarla, el fuego a punto de abrasarla... trató de incorporarse, pero no lo consiguió al primer intento. Estaba dolorida y magullada, aparte del conato de asfixia que había sufrido. ¿Pero quién la había salvado de perecer quemada en la Casa de las Palomas? No podía recordar cómo había podido escapar de aquella trampa de fuego en que se había convertido el salón de los libros tras derramar el quinqué de petróleo.

Miró alrededor. Estaba muerta de frío y aturdida. Intentó moverse y comprobó que se hallaba echada sobre un helado suelo de losas de piedra, húmedo de rocío. Al principio no reconoció el lugar, pero luego se quedó paralizada por la impresión.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?»

Se sorprendió al verse sobre la plataforma de piedra desde donde se alza la imponente columna de 60 metros de altura que sostiene la estatua de Cristóbal Colón, frente al puerto. El salobre relente marino le había calado las ropas. Se levantó, aún apestando a chamusquina, y descendió tambaleante las escalinatas circulares de piedra del monumento; cruzó la calle y enfiló Rambla arriba en busca de un taxi con el que volver a casa.

Hacia levante clareaba el cielo por el alba. Consultó el reloj. Había pasado la noche sin sentido. ¿Pero dónde? A su mente acudió lo relatado por Vicent Calabuig sobre la Casa de las Palomas. Se moría de ganas por contarle lo sucedido al viejo marino jubilado, pero lo primero que tenía que hacer, dado su mal aspecto, era ir a casa, ducharse, cambiarse y salir disparada hacia el trabajo.

Ya en su puesto de la Diputación, Leticia se pasó media mañana tratando de explicarse cómo y quién la había sacado de la habitación en llamas. En el momento del incendio se encontraba en el piso principal, así pues, si alguien la había salvado introduciéndola por uno de aquellos supuestos pasadizos subterráneos que decía Calabuig, habría tenido que descender a la planta baja. Allí debía encontrarse la entrada oculta de los sótanos desde donde quizá se accediese a los túneles de los anarquistas clandestinos. Pero todo eso eran conjeturas, pues ella no había visto nunca nada semejante durante los más de treinta y cinco años que había vivido en aquel inmueble.

De pronto le asaltó una idea. ¡El incendio! ¿Qué había pasado finalmente con la Casa de las Palomas? No pudo aguardar más. Urdiendo cualquier excusa, salió de la Diputación, cogió un taxi y ordenó al conductor que la llevase al Raval. Cuando llegó al viejo caserón todavía estaba acordonada la zona. La policía tomaba declaraciones a los vecinos y algunos bomberos recogían los últimos enseres, una vez apagado el fuego. Por lo visto habían llegado a tiempo. La casa estaba en pie, y tan sólo el primer piso se veía algo fogueado por las flamas. Pero ni siquiera habían tenido que



entrar al caserón, lo habían resuelto arrojando agua por las ventanas.

Leticia no quiso subir a ver el estropicio, firmó el parte de los bomberos y atendió a la policía, que deseaba interrogarla y la instaba para poner una denuncia. Pero ella lo eludió, inculpándose con una sonrisa encantadora e insinuando que todo había sido un accidente, un quinqué dejado anoche encendido por olvido.

—Como en la casa no hay luz eléctrica...

—Pues tenga más cuidado, señora —le reprochó el agente—, ha podido causar una desgracia.

En ese momento, vecina que conocía salió de su casa y se acercó a Leticia sollozando:

—Ay, qué desgracia, qué susto nos hemos llevado —se persignó en dos zarpazos—. Ya te lo dije, el Fantasma ha vuelto, otra vez matando, incendiando y poniendo bombas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Leticia.

—Anoche comencé a oler a quemado, y empezó a entrarme humo por la ventana de la galería, y cuando me asomo, ¡ay Dios mío, casi me da un patatús! El fuego salía por los balcones del primer piso, encabritado. Llamé a los bomberos y llegaron enseguida; menos mal, porque no te imaginas..., con todo ese humo negro a borbotones, que parecía el mismo infierno...

—¿Vio salir a alguien de la casa?

La mujeruca puso los ojos como platos.

—¿Pero quién iba a salir de ahí dentro? —Se santiguó de nuevo a manotazos violentos, como si le hubiesen mentado a Satanás.

Leticia no le hizo caso. Tan sólo pensaba en el suceso de anoche y en todas las incógnitas que lo rodeaban. ¿Qué hacía el *cavaliere* vaticano en Barcelona hurgando en su casa? ¿Por qué suponía que allí estaba el secreto de Cristóbal Colón? ¿Se refería a los libros y los papeles del antiguo utópico Carles Montpalau? Tenía que hablar cuanto antes con Vicent Calabuig y pedirle más explicaciones sobre todo lo que le había relatado. Así que dejó la Casa de las Palomas abandonada a su suerte, cogió un taxi y allá que se fue.

La mayoría de los biógrafos más ortodoxos de Leonardo da Vinci opinan que el *Hombre de Vitrubio* fue realizado dentro de un conjunto de láminas que el artista florentino coleccionó en un códice para ilustrar sus investigaciones anatómicas y forenses sobre el cuerpo humano. Sin embargo, lo cierto es que se trata de un dibujo independiente, más relacionado con la geometría que con la anatomía.

La obra está perfecta y limpiamente trazada en simples rasgos lineales, menos la cabeza, que figura terminada con todos sus matices, incluso parece que haya sido recortada de otro lugar y colocada después allí, como incitándonos a comprender que se trata de alguien en concreto. Las inscripciones que contiene por encima y por debajo del dibujo hacen referencia a las proporciones del cuerpo humano, fundamentadas en las tesis de Marcos Vitrubio, arquitecto romano por el que Da Vinci sentía gran admiración.

Pero para unos pocos investigadores heterodoxos, el célebre dibujo de Leonardo supone la resolución de un antiguo problema planteado por Pitágoras en el siglo V antes de Cristo: la cuadratura del círculo. En síntesis, la cuadratura del círculo era un intento de aplicar las leyes de longitud y latitud (verticales y horizontales) a la esfera, pues los marinos del Renacimiento ya sabían que la Tierra era redonda, pero como todos los mapas que se manejaban entonces habían sido dibujados bajo la premisa (y dogma de fe) de que era plana y estaba en el centro del Universo, los nautas se tropezaban con irresolubles problemas de orientación en cuanto se aventuraban más allá de los mares conocidos o a grandes distancias.

Así pues, la cuadratura del círculo no era un entretenimiento matemático, sino una necesidad, y en este sentido, el *Hombre de Vitrubio* serviría para resolver el problema de navegación más acuciante de aquella época: cómo adaptar un mapa plano a la navegación en una esfera. Aunque dicho problema sería resuelto mucho después con la proyección de Mercator y el mapamundi, tal como lo conocemos desde 1569.

Hasta aquí llegaban las eruditas deducciones de Quique sobre el pergamino de Vitrubio, el dibujo de Leonardo y la teoría de la cuadratura del círculo.

—Guay, ¿pero de qué manera sirve todo eso para encontrar la isla que buscaba Colón? —inquirió Chelo, que ya se había calmado un poco—, porque os recuerdo que ni usando el GPS la encontramos el año pasado.

Cristian convino en ello:

—Tienes razón, y para averiguarlo, nos convendría saber primero de qué isla podríamos estar hablando. Porque supongo que Ofir no figurará en las cartas náuticas convencionales.

Chelo torció el gesto:

—¿Pero es que de verdad te crees tú eso de la isla de Salomón?

—Mi... mira, Chelo —intervino Quique—, en teoría, to... todo esto es una majadería, lo... lo admito. Pero lo ci... cierto es que, según algunas leyendas antiguas, existe un lugar que era mencionado de diversas fo... formas en boca de científicos, cosmógrafos, aventureros y navegantes desde hace siglos. Hasta bien entrado el Renacimiento se creía en la existencia de ínsulas, co... continentes y míticos países, tales como Hiperbórea, Atlántida, la Última Thule, el Reino del Preste Juan, Avalón, la isla del Rey Sa... Salomón o las Hespérides. En cu... cuanto a Ofir, se decía que nadie podía encontrarla si no estaba en gracia de Dios, po... porque Salomón había invocado a los ángeles infernales para que la pro... protegiesen.

—O sea Cristian —deploró Chelo, hastiada de tanta metafísica—, todo lo que tienes para cumplir la misión que te han encomendado los militares son hipótesis, leyendas y presunciones, sin la menor base histórica real.

Quique levantó el índice y puntualizó:

—Lo sucedido en el pa... pasado no se limita únicamente a lo que recogen los libros oficiales. La historia la escriben los ve... vencedores.

—La historia la escriben los vencedores —remedó Chelo, burlesca—, bah... ¿Qué significa eso?

—Quizá no sepas que casi to... todos los textos sobre el descubrimiento de América fueron requisados por la Santa Inquisición. Alguien intentó borrar todos los rastros so... sobre Cristóbal Colón desde que volviese del Nuevo Mundo. El cu... cuaderno de bitácora de Colón, por ejemplo: de... desapareció, y la *Historia General de las Indias*, escrita por fray Bartolomé de las Casas es un cúmulo de inexactitudes, po... posiblemente deliberadas para ocultar lo que buscaba el Almirante. Po... porque Bartolomé era dominico y Colón franciscano, y ambas órdenes eran ri... rivales en aquella época.

—Lo que dices encaja con lo que me reveló el general Betancurt —reflexionó Cristian—: por lo visto, parte de los manuscritos que redactó Colón durante los cuatro últimos años de su vida, conocidos como *Libro de las Profecías*, fueron expoliados en el siglo XVIII cuando estaban archivados en la Biblioteca Colombina de la catedral de Sevilla; desaparecieron varias páginas del texto, justo las que probablemente mencionaban la ruta secreta que siguió el Almirante para encontrar Ofir.

—Sí, y además —prosiguió Quique—, tres años después de que Co... Colón fuese enterrado en el co... convento franciscano de Valladolid, sus restos fueron pre... presuntamente desenterrados y transportados al monasterio cartujo de Se... Sevilla por los dominicos, que re... reclamaron su cuerpo. En 1544 los dominicos inhumaron de nuevo los restos del Almirante y los embarcaron ru... rumbo a La Española, hoy República Dominicana. Cuando España pe... perdió los derechos sobre esa isla, a causa de la Re... Revolución francesa, los restos de Colón fueron llevados a Cuba, y desde allí regresaron a Sevilla, donde presuntamente reposan en la ca... catedral, aunque los de Santo Domingo dicen que todavía los tienen ellos...

—¿Lo ves? —dijo Cristian, dirigiéndose hacia la chica.

—Qué fuerte —exclamó ella, sin otro argumento que oponer ante lo dicho.

Quique asintió, apartándose el flequillo de la frente:

—Sí, to... todo en torno a Cristóbal Colón sigue si... siendo uno de los mayores enigmas de la historia. Por ejemplo: el mo... monasterio franciscano que acogió el primer enterramiento de Colón en Valladolid fue derribado durante la desamortización de Mendizábal. El pu... puerto de Palos, desde donde partió Colón hacia Canarias en su primer viaje, no existe; las autoridades dejaron que se lo tra... tragase el mar. El monasterio de Sevilla, donde los restos de Colón fueron trasladados sin aparente motivo tres años después de estar enterrado en Va... Valladolid, resultó arrasado en 1810 por los soldados de Napoleón; posteriormente, fue comprado por un inglés, que lo convirtió en fábrica de po... porcelana fina.

—Sin embargo —retomó Cristian—, el CSIC ha recuperado en El Escorial una pequeña parte de los escritos y libros de los 15 000 que logró reunir Hernando Colón, y según el general, en alguno de tales manuscritos se confirmaría que Cristóbal Colón iba en pos de una meta que no era precisamente América.

—La isla de Sa... Salomón.

Cristian asintió.

—Pero apuesto —contradijo Chelo—, a que en esos manuscritos no figura la posición de la dichosa isla.

—No —reconoció Cristian—, pero es natural; supongo que Colón no quiso arriesgarse a consignarla por escrito. Por lo demás, no creas que no comprendo tu postura, Chelo; tienes parte de razón, no disponemos más que de hipótesis sobre el rumbo secreto hacia la presunta isla de Salomón. Por eso la última oportunidad que tenemos es encontrar la clave que oculta este pergamino del arquitecto Vitrubio en relación al sistema de orientación creado por Leonardo da Vinci.

Dicho esto, y cada cual por su propio motivo, el silencio se hizo entre los tres. Ninguno se atrevió a romperlo en el transcurso de unos tensos instantes. Aquello era tan disparatado que superaba todo sentido común. Allí estaban ellos, sentados ante un grabado del siglo xv, testigo mudo de un misterio histórico que clamaba desvelarse. ¿De verdad Leonardo pudo ayudar a Colón para descubrir el Nuevo Mundo?

Chelo fue la primera en romper pausa. Quería culminar aquello de una vez y volver cuanto antes a su aburrida vida cotidiana:

—Bueno, Cristian, ¿entonces qué piensas hacer? Has venido a que te ayudemos a buscar una isla perdida en mitad del Atlántico; la misma que buscamos el año pasado con toda aquella parafernalia de GPS y navegador virtual. Una isla que no figura en ningún mapa, de hecho no se sabe si existe de verdad. Así que tú dirás, porque si confías en el meda de Da Vinci, de Vitrubio, o de quien demonios sea ese papelote antiguo que te han endosado como gato por liebre los de Inteligencia militar, me temo que todo esto te va a resultar mogollón de jodido de resolver.

Cristian parpadeó, deslumbrado ante la reprimenda que le acababa dar una simple

muchacha, no exenta de razón. Definitivamente, aquella chica tenía genio. Chelo se puso de pie, como dando por concluida la visita del mercenario:

—Lo siento Cristian —resolvió—, pero sin conocer la ruta me temo que no podemos hacer nada por ti —se volvió hacia su novio, buscando aprobación—, ¿verdad, Quique?

—Pe... pero Chelo —repicó el muchacho—, no lo has entendido: el *Hombre de Vitrubio* es la ru... ruta.

Al día siguiente, Leticia y Vicent Calabuig habían salido a dar un paseo para librarse de la presencia muda de la solterona y poder hablar tranquilos. Caía la tarde húmeda y plúmbea. Ahora ella y el marinero jubilado estaban sentados en un banco de madera, junto al Port Vell, a pesar de lo desapacible del tiempo.

—Che, así que anoche casi te queman viva y luego apareces sin saber cómo tendida en la estatua de Colón —recapituló él—. Lo tuyo es preocupante, ¿eh? —bromeó Vicent, por restar dramatismo a lo que aquella mujer le acababa de confesar.

Leticia dijo que sí, reconfortada por el tono comprensivo y amable de Calabuig. Agradecía poder compartir con alguien de confianza lo sucedido, y no tenía a nadie más en la vida que aquel jubilado.

Vicent cabeceó afirmativamente, mirando hacia la lejanía marina:

—Qué curioso...

—¿Por qué lo dice?

—En los túneles que hay por debajo de la estatua de Colón tenía su refugio un grupo de revolucionarios utópicos.

Ella puso cara de asombro.

—Es natural —añadió él—, la estatua fue construida en 1888 para la Exposición Universal a instancias de los utópicos, que entonces eran los que de verdad mandaban en Barcelona. Es como un símbolo para ellos.

Leticia esbozó una mueca descreída:

—¿Está insinuando que los utópicos del siglo XIX me salvaron del incendio, sacándome por un túnel subterráneo que conduce desde la Casa de las Palomas hasta la estatua de Colón?

Calabuig hinchó su labio inferior:

—Lo que sí está claro es que el monumento de Colón comunica con un antiguo canal subterráneo de la ciudad.

—¿Hay un canal subterráneo?

—Claro, le llaman el *Cagadell*, es una claveguera que atraviesa la ciudad desde el Tibidabo. Recoge las aguas pluviales y fecales desde los tiempos de los romanos. Antiguamente, antes de que se realizase el alcantarillado, el *Cagadell* discurría por debajo de la Rambla y desembocaba en el puerto, justo frente donde ahora se levanta la estatua de Colón.

Leticia meditó unos instantes, entre aliviada y preocupada, ante la posibilidad de haber sido rescatada por un grupo de anacrónicos revolucionarios del siglo pasado, arrastrándola hacia un conducto fecal subterráneo, por debajo de la ciudad, y sacándola a la superficie por uno de los mayores emblemas de Barcelona: la estatua de bronce de Cristóbal Colón. Cualquier persona en sus cabales se habría levantado en ese preciso instante y se habría marchado de allí, liquidando de una vez aquel

asunto. Pero Leticia no estaba dispuesta a tirar la toalla tan fácilmente, sólo porque algunas cosas no encajasen con lógica. Tenía motivos suficientes para saber que la lógica era la última regla por la que se rige la vida cuando pierde los frenos.

—Lo cierto —reconoció, estremeciéndose aún al recordarlo—, es que alguien había en la casa; aparte de ese diabólico *cavaliere* vaticano; que por cierto, debió morir achicharrado dentro. Por eso no quise ni subir; no pienso volver por allí.

El jubilado hizo un leve ademán asertivo con la vista fija en el horizonte marino, y ella prosiguió:

—Yo sola no habría podido salir de la casa, porque perdí el conocimiento, y cuando lo recuperé me encontraba tendida sobre la escalinata del monumento.

Vicent Calabuig parecía ponderar la conveniencia de seguir adelante con aquella conversación. Al final, suspiró resignado antes de hablar:

—Ha pasado más de un siglo, ahora son otros tiempos, pero los herederos de esos anarquistas..., bueno, parece que algunos todavía andan buscando su legendaria utopía.

El relente frío arrebolaba las mejillas de Leticia. Se subió el cuello de la gabardina color antracita y preguntó, volviendo el rostro hacia su reciente amigo:

—¿Es que todavía quedan utópicos?

—Che, hija, ya ves...

Transcurrió un silencio. Calabuig parecía contrario a seguir hablando del tema. Al cabo de unos minutos ella intervino:

—Mire, Vicent, no se lo he contado a nadie, pero ese proyecto en el que participé hace un año fue organizado por un famoso buscador de tesoros belga, creo que para encontrar cierta isla perdida.

El marino apartó la vista del mar, mirando con el ceño indeciso a su compañera de banco:

—¿Una isla perdida?

—Sí, la misma que por lo visto era el verdadero destino de Cristóbal Colón.

—Colón, ¿eh? Qué coincidencia.

—Y además —añadió ella, poniendo ya toda la carne en el asador—, he sabido que el Almirante perteneció a una hermandad de sabios del Renacimiento, perseguida por la Santa Inquisición.

El jubilado la miró con cara de asombro.

—Sí, ya sé que suena desconcertante, pero me parece que ese maldito *cavaliere* vaticano que vino de Roma dispuesto a matarme busca a los descendientes de aquella hermandad para impedir que se descubra el secreto de la isla perdida, porque perjudicaría gravemente a la Iglesia.

Lo había dicho de corrido y sin tomar aliento. Cuando acabó, dejó salir un profundo suspiro de alivio y añadió:

—Eso es todo lo que puedo decirle.

A continuación, Leticia se cruzó de brazos, con el bolso en el pecho, esperando

quizá que Vicent Calabuig estallase de risa por tan chocante confesión. Reinaba un ambiente gélido y sintió un escalofrío. Pero en contra de lo temido, el recio marinero no pareció sorprenderse demasiado. Cabeceó afirmativamente, sacó un cigarrillo sin filtro del arrugado paquete que tenía escondido entre la pantorrilla y los gruesos calcetines de lana (porque su hermana no le dejaba fumar), lo encendió con un mechero barato, y dijo:

—Che, esa isla que dices —soltó una densa bocanada de humo azulado—... me pregunto si podría tratarse de la misma que buscaban los utópicos.

—¿Icaria?

Él dijo que sí, dando una intensa calada.

—¿Pero usted cree que existe? El libro de Cabet sobre Icaria era una fábula, ¿no?

—Mira, en cuanto a Cabet no sé, porque era un lunático. Pero el más famoso de los utópicos catalanes del siglo XIX consiguió llegar hasta Icaria; o al menos eso se dice.

Leticia esbozó una mueca de perplejidad y se arrebujó dentro de la gabardina.

—Sí —repuso Calabuig—, me refiero a Carles Montpalau.

El rostro de Leticia se transfiguró de golpe:

—¿Está diciéndome que el padre de doña Rosa viajó hasta Icaria?

El jubilado volvió a hinchar el labio inferior por toda respuesta.

—¿Pero cómo?

—Che, pues con el submarino de Narcís Monturiol. Para eso lo construyó.

—Pero si eso es cierto, ¿cómo pudo dar con la isla? Nosotros lo intentamos el año pasado con un montón de medios técnicos y no logramos nada.

—Eso no lo sé, pero tengo entendido que Montpalau poseía ciertos datos que hablaban de una lejana isla en medio del mar —exhaló un penacho humo y luego agregó, como disculpándose por lo asombroso de la revelación—: Che, qué quieres que te diga; a mí todo eso no me parece real, pero los icarianos lo creían a pies juntillas.

—Y Carles Montpalau utilizó el *Ictíneo* de Monturiol para ir a Icaria.

—Eso dicen algunos.

Ella dudó durante unos instantes, pero como él no añadía nada, preguntó:

—¿Y qué pasó?

—Che, ¿pues qué va a pasar? —El jubilado chasqueó la lengua y tiró la colilla consumida enfrente—, que no volvieron nunca.

Ella estaba cada vez más perpleja y más helada.

—Es increíble, doña Rosa no me ha contado nunca nada de todo eso.

El jubilado se alzó de hombros, subiéndose la solapa del gastado y deslucido chaquetón azul de lobo de mar:

—Che, pues claro que no. ¿Quién puede creerse una cosa así? Doña Rosa era una niña que ni andaba cuando su padre se marchó en busca de Icaria, dejándola huérfana, porque su madre murió poco después.



—Y dice usted que no volvieron...

—Che, qué van a volver; si conoceré yo lo traicionera que es la mar...

—Lo cual aún acrecienta más el mito —murmuró Leticia para sí misma.

Vicent Calabuig la miró, como si de pronto hubiese comprendido lo que ella insinuaba.

—Che, pues ahora que lo dices, sí. Porque fue entonces cuando comenzó a sonar la leyenda esa del Fantasma.

Leticia palideció, a pesar de los arreboles del frío.

«¡*El Fantasma!*»

—Los utópicos —estaba explicando el marinero— empezaron a decir que la expedición del *Ictíneo* había localizado Icaria, que Montpalau había regresado rico y convertido en una especie de espectro para vengarse de sus enemigos...

—Los libros de historia no dicen nada de eso —interrumpió ella.

—Che, pues la leyenda prosperó. Porque decían que Carles Montpalau se había convertido en Icaria en un ser sobrenatural, que al volver a Barcelona vagaba por las noches en busca de venganza contra los monárquicos y los oligarcas corruptos, parecido al Conde de Montecristo.

Leticia estaba patidifusa:

—Pero eso es absurdo.

Calabuig afirmó con la cabeza pero no dijo nada, y ella incidió en su negativa:

—Todo esto me parece algo de locos. No hay la menor prueba de que nada sea cierto; históricamente no se sostiene.

—Che, pues no, pero... Dime una cosa, ¿doña Rosa te dijo alguna vez dónde está la tumba de Carles Montpalau?

—Pues ahora que lo dice... no; además, ella evitaba siempre hablarme de su padre. Sólo sé que iba de vez en cuando a visitar la sepultura de su madre, en el cementerio de Montjuic.

—¿Lo ves? No existe la tumba Montpalau.

Leticia se quedó mirándole, muda de asombro. Al final, dijo:

—Así que usted piensa que todo es una confabulación de los utópicos.

—Che, quién sabe...

Ella se revolvió en el asiento, apuntando a su viejo amigo con el índice.

—¡Pero usted me ha dicho antes que aún quedan utópicos!

Calabuig hinchó el labio inferior y no contestó, dejando la mirada lejos, allá donde la mar se tornaba cada vez más oscura.

—Sí —desafió ella—, ahora no se me haga el descomido; usted ha insinuado antes que los descendientes de aquellos icarianos son los que me salvaron anoche del incendio en la Casa de las Palomas.

—Bueno, che, es posible... A fin de cuentas, ya te dije ayer que los utópicos formaban parte de una logia masónica llamada la *Fraternidad*, pero al morir Narcís Monturiol, el inventor del submarino, tal vez pasaron a la clandestinidad; el caso es

que nunca más se supo de ellos, como nunca más se supo de Carles Montpalau.

—Entonces, si es que todavía existen, ¿cómo se les encuentra?

Vicent Calabuig se volvió hacia ella con el rostro preocupado:

—Tú no puedes encontrarles a ellos, hija, son ellos los que te encuentran a ti.

—Pero...

—Y reza para que eso no suceda nunca.

El puente aéreo de primera hora de la tarde había llevado al sargento Rubén Mengual, acompañado de Cristian y Quique, desde Madrid a Barcelona con el fin de entregarles el barco que Inteligencia militar les ofrecía para llevar a cabo la expedición oceánica en busca de la mítica isla de Ofir. Por el camino, Mengual les había dicho que la tripulación había de reclutarla Cristian; naturalmente, con discreción y no desvelando a nadie los verdaderos motivos de aquel viaje atlántico. Todo debía seguir permaneciendo en secreto, tal como recomendaba el general Betancurt. Finalmente, Quique había decidido acompañar a su amigo Cristian, pero Chelo se obstinó hasta el final en no participar en la aventura, dando por zanjada su relación con los servicios secretos del Estado.

—Si te marchas —le había dicho ella por la mañana—, no me encontrarás cuando vuelvas.

—Glub.

Quique se había pasado el vuelo en silencio, con los ojos llenos de lágrimas y un nudo en la garganta. Eso le había impedido comerse los donuts que Chelo, como último acto de cariño, le había preparado para el camino. Cuando llegaron a Barcelona, Rubén Mengual alquiló un coche en el aeropuerto, y en estos momentos conducía bordeando el puerto, en dirección a donde estaba anclado el barco en cuestión. Quique, entristecido por el ultimátum, de Chelo, comenzó a recobrar el ánimo al ver la elegante marina deportiva de Barcelona, repleta de embarcaciones de recreo, y ya se imaginaba en uno de aquellos lujosos yates navegando rumbo *allende los mares*.

Mientras tanto, Cristian paseaba la mirada por los amarres tratando de columbrar entre el plantel de mástiles y velámenes la embarcación que les había preparado el general para acometer la expedición. Por eso se extrañó cuando el automóvil que conducía el sargento llegó hasta el final de la marina deportiva y siguieron su camino por zonas más apartadas de los muelles. Rebasaron los últimos amarres de recreo, y poco a poco comenzaron a introducirse por sucios vericuetos portuarios donde languidecían viejos buques mercantes con el casco oxidado y los aparejos podridos.

—¿Dónde está ese barco? —preguntó Cristian.

La zona que atravesaban en ese momento parecía el desguace de viejos navíos averiados y deshechos por el orín y la intemperie, corroídos por esa lepra viscosa y rojiza que rezuma humedad y desconcha poco a poco hasta el hierro más sólido. Olía a gasoil y agua estancada y hedía de forma insoportable a pescado putrefacto.

—Está por aquí —repuso lacónico Mengual—, ya no falta mucho.

Cristian se encogió de hombros y siguió observando alrededor. Quizá es que el general Betancurt había puesto a su disposición un buque militar, y el navío estaba anclado en una zona privada del puerto, alejado de miradas indiscretas. Cuando llegaron al final del muelle bajaron del coche y siguieron el camino a pie, bordenado

los muelles. Cristian comenzó a sospechar que algo no marchaba bien. Pero justo entonces, Mengual se detuvo, se volvió hacia ellos y proclamó:

—Hemos llegado.

Delante de ellos había un hombre sentado en un herrumbroso noray. Era un tipo recio y maduro, con los brazos llenos de tatuajes y la cara sembrada por una barba rala y canosa, que les miraba con indiferencia mientras fumaba en una pipa requemada.

—¿Qué le parece, señor Lacroix? —preguntó Mengual, componiendo una sonrisa nerviosa—, no me dirá que no es apropiado al proyecto.

Cristian levantó la mirada y vio el barco que tenía delante. Se quedó sin palabras. Quique tragó saliva, observando con asombro la nave que figuraba frente a ellos, amarrada precisamente al noray que servía de asiento al tipo de la pipa.

—Glub, ¿qué... qué es eso?

—¡Un barco de vela! —exclamó Cristian—. ¿Es una broma?

Rubén Mengual esbozó una sonrisa de circunstancias:

—Nada de broma: es el *Santa Eulalia*, un velero del siglo pasado pero perfectamente recuperado y restaurado por el Museo Marítimo de Barcelona.

Cristian sacudió la cabeza, indignado:

—¿Lo dice en serio? ¿Quiere que naveguemos por el Atlántico en un barco de museo?

—Pero funciona —dijo Mengual—, ¿no es así? —inquirió al hombre sentado en el noray—. Pepe, cuénteles a estos señores las mejoras que se le han practicado al *Santa Eulalia*.

El tipo se puso en pie cansinamente y se quitó la pipa de la boca:

—Mire amigo —se dirigió a Cristian, señalando el velero—, esto de aquí es un pailebote, un navío comercial fabricado en 1919 en los astilleros de Torrevieja...

—¿Un pailebote?

—Si —remarcó—, una mediana pero ágil embarcación construida en madera, bronce y cobre, como ya no se fabrican. Nada de plástico ni fibra de vidrio.

—Genial, ¿pe... pero con eso se puede na... navegar lejos? —preguntó Quique, incrédulo.

—¿Lejos? —El tipo achinó los ojos rodeados de arrugas y replicó, apuntándole con la babosa boquilla de la pipa—. Oye, chaval, ni te imaginas la de veces que este barco ha hecho la ruta entre Torrevieja y Cuba cargado de sal.

Como Cristian seguía mudo por la sorpresa, Mengual consideró oportuno intervenir:

—¿Qué le parece, señor Lacroix? El legendario espíritu de la navegación colombina en toda su más fiel dimensión —bajó la voz, se inclinó hacia él y añadió—: Porque si se trata de reproducir el viaje de Cristóbal Colón, qué mejor que un auténtico barco de vela para realizarlo con la debida fidelidad histórica.

—Pero eso es un féretro flotante —espetó Cristian, indignado—. ¿Cómo vamos a

atravesar el Atlántico en semejante cascarón?

Rubén Mengual hizo un gesto al de la pipa, y entonces Pepe, al estilo de un vendedor de coches de segunda mano, les informó sobre las mejores que le se habían introducido al navío:

—El casco y el aparejo del *Santa Eulalia* funcionan en perfectas condiciones. Eslora total de 34 metros; ocho metros y medio de manga; y para mayor seguridad, le hemos colocado un motor *Volvo Penta* de 397 caballos, por si los vientos no acompañan. Además, por supuesto, se le ha dotado de radar, sonda de fondos, pantalla para el *Meteosat*, radio, ordenador de a bordo y GPS.

—Y tengo entendido que es muy maniobrable —añadió Mengual, forzando una sonrisa.

Pepe se puso la pipa en la boca y cabeceó afirmativamente:

—Sí, sólo se necesitan tres personas para gobernarlo.

Pero Quique, que no se había creído ni una palabra de todo lo dicho, gimió desolado:

—Oh,... Glub, si lo sé no ve... vengo; vamos a ma... matarnos.

El cielo se había ido encapotando, y la tarde se tornó parda y lluviosa. El aire húmedo temblaba trayendo consigo negruzcos nubarrones desde la mar, como una mitológica invasión bárbara.

—Vamos —dijo de pronto Vicent Calabuig, poniéndose de pie y abriendo el viejo paraguas que había tenido la precaución de coger antes de salir de casa. Había comenzado a caer una lluvia fina como el vapor, y la niebla salitrosa desdibujaba la ciudad como una acuarela de Turner.

—¿Adónde?

—A ver a una persona.

—¿Quién es?

—Don Jaume Cadalfach. Para muchos es un chiflado con ínfulas aristocráticas y un poco play boy; pero no encontrarás a otro que sepa más en Barcelona de todas esas cosas raras que tanto te interesan.

Caminaban en dirección a la Rambla, cobijados bajo el negro paraguas, acharolado de brillo.

—¿Y a qué se dedica?

Calabuig levantó los hombros, como diciendo, vete tú a saber.

—Es académico de las Ciencias y las Artes de Barcelona. Vive de los trapicheos de almoneda y las antigüedades. Pero él asegura que es naturalista. Se dice que es el último descendiente de una antigua familia noble que tenía un marquesado en Tarragona, aunque quién sabe; che.

Hacía frío, y Leticia se cogió con agrado del recio brazo del jubilado, que portaba el paraguas negro y grande como un enorme murciélago pinchado en un palo. Aquel buen hombre le inspiraba confianza, y a él le había caído muy bien ella, con su ingenuidad y su templanza recién descubierta.

—¿Dónde vive?

—Lejos de aquí, allá por el Parque Güell, en una mansión muy antigua que da miedo. Pero siempre está en la Academia de las Ciencias, seguro que allí le encontramos ahora.

Caminaban despacio, cogidos del brazo, mientras la lluvia les acariciaba el rostro con su velo de seda mojada, y en la Rambla temblaba sin fuerza el fulgor frío de las farolas recién encendidas. Las bocas del metro frente al Liceo desaguaban gente; era la hora punta del regreso a casa. Una humedad turbia y atmosférica lo anegaba todo, haciendo exudar celajes de vaho en las fachadas calentadas por el tibio sol de la mañana.

Hicieron el resto del trayecto en silencio, ensimismados, cada uno en sus propios pensamientos. Vicent caminaba pensativo y con la parsimonia de los que han rebasado su tiempo; se había prendido otro cigarrillo sin filtro, y su brasa encendida le precedía como una baliza bajo la lluvia. Un rato después tenían a la vista la fachada

de la Real Academia de las Ciencias, en el número 115 de la Rambla de los Estudios. Vicent preguntó al bedel por don Jaume Cadalfach.

—El señor marqués de Oriol esta en el archivo histórico, como siempre; pasen ustedes, pero antes, apague el cigarrillo, por favor —añadió el conserje, con adustez—, en el archivo no se puede fumar. No queremos tener una desgracia.

La Real Academia de las Ciencias fue fundada en 1764 con el nombre de Conferencia Physico-Matemática Experimental. En 1770 fue llamada Real Academia de Ciencias Naturales y Artes y en 1892 adoptó su nombre actual. La docta institución es una especie de museo de ciencias naturales, al estilo de aquellas pioneras fundaciones investigadoras, geográficas y exploradoras del siglo XIX, compuestas principalmente por nobles ociosos y aventureros. El edificio de la Rambla conserva en lo alto la cúpula del primer observatorio astronómico de Barcelona, el Observatori Fabra, hoy en desuso desde que fuese trasladado a la cima del Tibidabo.

Vicent y Leticia ascendieron por las regias escalinatas de mármol, flanqueadas por retratos de académicos y prebostes en pose para la posteridad y láminas enmarcadas con multitud de grabados de botánica y zoología.

—Aquí se gestó la expedición a Icaria —le susurró Calabuig, imbuido por el aura científicista del lugar.

Atravesaron la galería con vistas al pequeño jardín botánico interior, hoy en decadencia, mientras miraban con recelo las vitrinas llenas de animales disecados de todo el mundo y autómatas paráliticos y dislocados. Del jardín llegaban efluvios a tierra mojada traspasando las vidrieras, que le daban a todo un aire catedralicio y solemne. Penetraron a una sala suntuosa con las paredes paneladas de roble y recubiertas de sedas de damasco doradas, mustias de humedad y marchito pasado. Había frascos llenos de líquidos amarillentos en los que flotaban extraños grumos de aspecto incierto, quizá miembros humanos amputados.

Vicent Calabuig le señaló a Leticia una gran placa de latón que decía: *Al insigne académico Antoni de Montpalau y de la Truanderie*.

—¿Es él? —preguntó ella, pensando en el padre de doña Rosa.

El jubilado negó:

—No, es un pariente suyo del siglo XVIII; fue un célebre naturalista y antropólogo. Se dice que combatió a un vampiro que asolaba la comarca de Pratdip, el marquesado de Oriol, de donde son oriundos los Cadalfach.

—¿El antepasado de Montpalau mató un vampiro?

—No exactamente, lo liberó de su maldición.

—¿Pero es que los vampiros existen?

—Che, vete tú a saber...

En el techo, esparciendo una luz macabra, brillaba encendida una gran lámpara de

Venecia, iluminando vagamente los oscuros retratos de antiguos alquimistas catalanes, como Arnau de Vilanova, Jaume Salvador y Ramón Llull. Anaqueles, artilugios, vitrinas, pesados cortinajes, candelabros, relojes parados en todas las horas posibles..., todo dormía ahogado por el tiempo depositado en forma de polvo. Una puerta más y accedieron al famoso archivo de la Academia, dedicado a la memoria de Eduard Fontseré, otro masón decimonónico de renombrada fama.

El archivo era uno de los salones más recoletos, con balcones al umbroso jardín interior. En estos momentos sólo había dentro una persona, un caballero espigado que se hallaba saboreando una copa de *brandy*; maduro, vestido en ropa cómoda pero elegante, leyendo un antiguo diario catalán, mientras fumaba en boquilla de plata y marfil. Dejaba salir el humo con un gesto petulante, demostrando que la prohibición de fumar no iba con los académicos de mayor abolengo. Al oír pasos, don Jaume Cadalfach, marqués de Oriol, levantó la cabeza y reconoció enseguida al marino jubilado. Luego, viendo que le acompañaba una mujer, se puso de pie caballeroso. Dejó la copa y el periódico sobre una mesita redonda taraceada de marquetería y se dirigió a los recién llegados, sonriendo como un teclado de piano.

—Ah, pero qué sorpresa —exclamó contoneándose artificioso—, si es mi buen amigo Vicent Calabuig. Dichosos los ojos.

Estrelló su delicada mano manicurada de arcángel de Salzillo contra la pétrea reciedumbre callosa que le tendió Calabuig, y a continuación, con extrema pulcritud, igual que un ornitólogo sosteniendo un pajarillo de frágil belleza, tomó la mano de Leticia y se la llevó elegantemente a los labios, inclinándose lo justo para no parecer deferente.

—A sus pies, señora —impostó en castellano pero con engolado acento vernáculo—, soy el marqués de Oriol; lamento recibirla de semejante guisa. Si me hubiesen avisado con tiempo de su distinguida visita...

Ella contuvo la risa e hizo un ademán de que no le importaba, y a continuación pasaron a mayores. Una luz sobredorada de sacros oropeles litúrgicos flotaba en el salón festoneado de cortinajes y visillos, cual auroras boreales de terciopelo. Retratos de oscuros óleos con caballeros en alambicada actitud, panoplias, vitrinas y metopas varias; suelos ajedrezados, muebles oliendo a vejez, lámparas polvorientas... Y sobre todo libros. Cada pared soportaba un muro hasta el techo de tomos repujados en cuero, vitela y pergamino, pues la mayoría de aquellas obras eran sin duda venerables infolios y libracos antiguos, seguramente de incalculable valor.

—Usted siempre rodeado de libros —abordó Calabuig, rompiendo el hielo.

—Tú ya lo sabes, Vicent, los libros son mi pasión otoñal, la naturaleza impone sus reglas y yo ya no estoy para otros lances. Tengo que conformarme con los libros, por lo demás, siempre fieles.

—Aquí el señor Cadalfach —alabó el marino guiñando un ojo a Leticia—, es todo un entendido en la materia.

—Oh, no soy más que un modesto *amateur* —aclaró él, captando la ironía pero



sin la menor intención de pasar por modesto—. Pero dime, Vicent, ¿a qué debo esta inesperada, aunque bienvenida visita?

Leticia se estaba preguntando cómo era que el austero jubilado marino conocía a tan fatuo personaje. Jaume Cadalfach era alto, delgado pero no flaco; lucía una piel cuidada y morena, a pesar de los más de 60 años que trataba de ocultar con delatados afeites. Llevaba un pañuelo de seda que sobresalía perfectamente anudado por encima del almidonado cuello de su camisa bordada con las iniciales y la corona de marqués, y destacaba principalmente por el cabello plateado y unos vagos ademanes de aristócrata distinguido. Impostaba cuando hablaba esa vocalización autóctona a base de mucho engolamiento de lengua y perfecta pronunciación catalana.

Más tarde, Calabuig le diría a Leticia que don Jaume Cadalfach era el máximo exponente vivo de la *Renaixença*, un movimiento independentista del siglo pasado, mezcla de tradición telúrica, regionalismo de sardana dominical, idealismo nacionalista y misticismo histórico. La versión barcelonesa del cabetismo utópico. Don Jaume Cadalfach era un caballero de otros tiempos: viejo galán seductor, investigador múltiple de eso que él llamaba la Tradición (con mayúsculas), a todas luces amante de lo hermético, lo astrológico, incluso lo esotérico; el bibliófilo deslizaba subrepticamente la insinuación de que formaba parte de alguna exclusiva logia masónica, reservada, por supuesto, sólo a caballeros de su alta condición.

—Pues mire, don Jaume, Leticia tenía interés en que le hablaran de todas esas cosas misteriosas que usted sabe sobre la Barcelona antigua —comenzó diciendo Calabuig.

Los ojos del provector play boy brillaron ávidos de un deseo quizá todavía no marchito con la edad.

—¿Y cuál es el tema del que le gustaría que le hable, siempre según mis modestísimos conocimientos? —preguntó el marqués, de manera bien poco modesta.

—Todos estos libros impresionan —dijo ella, mirando las estanterías.

—Considérelos a su disposición, y a mí con ellos —enunció—; la Academia de las Ciencias es como mi segunda casa, por no decir la primera.

Luego añadió con inocultable orgullo:

—Después de todo, algunos de estos libros forman parte de la colección Oriol, que sobre ocultismo se halla entre las mejores del mundo, si se me permite la inmodestia —los dos visitantes se la permitieron, y el académico prosiguió presuntuoso—: Aquí hay renombradas obras de mis nobles antepasados sobre demonología, ciencias naturales, masonería, sociedades secretas, astrología, alquimia, antropología...

—¿Vampirismo? —punzó Calabuig.

Don Jaume Cadalfach sonrió y alzó su índice patricio y admonitorio:

—Ah, viejo lobo de mar, por ahí van los tiros, ¿eh? Sí, por supuesto que poseo obras sobre esa rara pero verídica enfermedad hemofílica conocida por el vulgo como vampirismo. Sin embargo, o mucho me equivoco, o esta gentil dama no ha venido

precisamente para saber cosas sobre los escatológicos síntomas de la hematodixia, que así es como se denomina científicamente al vampirismo.

—Pues no —dijo ella—, a mí lo que me interesa de verdad es averiguar cosas sobre Carles Montpalau y los utópicos.

El marqués se quedó igual que si bajo sus pies se hubiesen abierto de pronto los infiernos de Dante.

Entonces Vicent Calabuig consideró que había llegado la hora de presentar debidamente a la mujer que le acompañaba:

—Che, verá usted, don Jaume, Leticia es la muchacha que adoptó de niña la hija de Carles Montpalau.

El marqués había palidecido súbitamente, a pesar de su bronceado; parecía una estatua de alabastro. Pasaron algunos segundos antes de que fuese capaz de reponerse y reaccionar:

—Vaya, vaya —dijo al fin, tratando de recuperar su dominio—, de modo que es usted la criatura que según se dice fue amadrinada por doña Rosa, que en paz descanse.

—Sí, pero doña Rosa nunca quiso hablarme de ello.

Jaume Cadalfach parpadeó y exhaló el aliento, tratando de liberar tensión, y luego esbozó de nuevo su sonrisa de piano:

—Bueno, bueno... Menudo hallazgo inesperado, ¿eh? —Se volvió hacia Calabuig preguntándole con la mirada «¿se puede saber qué te traes entre manos?».

—Leticia se interesa por los icarianos, ya sabe usted —deslizó el jubulado, alzándose de hombros, como si la cosa fuese un capricho intrascendente.

El académico asintió, ponderando aquello. Al cabo de unos instantes dijo:

—Conque los icarianos, ¿eh? —Y como si se le hubiese disparado un resorte dentro de su cabeza, comenzó a explicar—: Los icarianos eran una rara mezcla entre socialista utópico y cabetista; en resumidas cuentas, masonería anarquista, un movimiento político exclusivo de Barcelona. Por aquel entonces, en Cataluña no había más que dos bandos: los monárquicos y aristócratas, frente a los republicanos y anarquistas, pero en medio estaban los icarianos y las demás fraternidades que componían la *Renaissance*, o como se diría hoy, los independentistas catalanes, infiltrados en uno y otro bando.

Sin saber de dónde, apareció de repente un grisáceo bedel encorvado arrastrando el alma y portando un servicio de té servido en loza de lujo, y lo depositó en la gran mesa oblonga que presidía el centro del archivo. Luego se marchó, haciendo una inclinación que le doblegó todavía más su combada espalda.

El marqués detuvo su narración e hizo los honores, no sin antes remarcar que aquel servicio de té había sido regalado a la institución por el mismísimo Archiduque de Austria.

—Para algunos de nosotros, de gloriosa memoria —subrayó, dando a entender sus afinidades políticas. Luego reanudó los argumentos interrumpidos:

—Los icarianos eran además unos utópicos, soñaban con lo que hoy podría llamarse el nacionalismo republicano, y eso no le gustaba nada a las autoridades de Madrid, que siempre ha odiado y envidiado lo catalán. Barcelona se convirtió en el principal campo de batalla de los anarquistas del siglo pasado; pululaban por la ciudad cometiendo atentados a diestro y siniestro. Mejor dicho, más a diestro que a siniestro.

—¿Y en cuanto a Carles Montpalau? —interrumpió ella.

—Precisamente fue él y su buen amigo Narcís Monturiol quienes importaron el cabetismo icariano a Cataluña.

—Che, eso le he dicho yo.

—Carles Montpalau pertenecía a una familia de gran abolengo catalán, emparentado con los Anjou de Francia; incubó el cabetismo francés en Barcelona, y cuando derivó en socialismo utópico, les dio un ideal superior, más allá del simple terrorismo callejero que practicaban los anarquistas comunes. Fundó la logia *La Fraternidad* junto a Narcís Monturiol, los agrupó a todos bajo una misma doctrina masónica y les convenció de que arrojar bombas a los encopetados monárquicos y aristócratas, en medio de las procesiones religiosas, quemar conventos o disparar sobre los oligarcas y los empresarios explotadores, no conducía a ningún lado.

De pronto se interrumpió:

—Y en fin, eso es todo lo que puedo contarle de Montpalau.

Leticia dejó la taza sobre su platito, se puso de pie y se acercó a uno de los balcones; había oscurecido por completo y seguía lloviendo, la noche tiznaba de oscuro las ventanas encortinadas de terciopelo. Una luna desportillada palidecía en lo alto de todo, luchando inútilmente por penetrar el denso manto de nubes. Leticia estuvo así unos minutos, observando aquel cuadro surrealista. Luego se volvió hacia sus comensales, que seguían allí, observándola como a un raro espécimen sin catalogar:

—¿Y qué pasó en realidad con Carles Montpalau? —preguntó a bocajarro—. ¿Qué hay de verdad en la leyenda del Fantasma del Liceo?

Jaume Cadalfach lanzó una mirada penetrante al viejo marinero, como reprochándole la encerrona. Luego soltó la frase como una bomba:

—Carles Montpalau llegó con doce nautas más hasta Icaria en el submarino de Monturiol, y allí se convirtió en un ser inmortal. Sus compañeros se quedaron en la isla, estableciendo una colonia utópica, la sociedad perfecta a la que aspiraba Etienne Cabet y sus seguidores. Montpalau regresó a Barcelona para dar fe de ello y preparar la expedición definitiva con los colonos elegidos.

El académico estaba tenso, se había borrado de su semblante todo rastro de su estilada caballerosidad y su artificiosa sonrisa.

—¿Ha dicho usted los elegidos? —repitió ella, perpleja.

—Los discípulos de Montpalau, los nuevos icarianos, los que heredaron la clave oculta de su localización; porque a Icaria sólo pueden llegar los que conocen el

secreto geocósmico que la preserva de los desaprensivos y materialistas que sólo la buscan para enriquecerse o ser inmortales.

«*Este hombre está completamente loco*», pensó Leticia.

Sin embargo, ella cada vez estaba más convencida de que era Icaria el destino secreto de Cristóbal Colón, de que era esa mítica isla lo que le interesaba encontrar a Jean Claude Lavantier; y de que si el cazatesoros belga la había contratado para su proyecto de búsqueda, fue por su relación, aunque indirecta, con el enigmático y utópico Carles Montpalau. Y también por igual motivo, el *cavaliere* vaticano había intentado asesinarla, como seguramente había asesinado a doña Rosa para robar el contenido del arcón. Las piezas dispersas del *puzzle* comenzaban a encajar, aunque muchas se hallasen todavía extraviadas. No importa, ella las buscaría una a una. Suspiró, exhalando la tensión emocional acumulada en su pecho. Intentó convencerse a sí misma de que no creía en tamaña sarta de majaderías y continuó indagando:

—¿Insinúa usted que Carles Montpalau es el Fantasma?

El académico asintió en silencio, cada vez más incómodo con la situación.

—Pero eso no es posible —negó ella—, Montpalau debió fallecer hace casi doscientos años, no puede vivir todavía.

—El Fantasma es inmortal, ya le he dicho que Carles Montpalau recibió el influjo de Icaria, la isla de la inmortalidad, un lugar fuera del tiempo.

Leticia, desconcertada por tamaña barbaridad, buscó entonces la mirada de Vicent Calabuig. El viejo marinero terció:

—Che, bueno, pero todo eso no son más que fabulaciones, ¿sabes? Según parece, lo que sucedió es lo que alguno de los descendientes de aquellos utópicos, para perpetuar la memoria de Montpalau, se inventó lo del Fantasma y su inmortalidad; en realidad todo es un mito, ¿verdad, don Jaume?

El atildado aristócrata se frotaba las manos largas y esculturales con ansiedad mal disimulada:

—No, el Fantasma existe, no es una fabulación.

—Che, don Jaume, ya basta —zanjó el marinero—; usted sabe tan bien como yo que Carles Montpalau y la tripulación del *Ictíneo* no regresaron jamás.

Cadalfach sacudió la cabeza plateada:

—No —negó con semblante serio—, Montpalau regresó a Barcelona y se convirtió en el Fantasma del Liceo.

Una vez que Rubén Mengual consiguió endosarle a Cristian Lacroix el velero del Museo Marítimo, el sargento le deseó suerte y regresó a Madrid en un vuelo nocturno, aduciendo numerosas ocupaciones. Al día siguiente, y tras la negativa impresión recibida con el *Santa Eulalia*, Cristian se rehizo y comenzó de inmediato a pensar en cómo reclutar la tripulación necesaria para gobernar el barco y demás preparativos para la expedición encomendada. Se necesitaban al menos tres marinos experimentados, entre ellos un piloto y un capitán. Pero también quería contar a bordo con una persona de toda confianza, y quién mejor que Leticia, que ya conocía el asunto. Quique estuvo de acuerdo con ello; echaba de menos a su antigua compañera, desaparecida tan imprevistamente del piso que ocupaban en Alicante.

Cristian sabía que Leticia vivía en Barcelona, y sabía también dónde podía encontrarla, pues Mengual se lo había revelado, lo que demostraba que a ella también la mantenían vigilada los servicios de Inteligencia. Cuando recibió la llamada de Cristian, Leticia estaba a punto de salir del trabajo.

—¡Cristian! —explotó de alegría al oír la voz de su amigo—, ¿qué es de tu vida?

Leticia había perdido toda esperanza de volver a verle; ya sabía que Cristian Lacroix era un mercenario y un aventurero. También le suponía un seductor impenitente, pero buen tipo; al menos con ella siempre se había comportado con total corrección y cordialidad. Se había resignado a no verle más. Echaba de menos tener un amigo así, fuerte y seguro de sí mismo, que le aconsejase buenos hábitos, como el de hacer ejercicio a diario. Por eso ahora se alegraba tanto de oír su voz en el teléfono.

—Leticia —dijo él—, he de verte, tengo algo que contarte.

—¿Dónde estás?

—Llevo dos días en Barcelona.

—¡¿Y por qué no me has avisado antes?! —protestó ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me han encargado una nueva misión, y quisiera compartirla contigo.

—¿Conmigo?

—También está Quique, ¿le recuerdas?, nuestro sabio amigo el del simulador de navegación.

—Sí, claro que recuerdo al Principito —rio—; apuesto a que aún sigue pisándose los cordones de los zapatos. ¿Pero tú de qué misión me hablas? —preguntó Leticia, extrañada.

—He de continuar el proyecto de búsqueda sobre el destino secreto de Cristóbal Colón.

—Vaya, ¿y a quién le interesa seguir con eso? No será de nuevo a esa cofradía vaticana. Lo digo porque no me gustaría meterme en más líos con semejante gentuza, la última vez casi me abrasan los ojos con la Spécola de Galileo, y... —pensó en el

incidente con el *cavaliere* intentando matarla en la Casa de las Palomas y concluyó sin querer dar más explicaciones—: Vamos, que no.

—Escucha —atajó él—, esta vez será diferente; trabajaríamos en secreto pero con el respaldo del Estado. Además, te alegrará saber que ahora cuento con una importante información suplementaria que el año pasado no teníamos.

—¿Qué información?

—Sé en qué se basaba Colón para orientarse hacia su destino secreto; de hecho, podría decirse que lo tengo en mi poder.

—¿Te refieres a la verdadera custodia sacramental de la ermita? —preguntó ella, rebosando estupor.

—No exactamente, pero te sorprenderá saber de qué se trata —la tentó él.

—¿El secreto de Leonardo da Vinci?

—Posiblemente, pero te lo contaré cuando nos veamos, por teléfono no me parece prudente. Mientras tanto, sería conveniente que vayas solicitando unas vacaciones o una excedencia en el trabajo. Permaneceremos fuera un tiempo, quizá semanas.

Poco antes de marcharse a Madrid, Rubén Mengual le había dado las llaves de un piso franco, un apartamento situado en pleno Paseo de Gracia, no lejos de la Plaza de Cataluña. Cuando Leticia llegó, Cristian y ella se fundieron en un intenso abrazo.

—¿Y Quique?

—Ha ido un momento al súper —Cristian hizo un guiño—, a comprarse Cola Cao; ya le conoces.

Después de los preliminares, durante los cuales él valoró muy positivamente el brillante cambio experimentado por Leticia, Cristian formuló una versión resumida de todo lo que le había explicado el general Alonso Betancurt, incluida la información sobre el Códice *Leicester* de Leonardo da Vinci, subastado por la prestigiosa casa Chirsties's y comprado por un anónimo coleccionista norteamericano, en puja contra Jean Claude Lavantier, que también lo pretendía.

—Así que el Gobierno anda detrás de todo esto —caviló ella, tras haber escuchado el asombroso prólogo.

—No estoy seguro de si es cosa del Gobierno; la iniciativa del proyecto parte de los servicios de Inteligencia del Ejército. Me han contratado con los fondos reservados del Ministerio de Interior. Sin límite de presupuesto. Por lo visto, detrás de todo esto hay alguien muy poderoso a quien le interesa mucho localizar esa hipotética isla perdida.

—Pero dime —preguntó ansiosa por saberlo cuanto antes—, ¿en qué dices que se basaba Cristóbal Colón para encontrarla? ¿Cuál es el secreto de Leonardo da Vinci?

Cristian metió la mano en su petate de lona, sacó una carpeta, la depositó sobre la mesa y la abrió:

—En esto.

Ella abrió unos ojos espantados.

—¡Dios mío! —exclamó, reconociéndolo al instante.

Frente a ella figuraba una fotocopia obtenida de la misma enciclopedia de arte que le había mostrado Quique a Chelo.

—Sí —confirmó Cristian—, el *Hombre de Vitrubio*, el dibujo más conocido de Leonardo da Vinci.

Leticia tartamudeó alucinada:

—¿Es este su secreto? —preguntó ella, con el mirada fija en la famosa obra.

—No lo sabemos con certeza, pero Quique opina que sí, que el *Hombre de Vitrubio* podría encerrar el enigmático sistema de orientación ideado por Leonardo para Cristóbal Colón, como una metáfora visual.

Ella seguía muda. Conocía el célebre dibujo de Da Vinci, el hombre con las extremidades multiplicadas, pero nunca se había planteado su significado, ni siquiera que significase nada.

—Ya ves, Leticia —añadió él—, todo es cierto, tanto lo que suponía Jean Claude Lavantier, como los miembros de la Santa Alianza: la misión oculta de Colón existe, y su objetivo era un paradero mítico: Ofir, la isla de Salomón.

—Pero eso es lo mismo que decían esos tipos de la Santa Alianza.

Cristian asintió, y a continuación le contó a Leticia lo del barco velero puesto a su disposición por el general Betancurt.

—¿Un velero? —Ella redobló su extrañeza.

—Sí, quieren que lo usemos para reproducir el viaje de Colón con la mayor fidelidad posible. Ya sé que te parecerá una locura, pero...

—No —negó ella—, puede que sea buena idea, es probable que así encontremos lo que no pudimos usando tanto GPS y tanta parafernalia técnica.

—Pues por mí, estoy dispuesto a intentarlo. Y Quique también se apunta, pero Chelo no ha querido participar.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Lo primero es reclutar la tripulación necesaria, aunque ese es el problema; no sé de dónde la voy a sacar. Y encima que sea gente discreta y no haga preguntas.

—No te preocupes —sonrió ella—, quizá yo pueda resolver eso.

—¿Tú?

A Leticia le apasionaba la perspectiva de embarcarse de nuevo con Cristian Lacroix a la búsqueda de secretos históricos. Quería ponerse a prueba, demostrar a todos que no era una simple huérfana sola en el mundo, sin familia y sin raíces. Se le había despertado en su interior una fiebre indagadora desconocida, necesitaba saber más de los enigmáticos utópicos de Barcelona y del misterioso Carles Montpalau. Algo le decía que detrás de aquella historia de Icaria y la isla perdida de Colón se hallaba la clave que daría sentido a su existencia.

Tomó un taxi y se dirigió resuelta a casa de Vicent Calabuig en la Barceloneta. El jubilado dormitaba su aburrimiento sobre la quejumbrosa mecedora, acunado por el murmullo del televisor. La hermana solterona, tras abrirle la puerta y dejarla pasar sin decir ni mu, permaneció de cuerpo presente, con las manos entrelazadas en el regazo, como la estatua de Lot sentada en una de las sillas imitación caoba del modesto comedor.

—Vicent, ¿por casualidad no echará usted de menos la mar? —le espetó Leticia en cuanto tuvo delante a su amigo.

Calabuig abrió los ojos, nublados todavía por la siesta, reprimió un bostezo y se removió perezoso dentro del viejo jersey verde.

—¿Cómo? —preguntó, mensurando la extraña propuesta de aquella muchacha, que le había caído tan bien desde el principio.

Ella se lo soltó de sopetón:

—¿Qué le parecería tomar parte en una expedición marítima para encontrar Icaria?

La solterona sufrió un respingo sobre la silla, y Vicent dio un bote en la mecedora. Se frotó los ojos, como si aquello fuese un sueño todavía constelado de la siesta.

—Che, hija, ¿pero qué estás diciendo?

—Necesito tripulación experta para gobernar un velero con destino a Icaria —sonrió ella, como quien te cuenta los planes para un viaje de fin de curso.

La solterona comenzó a temblar.

—Che —tartamudeó Calabuig—... pero, Icaria está en medio del océano. Si es que existe...

—¿No le gustaría comprobarlo en persona? —desafió ella—, desvelar por fin el misterio de Montpalau y los utópicos icarianos...

El jubilado cabeceó, evocativo, mirando por la ventana del comedor:

—¿Una expedición a Icaria? —balbuceó como aturdido—. Pero, cómo... ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? Escucha, hija, no le habrás hecho demasiado caso al marqués de Oriol, no es más que un lunático que...

—No, no —negó ella—, el marqués no tiene nada que ver. Aunque lo que nos explicó ayer sobre los utópicos cada vez tiene más sentido para mí.



—Che, ¿qué quieres decir?

La solterona marchita se restregaba las manos en el delantal, visiblemente alterada.

—Mire, ciertas personas influyentes me han propuesto formar parte de un proyecto para encontrar la isla misteriosa que presuntamente buscaba Cristóbal Colón cuando descubrió América. ¿No le parece genial?

—Conque personas influyentes, ¿eh? Che, hija, ¿no te estarás metiendo en algún lío? —preguntó Calabuig, paternal.

Leticia negó:

—Si viene usted conmigo, ahora mismo le presentaré al jefe de la expedición y se lo explicaremos con todo detalle.

La solterona se plantó de un golpe, con los ojos barridos de miedo por lo que acababa de oír. Vicent Calabuig suspiró. Estaba seguro de que aquella mujer tenía coraje suficiente para embarcarse en una aventura de tal calibre. Pero si era cierto, no podía dejarla sola; la mar es demasiado peligrosa, bien que lo sabía él.

Una hora después, Leticia, Vicent, Cristian y Quique estaban sentados alrededor de la mesa del luminoso piso franco en el Paseo de Gracia. Leticia presentó al viejo marinero jubilado, recalcando que era de toda confianza. Cristian le puso al corriente del proyecto, sin ocultarle nada, incluso le informó de que si se avenía a formar parte de la expedición para repetir el viaje de Cristóbal Colón, tanto él como el resto de la tripulación obtendrían una generosa remuneración a cargo de los fondos reservados del Estado.

Vicent Calabuig resopló saturado de asombro:

—Che...

—Usted ya estará suponiendo, Vicent —le apuntó ella—, que la búsqueda de la isla del rey Salomón por parte de Cristóbal Colón se relaciona claramente con la Icaria de Etienne Cabet y de Carles Montpalau.

Cristian aguardó la respuesta de Vicent Calabuig.

—¿Una isla perdida? —dijo el jubilado en tono escéptico, como quien conoce todos los secretos de la mar y duda de que sea posible semejante cosa.

Leticia intervino, intentando vencer las reticencias de Calabuig:

—Quizá en el mundo todavía quedan lugares por descubrir, ¿no cree? Tal vez aún haya sitio para una nueva utopía, como en los románticos tiempos de Cabet y Monturiol.

Vicent Calabuig la miró con afecto, puso una gruesa mano callosa sobre su brazo y sonrió condescendiente. Luego cabeceó un rato en silencio, dando caladas a su exigua colilla de tabaco sin filtro, como si evocase algo muy lejano, a miles de kilómetros en la memoria. Dejó escapar una bocanada de humo denso junto a un suspiro de resignación, y al cabo de su exhalación, dijo:

—Muchachos, ¿de qué manicomio os habéis escapado?

—¿Nos ayudará? —suplicó Leticia.

—Ya ve que todo lo ponen los militares —apostilló Cristian—, incluido el barco.

—Los militares, ¿eh? Eso es lo que me preocupa.

—Sólo necesitamos una buena tripulación que se atreva a reproducir el viaje de Cristóbal Colón —le retó ella—. Venga, ánimo, le vendrá bien para su próstata.

Calabuig lanzó una nueva bocanada de humo y esbozó una cansina sonrisa:

—Che, ¿sabéis una cosa? Vosotros estáis como cabras, pero yo estoy harto de la sopa de ajo que me da mi hermana cada día.

—¿Eso es un sí? —le preguntó ella, a punto de estallar de júbilo.

Aquella misma tarde Vicent Calabuig condujo a sus nuevos socios a la Academia de las Ciencias, donde habían quedado con Jaume Cadalfach. Por el camino, el jubilado les había indicado:

—No os preocupéis por la tripulación. Fui capitán de una corbeta militar durante la Guerra Civil. Antes he avisado a don Jaume, que estará encantado de colaborar, como en los tiempos de las grandes exploraciones geográficas.

—¿Y para qué le necesitamos? —preguntó ella.

—Ya viste que es un experto en materia de Icaria y los utópicos, aunque esté un poco zumbado con esa manía suya del Fantasma. Le he dicho que avise de mi parte a unos antiguos camaradas, también excombatientes republicanos, que lucharon a mi lado; buenos marineros, gente de toda confianza.

La Academia crepitaba de humo y murmullos entre los eruditos apergaminados hojeando periódicos a la pálida luz de lamparitas de loza blanca encendidas sobre vetustos pupitres de lectura. En una saleta contigua esperaba el marqués de Oriol, vestido con un elegante traje cruzado gris alpaca y empuñando un bastón de ébano en la mano, fumando en su boquilla de plata y marfil, para darse mayores aires aristocráticos.

—¿Han llegado? —le preguntó Calabuig en cuanto entraron a la salita.

—Sí, les tengo esperando en el archivo.

—¿Han venido todos?

—Todos, Vicent, tu vieja tripulación al completo.

El marqués abrió una gran puerta corredera de roble y entraron al archivo, el salón atestado de vitrinas llenas de libros. Sentados alrededor de la mesa oblonga esperaban inquietos cuatro hombres mayores, algo intimidados por el suntuoso ambiente, todos con aspecto de pensionista y el rostro arrugado por mil zarpazos de la vida. Al entrar Calabuig, los cuatro se pusieron de pie como impulsados por un tácito respeto.

—¡Atenta la compañía! ¡Firmes! —gritó uno de ellos, que lucía una fosca barba de lobo de mar.

—¡A sus órdenes, mi capitán! —enfaticó el barbudo—, sin novedad.

—Descasen —ordenó ceremonioso Calabuig, y cambiando de actitud, añadió amigable tendiéndole la mano—, ¿cómo estás Martorell?, me alegro de veros. Aquí vengo con unos amigos —se hizo a un lado para que se adelantasen Cristian, Quique

y Leticia—. Quieren proponernos algo.

—Lo que tú digas, capitán.

Don Jaime Cadalfach aguardaba de pie, como perfecto anfitrión, acariciando el pomo de su bastón y echando reojos a Leticia.

—Os presento —dijo Vicent— a Andreu Martorell y al resto de la tripulación: ese de ahí —dijo señalando a un chaparro y atezado marino que masticaba regaliz— es Jaume Bas, piloto. Los otros son Flaquer y Ferrand. Todos ellos son excombatientes marinos de la República y pescadores; conocemos bien nuestro oficio, y si se trata de navegar —dijo volviéndose hacia Leticia—, no los encontrarás mejores ni más dispuestos.

Los cuatro marinos jubilados recibieron con orgullo los elogios de su capitán. Allí estaban, estrujando la boina en la mano, sentados alrededor de la bruñida mesa, como los caballeros de la tabla redonda. Entonces Cristian tomó la palabra y les puso en antecedentes, explicando para todos el fantástico plan al que les proponía unirse. Los marineros miraban de vez en cuando y de soslayo a Vicent Calabuig, como preguntándole en silencio: «¿esta gente está bien de la cabeza?».

—Bueno, che —recabó Vicent cuando Cristian hubo terminado su exposición—; ¿creéis que podremos hacerlo?

Uno tosió, otro se rascó la calva.

—Té collons —masculló Bas.

Fue Martorell quien intervino por los cuatro:

—Lo que tú digas, capitán, como siempre. Por nosotros, de acuerdo.

—Eso —remarcó Bas, mascando regaliz—, aquí, el que más y el que menos tiene ganas de hacer una escapadita de la residencia de ancianos o del rincón donde le tienen recluido en casa de la nuera para que no estorbe.

Los cuatro marinos cabecearon y se echaron a reír, mostrando sus desdentadas bocas. Calabuig les miró con satisfacción y se volvió hacia Leticia:

—Bueno, che, ¿qué te parece? Ya tenéis tripulación. Yo seré el capitán, es decir, si no hay ningún inconveniente; Martorell mi segundo, Bas el piloto y Flaquer y Ferrand la marinería.

—Recuerda que yo también deseo participar —puntualizó el marqués.

—Pero usted no es marinero —razonó Calabuig.

—No, pero soy académico y el que más sabe sobre Icaria y los utópicos.

—Eso es verdad.

—Bien, pues no se hable más —zanjó Jaime Cadalfach—; yo seré el asesor histórico de la expedición.

—Pe... pero eso era yo —tartamudeó Quique, como quien le han arrebatado su rol en el juego.

—No te preocupes —le tranquilizó Cristian—, tú serás nuestro asesor técnico.

—Ah, pu... pues vale.

Los viejos lobos de mar habían accedido a embarcar con tan sólo la esperanza de mar abierto y aventura, argumentos más que suficientes para un auténtico marinero. El dinero prometido les importaba un comino; total, el médico se los había prohibido todo. Mientras Leticia, Cristian, Quique y el capitán Calabuig, acompañado del marqués, realizaban las compras de material y víveres para la singladura, la eficiente tripulación, con Andreu Martorell al frente, se encargó de poner a punto el velero. Pocos días después, el *Santa Eulalia* se deslizaba con su motor repicando alegre por debajo de la cubierta en dirección mar adentro. Oficialmente, su salida obedecía a pruebas de flotación por parte del Museo Marítimo, dueño del barco.

Una vez en mar abierto, enfilaron rumbo Sur por rutas de cabotaje para ir probando el comportamiento de la nao, que cabeceaba vigorosa empujada por las brisas favorables en esa época del año. El mar le presentó a Quique, nacido tierra adentro, una visión menos bucólica de la navegación de la que había experimentado al frente de su simulador en la Universidad de Alicante. Se había equipado con una vestimenta compuesta de camiseta con estampado hawaiano, bermudas y zapatos náuticos, cuyos cordones sueltos se iba pisando por cubierta, dando tumbos como un pato mareado. Pasaba las horas acodado en la aleta, agarrado a un baquestay, arqueándose en medio de bruscos espasmos estomacales y maldiciendo el día en que se le había ocurrido participar en la expedición; todo ello ante la mirada divertida de los recios marinos.

La embarcación era estrecha y el espacio escaseaba tanto como las comodidades. El pailebote atufaba a madera húmeda y brea desde la sentina hasta la punta del palo mayor; el casco y las cuernas crujían a todas horas con espantosos gruñidos, como si fuese a desarmarse de un momento a otro. Pero la navegación, tal como había dicho Rubén Mengual, adquiriría aquí toda su romántica dimensión de aventura, similar a lo que habían experimentado Cristóbal Colón y su marinaje hace cinco siglos.

La primera reunión general fue para concretar el rumbo a seguir. Ahora disponían de la presunta ruta hacia Ofir, codificada según Quique en el grabado del arquitecto Vitrubio y en el dibujo de Leonardo da Vinci, opinión también compartida por el académico. En cuanto se lo mostró Cristian, el marqués, sin poder ocultar su profunda excitación, se había lanzado literalmente sobre aquel pergamino del siglo xv, y ya no lo había soltado hasta embarcar. Suponía que allí estaba la clave de la ruta secreta hacia Icaria, aunque todavía le faltaba encontrarle significado como el sistema de orientación ideado por Da Vinci.

En el camarote más amplio se hallaban presentes Calabuig, Cristian, Leticia, Quique, Jaume Bas y el marqués, vestido para la ocasión con vistosas prendas estilo sport, agrupados en torno a una pequeña mesa donde reposaba el material disponible:

el pergamino de Vitrubio, la fotocopia con el dibujo de Leonardo y un avanzado ordenador portátil aportado por Quique, conteniendo unos cuantos videojuegos y programas varios. Como asesor histórico y cultural, el marqués comenzó exponer su hipótesis:

—Estoy en condiciones de afirmar que la solución al rumbo para encontrar la isla que buscaba Colón (y que yo supongo Icaria) tiene su origen en las medidas del mundo, proporcionales al cuerpo humano.

—Coincide con lo que yo pienso —aprobó Cristian.

—¿Eso es lo que pone en el pergamino de Marcos Vitrubio? —preguntó Leticia.

—En efecto, querida señora, lo he traducido en virtud a mis modestos conocimientos de latín.

—Che, ¿y qué dice? —preguntó Calabuig.

—En mi opinión, constituye la premisa en la que se basó Leonardo da Vinci para dibujar su *Homo ad Circulum*, más conocido como *Hombre de Vitrubio*. En este pergamino, el arquitecto romano hace alusión a Pitágoras, abordando la resolución de uno de los mayores enigmas de la Edad Media: la cuadratura del círculo.

Al oírlo, Quique intentó intervenir, defendiendo que eso ya lo había deducido él días atrás sin tanta pompa y circunstancia como se estaba dando ahora el marqués, pero como era tan tímido, no se atrevió a interrumpirle y se tragó su orgullo. Así que Jaime Cadalfach prosiguió, llevándose todo el mérito de la deducción:

—Se supone que el *Hombre de Vitrubio* fue realizado por Leonardo en 1490, justo cuando en su diario anota que «el hombre es el modelo del mundo».

—¿Qué quería decir con eso?

—Que las proporciones del cuerpo humano, tal como decía Marcos Vitrubio, son equivalentes a las de la Tierra, de modo que el ombligo del cuerpo coincide con el ombligo de la Tierra; es decir, el centro de la esfera, donde teóricamente no transcurre el tiempo.

—Té collons.

—¿Cómo es posible algo así?

—Porque hipotéticamente se hallaría en el meridiano que divide ambos hemisferios, separando el día de la noche, el ayer del mañana.

Vicent se rascó la coronilla.

—Bien —concedió Cristian—, pero el pergamino de Vitrubio alude además a las proporciones del cuerpo humano comparándolas con el Arca de Noé, ¿no? Me pregunto qué tiene que ver Noé con todo esto.

—Tiene que ver con el Diluvio Universal, evidentemente.

—¿Cómo dice?

Jaime Cadalfach enarboló su boquilla en plan docente sentando cátedra:

—No sé si sabrán ustedes que Leonardo da Vinci dedicó varios años de su vida a estudiar todo lo referente al Diluvio.

—¿Por qué?

—Verán, por lo visto, las dimensiones medidas en codos que había de tener el Arca, según lo revelado por Dios a Noé antes de ocurrir el Diluvio, coincidían con las proporciones perfectas y universales del cuerpo humano.

—¿Quiere decir que el Arca estaba inspirada en el cuerpo humano?

—Pero no en un cuerpo humano cualquiera, sino en el físico perfecto de Jesucristo, el Hijo de Dios, de manera que sus propias dimensiones y su peso la condujesen, debido a la rotación de la Tierra y a la inclinación del plano del Ecuador, al único punto geoestacionario del planeta, coincidente sobre una pequeña isla que se hallaba en el meridiano principal de la Tierra. Así es como el Arca, al permanecer en aquel punto geoestacionario, se libró del Diluvio.

—Té collons.

Todos se miraron entre sí, tratando de digerir aquello. Vicent fue el primero en intervenir, no demasiado convencido:

—Che, don Jaume, ¿y dónde se supone que está esa isla?

—Nadie lo sabe. Leonardo da Vinci, analizando el pergamino aquí presente, codificó ese dato en su famoso dibujo del *Hombre de Vitrubio*, de manera que sólo pudiesen resolver la clave unos pocos escogidos de entre sus compañeros de hermandad; a ellos les transmitió el secreto universal, custodiado desde hacía siglos por los discípulos de Pitágoras.

—Los Pitagóricos —coligió Leticia.

—Sí, y entre aquellos compañeros de Leonardo se hallaba posiblemente Cristóbal Colón, que utilizaría el esquema para buscar la que él denominaba Anti-Illa, en alusión al antimeridiano de la Tierra, el opuesto 180 grados al meridiano cero.

—El meridiano de Greenwich —corroboró Cristian.

—No, mi querido amigo —negó el académico—, permítame puntualizarle que en tiempos de Colón, el meridiano cero no era el de Greenwich.

—Tiene usted razón —admitió él—; pero entonces, ¿cuál era el meridiano cero en esa época?

—Según Ptolomeo, el que pasaba por la isla canaria de El Hierro.

—¿Y por qué? —quiso saber Leticia.

—Por mera cuestión práctica, mi querida señora. Los navegantes habían comprobado que la brújula sólo apuntaba directamente a la Estrella Polar en la zona que circunda esa pequeña isla, de modo que la tomaron como referencia geográfica. Y por eso de allí es de donde partió Colón oficialmente en su primer viaje.

Leticia no sabía el por qué de tan curioso efecto, y el marqués, satisfecho de iluminarla, se lo explicó:

—En cualquier otro lugar del mundo, la brújula señala en dirección al norte magnético de la Tierra, que no coincide exactamente con el norte de la Estrella Polar.

—Tiene usted razón —confirmó Calabuig—, a ese efecto se llama en marinería declinaciones magnéticas.

Cristian estaba contento. De momento, la hipótesis que acababa de exponer el

marqués coincidía plenamente con la del general Betancurt; de modo que iban por buen camino y aquel petulante académico aristócrata sabía bien de lo que hablaba.

—Che —intervino Calabuig, fumándose uno de sus cigarrillos sin filtro—, ¿pero qué tiene de particular ese sitio que buscamos?

—Sería un lugar donde según las leyendas no transcurre el tiempo, luego no se envejece, y los que allí llegan se convierten en inmortales.

«Ya estamos con su manía del Fantasma», cabeceó negativamente Calabuig, pero no dijo nada. Sabía de sobra la veneración que sentía el marqués por el utópico Carles Montpalau, a quien Jaume suponía convertido en una especie de espectro inmortal desde que hipotéticamente arribase y volviese de Icaria.

—Té collons —masculló Bas, escupiendo una fibra de regaliz.

Como Cristian, que no sabía nada de Carles Montpalau ni del Fantasma, puso cara de asombro absoluto, el académico añadió:

—Según las leyendas hebreas, dicha isla sería Ofir, donde Salomón quiso que le enterrasen cuando muriera.

—¿Por qué? —inquirió Leticia.

—Porque según las profecías bíblicas —apuntó el académico—, allí es donde se produciría primero la resurrección de los muertos al fin de los tiempos.

Vicent Calabuig infló su labio inferior evidenciando su escepticismo; las cosas religiosas le dejaba frío.

—Supongo que Cristóbal Colón —prosiguió Jaume Cadalfach—, usó el criptograma de Leonardo da Vinci para navegar hasta Ofir, sólo que debido a algún error al interpretarlo, en lugar de hallar la mítica isla del rey Salomón, se tropezó con un nuevo continente, América.

Hubo una pausa. Los seis miraban con aire reflexivo el material que había sobre la mesa, como si estuviesen ante un oráculo que habían de interpretar.

—¿Pero cómo funcionaba el sistema de orientación? —quiso saber Leticia, pensando en la custodia sacramental de la ermita, que presuntamente contenía un secreto en su interior, según creía el cazatesoros belga.

—En mi modesta opinión —replicó el académico—, dicho sistema era una especie de astrolabio, que condensaba las remotas tesis cosmográficas y astrales de Pitágoras y Ptolomeo, combinadas con los nuevos descubrimientos geográficos del gran cartógrafo Toscanelli, perteneciente a la misma hermandad florentina que Da Vinci.

Pero entonces Jaume Bas se adelantó rezongando, se quitó el palito masticado de regaliz de la boca, sacudió la cabeza y sentenció:

—Collons, pues ahora sólo falta que alguno de vosotros, que sabéis tanto de todo, resuelva ese acertijo del Demoni, con tantas monsergas de claves ocultas y astrolabios perdidos, y me dé algún dato para calcular el rumbo que debemos seguir —se dio la vuelta para salir, pero cuando estaba en el umbral se volvió a ellos y añadió: O de lo contrario terminaremos como Colón, más perdidos que un pingüino

en el desierto.



Pasaban lentas las jornadas en cada singladura; los vientos alisios empujaban al velero en dirección poniente. El tiempo acompañaba y el agua intensa y azul amaranto del atardecer imponía su salvaje belleza hasta donde alcanzaba la vista. Los marinos jubilados disfrutaban de la que posiblemente sería la última travesura de sus vidas. Liberados de su vejez estandarizada de geriátrico y seguridad social, habían olvidado los achaques particulares y parecían estar viviendo una nueva juventud en alegre camaradería.

El aire adensado de sal caldeaba la espesa calima del Atlántico, y un sol implacable lanzaba sin tregua sus flechas ardientes, retostando la piel de los menos acostumbrados a la intemperie, como Leticia y Quique, cuyos pálidos rostros de urbanitas habían comenzado a broncearse con el cobre fenicio que lucen los hijos de la mar. El inmenso océano arrancaba en los ojos claros de Leticia un brillo bello y melancólico. ¿Qué dirían ahora sus antiguas compañeras de la inmobiliaria, Isabel y Maica, si la vieran? ¡Se morirían de envidia!

Pero su vida ya no era su vida, había dado un giro de 180 grados, como el antimeridiano de Colón; ahora sí estaba huérfana del todo, sola por completo en el mundo. Leticia tenía la sensación de que aquella descabellada correría marítima era una huida, una venda que se ponía en los ojos para no ver la evidencia de su penosa situación personal, siempre a salto de mata. Quizá es que los que carecen de pasado están obligados a vivir un presente distinto cada día.

Quique lo había vomitado todo, hasta el punto de que ya ni siquiera se mareaba. Los viejos marinos le habían adoptado como grumete, enseñándole a caminar por cubierta contrarrestando la escora, y a mirar siempre a un punto fijo del horizonte para no perder la referencia visual. Ahora todo su malestar interno se resumía en el sentimiento de culpa que sufría por haber abandonado a Chelo. Tenía remordimientos y la echaba de menos. Aunque tal vez necesitaba distanciarse de ella para percatarse de cuánto la necesitaba. Glub, se dijo, desconcertado por aquellos nuevos pensamientos. Se hacía mayor, ya no era el adolescente de ayer, aunque continuase siendo el niño grande que no sabía ni atarse los cordones de los zapatos y tomaba el desayuno en su taza de vaquita.

Se había llevado consigo el ordenador portátil con algunos programas de entretenimiento, así como varios cómics y libros de historia para documentarse, pero pronto los había relegado al olvido. Ahora se centraba junto al piloto Jaume Bas en el gobierno del barco, ayudando a la navegación real con la navegación virtual por medio del GPS, muy similar al sofisticado simulador que había manejado en la Universidad de Alicante. Cada día, los dos juntos reorientaban el velero hacia la ruta que presuntamente había seguido Cristóbal Colón surcando aquel mismo mar en

busca de Dios sabe qué secretos ancestrales. Hubiese querido compartir todo aquello tan emocionante con Chelo, hubiese querido decirle que el Principito estaba dado paso cada día más a Enrique Arlanza.

Por su parte, el atildado marqués pasaba las jornadas encerrado en su camarote, estudiando el contenido de un viejo cartapacio de cuero que se había traído consigo, y del que jamás se apartaba ni un momento. Le había pedido a Flaquer, el viejo marino que hacía las veces de cocinero, que le sirviese allí la comida y la cena. Nadie sabía lo que hacía el presumido académico, pero le dejaban estar con sus extravagancias, porque quizá es que se mareaba y no quería que le viesen en aquel estado para no menoscabar su aristocrática dignidad.

Cristian Lacroix se hallaba en el bauprés, con el tórax desnudo y musculado, consultando su bloc de notas y remendando deducciones a vuelapluma. Era un perfeccionista obsesivo, y estaba muy molesto consigo mismo debido a lo que silenciosamente consideraba ya el fracaso de la misión, pues faltaba poco para llegar al Caribe y todavía no tenían un modo de orientar la nao hacia el mítico destino que buscaban. Le fastidiaba rendirse y regresar sin haber resuelto el caso encomendado por el general Betancurt; y no por la paga prometida, sino por su prestigio profesional en juego.

Leticia estaba en su camarote. Le habían asignado el mejor y más limpio del velero, el único equipado con cuarto de baño individual, ducha incluida; por algo era la mujer de a bordo. Se había duchado para refrescarse de la pegajosa calima del ambiente, colocándose después un albornoz que dejaba traslucir su madura belleza, a la que tal vez no había prestado hasta entonces la debida intención. En estos momentos se hallaba sumergida en un *mare magnum* de datos y deducciones, deseando no haber dejado de fumar.

Ella, una huérfana, una solterona, una simple muchacha educada con severidad monjil para ser algún día la perfecta ama de casa y sumisa mujercita de su marido, había decidido tomar cartas en el asunto; quería zanjar de una vez por todas la misión encargada por los servicios de Inteligencia y volver a casa cuanto antes. No es que se hubiese hartado ya de aventuras, al contrario, pero no deseaba dejar de lado sus estudios de Historia y su trabajo en la Diputación; aquello era su futuro, su tabla de salvamento frente a la vida.

Ahora estaba absolutamente concentrada, sumida en la lectura de un texto clásico sobre mitología, descubrimientos oceánicos, ciencia y astronomía en el Renacimiento que le había prestado Quique hacía varios días. Sobre la pequeña mesa figuraba el libro abierto por un viejísimo grabado que reproducía lo que antiguamente se llamaban las Columnas de Hércules, el Estrecho de Gibraltar. Algo le rondaba por la cabeza. No podía dejar de preguntarse por el secreto que ocultaba el ostensorio de la ermita, todavía irresuelto. ¿Por qué Jean Claude Lavantier quería la custodia, robada de la ermita franciscana? ¿Qué relación tenía aquel objeto sacro con el grabado perteneciente al arquitecto Vitrubio y el *Homo ad Circulum* de Da Vinci? ¿Qué

buscaba realmente Cristóbal Colón, Ofir, la Anti Isla, Icaria...?

El pensamiento le goteaba, caluroso de bruma y salitre. El ambiente húmedo era opresor, cargado de electricidad estática. De pronto alzó la cabeza y gritó:

—¡Ya lo tengo! —Y con las mismas, sin darse cuenta de que se hallaba vestida con tan sólo el albornoz, salió disparada trotando hacia cubierta, llevando consigo el libraco. Asomó la cabeza por una escotilla; desgreñada, los ojos glaucos por las horas de intensa concentración:

—¡Lo tengo! —volvió a exclamar en cubierta, y todas las miradas se tornaron hacia ella. Los viejos marinos se quedaron sin aliento, como si hubiesen visto una sirena por primera vez en su vida. Ahora ya puedo morirme tranquilo, pensó más de uno, viendo a Leticia, esplendorosa, radiante de felicidad triunfal por lo que decía tener, con el pelo mojado como un cachorro y el hermoso cuerpo pugnando por librarse de aquel albornoz blanco que ahogaba su belleza.

Quique tragó saliva:

—Glub.

—La Mare de Déu —masculló Bas, cayéndosele el purito de regaliz de la boca.

—¿Qué tienes? —preguntó Cristian, caminando hacia ella desde el bauprés, con el contorneo presumido de quien se considera el más guapo y viril de a bordo.

—Ya sé por qué Cristóbal Colón no encontró lo que buscaba, y por tanto, nosotros tampoco.

Vicent Calabuig suspiró, poniendo los ojos en blanco. Empezaba a sentirse superado por semejante maraña de hipótesis y deducciones cosmográficas traídas por los pelos.

—¿Por qué? —preguntó Cristian, desconcertado por la actitud de su amiga, a la que nunca había visto tan lanzada.

—Porque confundió el meridiano de partida.

—¿Qué? —preguntó Calabuig.

—El meridiano de Ptolomeo no es el meridiano cero —dijo ella triunfante.

—Che, ¿cómo que no?

—No, porque cuando Ptolomeo creó su *Cosmographia* en el siglo II, todavía no existía esa cifra, el cero.

Quique pensó en ello durante unos segundos, y exclamó:

—¡Es cierto! No había pe... pensado en ello, pero tienes toda la ra... razón. El cero es un in... invento islámico que no llegó a Europa hasta el siglo V. De hecho, en muchos reinos cristianos el ce... cero no se adoptó hasta el siglo XII por ser un invento de los infieles mahometanos.

—Así que el meridiano de El Hierro no era el número cero..., sino el número uno... —discurrió Cristian, comprendiendo.

—Che, nunca se me habría ocurrido pensarlo.

—Pero entonces, eso quiere decir que... —Comenzó a reaccionar Cristian, deduciendo a toda máquina.

—... Que al considerar como cero el meridiano uno —completó Leticia—, Colón navegaba siempre quince grados más allá de donde se encontraba la isla que andaba buscando.

—Y te... teniendo en cuenta —secundó Quique— que un minuto de grado equivale a una milla náutica, el error cometido sería de una extensión enorme.

—Té collons.

—Eso es —asintió ella, saboreando su triunfo—; al contar como cero el que era en realidad el primer meridiano, Colón se pasó de largo, y gracias a tal error descubrió América.

—Pero si no era el que pasaba por la isla de El Hierro, ¿cuál era entonces el auténtico meridiano cero? —inquirió Cristian.

—Yo te lo diré: el que atraviesa el Peñón de Gibraltar —proclamó ella, buscando una página del volumen que había estado estudiando.

Cristian enmudeció, atónito. Vicent Calabuig intervino afirmando con la cabeza:

—Che, ¿pues sabes que vas a tener razón? Tú te refieres al meridiano de Cádiz.

—Sí —afirmó ella—, y ahora está claro: Colón interpretó erróneamente la información que manejaba. Debió partir desde el meridiano que pasa entre Cádiz y Gibraltar. Pero al hacerlo desde el meridiano que pasa por la isla de El Hierro, añadió a la ruta un huso horario.

—¡Bravo! —exclamó Calabuig—, le has enmendado la plana al mismísimo Cristóbal Colón.

Leticia cabeceó afirmativamente, dedicando una exultante mirada a su amigo Cristian, que a su vez la contemplaba parpadeando estupefacto. Cómo era posible que él no hubiese caído en algo así. Aquella mujer le tenía subyugado; ni siquiera podía entender cómo es que no había intentado seducirla, habida cuenta de la hermosa madurez que lucía. ¿Por qué a ella la respetaba y a las demás no? Él era un depredador, ninguna se le resistía, y en cambio a Leticia ni siquiera... Y entonces, de golpe, tuvo la certeza de que jamás tendría una mujer así, de que no se la merecía; pues alguien como Leticia concentraba todos los ideales de lo que había estado buscando en una mujer, sin encontrarlo hasta hoy. Era un seductor impenitente, que se reía del enamoramiento, un rompecorazones inclemente, pero por primera vez en su vida, el corazón que acababa de saltar por los aires hecho añicos era el suyo. Apartó aquel pensamiento desconcertante de su cabeza y preguntó:

—¿Pero por qué Cádiz, precisamente?

—Tiene su lo... lógica —indicó Quique, que acababa de comprenderlo—. Porque en Cádiz los jesuitas tenían la base de su flota de Indias. Allí habían creado en el siglo xvii un colegio para la formación de los ma... marinos destinados a sus galeones que hacían la ruta con el Nuevo Mundo. Ahora lo entiendo —asintió—, la Co... Compañía de Jesús tenía en España su propio me... meridiano cero: el meridiano de Cádiz.

—Los jesuitas, ¿eh? —evocó Cristian—, por lo que veo, andan siempre andan

detrás de todo.

—¿Pero qué buscaban? —preguntó Leticia, acordándose de cuando la Santa Alianza quiso utilizarla para descubrir lo que aquel espantable fraile dominico llamaba Punto Fijo.

Le respondió Quique:

—La Compañía de Je... Jesús reunía a los hombres más cu... cultos de la época, como en otro tiempo los habían reunido los franciscanos y los do... dominicos. Los jesuitas eran, y lo siguen siendo, expertos en astronomía. Bu... buscaban el hipotético punto geodésico que permanece quieto a pesar de los mo... movimientos de la Tierra sobre sí misma y alrededor del Sol; un punto equidistante de todo, sin magnitud, vinculando al pla... planeta con el sistema solar y el Universo entero. Un punto neutro y de gra... gravedad cero; por lo tanto, inmune al paso del ti... tiempo.

—Eso es lo mismo que dice nuestro compañero el marqués, pero mejor explicado —alabó Leticia.

—Hosti tú, lo que sabe aquí el chiquet —masculló Bas, orgulloso de su ayudante de navegación.

Cristian reflexionaba a toda velocidad. No podía dejar de relacionar las nuevas revelaciones con el hecho de que alguien hubiese pagado casi 4500 millones de pesetas por el Códice *Leicester*, donde se suponía que Leonardo da Vinci plasmó en clave la localización de aquel extraño lugar, el Punto Fijo. Un hipotético punto ideal como centro para controlar una red de satélites geoestacionarios. La cosa se tornaba cada vez más inquietante, rebasando lo meramente histórico y prolongando su sombra hacia los hechos del presente. Comenzaba a entender el interés del Gobierno español por llegar primero a ese hipotético lugar perdido en algún punto del océano.

Todos tenían la boca abierta y los ojos como platos, mirando a Leticia, remisos a admitir que *una mujer* hubiese deducido ella sola algo tan complejo. Transcurrió un silencio. Aquellos datos inesperados aportaban un nuevo enfoque a la misión secreta de Cristóbal Colón y los Pitagóricos. Se miraban los unos a los otros sin saber qué decir. Aunque al final todas las miradas confluían en Leticia, sentada en cubierta, la melena clara flotando al viento, como una sirena; envuelta en su albornoz blanco, inocente como el corderito de Norit, pero espléndida, fresca y madura como una sandía. Sí, allí estaba ella, como Blancanieves, rodeada de hombres que la miraban con deseo y admiración, en mitad del océano, semidesnuda, entre personas que le doblaban o triplicaban la edad, la experiencia de la vida, los conocimientos... Y sin embargo, acaparando el centro de atención, como el niño Jesús entre los doctores.

Finalmente, fue Cristian quien rompió aquella pausa mágica:

—El Punto Fijo —resopló—... Me pregunto por qué le interesará tanto a todos.

—Pu... pues a mí me su... suena —intervino Quique—, a un punto ge... geoestacionario similar al de los sa... satélites GPS en el espacio.

Cristian se volvió hacia él:

—¿Verdad que sí?

—Sí, y di... dicho punto coincidiría con Ofir, la isla de Sa... Salomón.

Entonces Cristian le miró con la cara transfigurada por la imprevista deducción. Quique coincidía plenamente con su hipótesis. Iba a decir algo, pero entonces Jaime Bas se quitó el palito de regaliz de la boca y se rascó la nuca, haciendo que todos bajasen del reino de los cielos:

—Collons, ¿pero dónde demonis está el punto tieso ese? ¿Y qué relación tiene con la isla que andamos buscando?

Calabuig intervino, secundando a su piloto:

—Ché, claro, porque hace días que deberíamos tener un rumbo, y aquí estamos aún, navegando entre conjeturas, valga la metáfora.

Leticia retomó la iniciativa:

—Tiene usted mucha razón, Vicent, y creo que no hemos avistado la isla porque todavía nos falta para llegar.

—Che, hija, ¿qué quieres decir?

—Que llevamos el rumbo adecuado, pero como partimos desde un meridiano anterior al de Cádiz, el de Barcelona, falta un poco para alcanzar el objetivo.

—¿Un poco?! —exclamó entonces Calabuig—. ¿Llamas un poco a casi seis grados de diferencia de longitud?

—Bueno, yo...

—¿Acaso no sabes que un grado de longitud equivale a sesenta millas náuticas? ¡Si es como dices, nos faltan casi 360 millas para nuestro hipotético objetivo!

—Hemos cometido el mismo error que Colón pero a la inversa —comprendió Cristian.

—Té collons.

—Sí —recalcó Calabuig—, pero para vuestra inormación, apenas nos queda el combustible justo para regresar. Si el viento falla nos quedaremos al paio en medio del océano.

—Glub.

—Así que urge dar pronto con una solución. Os doy un día más —dijo mirándoles con seriedad—; si mañana no tenéis ninguna forma real de hallar esa dichosa isla, daremos media vuelta y volveremos a casa.

Atardecía, el ocaso mudaba de tonalidad y las nubes filtraban todo aquel espectáculo que se derramaba por el inmenso horizonte de agua inabarcable. La proa del velero perseguía el ocaso, dejando atrás la oscuridad del mar hendida por una estela de espuma batida que se prolongaba cientos de metros a la zaga. No había anochecido aún, pero algunas estrellas ya brillaban incandescentes motejando el aire cristalino.

Leticia pasó el resto del día bajo la toldilla de popa, revisando mentalmente toda la información reunida, tan críptica y contradictoria. No dejaba de preguntarse qué relación existiría entre la custodia sacramental, el Arca de Noé, el *Hombre de Vitrubio*, el Punto Fijo, la isla de Salomón y la Icaria de los anarquistas utópicos. Tenía la sospecha de que aquellos datos escondían algún significado ulterior. Además, como había dicho Cristian, ¿a qué santo le interesaba todo eso al Gobierno español como para financiar una expedición secreta de semejante cariz?

Su intuición femenina le decía que el objetivo gubernamental de tan arriesgada singladura oceánica no era el tesoro de Salomón, como seguramente buscaba Jean Claude Lavantier, sino algo mucho más importante. Por eso la Iglesia andaba tan nerviosa, ya no disponía de la Santa Inquisición para frenar a esos nuevos alquimistas, herejes y Pitagóricos, que pretendían utilizar secretos cosmológicos ancestrales para dominar al mundo.

*«Pero quién soy yo para siquiera intentar resolver un criptograma ideado por los mayores genios del Renacimiento.»*

Y entonces le sobrevino la idea. Según había leído en el libro prestado por Quique, Leonardo llamaba *Hombre Zodiacal* a su célebre dibujo basado en la tesis de Vitrubio. ¿Por qué? Tuvo una corazonada: quizá lo que la tecnología no era capaz de resolver lo hiciese el hermetismo. No era descabellado suponerlo. Semejante madeja de acertijos, claves y criptogramas entre cosmográficos y teológicos sólo podía estar al alcance de un heterodoxo como lo era el atildado académico. Él mismo se había definido como aficionado a la astronomía y la astrología, luego entendía de horóscopos y zodiacos.

Con ese planteamiento en mente, Leticia se dirigió al camarote de Jaume Cadalfach, resolución no exenta de peligro, pues ya se había dado cuenta ella de que el aristócrata era un tanto mujeriego, a pesar de su proveya edad. Además, hacía tiempo que al asesor científico de la expedición no se le veía el pelo. ¿Qué tramaría encerrado en su tabuco? El petulante marqués, enfundado en un lujoso batín de seda verde, se hallaba consultando el viejo cartapacio de cuero repleto de documentos. Junto a él, tenía el ordenador portátil de Quique, encendido. Cadalfach la recibió encantado, estampándole un caballeroso beso en la mano, mientras con la otra cerraba el cartapacio para velar su contenido.

—Bienvenida a mi humilde morada en este navío en pos de la utópica Icaria.

Ella reprimió la risa y retiró su mano, formulando de paso una excusa, debido a lo avanzado de la hora.

—Oh, no, nada de molestia, al contrario. Siempre será para mí un honor hablar con la pupila que amadrinó la hija del insigne icariano Carles Montpalau...

Leticia dio las gracias, procurando mantenerse a prudencial distancia del maduro seductor, que la miraba con ojos brillantes de sinuosidad:

—Quisiera consultarle algo, don Jaume.

—Estoy a su entera disposición, mi bella princesa de los mares.

Tomaron asiento en la pequeña mesa de teca del estrecho camarote, donde reposaba el ajado cartapacio junto al ordenador; la vieja y la nueva ciencia, juntas.

—He descubierto que Leonardo da Vinci llamaba *Hombre Zodiacal* a su dibujo sobre las proporciones humanas según Vitrubio, y como usted afirma ser experto en astrología...

—En efecto —confirmó él, enarbolando su orgullo—, dicha materia celeste y arcana se halla entre mis modestos conocimientos.

—¿Y cree que el *Hombre de Vitrubio* tiene alguna relación con lo astrológico?

El marqués se atusó el blanco cabello repeinado e hizo un gesto de reserva intelectual.

—Precisamente me coge ultimando mis deducciones al respecto.

—¿Me puede avanzar algo? —Coqueteó ella, consciente de la debilidad del académico por el sexo femenino.

Jaume Cadalfach pareció dudar unos instantes, mostrando una leve reluctancia, pero finalmente accedió:

—De acuerdo, compartiré con usted mis humildes conjeturas.

Giró el ordenador para ponerlo frente a Leticia, pero justo entonces tocaron a la puerta.

—Adelante —gruñó el marqués, viendo cómo se desbarataba su incipiente galanteo.

—¿Se puede? —Eran Lacroix, Calabuig y Bas.

—Ah, capitán, tú no necesitas mi permiso en este tu barco —dijo adulator—; ni tampoco nuestro intrépido patrón —añadió dirigiéndose a Cristian—. Pero pasen, caballeros, pasen; llegan a tiempo para asistir a la exposición de mi modesta tesis como asesor histórico y científico de esta expedición.

—¿Pero es que usted sabe usar ese trasto? —dijo Calabuig, señalando al ordenador.

—Desde luego —el académico alzó la barbilla con jactancia—, la informática está entre mis...

—Humildes conocimientos —completó Leticia con sarcasmo.

Jaume Cadalfach carraspeó y se centró en el tema:

—Ejem, bien, he aquí mi deducción: tal como suponía, el célebre dibujo de



Leonardo da Vinci contiene plasmadas varias coordenadas geográficas en clave.

—¿Cuáles? —inquirió de inmediato Cristian.

—Me refiero a las posiciones cardinales hacia donde señalan las extremidades del *Hombre de Vitrubio*, desvelando así el criptograma o metáfora gráfica que ocultó Pitágoras en su Pentáculo cinco siglos antes de Cristo.

—¿Cómo, cómo? —preguntó Calabuig, interesado en ello.

—Fijaos —dijo Cadalfach, indicando la pantalla del ordenador con su ostentosa estilográfica de laca y oro—, he diseñado este sencillo esquemita refundiendo los datos que me he tomado la libertad de investigar con mis... modestos conocimientos del tema: el anagrama conocido como Pentáculo de Pitágoras sobre las proporciones armónicas del cuerpo humano respecto al cosmos; el grabado del arquitecto Marcos Vitrubio basado en la teoría pitagórica y el dibujo de Leonardo da Vinci, condensando y perfeccionando la tesis de Vitrubio:



—Interesante —admitió Cristian.

—Che, don Jaume —intervino Calabuig, reconociendo que aquello tenía su sentido—, a ver, explíquenos mejor cómo funcionaría eso para orientarse.

—Sí, por favor —pidió Cristian, asombrado por la deslumbrante conclusión del marqués.

—Pues verán ustedes —comenzó él, señalando el *Hombre de Vitrubio* con su pluma—, esto es lo que he deducido después de aplicar todos mis... ejem... modestos conocimientos: la alineación del ser humano desde la cabeza a los pies marca el eje o meridiano de todo el esquema, que se obtiene al plasmar una línea trazada justo por en medio de la figura, atravesándola verticalmente. Dicha línea simboliza el eje de la Tierra.

—Continúe —alentó Cristian, recordando los datos que le había transmitido al respecto Quique en Madrid hacía tan sólo unos días. Bas había dejado al muchacho de guardia en la corredera. Cristian hubiese deseado ir a buscarle, pero no quería perderse las explicaciones de Jaume Cadalfach.

—Bien —prosiguió el académico—, ahora veamos las extremidades multiplicadas: los brazos extendidos en horizontal y en ángulo recto con el eje representan el ecuador celeste. El brazo derecho en ángulo agudo con la pierna

izquierda en ángulo agudo refleja la máxima inclinación de la eclíptica en una de sus dos posiciones extremas anuales, o sea, el solsticio de verano. El brazo izquierdo en ángulo agudo en línea con la pierna derecha en ángulo agudo refleja la máxima inclinación de la eclíptica en el sentido opuesto al anterior, es decir, el solsticio de invierno.

—¡Asombroso! —exclamó Leticia, entusiasmada—. Ha descubierto cómo funcionaba el sistema de orientación.

El académico sonrió y le dedicó una gentil inclinación de su plateada cabeza.

—¿Pero que representa el Pentáculo? —inquirió Cristian.

—Buena pregunta —concedió el académico—, y la respuesta es la siguiente: el Pentáculo de Pitágoras es el origen de todo el enigma.

—¿Cómo?

—Observe que cada uno de sus cinco vértices señala hacia otros tantos puntos distintos en el cielo astral; deduzco que apuntan a las posiciones zodiacales que ocultó el gran sabio griego Pitágoras con su famosa estrella de cinco puntas, también llamada Tetragrámmaton.

—¿Posiciones astrales? —repitió Cristian, calibrando que de nuevo aquello tenía relación con el contenido del Códice *Leicester*, comprado por el anónimo coleccionista norteamericano.

—Orientaciones geocósmicas equidistantes al centro del mundo...

—¡El centro del mundo es el Punto Fijo! —Dedujo Leticia inmediatamente.

—Así es, mi sagaz dama, celebro que conozca el término, porque como ve, todas las coordenadas descritas se cruzan en un lugar de la figura humana, revelando la existencia no manifiesta de una sexta localización geocósmica, precisamente llamada desde el siglo XVIII Punto Fijo.

—¡Y ahí estaría Ofir, la isla de Salomón! —repuso Cristian—. Así que todo es cierto.

—Entonces —columbraba Vicent, tratando de comprender—, dice usted que todas las coordenadas se cruzan...

—En el ombligo del *Hombre de Vitrubio*, en efecto, mi querido capitán —asintió el marqués—. Por tanto, mi deducción es la siguiente: la isla que buscamos se hallaría en la intersección entre el meridiano principal de la Tierra y un punto determinado a mitad de recorrido de la eclíptica, entre los equinoccios de primavera y de otoño.

—¿Y eso qué tiene que ver con el Zodíaco? —preguntó Leticia—. Lo digo porque Da Vinci bautizó su dibujo como *Hombre Zodiacal*, aunque ahora lo conocemos como *Hombre de Vitrubio* u *Homo ad Circulum*.

—La veo muy enterada, mi bella dama —admitió el académico con cierto recelo—. Pero sí, es cierto lo que dice, y contestaré con mucho gusto a su pregunta: el Zodíaco, que por cierto proviene del griego *zoon diakon* («círculo de animales»), es un antiquísimo oráculo mesopotámico basado en las constelaciones visibles desde la

Tierra. Pero como planisferio celeste, fue desarrollado por el sabio griego Pitágoras de Samos en el siglo v antes de Cristo. Pitágoras estudió el aparente curso del Sol a través de las constelaciones, recorrido que conocemos como eclíptica, porque es en esa línea donde se producen los eclipses.

—Qué curioso —admitió Leticia.

—Espere, que ahora viene lo importante: Pitágoras descubrió que los antiguos símbolos mesopotámicos se delimitan a partir de los puntos equinocciales y solsticiales. Dicho de otro modo, el Zodíaco está formado por doce posiciones astrales iguales en longitud, cada una de 30 grados, que configuran el planisferio o esfera celeste, porque 30 por 12 dan los 360° del círculo. Visto así, el Zodíaco es la zona de la esfera celeste que se extiende 8'5° a ambos lados de la eclíptica o trayectoria aparente que el Sol describe alrededor de la Tierra en un año.

—De acuerdo —concedió Calabuig—, todo eso es muy interesante. ¿Pero de qué manera nos sirve para localizar lo que buscaba Cristóbal Colón? Lo digo porque tenemos cierta urgencia; se nos acaba el combustible para regresar.

—Pues mira, capitán —el académico se irguió con jactancia—, para encontrar la isla que buscaba, Colón siguió el rumbo de la eclíptica, navegando por la línea ortodrómica en dirección Oeste desde el meridiano cero hasta el antimeridiano. Dicho de otro modo: navegó siguiendo el rumbo del Sol hacia el ocaso, hasta el punto donde la Ecuación del Tiempo<sup>[9]</sup> da cero en la equinoccial...

—Té Collons.

—... y la Ecuación del Tiempo da cero en la equinoccial cuando se cruza con el antimeridiano, el 180, que coincide con el ombligo de la figura humana dibujada por Leonardo da Vinci.

—Resumiendo: que Colón utilizó el *Hombre de Vitrubio* para descubrir América —dedujo Leticia.

—Así es, mi gentil dama. Dilucidar todo esto sería una proeza técnica en el siglo xv, pero para nosotros, con el GPS, no hay nada más sencillo.

Cristian se volvió hacia ella:

—Ya ves, Leticia, después de todo, nosotros teníamos razón cuando el año pasado usamos el simulador de navegación y el GPS.

—Pero aún así no encontramos nada —puntualizó ella.

—Claro —replicó Cristian—, porque los datos del rumbo que figuran en el *Diario de a bordo* no son correctos, fueron tergiversados por el fraile dominico Bartolomé de las Casas para que nadie reprodujese el rumbo secreto del Almirante. Recuerda que el *Diario* no es el auténtico, sino una versión hecha varios años después del descubrimiento de América. El original fue llevado por Colón a Barcelona, tras volver de su primer viaje, y allí se le perdió el rastro.

—Bueno —zanjó Calabuig—, ya basta de charla, che. ¿Entonces qué hacemos?

—Muy sencillo, Vicent —reanudó el marqués—: para dar con la localización que buscamos, sólo será necesario que nuestro buen amigo el piloto, aquí presente,

traslade todas estas coordenadas geocósmicas que contiene el *Hombre de Vitrubio* al sistema de navegación del barco, y automáticamente nos conducirá al Punto Fijo.

El mar se había ido cubriendo con una neblina que parecía exhalar de las profundidades abisales. La superficie color lavanda se había tornado de un añil muy oscuro, y el cielo era invisible debido a la densa bruma que lo ahogaba. En tales circunstancias, los instrumentos de orientación basados en el sol y las estrellas no servían de nada, y encima el GPS parecía estar dando problemas desde hacía unas horas, como si perdiese la conexión satelital por momentos debido a imprecisas anomalías atmosféricas. Cristian Lacroix se había marchado pensativo a su camarote, lo mismo que Leticia. ¿Cómo es que Jaume Cadalfach sabía tantas cosas? El marqués se había quedado en su aposento, acariciando aquel desgastado cartapacio de cuero de donde lo había sacado todo, sumido en secretas cavilaciones.

Vicent Calabuig había concedido prolongar la singladura, mientras Jaume Bas había pedido a Quique, su ayudante, que introdujese las nuevas coordenadas en el ordenador de a bordo que portaba el velero, pero sólo por el resto de la singladura, pues lo cierto es que Bas no confiaba en ninguna de todas aquellas elucubraciones sobre islas perdidas y puntos geocósmicos. Ahora, hacía rato que Calabuig dormía su tradicional siesta, con la bendita paz de los que han dejado atrás toda pretensión mundana. La marinería, tras dejar en marcha el piloto automático y el pailebote a medio velamen, pues el viento era calmo y no exigía vigilancia especial, andaba oculta en la cocina bebiendo vino barato y jugándose a las cartas la paga mensual de jubilación. Era uno de esos momentos en medio de las tediosas jornadas en que se relaja la vigilancia.

La niebla era tan espesa que parecía una muselina flotante. Quique, que tenía turno de guardia, comenzó a inquietarse, pues la visión era prácticamente nula. Serían más de las cuatro de la tarde, pero no había ni rastro del sol y el GPS ya no transmitía la posición; estaban técnicamente perdidos. Todo el aire se había sumido en una opaca sombra opresora. Ante aquella extraña circunstancia meteorológica, Quique dudó sobre si debía abandonar el puesto de guardia y avisar a su amigo Jaume Bas.

De pronto, el viento comenzó a rolar, como impulsado por un ventilador gigante. El muchacho notó cómo las jarcias cobraban tensión, y arriba las velas se henchían de súbito gualdrapeando sobre su cabeza. Acudió a la bitácora y le echó un vistazo a los aparatos de navegación convencional, cuyo funcionamiento le había explicado el piloto. El compás continuaba su derrota sin novedad, el barómetro no se había movido, pero el anemómetro y la corredera indicaban el brusco cambio del viento. Calculó que el navío debía encontrarse navegando a unos cinco nudos. Lo percibía en la vibración de las cuadernas y la tensión del trinquete. Demasiada velocidad para este viejo cascarón, pensó inquieto.

La niebla todavía se había espesado más, y ahora ni siquiera divisaba la proa ni las bandas, donde apenas se distinguían a babor y a estribor las mortecinas luces verde y roja de posición. Se dirigió al tambucho y entró en la cabina de mando. El

radar estaba apagado, pues según había determinado el piloto, en aquella latitud no cabía esperar la presencia de ningún tráfico marino; se hallaban completamente alejados de las rutas de navegación. Quique decidió bajar y avisar a alguno de aquellos marinos jubilados, si es que todavía no estaban demasiado beodos, para que se hicieran cargo de la situación. Descendió por una escotilla. Estaba muy oscuro y tanteó orientándose por el vientre del velero. Entonces, un fuerte bandazo sacudió la nave; perdió el equilibrio con la escora, y al intentar recuperarlo, un bandazo opuesto le hizo caer hacia el otro lado y golpearse la cabeza contra un bao de la buharda. Cayó a plomo sin sentido.

Veinte minutos después, el marqués, vestido con su atuendo de regatista, salía de su camarote en dirección a los beques, para desaguar su aristocrática vejiga. De pronto se tropezó con algo blando que había en el suelo. Se agachó y comprobó con estupor que se trataba de Quique, el grumete de la nave. Entonces percibió la escora y los bandazos del barco; el velero estaba en peligro. Corrió en dirección a cubierta abandonando al muchacho. Cuando salió al exterior y vio la oscura niebla que lo invadía todo como el humo del infierno, y el viento que azotaba las velas a medio palo, sintió un estremecimiento de pánico.

En ese instante, Vicent Calabuig salía también a cubierta; los bandazos y su fino instinto marinero le habían despertado de la siesta.

—Che, ¿qué demonios está pasando?

Se agarró a la borda y se dirigió a toda prisa hacia la cabina, procurando mantener el equilibrio, mientras los primeros rociones baldeaban las tablas y el aparejo. Al llegar a la cabina de mando cambió el canal de radio y comenzó a escuchar las noticias del tiempo en la zona. Alarmado, conectó el radar y se colocó un chaleco salvavidas.

—¡Don Jaume, che, no se quede ahí como un pasmarote, avise a los demás! — gritó, mientras esquivaba el trinquete y se dirigía a la bitácora. Cuando llegó, desconectó el piloto automático y se dispuso a maniobrar de forma manual, mientras lleno de asombro contemplaba la velocidad en la corredera: seis nudos y aumentando.

El pailebote se escoraba peligrosamente con el viento cabriolando sin control. Hubo una explosión de agua y espuma, y los obenques de barlovento se tensaron rechinando como cuerdas de arpa. Calabuig sujetó con fuerza el timón en un intento de presentar la armura al mar; con eso el barco recuperó un poco de equilibrio, causando un movimiento de deriva más lento y pausado. Resopló aliviado, mientras viraba diestro por avante.

Los tres marinos acababan de subir a cubierta sorprendidos por los bruscos bandazos de corrección. El capitán ordenó a Martorell reducir trapo para desacelerar la nao, pero con la confusión, la niebla y los rociones cada vez más fuertes, Flaquer salió despedido por la borda, quedando enganchado en el guardamancebos.

—¡Hombre al agua!

Los compañeros acudieron en su rescate. Una ronza causó entonces un súbito

desplazamiento lateral. Los marinos perdieron el equilibrio, Flaquer hundió medio cuerpo en el mar mientras el barco caía a sotavento.

Un sonido agudo intermitente atravesó el fragor del viento y el mar, llegando hasta Calabuig.

—¡El radar! —gritó—, ¡Bas, ve a ver qué pasa con el radar!

Cristian asomaba en esos momentos, y el capitán le hizo urgentes señas para que se acercara. Los marinos acababan de sacar del agua a su remojado compañero, que tiritaba aturdido en la amurada. Cristian avanzó como pudo hasta la bitácora.

—¡Mantén el timón en la derrota! —gritó Calabuig para hacerse oír.

—¡¿Qué sucede?!

—¡El sonar ha captado algo, voy a ver qué es!

El insistente sonido de alarma atravesaba silbante el estrépito del oleaje. Cristian sujetó el timón con todas sus fuerzas, sorprendido por el radical cambio meteorológico, típico del Caribe. Al salir del camarote, Leticia se tropezó con Quique, sentado en el suelo con un golpe en la cabeza, y le ayudó a llegar a su litera. Mientras tanto, los tres viejos marinos trataban de alcanzar la cabina para preguntarle al piloto por la maniobra que debían efectuar en el velamen. Calabuig acababa de llegar frente al radar. El sonido de alarma se le colaba en los sesos como un estilete invisible. Horrorizados, Bas y Calabuig, contemplaron la señal luminosa en la pantalla. Una mancha negra aparecía y desaparecía tras el barrido electrónico... justo enfrente de ellos.

—¡La Mare de Déu! —exclamó el piloto—. ¡Qué es eso!

Leticia entró en la cabina.

—¿Qué sucede, capitán?

—Hay algo delante de nosotros...

—¿Algo?

—... muy grande, y a menos de dos cables —completó Calabuig con la voz temblando de preocupación. Luego, dejando al piloto en la cabina, corrió hacia popa a toda prisa, seguido de Leticia.

—¡¿Qué hacemos, capitán?! —le preguntaron los marinos—. ¡¿Arriamos trapo?!

—¡Demasiado tarde! —respondió Calabuig, lanzándose literalmente sobre el timón—. ¡Tenemos algo delante, hay que apartarse a toda prisa o vamos a embestirle!

Cristian le dejó sitio y el capitán aprestó con fuerza las cabillas.

—¡Enciende las máquinas, Martorell! —le ordenó a su segundo. Los marinos le miraron extrañados. ¿Para qué querían más potencia con semejante vendaval impulsándoles a todo trapo?

Entonces Calabuig añadió enfurecido:

—¡Hay que dar contramarcha!

Martorell corrió a la cabina; Leticia se había colocado un chaleco salvavidas, y por la banda de sotavento trataba de acercarle otro al remojado académico, que vomitaba su mareo resbalando por la cubierta con todo su vistoso atuendo de regatista

hecho una pena. Quique gemía tendido en la litera de su camarote, doliéndose del chichón en la cabeza.

De pronto ocurrió.

Una enorme mole de piedra apareció ante la proa, a menos de doscientos metros. El pailebote se dirigía fatalmente directo hacia aquella cosa que acababa de surgir de entre la espesa niebla.

—¿Qué es eso?! —gritó Leticia, agarrotada de miedo.

—¡Dios santo, no lo sé!

—¡Hosti tú!

Una formidable masa pétreo, una negra peña erizada por peligrosos rompientes como un descomunal islote cortado a pico, surgía del agua ante el diminuto navío.

—¡Atención, escollos! —gritó Bas.

—¡Vamos derechos hacia eso!

—¡Es la isla perdida! —exclamó Cristian.

—¡Icaria, Icaria! —prorrumpió el marqués, enfebrecido.

—¡Martorell —bramó Calabuig—: contramáquina, ya!

Era un anciano, pero en esos momentos parecía el Coloso de Rodas, con las piernas abiertas para aguantar la escora, con la rueda del timón bien firme entre las rudas manos, empapado y fiero ante la impresionante locura desatada de los elementos. Pero el motor, escaso de combustible, no terminaba de cobrar las revoluciones necesarias para impulsar el peso y la energía cinética de la nave.

Entretanto, Cristian y Leticia, alucinados ante el espantoso arrecife, trataban de anclarse a un baquestay para no ser barridos por el oleaje.

—¡No os amarréis —les gritó el capitán al darse cuenta—, si naufragamos es mejor estar libres para nadar!

De pronto el barco sufrió un estremecimiento. El motor diesel roncaba recién encendido, aumentando potencia, y la hélice giraba enloquecida en dirección opuesta a la marcha. El velero acusó un retroceso y la velocidad amainó de golpe; ahora la proa cabeceaba intentando acomodarse al brusco frenazo. Pero no era suficiente, la estrepada empujaba a la nao directa hacia la fantasmagórica aparición rocosa surgida en medio del mar.

—¡Nos arrastra la inercia! —Se dio cuenta Leticia, alarmada.

—¡Más potencia, a toda máquina!

El eco del radar seguía avisando con insistencia la presencia inmediata de la ciclópea mole vertical, puntiaguda como una cumbre montañosa humeando ceniza espesa igual que un sahumero diabólico.

—¡Todo a babor! —gritó Calabuig girando el timón con decisión—. ¡Agarraos como podáis!

Un inmenso crujido sacudió al barco desde los mástiles hasta la sentina.

—¡Oh, Dios, vamos a morir!

—¡Contramarcha! —voceó el capitán a su segundo. Ferrand y Flaquer templaban



las jarcias para acomodarlas a las nuevas circunstancias. Justo en esos instantes, el barco comenzó a girar escalando el oscuro oleaje ya próximo a los afilados contornos del escollo gigante. La banda de estribor pasó a tan sólo veinte metros de los primeros rompientes, mientras ahora, la arrancada del viraje continuaba apartando al *Santa Eulalia* del islote gracias a la acertada maniobra evasiva de Calabuig.

La opaca humareda hollinosa desapareció de pronto absorbida por el mar. El gigantesco velo de ceniza que oscurecía el ambiente se disolvió en el aire, dando paso a un cielo luminoso y sin límites. El radar silenció de golpe, y en su pantalla no quedó el menor eco electrónico del islote, como si nada hubiese ocurrido. No lo habían comentado entre ellos, pero todos habían comprendido tácitamente que aquel fantasmal arrecife volcánico en el que habían estado a punto de zozobrar sólo podía ser una cosa: la isla encantada del rey Salomón. Las coordenadas geocósmicas deducidas por Jaume Cadalfach eran las correctas, introducidas en el ordenador de a bordo, había terminado conduciendo al barco derecho contra la misteriosa isla. El sistema de orientación de los Pitagóricos había funcionado.

## IV

*Muchas personas, después de haber encontrado el bien, buscan todavía y encuentran el mal*

**Leonardo da Vinci**

# 1

Semanas después de su regreso, Leticia recibió con estupor una curiosa oferta profesional. Una cadena de televisión extranjera le proponía ser la protagonista de un acto público para explicar su aventura oceánica, ya que pretendían filmar un reportaje sobre la búsqueda de la isla perdida de Colón, nada menos. La presentarían como la «joven historiadora catalana», y su cometido consistiría en mostrar los resultados de la expedición oceanográfica que había dado como resultado el hallazgo fortuito de un islote volcánico en la zona conocida como Triángulo de las Bermudas, y presentar el proyecto de búsqueda financiado por la citada emisora televisiva, que ya tenía título: *La misión secreta de Cristóbal Colón*.

Leticia aceptó sin saber que todo aquello formaba parte de un inmenso montaje mediático para encubrir lo que verdaderamente le interesaba al astuto jefe de los servicios secretos de Inteligencia militar, el general Alonso Betancurt. Ni la cadena de televisión, ni siquiera los propios expedicionarios sabían que semejante despliegue no era más que una gran cortina de humo ideada para desviar la atención de algo mucho más inquietante, y que podía sacudir los cimientos del Estado de llegarse a conocer. Algo que sólo sabía el general y la persona para quien cumplía órdenes.

Aquel día amaneció en Barcelona con la noticia de la extraordinaria proeza de un grupo de aventureros locales que habían reproducido el viaje de Colón en un velero de época. El acto se organizó en el Hotel de las Arts, situado en la nueva zona portuaria. Lo más resaltado de la jornada era la exposición de las diversas hipótesis documentales que avalaban la existencia de la Anti-Illa que buscaba Cristóbal Colón. Intervinieron expertos oceanógrafos, historiadores y científicos, que expusieron sus opiniones respecto al hallazgo de un islote negro que parecía emerger del mar ante determinadas condiciones geocósmicas. Al final de las exposiciones históricas y científicas le tocó el turno a Leticia, la «intrépida historiadora y expedicionaria oceánica».

Sin tiempo para digerirlo, las circunstancias la habían convertido de la noche a la mañana en una estrella local. La conmoción suscitada por el posible hallazgo marítimo alcanzó un gran impacto en Barcelona, y Leticia, poco acostumbrada a foros de tamaño magnitud, estaba muy nerviosa. Había bajado de su piso en el Ensanche rodeada de ayudantes y patrocinadores de la convención, bellísima en un traje chaqueta y pantalón de color crudo firmado por Armani, recién estrenado para la ocasión. Morena por los días de sol y mar, radiante y más hermosa que nunca. La aventura la había curtido en todos los sentidos. Incluso los restos de su antigua candidez le daban un halo de mayor encanto que arrebatava a cuantos se acercaban a ella para felicitarla por el importante descubrimiento.

Un lujoso automóvil de la cadena televisiva la condujo hasta el hotel, y al bajar atravesó como en un sueño la metralla de *flashes*, caminando por la alfombra roja hasta el interior. El gran salón estaba abarrotado. Presentaciones, felicitaciones,

sonrisas... Había políticos, empresarios, famosos, y el público aplaudía emocionado como si aquello fuese una película de estreno. Leticia ocupó su puesto en la mesa presidencial, las cámaras de televisión encuadraron primeros planos, sin saber que alguien observaba con atención su bello rostro angelical sentado frente al televisor.

El proyecto documental *La misión secreta de Cristóbal Colón*, estaba indicando en estos momentos el mantenedor del acto, había querido ser un homenaje al gran Almirante de la Mar Océana. Leticia estaba nerviosa, pero aguantaba; se llevó una gran alegría cuando desde su puesto en la mesa presidencial distinguió entre el público a sus amigos, Quique, Vicent Calabuig, y sus valientes marineros, saludándola emocionados con amplias sonrisas rebosantes de satisfacción. Sin embargo, el marqués de Oriol no se hallaba presente, ni tampoco su amigo Cristian; Leticia lo buscó con la mirada, pero no pudo localizarlo. Hacía semanas que no le veía. La última vez que habló con él fue la noche del desembarco.

Acabaron todas las aburridas intervenciones, llenas de teoría y datos, y entonces el mantenedor cedió el turno a Leticia. En ese instante, los organizadores proyectaron sobre la pantalla de vídeo gigante instalada en el fondo del escenario la imagen del planisferio de Copérnico, el mismo que había sido proyectado en la Basílica de San Pedro. Aturdida por la inesperada fama que se le venía encima, Leticia se acercó al micrófono y comenzó a leer el pequeño discurso que había redactado apresuradamente para la ocasión:

—El Renacimiento —comenzó, y su voz sonó con potencia en la megafonía—. El Renacimiento fue el mayor hito histórico para el arte y el mecenazgo, pero también para las grandes expediciones hacia Oriente; el sueño de muchos por encontrar las tierras de Marco Polo, donde abundaban las especias, el oro y las piedras preciosas. En aquella época, el Humanismo y la Ciencia ganaban terreno a la superstición y al hermetismo, desvelando lo que hasta entonces eran misterios inescrutables de la naturaleza. Los hombres del siglo xv y del xvi soñaban con lugares utópicos y lejanos, llenos de prodigios sobrenaturales. Los marinos creían en monstruos que amenazaban sus barcos y en sirenas que les arrastraban a los abismos, pues todavía eran pocos los que aceptaban que la Tierra era redonda; aún menos los que creían que giraba en torno a su eje y casi ninguno podía admitir que se trasladase alrededor del Sol...

En ese momento entraba en la sala el marqués de Oriol, vestido con un impecable terno azul marino y pañuelo de seda en el bolsillo superior de la chaqueta, empuñando uno de sus mejores bastones. Se quedó de pie a la entrada, escuchando con admiración a tan bella musa inalcanzable, mientras ella proseguía su discurso:

—Es cierto que abundaron las maquinaciones, el espionaje, las intrigas, el expolio de documentos y las conspiraciones de estado... Pero con ello se perfeccionaron los navíos y los sistemas de orientación y se desveló la existencia de nuevas tierras y civilizaciones. Se preguntarán ustedes qué buscaban aquellos expedicionarios de hace cinco siglos. Qué secreto buscaba Cristóbal Colón *allende los mares*...

Leticia suspiró, levantó la cabeza de los papeles y pasó su mirada sobre el amplio auditorio. Tras unos instantes prosiguió:

—Quizá sea lo mismo que hemos ido a buscar nosotros...

El público estaba tan expectante que ni siquiera parpadeaba. Ella miró a Jaime Cadalfach, que la observaba desde lejos, y dijo:

—Puede que tan sólo busquemos lo que el ser humano persigue desde el primer instante en que abre sus ojos a esta vida limitada: trascender, ir más allá de nuestras limitaciones, como Ícaro en pos del sol.

Leticia terminó de modo rotundo:

—Y desde luego, Cristóbal Colón lo consiguió.

Hubo un silencio reflexivo. Ella ordenó sus papeles y bajó del estrado de oradores. Y entonces la sala estalló en aplausos. Desde los asientos le vitoreaban entusiasmados Vicent, Quique y los recios marinos jubilados, la tripulación al completo, vestidos con sus mejores galas, emocionados por lo bien que hablaba aquella mujer, que además era tan guapa.

Todavía continuaban los aplausos, cuando de repente ocurrió lo inesperado. Desde el fondo del salón llegó primero un murmullo de voces. Luego el rumor inicial se hizo más fuerte y se alzó un revuelo repentino. Una figura patética acababa de aparecer en medio del pasillo. El marqués le miró de arriba abajo, sin comprender quién era semejante fante. Leticia, que no se había sentado todavía en la mesa del estrado, lo reconoció al instante. ¡Cornelio Delmonio, el espantable fraile dominico que había intentado abrassarla en la Spécola!

—¡Sacrilégio, anatema! —gritaba aproximándose con su andrajoso hábito—. ¡Maldita hereje, ha revelado públicamente el *secretum* del Punto Fijo!

Los aplausos cesaron de golpe. La gente se había quedado tan sorprendida por la aparición que fue incapaz de hacer nada. Delmonio avanzaba con la cara desencajada, berreando una letanía inquisitorial, blandiendo un crucifijo con la mano izquierda:

—¡... *Ibidem ifne et flammis igneis accensis concremetur et comburatur...*!

Leticia estaba clavada en el escenario; le contemplaba muda, viendo cómo se acercaba por el pasillo. En un momento dado, a unos cuarenta metros del estrado, fray Cornelio se paró, metió la mano derecha entre los pliegues del hábito y sacó un viejo revólver. El gentío se quedó congelado en sus asientos, pensando quizá si aquella súbita irrupción formaba parte del espectáculo, algo así como un *reality show* de la tele.

—¡El *secretum* del Punto Fijo pertenece a la *Sanctae Ecclesiae Catholicum*! —gritó Delmonio, sacudido de ira.

Acto seguido, alzó el crucifijo y blandió el arma en dirección al estrado. La gente se hundió en sus asientos, contemplando alucinados la grotesca escena.

El dominico amartilló el revólver y disparó contra la imagen proyectada del planisferio:

¡Bang!

—¡Ah, *raptus dementiae*! —chilló.

Efectuó un nuevo disparo contra la pantalla, intentando destruir el planisferio de Copérnico.

¡Bang!

—¡*Hereticum igne comburatur*!

Y ahora sí, el gentío estalló en alaridos. Al instante, se desató la desbandada; muchos comenzaron a levantarse tratando de ganar la puerta de salida. El público se dispersó en instantes presa del miedo. Leticia, que se había dejado caer sentada en su escaño, acababa de darse cuenta de que había sido alcanzada por el segundo disparo. Miraba estupefacta la fuentecilla de sangre que le manaba de la herida, manchándole su elegante traje claro de Armani.

«*Voy a morir*», pensó mientras se le cerraban los ojos y la escena del gentío en estampida se desvanecía como un fundido a negro.

De niño, Quique tenía pánico a la oscuridad y se meaba en la cama. Para corregir tales defectos de la personalidad, sus padres actuaban con extremo rigor, encerrándole como castigo en la intimidante y cavernosa biblioteca de la casa, siempre oscurecida y poblada de presencias librescas que la transitaban flotando como almas en pena escapadas de los tomos. Y él, para espantar el miedo que le daba ser enterrado en semejante panteón literario, terminó leyéndoselo casi todo y aliándose con la multitud de personajes irreales que vivían ocultos entre las páginas.

Castigándole allí, sus padres sólo consiguieron que Quique se refugiase todavía más en el mundo interior imaginario que se había forjado para no sentirse naufrago en aquella isla de papel. Y por eso, en lugar de estudiar Empresariales, como pretendía su padre, Quique se matriculó en Literatura Comparada. Como resultado, ahora era un chico desaliñado y más bien poco práctico en las tareas domésticas y la vida cotidiana, pero todo un erudito, capaz de relacionar cualquier suceso de la vida con lo que ya estaba plasmado en los libros. La vida real no le interesaba mucho, él prefería caminar por las nubes, imaginando historias y con la cabeza llena de aventuras y personajes.

Había sufrido mucho durante los primeros años de su destierro en Alicante, solo en aquella casa tan antigua y tan grande, teniendo que hacérselo todo y sin saber hacer nada. Por eso, el año junto a Chelo había sido el mejor de su vida, pues debajo de la epidermis de adolescente rebelde y enfangada en el arroyo del vicio, Chelo escondía una chica deseosa por establecerse, acomodarse y fundar un hogar, equivalente a la casa de muñecas que no había podido tener durante su cruda infancia de pobreza y vejaciones. La ocasión de sentar la cabeza le había llegado con aquel buen muchacho tímido y torpe, pero de tan noble corazón que resultaba imposible no encariñarse.

Después de tanto tiempo explotada sexualmente y de malos modos a cambio de droga o de comida para seguir viva, lo suyo con el Principito de Toledo había sido un flechazo, desde luego. Pero un flechazo como el que recibimos cuando vemos un cachorrito en una tienda de animales y ya no podemos irnos a casa sin él. Quique, con su mirada siempre absorta y un poco implorante, su encanto desaliñado y aquella forma suya enciclopédica y balbuciente de hablar, no era demasiado diferente a una mascota fiel, a poco que le brindasen un mínimo de atención y cariño. Chelo, experta en salir adelante y bregar con la más adversa realidad, se preguntaba cómo aún había personas así en el mundo, con tan alta educación cultural y tan escasa experiencia de la vida.

Y ahora él se había quedado de nuevo solo, pues los integrantes de la divertida expedición marítima en la que había tomado parte se habían ido cada uno por su lado: el marqués a su torre de oro y petulancia; los viejos marinos a su aburrida existencia de jubilado en la residencia o en casa de la nuera; Cristian Lacroix en pos de nuevas

aventuras, conquistas femeninas y dinero que ganar; y en cuanto a Leticia, tras el disparo propinado por aquel frailuco demente, y su posterior ingreso en el hospital, Quique ya no la había vuelto a ver. No creía correcto molestarla, pues ya se había dado cuenta durante la travesía que aquella mujer arrastraba como él un pesado lastre de carencias emocionales.

Ni pensar en volver por Alicante, de donde por fin se había desligado, pues aunque no tuviese contacto directo con la familia, estaba unido a ella por medio de la casa que habitaba y las poco frecuentes pero lastimeras llamadas que recibía de su falsamente preocupada y superficial madre; sólo interesada en saber si su retoño se había ya despabilado un poco y podía volver al redil como la oveja descarriada, para ir ocupándose paulatinamente de asuntos más serios y pecuniarios. En el futuro, Quique tenía que ser un hombre de provecho, legatario de la honorable casa bodeguera, pues era el único hijo varón del matrimonio. Pero ahora, con la deserción de su puesto junto al navegador virtual de la Universidad, su escapada sin dejar aviso y su año entero sin la menor señal de vida, todo vínculo laboral y familiar había quedado roto definitivamente.

Lo que más detestaba el señor Arlanza es que su pusilánime hijo tuviese tantos pájaros en la cabeza. De niño, Quique se pasaba las horas ingeniando historias, y en vez de dar patadas al balón o pedir una bicicleta, o cuando creció, una moto, como la mayoría de los chicos de su edad; Quique seguía siendo el chaval tímido y solitario que se había construido un mundo interior tan enrevesado que a veces se perdía en él, incapaz de distinguir ya entre la realidad y la ficción.

El caso es que ahora, de adulto, tras su paso por los distinguidos colegios privados y los estudios parisinos de Literatura Comparada, Quique había sacado de todo aquello una pasmosa facilidad para unir conceptos, crear hipótesis e ir más allá de las apariencias. Por ejemplo, su inquisitiva mente había retenido todos los datos y argumentos desde que se alistase al improvisado grupo del millonario belga Jean Claude Lavantier, y aquello le había encantado, claro, porque lo de un buscador de tesoros, un mercenario del arte, una patosa como Leticia y una chica tan desinhibida como Chelo, sonaba cien por cien a cómic de acción y aventura. Añádasele a ello la oferta de los servicios secretos españoles para formar parte de su plantilla de *fontaneros*, y así se comprenderá el estado de excitación que Quique sufría en estos momentos dentro de su cabeza.

Su mente no había parado de maquinarse y anudar conceptos, desde las manipulaciones en el navegador virtual y el GPS, hasta la increíble aventura oceánica en un velero de verdad y el avistamiento de aquel islote negro, en el que habían estado a punto de naufragar. Sin embargo, lo peor de todo es que había perdido a Chelo por el camino, pues ella no compartía el ingenio del muchacho. En realidad, nadie tenía la suficiente imaginación como para seguirle la corriente; terminaba



cansando al más pintado.

Y en cuanto a Chelo, su vida de gato callejero era lo más alejado a los mundos imaginativos en los que vivía Quique, siempre flotando por encima de la cruda realidad. Se habían llevado muy bien durante un tiempo, pues ambos disfrutaban al principio tales diferencias. A ella le hacía gracia ese chico tan zompo, tímido pero inteligente y de buen corazón, aunque estuviese un poco volado. A él le gustaba la descarada muchacha de mala nota que habitaba en Chelo, con todo lo mucho que sabía de aquellas habilidades impúdicas con las que Quique alucinaba en la cama. Jugando a médicos, ella lo trataba como al osito de peluche que jamás había tenido. Y él se dejaba, pues nunca le habían dedicado tantos mimos en toda su vida. Ella era tan experta y él tan amateur, que la relación se mantenía viva por mero contraste. Eran el Principito y la putilla, una historia de fábula, sí, como la del Príncipe y la Cenicienta. Pero sin final feliz.

Por eso se quedó en Barcelona y se las apañó como pudo. Era difícil, pero salió adelante con su voluntad, adquirida como capas de duro esmalte durante los años de internado. Todavía le quedaban unas pocas reservas de la cantidad económica ingresada por Jean Claude Lavantier y su paga como *fontanero* de los servicios secretos del Estado. Lo primero que hizo es una lista de instrucciones con los pasos a seguir: buscar un apartamento o un estudio pequeño y barato, llenarlo de libros, localizar el súper más próximo, comprar Cola Cao, huevos *Kinder* y donuts; encontrar la biblioteca, la tienda de cómics y el cine del barrio y volver a montarse su mundo personal rodeado de libros y tebeos.

Pero como había sido educado para no gandulear y realizar siempre una tarea de provecho, en cuanto tuvo más o menos organizada su precaria vida doméstica, comprendió que necesitaba tener un trabajo serio en el que ocuparse. Pensado y hecho: continuaría con las investigaciones iniciadas sobre Cristóbal Colón y su isla perdida. Quería saber qué relación había entre el Punto Fijo con los utópicos catalanes del siglo XIX que creían en la existencia de Icaria, tal como le había oído explicar al marqués de Oriol durante la travesía marítima.

Para ello, Quique comenzó su periplo de visitas e indagaciones visitando los lugares relacionados de cualquier modo con el inventor del submarino, Narcís Monturiol, y sus delirantes amigos anarquistas y utópicos. Luego extendió sus pesquisas por los archivos del Museo Marítimo, el Instituto de Estudios Colombrinos, los antañones fondos de la biblioteca Arús, desenterrando de sus nichos de polvo y olvido todos los rancios libros sobre anarquismo, liberalismo republicano y masonería catalana que halló en su exploración por las apolilladas librerías de lance. Visitó la réplica del submarino *Ictíneo* que hay en el puerto, frente al barrio de la Barceloneta, y comenzó a enlazar los cada vez más abundantes cabos sueltos que le salían al paso. Pero cuanto más ahondaba en el asunto, más confusión acumulaba.

Leticia sobrevivió al incidente. El disparo de Cornelio Delmonio no alcanzó ninguna parte vital, y además, el arma era un revólver de pequeño calibre, viejo y desajustado. Sin embargo, el hecho le sirvió para bajar de las nubes y poner los pies en el suelo. Es cierto que continuaban lloviéndole requerimientos y ofertas mediáticas para narrar cómo se había producido el hallazgo de la posible isla perdida de Colón; pero durante los días que estuvo internada en el hospital, mientras inundaban su habitación con ramos de flores y los periodistas hacían cola en la puerta para preguntarle quién era aquel espantable fraile y qué tenía contra ella, Leticia tuvo tiempo de reflexionar sobre lo que de verdad debía de hacer antes de continuar con su vida. La respuesta era clara: arrojar luz sobre su desconocido pasado y descubrir qué oscuro mar de fondo se agitaba en lo más hondo de su existencia. Sin ello, jamás tendría una identidad personal. Sería siempre la ahijada de doña Rosa Montpalau.

Pidió el alta en el hospital, a pesar de que aún no estaba totalmente restablecida, y se marchó a directamente a casa. Seguía residiendo en su piso de alquiler en el Ensanche, anticuado pero espacioso; situado en un troquelado edificio frío e impersonal, uno de tantos bloques octogonales, rectilíneos y clónicos de los que había diseñado el masón Ildelfonso Cerdá emulando el utópico modelo urbano que había descrito Etienne Cabet en su *Viaje a Icaria*. Aquella coincidencia no le podía pasar desapercibida; la misteriosa isla perdida perseguía obstinadamente a Leticia como un perro vagabundo a quien has mirado por la calle con lástima sin darte cuenta, y luego no hay forma de quitártelo de encima.

En la cocina, sobre un armario, Leticia guardaba con pena al gato *Fausto*, disecado a trasquilones. Según lo relatado por la policía, el viejo gatazo había muerto a manos del asesino de doña Rosa. Los otros gatos habían huido a la menor señal de peligro, pero *Fausto*, fiel hasta el último latido de su noble corazón felino, había intentado defender a su dueña de un enemigo impensable, y había recibido el primer cuchillazo mortal. Habría expirado hasta el último aliento con la esperanza de ver aparecer a Leticia de un momento a otro para que le curase aquellas horribles heridas por las que perdía la vida a borbotones. Pero Leticia estaba muy lejos de allí.

Tal como le dijo la policía, *Fausto* era el único testigo, el único que había visto al asesino de doña Rosa. El crimen seguía sin resolverse y el criminal andaba suelto. O quizá no, porque si el asesino era el *cavaliere* vaticano, como ella suponía, ahora estaba muerto, había perecido en el incendio al no poder salir del cuarto en llamas. Por eso ella no quería volver por la Casa de las Palomas.

Leticia se alzó de puntillas y alcanzó al animal de lo alto del armario, pero al hacerlo, algo resbaló hasta el suelo. Se agachó y lo recogió; era la cuartilla entresacada del testamento, donde la anciana consignaba que «mi fiel *Fausto* será el

depositario final; su muerte ocultará los mayores secretos de mi vida». Hasta ese momento Leticia no le había prestado atención a tal extravagancia, pero pensándolo mejor... El depositario de sus secretos... ¿Qué había querido decir doña Rosa? ¿Acaso había perdido el juicio debido a la senectud y la soledad? A muchas personas mayores les ocurre: terminan por hablarle a sus mascotas, pensando que de verdad les entienden.

Pero entonces algo cruzó por su mente como una centella. Abrió el cajón de los cubiertos, sacó un cuchillo y lo clavó sobre la panza disecada del gato. De su interior escapó una lluvia de polvo y serrín que cayó como una nieve sucia en el fregadero. Metió la mano por el descosido y hurgó en el reseo interior, aguantándose la pena que le daba profanar a *Fausto* de aquella indecorosa manera. Y de pronto su mano tropezó con algo; la extrajo del vientre relleno de virutas y alambre llevando consigo un rollo de papel. Con el corazón saltando desbocado, lo desenrolló y lo depositó sobre la mesa de la cocina. Había varios folios arrugados. Los aplanó con cuidado y enseguida reconoció la insegura y temblorosa caligrafía de su anciana madrina.

Leticia experimentó un súbito temblor mientras pasaba su vista por aquel hallazgo. ¡Un testamento secreto! Y el maldito notario no se lo había dicho. ¿Pero por qué? ¿Acaso cumplía órdenes de doña Rosa? ¿O había sido una broma de mal gusto? No comprendía de quién había podido partir la grotesca idea de ocultar un escrito de doña Rosa dentro del pobre animal embalsamado. Era como dejar lo que allí se revelase a juicio del destino, como lanzar al mar un mensaje dentro de una botella. Y la botella había llegado finalmente a sus manos. Leticia se sirvió un café con leche y se dispuso a penetrar en el secreto profanado de una leyenda olvidada. No debió hacerlo, pero ella no sabía entonces que toda leyenda encierra una verdad dormida, y que despertarla puede resultar muy peligroso.

«Querida Leticia: si has encontrado estos folios ocultos, disponte a leer una trágica historia, como las que narran las novelas de crimen y castigo: esta leyenda trata de los amores prohibidos entre un joven seminarista jesuita y una modesta muchachita de catorce años, heredera de un ancestral secreto de familia. El seminarista había conocido a la chica, llamada Marina, en una de las ocasiones en las que fue mandado por sus superiores a repartir limosna entre los barrios más pobres de Barcelona. Cuando él supo quién era ella y el secreto que ocultaba, inmediatamente quiso hacerse con aquello, pues pronto intuyó que algo así podría impulsarle a lo más alto del escalafón religioso.

Su primer intento fue prometerle a la chica que abandonaría por ella sus estudios en el colegio jesuita de la ciudad; se casarían y él trabajaría para sacarla de la miseria. Pero ella no cedió a la lisonja, y entonces él intentó comprar su secreto con dinero. Cuando ni aún así consintió Marina, a pesar de la extrema pobreza en la que vivía, enfurecido, el seminarista le reveló su verdadero rostro; la golpeó hasta casi matarla, violándola después. Sin embargo, ella mantuvo su silencio, negándose a entregarle lo

que poseía sobre sus antepasados.

Marina era una huerfanita, que había perdido a sus padres durante la Guerra Civil; pálida, de grandes ojos azules y rubio cabello de brillantes bucles. Pero poseía educación; por lo visto, provenía de una familia de abolengo. Malvivía tocando el piano en algunos antros nocturnos, esquivando soeces acometidas de clientes borrachos, y dando clases particulares de música a señoritas de la oligarquía local. Tras la brutal paliza recibida, Marina ya no pudo tocar más, pues le había quedado fracturada la muñeca izquierda. Además, estaba embarazada. Cuando el seminarista lo supo, haciendo gala de una ladina mentalidad, estudió la situación y urdió un plan para truncar de raíz el inesperado embarazo. No quería dejar rastros que pudiesen ocasionarle problemas en el futuro.

Ya encinta, Marina no salía de su modesta casa, situada en el barrio del Call. El joven pero malvado seminarista era muy ambicioso y deseaba llegar a lo más alto de la Curia. Un día, cuando ya estaba claro que Marina no le daría el secreto que tanto deseaba, se plantificó en su miserable casucha y expuso sus condiciones: ella debía desprenderse del *problema* de la manera más taxativa posible, sin dejar el menor rastro. De lo contrario, las consecuencias serían implacables.

La vida se resquebrajó en mil pedazos para la inocente chiquilla de catorce años. Hubiese podido negarse y no hacer caso a tan alevosa imposición, pero cómo iba a salir adelante con lo pobre que era, huérfana, y madre soltera con la inminencia de dos bocas por alimentar. Porque no era un hijo, sino dos, los que Marina llevaba en sus entrañas.

—Pero las criaturas tienen derecho a vivir —gimió ella, suplicante—, de nada son culpables.

—No —contradijo el seminarista—, por el bien de todos ha de obrarse como te digo. No querrás atreverte a manchar mi fama y mi futuro como hombre de Dios; tú, una simple rata de arroyo.

Él había llevado consigo una vieja partera y un médico, uno de esos profesionales pervertidos por el dinero. Tras auscultarla, el *buen doctor* anunció lo que Marina ya intuía: que la muerte la rondaba como un lobo hambriento.

—Chiquilla, ¿sabes que tienes la tísis y no podrás alimentar a las criaturas que llevas en tu vientre?

Ella estalló en lágrimas desoladas. Desconocía que aquello le impidiese amamantar a sus hijos, al menos hasta sacarlos adelante y buscarles una nodriza.

—Mira, te hablaré claro —añadió el corrupto doctor—, si no abortas cuanto antes, pronto será demasiado tarde.

Ella todavía dudaba ante tan espantoso crimen.

—¿Demasiado tarde para quién? —preguntó Marina, enjugando sus lágrimas, en un esfuerzo titánico por mantener la dignidad.

El buen doctor sacudió la cabeza y dijo:

—Créeme, chiquilla, lo mejor es deshacerse del *cuerpo del delito*. Ahora quizá te

parezca terrible, pero con el paso del tiempo te alegrarás de haber tomado la decisión correcta. Eres muy joven y muy guapa, todavía puedes curarte y pescar a un buen partido —añadió, guiñándole un ojo.

—Un partido de tu condición, claro está —remarcó el impasible seminarista.

Y así fue como Marina, ultrajada y apaleada, quedó recluida en aquella casucha miserable, podrida de humedad, fría, oscura y llena de musgosidades pestilentes, el peor sitio posible para un aborto de urgencia. Pero al final el médico lo desaconsejó, pues había un riesgo demasiado alto para la madre, y aunque fuese un profesional de principios pervertidos, cargar con tres muertos era demasiado para los restos de su enajenada conciencia. Se resolvió que Marina pariese y luego ya se vería. Entretanto, la vieja partera se instaló en aquel agujero ruinoso vigilando el cumplimiento de lo acordado, no fuese que la muchacha escapara con la prueba vergonzante del seminarista.

Ella hubo de soportar hasta el final entre lágrimas y dolores, las náuseas del embarazo y los remordimientos de su espíritu atormentado, sin consuelo alguno, vigilada por el buen galeno con sus bártulos médicos de tortura y la fementida partera. Hasta que Marina parió el fruto de la ignominia. Era una parejita, los niños más hermosos que nadie hubiese visto jamás. Un par de angelitos que enseguida se abrazaron a su madre, dispuestos a succionar con apetito de aquella fuente infecta por la enfermedad de la miseria.

Marina era un río de lágrimas. Los quería, le juró al seminarista que cambiaría de domicilio, incluso de ciudad si era necesario, pero que se los dejase tener. Los cuidaría, se sacrificaría por ellos, daría su vida por sacarlos adelante. Pero el seminarista fue inflexible. Parecía mentira que un joven de su edad careciese de toda compasión, incluso por sus propios hijos. Se los arrancó de sus brazos como la serpiente a los polluelos. Los niños debían desaparecer, *“delenda est filius”*, dijo, usando su canónico latín.

Pero deshacerse de dos recién nacidos no era tan fácil, sobre todo si estaban tan vivaces y saludables como los dos preciosos retoños de Marina; y tampoco era cosa de pegarles un par de tiros. Demasiado ruido; mucha bala para tan poca presa.

—Los ahogamos en la bañera —propuso el abominable seminarista.

—¡Pero qué dices, salvaje! —rechazó el médico.

A pesar de todo, al buen doctor aún le quedaban briznas de misericordia y no lo permitió. Al seminarista se le ocurrió entonces otro plan. Le pidió a la partera de felona moral, que previo pago de una generosa colaboración económica, se encargase de hacer desaparecer a los pequeños sin necesidad de más explicaciones. El médico estuvo de acuerdo con esa solución menos drástica.

—Es lo mejor para todos, chiquilla.

—¿Pero qué hará con ellos? —sollozó ella.

—Oh, no te preocupes —mintió la mujeruca, reprimiendo una mueca de bruja—, los depositaré en el portal de alguna casa de buena familia.

Una tarde en que Barcelona se desangraba de lluvia en medio de un atronar de relámpagos que venían rodando del mar, la vieja partera introdujo a los inocentes en un gran cesto de vulgar estameña, como si llevase la compra del cercano mercado del Borne. Los niños, vestiditos con su ropita blanca de recién nacidos, lloraban a lágrima viva, quizá intuyendo cómo les arrancaban de su madre.

—Oye muchacha —dijo la bruja antes de salir—, ¿no tendrás por ahí un trozo de tela con el que cubrir el capacho? No quisiera que nadie viese lo que llevo dentro; iría con mis viejos huesos a la cárcel.

Marina, con la vista nublada de lágrimas y dolor, deseando que se llevasen cuanto antes el fruto arrancado de sus entrañas, como si le cauterizasen el corazón en vida y no quisiese verlo para no sufrir más, se desanudó el pañuelo azul de seda, tachonado de flores de lys, que llevaba alrededor del cuello, vestigio de aquel secreto de familia, heredado de generación en generación, y se lo tendió a la partera.

Aquella misma noche, aprovechando la tenebrosa oscuridad que se posesionó del cielo tras la tormenta, aprovechando también lo blanda que se había quedado la tierra tras varias horas de lluvia, la vieja malvada, acompañada de dos secuaces, se dirigió con el capacho al cementerio de Montjuic. No costó mucho hacer un buen agujero en un rincón del solitario camposanto, donde la brisa marítima bambolea inclemente los cipreses y las acacias que lo pueblan. Uno de los secuaces acercó una pequeña caja de madera que halló en un montón de escombros, a modo de precario ataúd. Su compañero encontró una lápida desportillada cerca del osario, que sirvió para darle al improvisado enterramiento apariencia de falsa normalidad.

La mujeruca depositó a los niños en el fondo de la exigua caja, uno sobre el otro, pues no cabían de lado; la niña en el fondo, el niño sobre su hermanita. Hacía un rato que ya no lloriqueaban, como si ambos fuesen conscientes de la abominación que se estaba cometiendo con sus vidas. El bebé había tomado de la manita a su hermana, que gemía temblando de frío, con un gesto atávico de tierna protección.

A modo de sudario, y antes de cerrar la caja, la bruja les cubrió con el pañuelo de Marina, un último rasgo de compasión. Luego puso encima unas viejas tablas y ordenó a uno de sus ayudantes que tapara la humilde fosa. Mientras tanto, el otro había sacado un pequeño saco que llevaba colgado del hombro, y esparcía puñados de cal viva entre la tierra. Así, cuando los niños murieran y comenzaran a pudrirse, la cal, en contacto con la humedad de la tierra, impediría la propagación del mal olor y la rápida descomposición de la carne. El repugnante funeral quedó concluido cuando se colocó sobre la tumba la apócrifa lápida desportillada».

Todos llevamos escrito nuestro destino en el reverso del alma. Y el destino de aquellos niños enterrados vivos no era morir, a pesar de la espantosa inhumación a la que habían sido sometidos. La cal comenzó a reaccionar al contacto con el agua de lluvia, y el ardiente líquido se abrió paso hacia las criaturas, abrasando la tierna carne del recién nacido. Porque la peor parte se la llevó el niño, apenas cubierto por la caja de madera y el improvisado sudario azul de remoto pasado. Todo su cuerpecito se convirtió en un despojo sanguinolento, mientras aguantaba con vida, como si hasta el último aliento quisiera seguir dándole calor y protección a su hermanita.

Al día siguiente, muy temprano, la primera visitante del cementerio creyó oír el llanto de un niño entre las tumbas. Aquella señora tan madrugadora era doña Rosa Montpalau, hija única del conocido anarquista y masón Carles Montpalau, que había desaparecido sin dejar rastro, rumbo a Icaria con el submarino *Ictíneo* de Monturiol. La anciana mujer acudía con regular frecuencia al cementerio de Montjuic, a orar ante la tumba de su madre, enclavada en lo más alto del fúnebre promontorio. Y mientras el viento le azotaba los lutos y ella rezaba su rosario, la vista se le perdía en la inmensidad del horizonte marino, esperando el imposible regreso de su padre. Habían pasado ya demasiados años desde su partida y jamás había vuelto a tener noticias suyas, salvo la llegada del taciturno y silencioso Malato trayendo consigo aquel extraño espejo redondo y el baúl de marinero de su padre.

Doña Rosa estaba consumida por la vejez, pero todavía mantenía la postura venerable y orgullosa de las damas de otra época; enlutada siempre de velos y tules, con la piel tan primitiva que parecía un pergamino traslúcido. Vivía con recato y modestia en un enorme caserón del barrio del Raval sin dejarse ver e ignorada de todos. Como única salida, doña Rosa Montpalau se hacía llevar por Malato al camposanto, en aquel viejo automóvil grande y negro como una carroza fúnebre en el que había llegado hacía ya tantos años que ni se acordaba.

Doña Rosa Montpalau apartó la vista de la lejanía brumosa, segura ya de haber escuchado un gemido humano. Se giró y avisó con un gesto a Malato, que de inmediato, venteando el aire como un animal salvaje, localizó la tosca tumba donde habían sido enterrados los niños. No tardó en remover la tierra con sus propias manos, a pesar de los mordientes vapores de cal y el tufo a carne abrasada que desprendía la improvisada sepultura.

—¡Perros desalmados! —murmuró la noble anciana, indignada al contemplar la caja de madera con los hermanitos abrazados, temblando de frío y casi ahogados ya—. ¿Quién puede ser tan cruel para hacerle esto a una criatura?

Los mellizos, por uno de los escasos milagros que a veces le gusta realizar a la naturaleza para llevarnos la contraria, estaban vivos todavía. Sin embargo, la cal había realizado durante la lluviosa noche parte de su ardiente trabajo, y el niño exhibía por todo su tierno cuerpecito unas horribles llagas en carne viva. Ella estaba

intacta, había sido preservada de todo daño por el cuerpo de su hermanito. Aquel niño poseía una fortaleza portentosa, o quizá fuese sólo el amor instintivo hacia su hermanita lo que le había hecho aguantar con vida en contra de toda lógica.

Doña Rosa se los llevó a la Casa de las Palomas, y enseguida curó al niño las graves heridas que presentaba. Luego dio instrucciones al fiel y lacónico Malato para que investigase y averiguara quién era el responsable de aquella infamia. Pero evitó dar parte ni a la policía ni a nadie. Había decidido quedarse con ambas criaturas salvadas por ella *in extremis*. Porque doña Rosa no tenía descendencia; nunca se había casado, quizá debido al rechazo que inspiraba como hija del enigmático masón Carles Montpalau, cuyo contradictorio pasado utópico causaba temor a todos. Nadie sabía si estaba vivo o muerto; ni siquiera existía una tumba donde ir a ponerle flores. Se había desvanecido en el mar infinito para no regresar jamás.

Desde entonces, y como una gangrena, se había extendido por Barcelona la leyenda del Fantasma, el horrendo ser en el que se había convertido el terrible anarquista Montpalau al regresar de Icaria convertido en un espectro inmortal. Por eso, doña Rosa se había recluido en el enorme caserón, y sólo salía lo imprescindible, siempre llevada por Malato en aquel viejo coche negro, uno de los primeros que habían aparecido por las calles españolas, como un insecto gigante llegado de otro mundo. Y así pasaba la vida enclaustrada voluntariamente para evitar las iras irracionales de los que atribuían al espectro del anarquista todas los crímenes sangrientos que ocurrían en Barcelona.

Doña Rosa, ejerciendo de madre improvisada, prohijó con sus apellidos a los mellizos rescatados de la muerte. A él le puso el nombre de Carles, en memoria de su padre desaparecido, como si el chico fuese la reencarnación del legendario utópico barcelonés. La niña fue bautizada con el nombre de Leticia, que significa *alegría*, pues eso es lo que trajo con su presencia a la enlutada vida de doña Rosa. Las criaturas bienhalladas fueron devueltas a la vida gracias a los cuidados de la compasiva anciana, aunque el niño jamás pudo recuperarse de las cicatrices que la calle le causó por todo su tierno cuerpo. Parecía un pequeño grumo de carne rojiza; era una pura llaga que le daba el aspecto de un espantable monstruo.

Mientras tanto, la niña crecía en belleza y encanto, con su melena clara y sus grandes ojos tremendamente expresivos. Doña Rosa la matriculó en un severo colegio de monjas para darle la más exquisita educación, propia de una señorita de aquella época. Por el contrario, desde el principio, el chico resultó ser un rapaz rebelde, incapaz de sujetar. Vivía ocultándose por los rincones, sin dejarse ver ni querer ver a nadie, con la única compañía del viejo gato tuerto *Fausto*, el único ser a quien soportaba, como si fuesen de la misma especie. Hasta que un día, siendo todavía un niño de pocos años, desapareció y nunca más se le volvió a ver.

Corrieron rumores de que había sido raptado. Por aquel entonces circulaban truculentas leyendas vampíricas en Barcelona. Se hablaba del *carruaje de la sangre*, que salía de su morada en las noches más lóbregas tirado por cuatro caballos negros,



que surgían de repente de la niebla como una espectral aparición. El carruaje, conducido por un cochero bestial envuelto en una capa y un sombrero de ala ancha, era negro y reluciente, y llevaba las cortinas de terciopelo echadas, para que no se viese quién era su propietario, pero por el rebuscado escudo nobiliario que lucía en las puertas laterales, todos lo identificaban como perteneciente al marqués de Oriol, un distinguido aristócrata catalán, cuyo antepasado había sido un vampiro del siglo XIX. Las malas lenguas decían que el marqués, dueño de aquel ataúd rodante, raptaba a las criaturas más tiernas, degollándolas en el interior y bebiendo su sangre todavía caliente como repugnante remedio de una enfermedad hepática que padecía.

«Querida Leticia, todo esto te lo hago saber ahora que presiento la muerte cerca, para que lo tengas en cuenta cuando yo ya no esté presente y no puedas reprochármelo, pues temo tu justo enfado por haberte mantenido engañada sobre tus orígenes desconocidos. Fui una cobarde, nunca encontré valor para contártelo en vida, y ni aún hoy hallo la forma correcta de comunicártelo, por eso recurro a este azaroso método. Si encuentras estos folios, será que así lo que querido la providencia. Si no, *Fausto* guardará para siempre mi secreto.

Fuiste hija y víctima de aquel malvado seminarista jeusita, y de Marina, aquella humilde muchacha, última heredera de un secreto de familia, cuya posesión terminó destrozándole la vida. A veces, resulta muy peligroso desenterrar el pasado, pues con él salen a la luz viejos odios y enfrentamientos aún latentes. Espero que puedas perdonarme por ocultarte durante tantos años la infamante aberración de quien ordenó sepultaros vivos. A ti te corresponde, si así lo deseas, averiguar ahora quién es tu padre (yo lo sé, pues Malato lo averiguó todo, pero no puedo imponerte semejante calvario), y encontrar a tu madre, si es que todavía vive. Para eso junto a esta carta te dejo una prenda que le perteneció, el pañuelo que Marina entregó a la vieja partera, con el que os cubrió a ti y tu hermanito en la tumba. Esta prenda te servirá siempre como recordatorio de quién eres y de dónde procedes.

Que Dios te proteja y se apiade de mi alma.

Tu madre adoptiva, Rosa Montpalau».

Leticia metió la mano en el vientre reseco del gato embalsamado y sacó un pañuelo plegado. Era un foulard muy antiguo, ya un poco raído y con el color azul mar desgastado por los años, que lucía todo él tachonado de flores de lys plateadas.

«*Flores de lys* —caviló desplegando el pañuelo—, *el emblema de Florencia*».

Le daba todo vueltas, aquejada todavía por la herida del disparo y azotada por una confusa tempestad de sentimientos contradictorios. Cuando terminó de leer aquel inesperado testamento se derrumbó exánime sobre un sillón, aturdida.

«¡Soy hija de un asesino!»

¿Pero de quién? Repasó de nuevo el testamento, intentando leer entre líneas a

quién se refería su madrina con la mención del joven seminarista. Pero entonces una idea cruzó por su cabeza, estallando en su mente como una carga de profundidad.

«¡Dios mío, no puede ser!»

Sintió que le atenazaba el miedo. Si lo que acababa de sospechar era cierto, quién sabe lo que aquellos sicarios jesuitas eran capaces de hacer por preservar la imagen y la integridad de su congregación. Porque se habían dejado un cabo suelto: ella. Y si lo sabían, no tardarían en buscarla para devolverla a la tumba de donde había escapado.

«*Esto es para volverse loca.*»

Toda su vida sola, sin más compañía que la anciana doña Rosa y la peluda horda de gatos encabezados por el viejo *Fausto*, y ahora resultaba que había tenido un hermano y que ambos eran vástagos bastardos de un seminarista. En esos momentos Leticia deseaba morir en el acto, hubiese querido ser fulminada allí mismo por un rayo. Ojalá Cornelio Delmonio la hubiese matado el otro día, así habría terminado de golpe semejante pesadilla. Se levantó como sonámbula, fue hasta la cocina, abrió una botella de güisqui, regalo de una rifa de Navidad, y comenzó a beber a gollete, deseando que el alcohol barrierá de su cabeza aquella insufrible sensación de miedo, confusión y tristeza.

Varios tragos después, igualmente a palo seco, Leticia miraba por enésima vez las páginas manuscritas de doña Rosa sin poder comprenderlas ni asimilarlas todavía.

«*No puede ser* —una parte de su mente, incluso turbia de alcohol, rechazaba obstinadamente lo que acababa de serle revelado—, *esto no puede estar ocurriéndome*».

Alguien había estado jugando con ella igual que un ilusionista sin escrúpulos. Alguien, oculto en algún sitio, se había tomado la molestia de montar toda aquella inmensa tragedia en varios actos.

«*¿Pero quién? ¿Y para qué?*»

De pronto, se puso de pie tirando por el suelo la botella medio llena, que terminó de vaciarse sobre la moqueta. Cogió el bolso, el paraguas y la gabardina y salió de casa dando traspiés, embriagada. Tenía que asegurarse, tenía que consultar aquello con quien pudiese arrojar algo de luz sobre su delirio.

Los mechones de hiedra invadían la torre gótica como una planta carnívora deglutiendo a su víctima. La hojarasca silvestre penetraba por las ventanas rotas de la antigua mansión perteneciente a la familia Cadalfach desde tiempo inmemorial, reventando con su zapa silenciosa las paredes de piedra musgosa. Su silueta encantada se alzaba espectral en medio de una densa y oscura pinada, escondida entre las últimas estribaciones del Parque Güell, no lejos del puente de Vallcarca, predilecto lugar de suicidas. Sus fachadas de toba renegrida y revestida de buganvilla seca todavía mostraban los altivos arcos ojivales y las vidrieras, decorado todo con un ejército de dragones alados de mármol, de piedra o de forja, como la guardia infernal que custodiaba el antiguo palacete. Semioculto en la espesura circundante, el torreón ruinoso figuraba solitario y envuelto en un halo de misterios y funestas historias de vampiros.

La negrura interior se iluminó de pronto con dos puntos de luz amarillenta en las tinieblas de la noche. Una sombra se movía silenciosa entre los muebles cubiertos con sudarios polvorientos; parecía flotar sobre los suelos de mármol alfombrado. Se aproximó a uno de los rotos ventanales para respirar un poco de aire fresco. Miró al exterior. La noche amenazaba tormenta; sonó un trueno en la lejanía, y de súbito, una violenta borrasca nocturna comenzó a desatarse sobre la ciudad dormida. Las gotas de lluvia arrastraban a su paso la suciedad de los cristales. Afuera, el jardín asilvestrado desaparecía zozobrando ante la manta de agua que ahora se precipitaba de un cielo más negro que la misma noche.

Durante unos segundos, aquel ser contempló el reflejo de su horrendo rostro picudo en el cristal astillado. La sombra de los chorretones de lluvia se proyectaba como una mácula indeleble sobre su faz, luego los ojos se desplazaron como dos tizones hacia un punto lejano del jardín, poblado de cenadores ruinosos y estatuas dislocadas por la intemperie, lisiadas y desmembradas cual Venus de Milo. Allí, en lo más recóndito y umbroso, medio escondida entre los tilos y los sauces, se hallaba la entrada que se hundía en los pútridos intestinos de la ciudad, una morada secreta.

La sombra se alejó del vidrio y su rostro se desvaneció como un velo de vaho. Minutos después flotaba por el jardín empapado de lluvia hacia un pequeño pabellón rematado por una cúpula semiesférica que sobresalía en medio de la metralla torrencial de la tormenta, alzando en las alturas un dragón de hierro fundido. El aguacero bramaba incesante, desvelando las tinieblas con violentos trallazos azulados. La lucerna de sus ojos abría un rasgón luminoso en medio de los negros cortinajes del agua.

Se detuvo, chorreando goterones de lluvia ferruginosa. Ante sí se alzaba un templete clásico al estilo grecorromano. Con una gruesa llave abrió la verja que reproducía la imagen de un diabólico dragón forjado en hierro con las fauces abiertas y las alas desplegadas. La reja, erizada de puntiagudas lanzas, chirrió enferma de

óxido. En el interior, cubierto de hojas secas y algunos pájaros muertos, había una lápida de mármol negro empotrada en el suelo. La sombra la levantó tirando de su argolla metálica, y la losa cedió mostrando detrás un vano velado de tinieblas. Dentro aguardaba un grupo de seres picudos y fantasmales, portando faroles encendidos. La sombra se hizo a un lado, y ellos comenzaron a salir uno a uno de aquella tumba, como difuntos en pleno acto de resurrección.

## 6

Sólo muy de vez en cuando la Humanidad ofrece un rasgo de grandeza y nace una persona que merece ser calificada de universal. Como Leonardo da Vinci, cuya imaginación creativa le convirtió en un genio de todos los tiempos. Leonardo es el prototipo de hombre del Renacimiento, un hombre completo, pintor, inventor, escultor, antropólogo, arquitecto, humorista, músico, ingeniero, poeta, cocinero, anatomista, diseñador, decorador... Creó autómatas tan complejos que sólo hace poco han podido ser reproducidos. Pintó el cuadro más famoso de la historia, la Gioconda; resolvió el enigma pitagórico de la cuadratura del círculo con el dibujo más famoso de todos los tiempos, el *Hombre de Vitrubio*; inventó el paracaídas, el ala delta, el tanque, la ametralladora, sentó las bases del submarino...

Pero fue también alquimista y criptógrafo, ideó métodos y códigos ocultos para disimular sus notas personales, creó un sistema de escritura y de dibujo codificado, mediante alteración de signos y tintas invisibles, que sólo podía desvelarse con su correspondiente invento, el Codexcopio, un sistema óptico especular, parecido a una lente ojo de pez, que aplicado a sus pergaminos más personales, traducía y desvelaba el contenido encriptado. Sin embargo, como tantos otros inventos, el Codexcopio jamás fue hallado, sólo se sabe de su existencia por referencias documentales.

Siglos después de su muerte, ocurrida el 2 de mayo de 1519 en el castillo de Cloux (Amboise), 230 kilómetros al sur de París, todavía continúan apareciendo documentos indescifrables de las más de 7000 páginas que escribió y dibujó Leonardo da Vinci en su vida. ¿De dónde procedía este secretismo, qué pretendía ocultar con su escritura encriptada y sus grabados de tintas invisibles?

En el *Quattrocento*, la mayoría de los artistas eran pobres y tenían que acogerse a gremios de gente poderosa que les protegiese y promoviese los encargos. Dichos gremios (llamadas *arti* en Florencia) funcionaban a modo de corporaciones entre artísticas y comerciales, eran entidades similares a las actuales fundaciones, pero con ánimo de lucro. De modo que las *arti* eran todas secretas por definición, sólo así podían conservar la maestría del gremio. Eran frecuentes las traiciones, e incluso muertes, por la venta y obtención de secretos sobre tinturas de los paños, pintura, cosmografía, navegación, arquitectura, medicina...

Quique había husmeado en todas las antiguas bibliotecas y archivos olvidados de Barcelona, rastreando pistas sobre el hipotético artefacto de navegación inventado por Leonardo da Vinci para Cristóbal Colón. Pero al no encontrar nada más que lejanas referencias, el tenaz muchacho decidió entonces acudir al archivo de la Academia de las Ciencias, la única institución local que le quedaba por consultar. Quique sabía que Jaume Cadalfach había obtenido sus deducciones sobre el Punto Fijo y el rumbo secreto de Colón gracias a un viejo cartapacio de piel repleto de papelorios amarilleados que siempre portaba consigo durante la travesía oceánica, y suponía que aquella documentación había sido sacada del archivo.

Le costó un poco que le dejaran consultar los fondos bibliográficos de la Academia, pues para ello había de ser socio y presentado por un académico. Pero entonces Quique citó al marqués de Oriol, y de inmediato, sin necesidad de más, todas las puertas de la docta institución le quedaron franqueadas. Y eso que Jaime Cadalfach estaba ausente desde hacía tiempo, sin que nadie supiese por dónde andaría. Pero su sola mención era palabra sacrosanta en la Academia. Además, el bedel recordaba a Quique de cuando el marqués se citó allí con el resto de los expedicionarios del *Santa Eulalia*. Aquella era su ventaja natural, todos querían adoptarlo, y él sacaba partido de su mirada implorante, su simpático tartamudeo y los cordones desatados de los zapatos, detalles que le hacían parecer completamente inofensivo.

Más le costó a Quique hallar el mencionado cartapacio de cuero viejo entre los anaqueles de la librería que atesoraba el archivo. Ya estaba a punto de claudicar, tras varias horas de búsqueda, pensando en que quizá el marqués no lo habría devuelto al regresar del viaje atlántico. Pero entonces, asomándose subido en una silla sobre uno de los rincones más polvorientos de las baldas, detrás de unos pesados volúmenes de venerable aspecto, Quique tanteó escondida la cuarteada carpeta de piel que Jaime Cadalfach había custodiado como un tesoro durante la travesía en el *Santa Eulalia*, sin dejar que nadie vislumbrase su contenido.

La bajó de allí arriba, le sopló el polvo y la depositó expectante sobre la bruñida mesa de la sala. Nada más desanudar las carcomidas cintas de seda negra que la cerraban, de inmediato reconoció las imágenes que había usado el marqués para realizar su hipótesis sobre la localización del Punto Fijo y la ruta de Colón. Casi le da un patatús al comprobar el contenido. Porque, tal como Quique suponía, allí se hablaba de un hipotético artilugio para la orientación marítima ideado por un joven Leonardo de 22 años y su maestro, Paolo del Pozzo Toscanelli, un cartógrafo florentino muy avanzado a su tiempo, que afirmaba la existencia de nuevas islas en medio del Atlántico, cuando todavía la Iglesia negaba que la Tierra fuese redonda.

Quique levantó la vista y miró cauto a su alrededor. Estaba solo en el archivo, iluminado por la macabra luz de una lámpara veneciana que colgaba del techo y le proyectaba la sombra estirada, como un muerto en su féretro, sobre la mesa oblonga de madera lacada. Parecía escuchar crepitando insectívoro el cuero, el pergamino, el papiro y la vitela de aquellos códices, incunables, infolios y volúmenes, acumulados allí desde hacia dos siglos. Estaba excitado, le temblaba una pierna y tartamudeaba incluso pensando.

Bajó de nuevo la cabeza, contemplando con reverencia el enorme tesoro documental que tenía entre las manos. Había reconocido la firma enseguida, inconfundible, trazada con soltura en tinta negra y pluma de ganso, al pie de cada legajo: *Christophorus Colymbus, Indlarv Prim'Invet, 1503, Virrey, Almirante de la Mar Océana y Gobernador de las Indias*. ¡Aquellos eran los manuscritos perdidos del *Libro de las Profecías*, robados en el siglo XVIII de la Biblioteca de la catedral de

Sevilla!

Quique prosiguió leyendo sin demasiada dificultad, gracias a que Cristóbal Colón escribía en castellano. Así supo que hacia 1488, Da Vinci, Alberti, Toscanelli y el propio Colón se habían reunido varias veces en la casa que Paolo del Pozzo tenía a orillas del Arno, en los arrabales de Florencia. Luego, discretamente, acudían a la bellísima catedral, cuya cúpula, realizada por Filippo Brunelleschi, albergaba en su cima, a más de noventa metros de altura, el observatorio astronómico más grande del mundo, provisto del primer heliómetro de la historia. Diseñado en 1467 por León Battista Alberti y Paolo del Pozzo Toscanelli, el heliómetro consta de un pequeño agujero o gnomon practicado en el grandioso duomo. El tambor de la cúpula está decorado con los doce signos del Zodíaco y los doce apóstoles. Cada día, a determinada hora, por el agujero, practicado justo entre las figuras de San Juan Bautista y San Juan Evangelista, correspondientes a los extremos del solsticio, un rayo de sol penetra y cae sobre la línea meridiana trazada en el pavimento de la catedral. ¿Era esa la génesis del enigmático sistema de Leonardo da Vinci que todos iban buscando?, se preguntaba Quique.

Alzó la vista y echó vistazo de reojo. Nada ni nadie interrumpía la quietud del archivo. Sobre la mesa oblonga continuaba la sombra de su busto, proyectada desde arriba por la mortecina luz astral que difuminaba la lámpara de Venecia. Seguía solo, pero tenía la molesta sensación de que alguien le vigilaba. Se mesó el flequillo despeinado; a veces lamentaba tener tanto ingenio. De pequeño creía que si se imaginaba cualquier cosa con suficiente fuerza, podía materializarse de la nada, como las presencias que rezumaban de los libros cuando su padre le castigaba encerrándole en la cavernosa biblioteca. Dejó el flequillo en paz, sacudió la cabeza para espantar los recuerdos y continuó leyendo los documentos del cartapacio como si le fuese la vida en ello. Y tal vez acertaba.

Al parecer, y según consignaba Colón, sus compañeros Alberti, Toscanelli y Da Vinci se habían basado para construir su heliómetro secreto de la catedral en el llamado *Horologium Agusti*, realizado en el siglo X antes de Cristo en el Campo de Marte de Roma, a instancias del emperador Augusto. El *Horologium* era una especie de astrolabio gigante, quizá el primero de la historia. La pieza principal se componía del enorme obelisco que el emperador Augusto había ordenado traer desde la legendaria ciudad egipcia de Heliópolis (la ciudad del Sol), erigido allí al dios Ra, la divinidad solar de Egipto, por el faraón Psammetichus II.

El obelisco, una mole de granito rojo de 22 metros de altura y plagado de jeroglíficos, se alzaba sobre un pedestal justo en el centro del Campo de Marte. Dedicado al dios romano Apolo, el *Horologium* funcionaba de la siguiente forma: la sombra proyectada del obelisco, rematado por una esfera de bronce, en la que se había practicado un pequeño agujero o gnomon, marcaba mediante un rayo de sol la duración de los días y de las noches, a modo de calendario y reloj astrológico. Para ello, la zona del pavimento que lo circundaba, graduada mediante trozos de bronce

empotrados en el basalto, recibía la sombra que se desplazaba conforme al recorrido del Sol, marcando a su paso por la meridiana, las horas solares y las fechas de los solsticios por las que se regían los romanos, sustituyendo así a los ancestrales calendarios lunares.

De modo que los Pitagóricos se habían basado en el *Horologium Agusti* de Roma para construir su propio heliómetro en la catedral de Florencia, que a su vez le había servido a Leonardo para idear el sistema de orientación marítima, destinado a que Colón descubriese la isla de Salomón. Quique parpadeaba, con los ojos como jofainas, alucinado por tamaña revelación histórica, inédita hasta el momento. ¿Pero quiénes eran esos Pitagóricos? El contenido del cartapacio decía que Alberti era de familia noble y poderosa, muy amigo de Toscanelli, y ambos eran miembros de una antigua hermandad de matemáticos, geómetras y astrólogos, cuya fundación se remontaba hasta los tiempos de la antigua Grecia. Alberti y Toscanelli habían tomado contacto con estos iniciados en 1452, cuando cayó el imperio de Bizancio en manos de los turcos.

El masivo éxodo de mercaderes, soldados, caballeros y clérigos huyendo del saqueo fue absorbido en gran parte por Italia, en particular por Florencia, y allí se asentaron artistas y sabios ortodoxos del antiguo imperio de Constantinopla, heredera de la sabiduría de la antigua Grecia. Entre ellos se hallaban aquellos Pitagóricos, que habían desembarcado en Florencia cargados de reliquias bizantinas y manuscritos clásicos de gran valor. Leonardo da Vinci todavía era muy joven cuando los Pitagóricos se asentaron en Florencia, a pesar de lo cual, fue pronto admitido en su seno, pues era un muchacho de suma inteligencia.

Por su parte, el avezado marino Cristóbal Colón, que había llegado desde Génova interesado en los avances cartográficos de Toscanelli, fue invitado a compartir sus descubrimientos geocósmicos prohibidos por la Iglesia por ser considerados heréticos. No es raro que los Pitagóricos aceptasen también a Cristóbal Colón en su *loggia*, pues el navegante pertenecía a los franciscanos, Orden religiosa que protegía a los Pitagóricos. Además, Colón poseía buenas credenciales; era socio del próspero albergo genovés de los Centurione. Quique sabía que un albergo era un emporio de marinos y comerciantes, similar a una influyente sociedad inversora de hoy día, y en este sentido, la Casa Centurione era bien conocida, poseía sucursales en Amalfi, Venecia, Florencia, Milán, Roma, e incluso en el sur de Francia, Castilla y Cataluña.

El albergo al que pertenecía Colón tenía como principales socios a Spínola, Di Nero y a Centurione, jefe de la Casa. Funcionaba como una vasta sociedad anónima, y en él invertían sus dividendos los prósperos bancos de la época, como el de San Jorge, el más influyente de todos, pues la poderosa flota Centurione no tenía ningún empalago en comerciar incluso en países considerados enemigos, cambiando de bandera, como los corsarios, según las circunstancias y los mares por donde navegasen, y precisamente, tal como confirmaba Colón, él mismo había sido uno de tales navegantes cuando no era más que un muchacho. Quique comprobó asombrado



que el emblema del banco era la cruz roja de San Jorge, patrón de Génova y también de Barcelona. La misma cruz que años después imprimiría Cristóbal Colón en la vela central de sus tres carabelas. El emblema elegido por la Orden del Temple. ¡Colón era templario!

Las piezas comenzaban a encajar. Ante sí, Quique tenía las claves ocultas de uno de los mayores enigmas de la Historia: el origen, la personalidad y la verdadera misión de Cristóbal Colón. Pero había más: en otro de los manuscritos del cartapacio se decía que la principal fuente de ingresos del albergo Centurione provenía del comercio de la lana entre Portugal, Cataluña y sobre todo Castilla y León, a través de los puertos de Barcelona y Valencia. Y resulta que Colón iba en una de las naves de la flotilla comercial de dicho albergo cuando en 1476 fue atacada por piratas franceses (enemigos de Génova) y los barcos fueron hundidos en la costa sur de Portugal, iniciándose así la súbita presencia de Cristóbal Colón en aquel reino.

Tal como algunos historiadores modernos sospechan, fue entonces cuando Colón apareció por la escuela de navegación que el príncipe portugués Enrique el Navegante había creado en Sagres, pidiendo el respaldo institucional de la Corona portuguesa para emprender desde allí una expedición marítima hacia el Oeste. Y el resto ya es conocido por todos: los nautas portugueses, interesados en proseguir con sus prósperas conquistas de territorios en África, no prestaron atención a la descabellada tesis de Colón.

Fue entonces cuando este cruzó la frontera, y respaldado por los franciscanos de la Rábida, mostró su proyecto a los monarcas españoles, Isabel y Fernando, presentándose ante ellos como un marino y cartógrafo genovés, la versión espuria que ha llegado hasta nuestros días. Porque todo era un plan premeditado de los templarios, que al haber sido perseguidos y eliminados en Europa, buscaban una nueva tierra donde fundar su imperio.

Leticia sintió un involuntario escalofrío cuando el taxi la dejó en la oscura zona de Vallcarca, cerca de la torre gótica donde Vicent Calabuig le había dicho que residía Jaume Cadalfach. La tarde se había ido cubriendo, el cielo presentaba un funesto color de rata y habían comenzado a caer los primeros salpicones de lluvia. Abrió el paraguas y comenzó a caminar, tambaleante por el alcohol ingerido. Tenía que entrevistarse con el marqués de Oriol, estaba segura de que aquel tipo atildado y presuntuoso sabía mucho más de lo que aparentaba. Ya se había dado cuenta de su extraño hermetismo en todo lo referente a Carles Montpalau y su presunta expedición a Icaria.

Las calles mojadas reflejaban invertidas las farolas de luz demacrada y triste que acababan de prenderse. Allí estaba la vieja villa, envuelta en las densas pinadas traseras del Parque Güell. Un jardín umbrío la sumía en sombras y hojarasca; tan sólo la torre principal, con su tejado de pizarra puntiagudo, sus pináculos de hierro y su veleta en forma de dragón con las alas desplegadas al viento sobresalían por encima de un bosque de palmeras, ficus gigantes y pinos centenarios. Las malas hierbas invadían los arrayanes y las rosaledas, borrando la simetría de los senderos de grava, ahogando de ramaje los surtidores estropeados y las estatuas truncadas y sucias por costras de líquenes.

Leticia, sosteniendo el paraguas abierto, pulsó el timbre exterior de llamada, pero tras hacerlo comprobó que la verja estaba abierta. Empujó la reja de hierros enmohecidos, cincelada con figurillas de seres inmundos, mostrando largos colmillos, como si quisieran disuadirla de traspasar aquella frontera metálica que separaba la realidad de la pesadilla. El torreón se veía invadido por la hiedra, con la tablazón de la techumbre hundida en algunos puntos, y los aleros custodiados por horribles demonios de piedra precipitándose al vértigo de los tejados. Aquel sitio resultaba inhóspito y pavoroso.

*«Quizá no ha sido buena idea venir aquí, mejor me marchó.»*

Leticia estaba dándose media vuelta, cuando de pronto se desató con fiereza el aguacero. En tan sólo unos segundos se vio empapada por completo. Entró apresurada y sin pensarlo, cerró el paraguas y avanzó hasta el porche, dejando un reguero húmedo a su paso. Vio extrañada que la puerta de la villa también se hallaba entreabierta, y entró a resguardo de la lluvia. El interior estaba muy oscuro. Las ventanas vidrieras del primer piso habían sido cegadas con tablas, y una mortecina claridad se colaba por las rendijas, penetrando como cuchillas de luz en la tiniebla reinante. En medio de un charco que resbalaba de su gabardina, Leticia se vio envuelta por un ambiente opresor, rodeada de rayos calidoscópicos que iban haciéndose tangibles en la oscuridad, conforme la luz iluminaba el polvo dormido que había levantado del suelo al entrar. Era raro que allí habitase alguien, y mucho menos el refinado marqués.

Los altos techos de recios artesonados figuraban poblados de dragones tallados a escoplo, vigilando desde las alturas a la intrusa. Había por todos lados estatuas y óleos de tétrica estampa, muchos representando a seres diabólicos, mitad ángel mitad demonio, blandiendo flamígeras espadas, lanzas con oriflamas y heráldicos escudos, igual que los grabados apocalípticos de Durero. Las telarañas lo invadían todo, y el eco vagaba solitario por las estancias, repitiendo cada leve crujido de los muebles, el piso y la ruinosa techumbre de vigas carcomidas. La tormenta trepidaba con toda su feria tonante y luminosa, y a cada relámpago, la imagen de los vitrales era estampada como una diapositiva sobre los muros estucados y los suelos de linóleo polvoriento.

—¿Don Jaime? —llamó, y el eco de su voz de perdió volando por los interiores.

Leticia caminó hacia el centro de la casa. Allí se abría un patio interior de columnas estilo salomónico, flanqueado por macetones de terracota, cuyas plantas muertas parecían esqueletos petrificados. Miró hacia arriba. La altura era inmensa. Los pisos superiores, envueltos en la atmósfera brumosa del ambiente, parecían palcos fantasmales. Una gigantesca vidriera dejaba pasar la inflamación de los relámpagos, a pesar de la porquería seca que la invadía por encima, y que ahora, torrentes de agua celestial barrían hacia los lados, deshaciéndola en sangrantes riachuelos de turbios contornos.

Mientras subía por las góticas escaleras de mármol hacia el piso principal, sonó un trueno como una peña rodando Tibidabo abajo. La tormenta extendía su garra negra sobre la ciudad, y Leticia recordó lo que las leyendas decían respecto al Fantasma: que salía de su escondite cuando llovía torrencialmente. Un escalón de madera crujió, y ella sufrió un estremecimiento. Varias palomas, con el plumón palpitando del susto, alzaron el vuelo en todas direcciones. La perdigonada de la lluvia causaba mil sonidos distintos, inundando la casa con una sinfonía de agua y relumbres órficos.

Un vaho amenazante había ido formándose en el aire sin apenas percibirse; un aroma sacro a cera de velatorio parecía emanar de aquella gasa errática que invadía la casa como esparcida por un rito litúrgico. Comenzó a marearse; había bebido demasiado. Llovía a borbotones; se precipita el diluvio universal sobre la ciudad cogida por sorpresa. El ambiente se había tornado más oscuro, nubes de hollín gaseoso manchaban el cielo amarillo como una venda sucia de supuraciones. Desde todos lados le llegaban bocanadas de polvo rancio, detritus de gato y rata putrefacta. Pero aquello que flotaba en el aire, esa bruma nebulosa y azulada, ¿de dónde provenía?

Entonces vio la línea de luz por debajo de una puerta cerrada.

—¿Don Jaime —golpeó con los nudillos fríos—, está usted ahí? Soy yo, Leticia.

Pero no hubo respuesta, y ella empuñó la manivela franqueando la puerta. Una sala grande y decorada con similar aspecto de mansión embrujada se presentó ante la luz vacilante de un cirio de color azul, depositado solitario sobre la repisa de una chimenea de mármol. La llama dejaba escapar un hilillo de humo elevándose vertical

hasta el techo, donde se desmadejaba y diluía en la oscuridad, causando aquel vaho errático y narcotizante. Un relámpago iluminó la escena, congelándola durante un segundo, y las figuras de los vitrales que presidían la sala quedaron estampadas en el cuerpo trémulo de Leticia, para desaparecer un instante después engullidas por la penumbra. En ese momento, escuchó una tabla del suelo rechinar a su espalda, se giró y entonces lo vio.

Había una extraña silueta recortada sobre uno de los vitrales. Una especie de pájaro de presa de tamaño humano, que la miraba fijamente con sus grandes ojos sin vida. Por detrás, varias figuras espectrales permanecían mudas portando sendos faroles encendidos, como una maldita santa campaña de los bosques encantados.

«*Me parece que se me ha ido la mano con el güisqui*», pensó, mientras aquellas presencias fantasmales se aproximaban lentamente, iluminadas por un halo de fría luz espectral, rodeándola en silencio.

Ni siquiera pudo gritar. El vaho gaseoso le atenazaba la garganta. Toda la casa se había ido empapando de la bruma, que reptaba viscosa desde la vela y los faroles, subía y se deslizaba por las paredes y los muebles como el celaje turbio de los pantanos. Afuera estalló un relámpago, y la silueta de aquel pájaro gigante se recortó en la vidriera. Leticia retrocedió un paso ante lo que vio. Era pavoroso, todos ellos tenían una especie de pico ganchudo que sobresalía del centro de la cabeza, y aquellos ojos enormes y vacíos de toda expresión la miraban impasibles, tendiendo sus brazos hacia ella como si fuesen zombis a punto de comérsela.

El trueno retumbó, creando remolinos en la bruma que ya trepaba por su cuerpo. Y de pronto, aquel ser picudo estaba junto a ella. Leticia sufrió un vahído. La niebla volátil y azulada de la vela y los faroles comenzó a invadirle las vías respiratorias; intentó debatirse, pero fue inútil, el pájaro era más alto y más fuerte, abrió las alas de cuervo gigante y se cernió sobre su presa. Ella sentía que se ahogaba, incapaz de correr, de alejarse del espectro. Tosió, se mareaba, se hundía en una espiral de inconsciencia. Hizo un último intento, pero los brazos y las piernas ya no le respondían. Cerró los ojos y perdió el conocimiento.

Quique vivía una vida típicamente bohemía en Barcelona, le gustaba mucho aquella ciudad enorme y mágica, donde podía pasar desapercibido sin que nadie le pidiese cuentas. El único inconveniente es que los ahorros habían mermado hasta lo exiguo, y que no se atrevía a pedir ayuda a Chelo, a la que cada día echaba más dolorosamente de menos. Por lo demás, mantenía su sencillo modo de vida, ahora reducido a la mínima expresión. Comía lo justo para mantenerse con vida (pizzas y donuts), ya no se compraba cómics ni libros y había eliminado cualquier gasto superfluo, incluidos los huevos de chocolate *Kinder*. Vivía desconectado de todo, sin saldo en el teléfono móvil, lejos de cualquier contacto personal; absolutamente tan solo que pasaba los días sin hablar con nadie.

Sin que nadie se diera cuenta, se había llevado el cartapacio de cuero de la Academia de las Ciencias, sacándolo de allí oculto debajo del jersey, que tan grande le venía por lo delgado que se había ido quedando paulatinamente. Tras analizar a fondo su contenido, por fin sabía todo lo concerniente al sistema cosmográfico de orientación marítima ideado por Leonardo da Vinci. Durante la travesía oceánica, Leticia le había relatado su secuestro y posterior tortura en aquel artefacto inventado por Galileo Galilei, la Spécola, colocado frente a la balconada central que preside la fachada barroca de la Basílica. Le hubiese gustado explicarle a su amiga que ahora sabía por qué aquel frailuco dominico y sus compañeros de la Santa Alianza pensaban descubrir con la Spécola y con ella el Punto Fijo.

Quique había descubierto que el obelisco del *Horologium Agusti* había permanecido en el Campo de Marte erigido hasta el siglo VIII, cuando fue derribado y cayó en el olvido, perdiéndose su rastro durante siglos. Hasta que los discípulos y herederos clandestinos de aquellos Pitagóricos de Florencia, entre ellos Miguel Ángel y Rafael, lo descubrieron enterrado, rescatándolo y colocándolo en el centro de la plaza elíptica del Vaticano, de nuevo como heliómetro gigantesco; aunque antes, el Papa Sixto IV, un estricto dominico, ordenó que le borrarán los jeroglíficos y se le colocase una cruz de bronce sobre la cima, con el fin de sacralizarlo.

Todo este conjunto arquitectónico, diseñado en clave, actuaba como un gran astrolabio virtual, aunque para su completo funcionamiento como localizador del Punto Fijo había de incluirse una persona tumbada en la plataforma circular, o Spécola, del telescopio de Galileo, adoptando la postura explicada por el arquitecto romano Marcos Vitrubio en su tratado *De Architectura*: «En el cuerpo humano, la parte central es naturalmente el ombligo. Pues si un hombre se tumba boca arriba, con los brazos y las piernas extendidas, y se centrasen un par de compases en su ombligo, los dedos de las manos y de los pies tocarían la circunferencia del círculo descrito a partir de ese centro. Y de la misma manera que el cuerpo humano puede inscribirse en un contorno circular, también puede inscribirse en una figura

cuadrada». Estaba claro, pensó Quique: los Pitagóricos buscaban la cuadratura del círculo.

Por eso sus discípulos<sup>[10]</sup> clandestinos habían reproducido el *Horologium Agusti*, de manera secreta, en la Plaza de San Pedro del Vaticano, proyectando de manera invisible la figura del *Hombre de Vitrubio*, en cuyo ombligo, a modo de compás solar o gnomon, se alzaba el obelisco egipcio, funcionando todo (basílica, plaza elíptica, obelisco y columnata) como un gigantesco heliómetro, tal como muestra el pequeño montaje gráfico que Quique había realizado:



Cada 24 de junio (día de San Juan Bautista y solsticio de verano), cuando el Sol, en su desplazamiento de Este a Oeste coincide con la vertical de la cruz de bronce que corona el obelisco, un rayo penetra durante unos segundos por el gnomón de la cruz y se proyecta por la ventana central de la basílica. Si entonces dicho rayo se recoge con el telescopio y la Spécola, ideados por otro discípulo Pitagórico, Galileo Galilei, para trasladar todo el complejo sistema al interior de la basílica, dicho rayo actúa como puntero luminoso, marcando por unos instantes un punto en concreto (el Punto Fijo) en el planisferio de Copérnico que ha de colocarse frente al balcón central.

A estas alturas, el reto para Quique consistía en unir ambas tramas: la formada por Cristóbal Colón, Leonardo da Vinci y los Pitagóricos, con la de los utópicos de Barcelona, el submarino de Monturiol, Icaria y el anarquista Carles Montpalau. Eso aparte de la custodia sacramental de la ermita y la búsqueda del Punto Fijo por parte

de los servicios secretos españoles, la Santa Alianza y el cazador de tesoros Jean Claude Lavantier. A ello había que añadir el cabo suelto de Leticia, sobre la que parecía concitarse todo, y a la que, por cierto, hacía tiempo que no veía. En concreto desde que aquel dominico demente le disparase en público durante la presentación del proyecto de reportaje televisivo titulado *La misión secreta de Cristóbal Colón*.

Es curioso, pensó Quique, aquella vieja costumbre suya de anotar todo y trazar planes de acción por escrito le había servido para seguir un camino sin perderse por el laberinto que conduce de lo imaginado a lo real, como a Pulgarcito las migas de pan por el bosque o a Teseo el hilo de Ariadna para salir del laberinto. Sin embargo, no podía suponer que alguien vigilaba su rastro, precisamente y debido a las pistas que iba dejando sembradas con cada paso de su investigación.

Leticia se despertó, miró a su alrededor, aturdida, y contempló el sitio donde se hallaba. Recostada en un diván rojo dentro de una inmensa caverna subterránea, toda ella bañada por la luz temblorosa de las velas, decenas de velas encendidas como en una cripta gigantesca. Olía penetrante a cera quemada, igual que un templo subterráneo excavado en el subsuelo por algún culto atávico.

Hizo un esfuerzo para recordar, pero la mente todavía embotada por aquella niebla densa y azulada le impedía fijar las imágenes de los últimos acontecimientos. Además, todo era tan irreal, tan disparatado... Se incorporó del diván y comenzó a unir cabos de lo sucedido: el pájaro picudo y alado había surgido de repente en la oscuridad de la mansión Oriol, junto a los espectros portando faroles. Luego ella se había desvanecido, perdiendo el conocimiento y recobrándolo a medias un rato después, aunque no podía decir con certeza el tiempo transcurrido; el tiempo era una materia volátil que se deshacía en su conciencia como aquella bruma de color azulado.

Tenía leves imágenes de haber sido transportada por aquellos espectros, que la conducían penetrando a través de un túnel oscuro y húmedo. Había tenido la impresión de que ahondaba en el subsuelo, cada vez más profundo y más lejos, rodeada de sombras silenciosas, como un rapto dantesco hacia los infiernos. Luego todo se desvaneció de nuevo, y cuando recuperó la conciencia se hallaba sola en un espacio inabarcable. Leticia miró de nuevo a su alrededor. La caverna subterránea se hallaba decorada como un descabellado escenario. Por todos lados había enseres y tramoyas, amontonándose sin orden al estilo de un museo devastado y en ruinas, como si hubiese sido bombardeado durante un ataque aéreo.

Aquella patética destrucción le recordaba una escena romántica de batallas, castillos, almas en pena y cementerios, un ciclorama decimonónico, ambientado de un esplendor marchitado y una estética de cripta; con espacios y decorados clásicos, alegóricos..., salidos de una tragedia griega. Y ella era la única persona en medio de semejante maquinación escénica, como si fuese la protagonista femenina de una ópera wagneriana. Las velas esparcían su atmósfera rojiza y equívoca por todos los rincones, proyectando sombras chinescas de guiñol infernal. Su mente luchaba contra el recuerdo de lo que había sucedido, porque no quería admitir que fuese real, sino una pesadilla un engaño de los nervios, el alcohol ingerido y el miedo causado por aquel espectro picudo.

Tanteando en la penumbra, abigarrada de los más inimaginables objetos, intentó encontrar una salida fuera de allí. Notó la humedad que lo envolvía todo, y el acre olor a cieno que flotaba por encima de la cera quemada. Un pasadizo se abría por una de las paredes rocosas, y Leticia lo siguió, tomando antes uno de los recios velones encendidos con el que abrirse paso en las tinieblas. Al cabo de un rato de caminata en la oscuridad, vio la luz al final del túnel. Desembocó en una especie de trastero,



polvoriento y atestado de chirimbolos y más objetos de tramoya, así que comenzó a comprender que se hallaba dentro de un teatro.

Dejó el cirio, y al abrir la portezuela del trastero para salir al exterior iluminado, comprendió de golpe la obra dramática donde había sido integrada para ejercer como protagonista. Porque lo que apareció ante su asombro era el deslumbrante interior del Liceo, el gran teatro de la ópera de Barcelona. La luz cálida y elegante de las candilejas y la barroca decoración sobredorada contrastaban de plano con la decrepita estética de los abismos cenagosos de donde salía. Estuvo a punto de volver a desmayarse, pero justo en ese instante escuchó la voz:

—Ah, mi querida e intrépida señora, ya veo que ha encontrado por sí sola la salida de la catacumba.

Tratando de acomodar los ojos a la luz de las candilejas y el fulgor dorado de la platea, Leticia distinguió en el pasillo alfombrado que dividía en dos el patio de butacas una figura de pie. ¡Era el pájaro espectral! Ahora podía distinguir bien su cabeza lisa y oscura, sus ojos grandes, redondos, sin pupila ni cejas; el pico curvado saliendo de su rostro y el viscoso sayón negro que lo cubría.

—Por favor, no tenga miedo —la tranquilizó el espectro—; soy yo, su amigo el marqués.

Al principio, Leticia no le reconoció, pero luego...

—¡Jaume Cadalfach! —Comprendió, por fin.

—En efecto, soy yo, mi querida amiga, aunque me vea de semejante guisa.

La voz sonaba hueca y distorsionada por la máscara picuda, como la del malvado Darth Vader y su tétrico casco negro en la *Guerra de las galaxias*.

—Antes que nada —indicó el académico marqués—, quisiera pedirle disculpas por el rapto al que la hemos debido someter yo y mis camaradas utópicos, pero así lo requieren las circunstancias tras el hallazgo de Icaria, que usted tuvo la fortuna de contemplar.

Leticia hizo un gesto de extrañeza.

—¿Las circunstancias?

—Oh, sí —aclaró el marqués—, ya se los advertí a usted y a nuestro común amigo Vicent Calabuig, el Fantasma es real, y hoy tendrá usted ocasión de comprobarlo.

—Pero el Fantasma no exis...

—¡Buenas tardes! —Una voz atronó el aire desde el oscuro escenario, interrumpiendo la objeción de Leticia todavía sin formular. Miró hacia allí, pero lo que vio a punto estuvo de provocarle un ataque al corazón.

«¡Fabrizio Bellamare!»

En efecto, como una terrible irrupción escénica, acababa de hacer su aparición entre la penumbra del proscenio el altivo *cavaliere* vaticano, vestido con el uniforme de maestrante y la capa blanca de caballero del Santo Sepulcro. Leticia se quedó congelada en el sitio, mientras Jaume Cadalfach, sorprendido, se volvía hacia el

recién llegado, mudo por la imprevista aparición.

—Sé lo que está pensando —dijo el *cavaliere*, dirigiéndose a Leticia—: cómo es que estoy aquí, si ardí en el incendio que usted causó en la Casa de las Palomas. Pero yo tengo más vidas que un gato, y sobre todo una misión que cumplir. Y hoy ha llegado el día de culminarla.

—¡Ah, maldito intrigante —gritó entonces el marqués—, yo te conozco!

—Vaya quién tenemos aquí —dijo tranquilo el *cavaliere*, como un Hamlet solitario declamando su papel—. Deberías mirarte —añadió desdeñoso—, estás ridículo con ese disfraz de avechucho. Pero bien, celebro que hayas venido, así tú también morirás.

—¡Esto no es un disfraz —gritó el marqués, alzando un puño enguantado de cuero—, es el uniforme de los icarianos! Y para que lo sepas, fementido traidor, impostor y advenedizo, ¿acaso piensas que no sé quién eres? Claro que sí, lo sé muy bien, aunque hayas italianizado tu nombre. Ya veo que has progresado mucho en la nobleza vaticana desde que te fuiste hace casi cuarenta años a Roma; nada menos que *cavaliere* y maestrante. Sí, te he reconocido: ¡eres Fabricio Belmar, el perro de presa de la Compañía, el pretoriano de la Santa Alianza!

—¡Silencio! —interrumpió el *cavaliere* rebosando de autoridad—, a la Santa Alianza ni la nombres.

Jaume Cadalfach se encogió de hombros:

—Creo que andas un poco desfasado; no sé si sabes que tu jefe ha muerto. Aunque bien mirado, quizá le hayas matado tú mismo, eres bien capaz, desde luego. Estás acabado Belmar, Bellamare o como quiera que te hagas llamar. Te has quedado sin protector, y ahora no eres más que un asesino y un conspirador, que ha de ser prendido y castigado por tus aborrecibles crímenes.

—Y tú eres un espantajo patético —terció Bellamare—, porque tu señor murió hace muchos años; me refiero a ese presunto Fantasma de Montpalau al que adoráis como un ídolo tú y tu chusma clandestina de icarianos de opereta.

—¡Mientes —negó el marqués, sacudiendo el sayón—, el Fantasma está vivo! Carles Montpalau encontró Icaria y regresó inmortal, y ahora yo soy uno de los elegidos para la vida inmortal, gracias al mágico talismán que allí encontró Montpalau.

—No sé de qué talismán me hablas —desdeñó el *cavaliere*—, pero en todo caso, te garantizo que tú no te convertirás en inmortal; como tu antepasado, ese vampiro que le chupó la sangre a media Barcelona.

—¡Maldito seas! —escupió el académico, inflamado de ira.

Leticia miraba rebosando estupefacción a los dos contendientes sin comprender ni jota de aquella conversación.

—Vas a morir —dijo tranquilo Bellamare, apartándose la capa con un gesto y dejando a la vista su sable colgado del cinto—; si tienes fe, comienza tus oraciones. Siento no poder acompañarte, yo perdí la mía hace mucho tiempo.

—¡Aquí el único que va a morir hoy serás tú! —amenazó Jaime Cadalfach.

—No me digas —rio hastiado el *cavaliere*, con su anguloso rostro parapetado tras las gafas oscuras. Seguía de pie, manteniendo su estática postura en mitad del escenario, envuelto en la capa blanca ceremonial, con la cruz roja del Santo Sepulcro brillando en el hombro izquierdo y la cruz de oro y diamantes, arrebatada al cardenal Hjortsberg, rutilando sobre su pecho.

—Sí —terció el marqués—, por fin vas a pagar por tus crímenes, como la muerte de la pobre anciana hija de Carles Montpalau.

—¡¿Qué?! —gritó Leticia.

—Sí —confirmó Jaime Cadalfach, girándose hacia ella—, ese hombre que ve usted en el escenario es el asesino de su madrina, doña Rosa Montpalau. ¡Él fue quien la mató!

—Cierto —reconoció el *cavaliere*, sin perder un ápice de su altiva dignidad—, con esta espada que porto, la misma con la que morirá ella y todo el que ose interponerse en mi camino para impedirlo.

A Leticia se le saltaban los ojos de las órbitas, sin poder dar crédito a lo que estaba sucediendo; la peor y más vívida de las pesadillas que imaginarse pueda, el *delirium tremens* en lo máximo de su plenitud.

—¿Sabe? —dijo Bellamare alzando la voz hacia a ella desde lo alto del escenario —, he de reconocerle mi admiración. Ya es la tercera vez que burla usted a la muerte. La primera vez escapó de la tumba donde ordené que la enterraran viva hace más de cuarenta años. La segunda ocasión fue librada de ser abrasada por el telescopio de Galileo en la Basílica de San Pedro. Y la tercera, todavía no entiendo cómo, escapó del incendio que usted misma causó en su propia casa. Pero aquí acaba su penosa existencia de huérfana, y de paso también eliminaré a todos estos anacrónicos herejes que se esconden como alimañas en las cloacas de Barcelona.

El marqués de Oriol seguía de pie en el pasillo, dándole réplica a su oponente, vestido con su estrafalario atuendo. De pronto Jaime Cadalfach alzó la voz:

—¡Salid, camaradas!

Un grupo de personas, todas ataviadas con similar vestimenta y máscaras picudas, entró al patio de butacas por una puerta lateral, y Leticia los reconoció al instante; eran los espectros de la villa gótica. Seis o siete personas, portando en las manos sendos faroles de cobre, que emitían aquella luz atmosférica y azulada, irrumpieron dentro de la platea.

—Ah, los icarianos hacen su aparición —constató Fabrizio Bellamare sin perder su aplomo ante la llegada de más enemigos—. Bien, bien, eso es justamente lo que yo esperaba. Así moriréis todos de una vez, tú y tus alimañas de alcantarilla.

—Menos humos, eminencia —le atajó sarcástico el marqués.

—¡¿De qué te burlas, espantajo vil?! —exclamó enfurecido Bellamare.

Jaime Cadalfach, remedando una satírica reverencia, dijo:

—Oh, perdone vuesa merced por la ironía; pero es que me gustaría ver cómo nos

vas a someter, pues me parece que aquí eres tú quien está en inferioridad de condiciones. ¿No te has dado cuenta de que estamos en nuestro terreno? El Liceo, ¡los dominios del Fantasma!

—¡Ja, ja, ja, ja! —La carcajada siniestra del *cavaliere* resonó en el espacio vacío del enorme proscenio—. ¿Sabes una cosa, mequetrefe?, estáis muy agradecidos con vuestra máscara de avechucho y vuestro farolillo de feria, pero vas listo si confías en eso que acabas de decir.

Los icarianos avanzaron amenazantes hacia el escenario, donde Bellamare se había plantificado ceremonioso, con la mano izquierda posada en la empuñadura de su espada, como el Don Juan de Tirso de Molina. El grupo de utópicos emitía un pálido halo de fulgor azulado con sus faroles cilíndricos encendidos. Avanzaban ahora por entre las butacas para destronar al usurpador del Liceo, que ellos consideraban terreno sagrado de su logia.

Pero el *cavaliere* desenfundó la espada con un gesto enérgico, y la temible hoja relució a la luz de las calendas. Al verlo, Leticia dio un respingo de pánico.

—¡Adelante! —alentó el marqués a sus compañeros—, no temáis, acabemos con ese maldito farsante, en memoria de Carles Montpalau.

—¡Montpalau no existe! —voceó Bellamare, esgrimando su espada.

—¡Alto!

Una voz atronadora se elevó entonces sobre las alturas, resonando fricativa como un trueno entre los palcos vacíos, y dejándolos a todos paralizados. Por la puerta batiente de la platea, como un nuevo actor, acababa de aparecer un hombre vestido en traje ceremonial, portando una máscara cerúlea en el rostro.

—¡El Fantasma! —gritaron todos.

El hombre avanzó imperioso, apartando con un gesto de su mano izquierda enguantada de blanco la capa negra forrada de raso escarlata, y dejando ver su lujoso chaqué oscuro de aspecto anacrónico pero elegante. Parecía un duque del siglo pasado, mayestático, sumamente viril, incluso apuesto a pesar de la máscara esclerótica que cubría su cara. Alzaba en su mano derecha una tea encendida y humeante, con la que seguramente había subido desde los recónditos y oscuros túneles que horadan por debajo el teatro de la ópera.

—¡El Fantasma del Liceo! —musitó Leticia, a punto de perder los últimos restos de cordura.

Entonces el *cavaliere* desapareció en la sombra por un lateral del escenario, reapareciendo segundos después en el pasillo alfombrado de la platea. Enarboló su espada y avanzó dispuesto a matar a todo el que se interpusiera en su camino, tal como había prometido. Por fin estaba a punto de culminar la misión pendiente de su vida. El marqués dio un paso atrás al verle llegar implacable y dispuesto a todo, pero al hacerlo tropezó con una butaca, se enredó en los pliegues del hábito negro, trastabilló y cayó al suelo, arrastrando consigo su farol.

Los demás contemplaban la escena paralizados de asombro, mientras el

combustible del farol se derramaba por el piso, inflamando la alfombra que lo cubría. Leticia se pellizcaba el brazo, preguntándose si estaba soñando. Sin embargo, el *cavaliere* se aproximaba espada en mano para matarla, igual que había hecho con doña Rosa y su gato *Fausto*. Pero entonces, el Fantasma se interpuso entre ambos, arrojó la tea y se abalanzó sobre Bellamare, que justo en ese instante alzaba la peligrosa hoja contra su víctima.

El fuego del farol roto corría como la pólvora devorando la lujosa alfombra del pasillo en dirección al telón del escenario. La tea del Fantasma había caído sobre las butacas de terciopelo rojo, que ardían ahora propagando el fuego hacia los palcos superiores. Leticia cayó a un lado, empujada por aquel hombre de la máscara, mientras él interponía su elegante pechera de gala contra el *cavaliere* armado. El fuego consumía ya decenas de butacas, devorando con bocanadas hambrientas el tapizado y la madera barnizada. Los icarianos retrocedieron alarmados, arrojaron los faroles y echaron a correr por entre la platea. Nuevos focos de fuego se alzaron allí donde el líquido inflamable se derramaba corriendo como un ardiente reguero, incendiado a su paso todo lo que tocaba. Columnas de pavesas subían a lo más alto, extendiendo la lumbre por todas partes.

El *cavaliere* se aprestó para dar el golpe final. El fuego bramaba a su alrededor, y el humo cegaba la escena como un cuadro wagneriano. El griterío de los atrapados en aquella inmensa pira se alzaba por todos lados con clamores de purgatorio. Leticia se debatía en el suelo, medio ahogada y sangrando por un golpe dado en la cabeza contra una butaca. La hoja metálica de la espada refulgió ante las llamas y desapareció entre la densa humareda circundante, cayendo como un rayo en dirección al Fantasma, mientras se oía la voz tonante del *cavaliere*:

—¡*Delanda est filius!*

El Liceo siguió ardiendo como una tea durante varias horas. El fragor de las llamaradas aullaba ensordecedor, ahogando los lamentos de los atrapados en su interior. Se habían dispersado intentando salvarse, pero ya era tarde, todos los accesos del teatro se hallaban cerrados, y lo único que consiguieron fue pisotearse unos a otros y propagar el fuego a los demás rincones del edificio.

La gran semiesfera central del techo estalló fragmentada en una lluvia de cristales, cayendo sobre las retorcidas butacas. Todo el palco escénico se hundió inflamado sobre el patio de butacas, alimentando aquel brasero candente. Las llamas crecieron entonces buscando oxígeno, y lo encontraron haciendo estallar las ventanas y saliendo al exterior. La gente que a esa hora transitaba por las Ramblas se quedó paralizada de pavor. Las chispas transmitieron el fuego a las bambalinas y los bastidores, y por los huecos encontraron salida hacia arriba, devorando los decorados, las tramoyas y los atrezzo. Borbotones de lumbre y humo ascendían retorciéndose y rugiendo por las cuerdas, las escaleras y los andamios hacia el impresionante telón escarlata. El terciopelo se inflamó cayendo a la platea como una oleada ardiente. La boca del escenario parecía un crematorio infernal arrojando humo y chispas como una ópera de fuego sobre el espantado público.

Fuera, la gente lloraba en un clamor angustioso, reclamando a gritos a los bomberos que tardaban en llegar. Para cuando lo hicieron, el suntuoso teatro de la ópera no era sino cuatro paredes carbonizadas. En su interior, el arco de proscenio todavía permanecía en pie con sombría dignidad desafiando a la hecatombe. Una ruina candente vomitaba su enorme columna de humo denso y negruzco hacia las alturas. Durante mucho tiempo estuvo cayendo sobre Barcelona aquella lluvia de cenizas, fragmentos de telas y lienzos proyectados por la onda de calor.

Leticia recobró el conocimiento a última hora de la tarde. Estaba recostada en su antigua cama, en la vetusta Casa de las Palomas. Parpadeó confusa, todavía con los ojos irritados por el humo. Al principio pensó que todo había sido una alucinación: Jean Claude Lavantier, la custodia sacramental, Cristian Lacroix, la Santa Alianza, el marqués de Oriol, Chelo, Quique, Vicent Calabuig, el velero *Santa Eulalia*, Leonardo da Vinci, Cristóbal Colón, la isla de Salomón, los utópicos, la Spécola del Vaticano, el incendio del Liceo...

*«No ha sido más que un sueño; en realidad no he salido de aquí en todo el tiempo. Sin duda, lo he imaginado todo. Ahora me levantaré, le daré su desayuno a Fausto, y un beso a doña Rosa, y me iré corriendo a trabajar a la inmobiliaria Sardá, con las pelanduscas de mis compañeras».*

Se incorporó de la cama, comprobando que sangraba por el hombro y que tenía un golpe en la cabeza, y entonces supo que aquello no era un sueño, si acaso una pesadilla. Tambaleante de ahogo y debilidad, sudorosa y sucia de hollín, bajó a la calle. Y al instante oyó a lo lejos el fragor de las sirenas de emergencia de la policía y

los bomberos. Su corazón comenzó a latir desbocado.

«¡Dios mío, así que todo es verdad!»

Leticia se debatía llena de dudas.

«Pero entonces, ¿si lo sucedido es cierto, qué hago fuera del Liceo? ¿Cómo he salido de allí, quién me ha salvado de nuevo?»

Y entonces lo recordó:

«¡El Fantasma!»

No, aquel hombre de la máscara pálida no pudo haberla salvado, porque Leticia había vislumbrado impotente, caída entre las butacas, cómo el *cavaliere* alzaba su espada contra él. Pero antes de contemplar el fatídico desenlace, Leticia había perdido el conocimiento, ahogada por la sofocante humareda del incendio. ¿Qué había sucedido después? ¿Qué había sido del marqués y sus camaradas icarianos? Tenía que averiguarlo. Caminó Rambla arriba, dando traspies, sorteando maquinalmente a la gente que presenciaba hipnotizada el pavoroso drama. Pero el cordón de seguridad establecido en torno al teatro le impidió pronto seguir adelante. Abordó a un policía que cerraba el paso al gentío:

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo ve, señora? —dijo el agente, herido en su orgullo catalán—. El Liceo ha ardido.

Leticia estaba en un estado de conmoción inexplicable. Le dolía la cabeza y la herida sangrante, tosía sin cesar, tenía la boca seca y los ojos enrojecidos; iba medio andrajosa, con el cabello desmarañado igual que una pordiosera de la calle. No lograba entender cuándo había salido de aquel infierno ni cómo había llegado allí desde la villa gótica de Jaume Cadalfach.

—¿Había alguien dentro? —preguntó de nuevo, entre toses.

El policía la miró de escorzo, preguntándose quién era aquella hedionda mendiga.

—Señora, si había alguien ahí dentro, seguro que ha perecido calcinado; y ahora circule, hágase atrás, aquí ya no queda nada que ver.

Leticia retrocedió mareada y vacilante. Tomó un taxi y pidió que la llevaran al Ensanche. Cuando por fin llegó a casa, atravesó el recibidor, ante la mirada estupefacta de un vecino. Entró, llenó la bañera y se metió en ella. La cabeza se le iba, las imágenes surgían y se fundían sin que su voluntad pudiese hacer nada para controlarlas. El agua se tiñó de una licuefacción escarlata que manaba de la herida de bala mal curada. Una espesa confusión le nublabla la conciencia impidiéndole pensar con claridad. Se ovilló en posición fetal, llorando con amargura. El malvado *cavaliere* había quemado a todos los icarianos, al marqués y al Fantasma en una pira inquisitorial de castigo colectivo. ¿Cómo era posible que se hubiese producido semejante catástrofe?

Sin darse cuenta, se quedó dormida dentro del agua. La despertó el timbre del teléfono. Salió de la bañera, todavía confusa, reblandecida por la humedad, pero al menos limpia de aquella impregnación viscosa. Cuando llegó al teléfono, el aparato

había dejado de sonar. Se sentó en una silla de la cocina envuelta en la toalla, con las hojas del testamento que le había dejado su madrina oculto en el vientre del viejo gatazo tuerto. Las leyó de nuevo, mientras *Fausto* la miraba en silencio con los ojos falsos de vidrio y el cuerpo acuchillado por segunda vez.

La vida se le desmoronaba alrededor, sentía como la cabeza se le iba y la razón desaparecía a remolinos por algún oscuro sumidero de su cerebro. Tenía que hacer algo... Se levantó, cogió la agenda y marcó el número de un psiquiatra que conocía. El especialista accedió a verla en su consulta; escuchó con paciencia profesional durante hora y media todo lo que Leticia le refirió, tendida en el diván de cuero. Al final del relato, el psiquiatra se alzó meditabundo de su sillón, mientras ella todavía permanecía tumbada, con lágrimas en los ojos.

—¿Cree que estoy muy mal, doctor? —preguntó al ver la inquietud reflejada en el semblante del médico.

El hombre no respondió a la pregunta, simplemente dijo con neutralidad profesional:

—Le haré ahora mismo un análisis de sangre, y mañana realizaremos otras pruebas más exhaustivas.

—No me cree, ¿a que no?

El psiquiatra se alzó de hombros, como diciendo, ¿qué importa eso?

—Le he dicho la verdad —afirmó Leticia, angustiada, mientras una enfermera le sacaba sangre y se la llevaba para analizarla.

—La verdad —indicó el pragmático doctor— no existe en psiquiatría; en este campo todo es muy relativo. Los que necesitan decir la verdad acuden a un confesor. Para quienes trabajamos con los problemas de la mente, la verdad no es más que la cantidad de mentira que cada paciente está dispuesto a soportar por no ver lo que no desea: su otro Yo, la sombra que habita en el subconsciente; o tal como dijo Carl Jung, el demonio que todos llevamos dentro.

—Entonces, ¿estoy loca?

El psiquiatra sonrió levemente, negando.

—Usted ha vivido alguna experiencia conmocionante que le ha saturado su nivel de razonamiento; técnicamente se encuentra en estado de *shock* disociativo. Aparte de ello, tiene la temperatura muy alta, debido a esa herida mal curada.

—Pero yo...

—Escuche —interpuso el médico—, dejando aparte las teorías de Jung, en la vida todo tiene su explicación lógica.

—¿Eso cree?

—Tiene usted un hematoma en la cabeza; quizá tropezó y se golpeó al caer. Puede que tuviera un desvanecimiento, no sé... Por lo que me ha contado, intuyo que ha sufrido usted un cuadro amnésico transitorio.

Leticia se quedó pensando en ello. ¿Realmente todo era causa de una amnesia transitoria?



—Le recetaré unos calmantes —el psiquiatra comenzó a expedir la receta—, debe tomárselos y descansar. Mañana volverá a verme.

—Pero el Liceo...

La enfermera entró en ese momento con el análisis hematológico. El médico lo repasó varias veces durante un buen rato con el entrecejo reconcentrado. Se levantó, consultó algunos libros. Luego volvió y se sentó frente a su paciente.

—¿Es grave, doctor? —ironizó ella por restar dramatismo a la situación.

El psiquiatra sacudió la cabeza negativamente y continuó repasando el análisis. Frunció el ceño, como si no diese crédito a lo que leía en el papel, y dijo:

—Según los resultados de laboratorio, ha estado usted expuesta a emanaciones gaseosas de... estramonio. Es muy raro, pero eso explicaría el estado de confusión en el que se halla.

—¿Qué? —preguntó ella sin entender.

—El estramonio es una planta medicinal, aunque tóxica. Un remedio de farmacopea antigua, no se utiliza desde hace siglos. A dosis médicas adecuadas servía como antiasmático, antitusígeno y espasmolítico, lo que en parte ha paliado los problemas respiratorios por asfixia, porque también es cierto que parece haber tragado usted bastante humo...

—Pues claro —replicó ella—, ya se lo he dicho, yo estaba en el interior del Liceo cuando comenzó el fuego.

—Ha debido usted acercarse demasiado, eso es todo... —descartó el psiquiatra, que había visto la noticia en la televisión.

—No sabe usted lo cerca que he estado...

El médico carraspeó, incómodo.

—Bien, dejemos eso por el momento... Como le digo, tiene usted altas dosis de estramonio en sangre, seguramente inhalado por vía respiratoria. Dosis demasiado altas causan sequedad en la boca, alteraciones del sistema nervioso, tales como pérdida de referencias temporales, confusión mental, laxitud y... fuertes alucinaciones que se pueden prolongar durante varias horas, incluso días.

—¿Cree que lo que le acabo de contar es una alucinación?! —contestó Leticia, airada.

—Señora, no...

—¡Váyase al cuerno! —Leticia se incorporó del diván, sacó el dinero de la consulta, lo dejó sobre el escritorio y salió dando un portazo.

Cuando regresó a casa, el enfado se le había pasado, y en su lugar el desconcierto la invadía. Estramonio inhalado..., produce pérdida de referencias temporales, fuertes alucinaciones... Estramonio gaseoso...

«¡Claro, aquella vela y aquellos faroles de luz azulada!»

Entonces Leticia lo comprendió: la vela en la villa del marqués y los faroles que portaban los icarianos ardían emanando estramonio en su combustión, seguramente para que si alguien los espiaba, que no pudiera luego asegurar si lo que había visto

era real. Era como un seguro contra impostores o infiltrados. Y por eso ellos se cubrían el rostro con aquella máscara, como la que utilizaron los médicos para protegerse de la epidemia de peste que asoló Italia en el siglo XIV. Para librarse de sus propios gases tóxicos. Ahora estaba claro: los faroles de los icarianos, al romperse, habían llenado el ambiente de gases alucinógenos.

Y entonces sonó el teléfono.

En algún lugar hay alguien jugando al ajedrez con nuestras vidas. Y Leticia se disponía por fin a conocer al enigmático jugador que había urdido la partida en la que se había visto arrastrada sin desearlo. Estaba intrigada, pues Rubén Mengual, el bisoño y perruno sargento de la Guardia Civil (era él quien había estado llamándola), no había querido revelar por teléfono la identidad de la *importante personalidad* que deseaba entrevistarse con ella desde hacía varios días.

—Pasaré a recogerla esta tarde —le dijo Mengual—, yo la conduciré al lugar de la reunión.

Leticia se arregló, se puso su mejor vestido. Era febrero y hacía bastante frío, así que cogió además su más grueso abrigo. La cita era en uno de los pabellones que forman parte del Palacio Real, situado en la elitista zona residencial de Pedralbes, a los pies del Tibidabo. El demacrado suboficial de la Guardia Civil acompañó a Leticia en su coche hasta el lugar del encuentro. Atardecía con un lívido despliegue invernal cuando ella descendió del automóvil en la sosegada zona, entré bellas torres ajardinadas, clínicas de lujo y residencias universitarias.

—Ahí es; entre usted —dijo el sargento, señalando el regio inmueble palaciego frente al que habían aparcado—, yo me marchó, pero pasaré más tarde a recogerla y llevarla de vuelta a su casa.

En el zaguán del edificio le salieron al paso dos hombres trajeados de oscuro con aspecto de guardaespaldas, pero a una indicación de alguien que venía por detrás, se retiraron hacia el interior, dejándola pasar. Era el general Betancurt, aunque ella no le conocía. El militar iba vestido de paisano cuando se adelantó a recibirla, franqueándole el paso a un porticado patio interior. Más allá se abría una sólida escalera de mármol que ascendía hasta el piso principal.

—Adelante, él ya la está esperando —dijo Alonso Betancurt, sin desvelar quién era.

Y a continuación, antes de que Leticia pudiese preguntar nada, una puerta de labrado dintel se abrió pesada en el gran rellano de una galería de altos ventanales, cuyos cristales flameaban relumbrando las últimas luces de la tarde. El cielo que se veía recortado por el patio se oscurecía paulatinamente pasando del rojo al azul amaranto. Un hombrecillo con aspecto de chambelán, medio calvo y gafas de carey, se dirigió a ella mientras el general desaparecía por un largo corredor. El hombrecillo, con voz aflautada y tono desdeñoso, tomó el abrigo de Leticia, y mientras la precedía por el amplio recibidor decorado con tapices flamencos y bustos clásicos de alabastro, la fue aleccionando con impertinente aspereza:

—No sé si estará al tanto del protocolo... Ha de inclinarse usted y hacer una reverencia con la cabeza gacha y las rodillas ligeramente flexionadas, no le hable si él no le habla a usted primero, manténgase a tres metros de su persona, no le tienda la mano si él no se la ofrece a usted primero, trátele siempre como *Señor*...

A qué venían todas aquellas pamplinas, se preguntó Leticia. Ahora ya estaba segura de quién se escondía en aquella fastuosa residencia: el multimillonario belga, coleccionista de obras de arte, Jean Claude Lavantier; no podía ser otro. Seguramente, pensó Leticia, el célebre cazatesoros se había enterado de todo y quería deslumbrarla con toda esa pompa señorial para quizá intentar captarla de nuevo. Leticia todavía recordaba las enigmáticas palabras que le había dedicado: «la considero la persona más autorizada para valorar esta hacienda».

¿Se refería con ello a Carles Montpalau, el anarquista regresado rico de su expedición a Icaria? ¿Era Montpalau quien compró la finca de la ermita franciscana y construyó la mansión campestre para vivir allí los últimos días de su vida? ¿Era él quien estaba en el sepulcro de la ermita? Eso parecía, sobre todo a juzgar por la foto en blanco y negro con aquellos trece caballeros en pose para la posteridad, figurando delante del submarino *Ictíneo* de Monturiol, que había visto colgada en la biblioteca de la casa solariega. Quizá Lavantier sabía desde el principio quién era Leticia, amadrinada por la viejísima hija de Montpalau, y el belga quería utilizar todo lo que supuestamente sabía ella por el hecho de haber residido toda su vida en la casa del intrépido icariano. Pero iba listo. Esta vez Leticia se prometió no dejarse comprar por una moneda de oro.

«*En cuanto le tenga delante, me va a oír*», se dijo, pues todo aquel despliegue no la impresionaba lo más mínimo.

Ella y el hombrecillo se detuvieron frente a una puerta de doble hoja; él dio dos golpes suaves de llamada y alguien contestó *adelante* al otro lado. El chambelán abrió la manilla, cediendo el paso con su mano enguantada de blanco, luego se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta. Leticia avanzó traspasando la antecámara hacia el interior del amplio despacho posterior, separado por una opaca cortina.

Rebasó la cortina de la antecámara pisando con decisión la mullida alfombra del entarimado de roble, y se halló a la entrada de un amplio gabinete de trabajo con tres grandes ventanas tapizadas de recios cortinajes y visillos que daban al feraz exterior poblado de pinos y acacias. Se veían oscuras las copas de los árboles que sobresalían por la verja metálica del palaciego inmueble. Reinaba en el interior una luz plateresca que provenía de los apliques y la gran lámpara de Murano suspendida del techo. Más allá de los primeros muebles de estilo Imperio figuraba un amplio escritorio de madera noble, y delante de él la aguardaba...

Pero no, no podía ser verdad... Leticia no salía de su asombro. Debía notársele la sorpresa que le había subido de golpe a la cara. Se quedó patitiesa en el sitio. El hombre que la esperaba de pie y apoyado en el escritorio sonrió. Ella trató de recuperar la calma; titubeó y farfulló un saludo:

—¡Majestad!

Aquel hombre era don Juan Carlos, el rey de España. Leticia se había quedado sin aliento en el cuerpo. El Rey, sonriente, con un traje gris oscuro diplomático y corbata malva, muy elegante y gentil, cruzó en dos zancadas el gabinete, acercándose a ella.

—Vaya —dijo con voz amable y simpática—, eres más guapa de lo que me habían dicho.

La tomó por ambos brazos y le estampó dos campechanos besos en la cara. Leticia casi se cae a peso sobre la alfombra persa del suelo. Le temblaba todo el cuerpo.

—Y usted también, Señor —musitó.

Luego, al darse cuenta de lo que acababa de decir, corrigió azorada:

—Perdón, Majestad, quiero decir que...

Pero el Rey estalló entonces en una sonora carcajada. Estaba allí, tan alto, mucho más de lo que se le veía en la *tele*, y al mismo tiempo tan accesible y simpático. En esos momentos, ella no podía articular ningún pensamiento racional, estaba bloqueada por completo.

—Lo primero, quería darte la enhorabuena —le estaba diciendo don Juan Carlos—, felicitarte por tu tenacidad y tu coraje.

Leticia tembló emocionada.

—Eres una mujer admirable, y nos sentimos muy agradecidos por los esfuerzos que has hecho por descubrir el verdadero destino de Cristóbal Colón.

Ella balbució:

—Perdón, Señor, no le comprendo...

El Rey se lo explicó sucintamente:

—La isla que avistaste supone un punto geodésico de vital importancia estratégica para las telecomunicaciones internacionales. Muchos son los que la buscan desde hace años, y no siempre con buenas intenciones. Gracias a vuestra intervención y la proclamación pública del hallazgo, ahora pertenece a España.

—Pero Majestad, es cierto que avistamos la isla, sin embargo no pudimos registrar su situación; los aparatos del barco no respondían. Así que todavía permanece perdida; no podríamos volver aunque quisiéramos.

—Eso no importa demasiado, pues todo nuevo territorio localizado pertenece políticamente al país cuya bandera ondeaba en el barco que lo descubrió por primera vez. Y eso es lo que tú has logrado junto a los valientes de tus amigos. Además, como monarca, considero mi obligación reparar la ofensa histórica que mis antepasados los Reyes Católicos cometieron con Cristóbal Colón, incumpliendo lo acordado en las Capitulaciones de Santa Fe, negándole los porcentajes acordados de todo lo descubierto en el Nuevo Mundo y despojándole al final de su vida de sus títulos, como Virrey de las Indias y Almirante. Como consecuencia, los descendientes directos de Colón fueron perseguidos por la Inquisición y murieron en la miseria, como el propio Almirante, sin la menor gloria o reconocimiento; olvidados para siempre, como si Colón jamás hubiese existido, cuando resulta que es uno de los mayores héroes de nuestra historia.

Leticia suspiró, alucinada:

—Con el debido respeto, Señor, me temo que no entiendo de qué va todo esto.

—Siéntate, por favor —ofreció el Rey, sentándose también, después que ella—, he de contarte algo.

## 12

La custodia sacramental guardada en la pequeña ermita franciscana desde los tiempos de Hernando Colón era una joya votiva de gran valor histórico y material. La pieza sacra, realizada en oro y piedras preciosas, fue trasladada en el siglo xv desde Constantinopla hasta Florencia, antes de caer Bizancio en manos de los turcos. Los portadores de la custodia se constituyeron como una hermandad de sabios que se hacía llamar los Pitagóricos, porque su principal cometido era descubrir una mítica isla de la que hablaban las más antiguas leyendas, y que Pitágoras pretendía localizar mediante cálculos geocósmicos y zodiacales. Una isla considerada el centro u obliquo del mundo, el *Umbiliculus Mundi*, la misma donde según la Biblia, el rey hebreo Salomón extraía grandes cantidades de oro con destino a Jerusalén, y donde ordenó que llevarsen su corazón al morir.

La hermandad pitagórica se fusionó con uno de los *arti* florentinos, y el relicario, símbolo de su exilio, fue depositado bajo custodia de los franciscanos en la catedral de Florencia, donde existía un observatorio astronómico clandestino, construido por Alberti, Toscanelli y Da Vinci, los principales sabios florentinos del *Quattrocento*. Cuando los Pitagóricos descubren la forma de orientarse hacia la mítica isla, encargan su localización a Cristóbal Colón, el nauta de la hermandad. La misión era encontrar las minas de oro y la tumba de Salomón, junto a sus míticos tesoros y talismanes. Con el paso del tiempo, la misión pitagórica se convirtió en una utopía renacentista, pero perseguida por los dominicos, la orden que gobernaba la Inquisición, y que ambicionaba tener todos los secretos de la Iglesia. Así es como empezó la persecución inquisitorial contra los Pitagóricos y sus descendientes. Y por eso Colón hubo de actuar siempre con tanto hermetismo.

Para los Pitagóricos, la isla se hallaba en un punto geodésico, donde según las antiquísimas escrituras hebreas se había originado el Diluvio Universal. El punto, opuesto al primer meridiano del mundo o de la Ecumene, coincidía con una porción terrestre, una montaña marina, donde según la mitología no se podía arribar si no era estando en gracia de Dios, o dicho de otro modo, portando el signo de Nuestro Señor Jesucristo, como el que había visto Constantino antes de la batalla que le proclamó emperador del Sacro Imperio Romano: *in hoc Signo vinces*, la cruz roja celta,

posteriormente conocida como cruz de San Jorge, la misma que portaba pintada Colón en sus tres carabelas.

Dicha montaña, situada en medio del Océano Atlántico, era donde supuestamente había terminado embarrancando el Arca de Noé durante el Diluvio. Alberti, Toscanelli, Da Vinci y Colón idearon un sistema de orientación basado en las proporciones universales del cuerpo humano, pero en el cuerpo más perfecto de todos, el de Jesús, según las tesis del arquitecto romano Marcos Vitrubio. Porque Vitrubio creía que dichas proporciones habían sido utilizadas por Noé para construir el Arca y salvar a las especies animales, trasunto de la posterior salvación humana con la muerte de Cristo en la cruz.

Con aquel sistema de orientación astral, Cristóbal Colón emprendió cuatro viajes atravesando el Atlántico, entonces un océano desconocido y temible. Encontró América, pero no quedó el menor rastro documental de que hubiese hallado la que él denominaba Anti Illa (por encontrarse en el antimeridiano del meridiano cero), la isla donde nadie moriría jamás, al hallarse en el Punto Fijo, un lugar geocósmico fuera del tiempo. Al no poder cumplir su misión, Colón se la traspasó a su hijo Hernando, mientras que el Almirante, viejo, enfermo, fracasado, despojado de sus títulos y engañado por los Reyes Católicos, redactaba lo que se conoce como *Libro de las Profecías*, donde hablando en clave revela su misión como enviado de los Pitagóricos. Sin embargo, esos manuscritos, custodiados por los dominicos en el archivo de Indias de la catedral de Sevilla, serían expoliados en el siglo XVIII, y nunca más se supo de ellos.

A la muerte de Colón dentro del monasterio franciscano de Valladolid, los frailes de San Francisco, Orden a la que pertenecía el viejo Almirante desde niño, para borrar las huellas de aquella secreta misión, para eliminar cualquier rastro con vistas a la Santa Inquisición, desmembraron y descarnaron su cuerpo, diseminando sus huesos y sus pertenencias por varios lugares del mundo, desde Italia hasta Santo Domingo, pasando por Barcelona, Sevilla, Cuba, Valladolid y El Escorial. Así es como los huesos del Almirante se confundirían más tarde con los de sus otros hijos y sus hermanos, en un delirante periplo de tumbas, inhumaciones, desenterramientos clandestinos y litigios que todavía no ha terminado, y cuyo resultado es una de las mayores incógnitas de la historia: ¿quién era Colón y qué buscaba realmente?

Nada se sabe con certeza, pues ni siquiera su hijo Hernando pudo averiguar la identidad y lugar de nacimiento de su padre. Durante toda su vida, el propio Colón procuró difuminar sus orígenes, creando una nebulosa de fabulaciones para ocultar su pertenencia a los Pitagóricos y su misión hacia la isla de Ofir. Las pistas quedarían totalmente borradas cuando las tumbas de la familia Colomb, a la cual pertenecía, desaparecieron durante el incendio del convento de Santa Caterina de Barcelona, donde tenían el privilegio de ser inhumados los Colomb, lo que prueba su ascendencia patricia, pues tan sólo caballeros y nobles podían ser enterrados en un recinto sacro. El convento ardió por completo durante las revueltas revolucionarias

que asolaron Barcelona en 1835, la misma fecha en que ardió también el convento franciscano de Valladolid, la primera sepultura de Colón, y el convento franciscano que había en la Rambla, donde años después se alzaría el Liceo.

Sólo quedó en Barcelona una familia como única descendiente directa del Almirante; gente noble pero modesta, que mantenía en secreto su importante ascendencia. Sabían muy bien que deade siglos atrás, numerosas fuerzas ocultas pugnaban todavía por conocer el secreto paradero de Ofir, primero la Inquisición, y cuando esta desapareció, los jesuitas, no menos peligrosos. Aquella familia perecería toda en los rigores de la Guerra Civil, mejor dicho, todos menos una niña, Marina Colomb, la única y última descendiente del Almirante, la depositaria del secreto que tantos ambicionaban desde que Colón regresase de su viaje: su *Diario de a bordo*.



Leticia apenas veía por donde pisaba cuando una hora después bajó las escaleras del pabellón palaciego, tras recibir de don Juan Carlos un gentil beso en el dorso de la mano como despedida.

«¡Mi madre era una Colomb, por mis venas corre la sangre de Cristóbal Colón!»

Su mente alucinaba, arrasada por el increíble secreto que le había sido revelado. Ahora lo comprendía, todos iban en pos del *Diario* de Colón, desde Lavantier hasta el *cavaliere*, y creían que lo tenía ella por ser la única descendiente viva del Almirante. Era demencial. Ahora comprendía lo que buscaba el malvado Fabricio Belmar desde sus tiempos como seminarista jesuita en Barcelona: el *Diario de a bordo*, el auténtico, redactado de puño y letra por Cristóbal Colón durante su travesía oceánica. Por eso había entrado a la Casa de las Palomas y había matado a su madrina; buscaba el *Diario* del Almirante. Pero Leticia no lo tenía, sólo había heredado de Marina Colomb aquel viejo pañuelo azul flordelisado que doña Rosa encontró en la tumba, descolorido por los años de uso y la cal viva. ¿Dónde estaba entonces el *Diario* de Colón?

Aquello era una duda demasiado grande para sobrellevarla sola, necesitaba compartirla con alguien, quizá con Vicent Calabuig, el comprensivo marino jubilado. Pero al salir de la entrevista con don Juan Carlos, el general Betancurt se había identificado ante ella, recomendándole que no comentase con nadie lo hablado en aquel despacho. Luego se había despedido dedicándole un taconazo a modo de saludo militar.

El cielo ya estaba oscuro y hacía mucho frío. Leticia se arrebujó en su abrigo y salió al exterior, esperando en vano que aquel desmadejado sargento de la Benemérita vestido de paisano volviese a recogerla para llevarla de nuevo a casa. A sus pies se desplegaba la inmensa extensión de Barcelona, incandescente de luminarias en la bruma de la noche. Oteó arriba y abajo esperando ver pasar algún taxi, pero la zona estaba desierta. Desde el otro lado de la avenida le llegó el reconfortante olor a foresta y tierra húmeda. Pero de pronto se quedó sin aliento. A su derecha, oculta en la oscuridad que proyectaba una frondosa pinada, vio moverse una sombra agazapada. La presencia avanzó hacia ella cojeando, arrastrando por el suelo un descompuesto harapo de tela sucia.

—¿Quién anda ahí? —balbució ella, temerosa.

En ese momento percibió un tufo a quemado y entonces se dio cuenta de que la tela que apenas cubría el cuerpo de la sombra era un pingajo infecto; el uniforme de maestrante con la capa blanca chamuscada y sucia. Leticia experimentó una oleada de horror, mientras intentaba alejarse de allí. Sabía que tenía que echar a correr, pero las piernas no le respondían. Se había quedado atenzada por el pánico, viendo como la pútrida silueta se aproximaba reptando como una salamandra. Llegó a su altura y...

«¡Santo Dios!»

El rostro de aquel hombre era la viva imagen de un leproso en descomposición. Leticia continuaba clavada en el sitio, el miedo le había robado la voluntad.

—Buenas noches, señora —masculló con un áspero sonido de grava húmeda—. ¿O debería llamarte hija? En fin, no sé si me reconocerás con este lamentable aspecto en que me hallo...

«¡*Fabrizio Bellamare!* —confirmó al ver aquel rostro diabólico—. *Pero no puede ser...*, ¿acaso no resultó abrasado en el Liceo? ¿Es que este hombre no muere nunca?»

El *cavaliere* frunció el rostro anguloso sin sus gafas negras, y en aquellos ojos desprovistos de toda piedad brillaban las llamas del infierno. Bellamare o Belmar la miraba estático, igual que una mantis religiosa a punto de saltar sobre su presa. Le cruzaba la cara una herida sanguinolenta que dejaba media mandíbula fuera, con los dientes amarillos rechinando de odio. Se acercó a Leticia y la oprimió por detrás con grosero ímpetu, sin que ella fuese capaz de resistirse. ¡Aquel hombre era su padre!

El *cavaliere*, incapaz de sentir la menor compasión, metió la mano en los harapos de su uniforme hecho trizas y sacó una pequeña pistola *Derringer*. Leticia lanzó un grito ahogado. Fabricio Belmar, el antiguo seminarista jesuita ascendido a lo más alto de la nobleza vaticana, respiró dificultosamente y apoyó el arma contra la bonita melena de su hija. Y ella rezó para que aquello también fuese fruto del estramonio.

—Sé lo que estás pensando, pero no, yo no morí en el Liceo junto a esas ratas de cloaca de los icarianos. Ya te lo dije, tengo más vidas que un gato.

—¿Y el Fantasma? —musitó Leticia, abrumada de pánico y espanto.

—Oh, ese... Pues me temo que perdió la cabeza —hizo una grotesca mueca con su boca descarnada—. Pero no hay por qué lamentarse, le hice un favor dándole muerte. Su aspecto físico detrás de la máscara era bastante horrible, créeme.

—¡Asesino! —le gritó ella, tratando de soltarse, pero el *cavaliere* la mantenía sujeta con increíble fuerza para su edad y su lamentable estado.

—Vaya forma de tratar a un padre —ironizó—, ¿esa es la educación que recibiste de aquella vieja que te sacó de la tumba?, Me conmueves con tu devoción hacia un fruto bastardo, como lo eres tú misma. En fin —añadió insensible—, si tanto le querías, no te preocupes, ahora mismo te mandaré con él al otro mundo, como ya sucedió hace más de cuarenta años. Aquí se apaga hoy tu buena estrella; nos iremos juntos al infierno —gruñó—; di adiós a tu padre y despídete de todo lo que pudo haber sido y no fue.

—¡Alto, deténgase! —sonó una voz al otro lado de la calle, justo en la linde del bosquecillo.

La oscuridad que proyectaban los árboles impedía distinguir la identidad de aquella figura humana surgida de la espesura. El *cavaliere* miró hacia allí, forzando la vista pero sin dejar de apuntar a Leticia con la *Derringer*.

—Vaya, vaya, qué sorpresa —dijo Fabricio Belmar, reconociendo al recién llegado—, si es el entrometido agente de la Guardia Civil; el mismo que hizo fracasar

el experimento del Punto Fijo en la Basílica de San Pedro.

En efecto, era Rubén Mengual, con su cara de galgo hambriento y su mala facha de siempre. Hacía unos minutos que el joven sargento acababa de llegar para recoger a Leticia y llevarla de vuelta al centro. Pero como ella todavía no había salido de su entrevista, Mengual aparcó el coche y se adentró en el bosquecillo que había frente al palacio para echar una meada. Venía subiéndose la cremallera de la bragueta cuando se tropezó con la truculenta escena.

Leticia estaba al borde del desmayo, todavía no se había recuperado del disparo propinado por Cornelio Delmonio. La fiebre le subía por momentos, y su organismo aún no había expulsado los gases tóxicos del estramonio.

—¡Socorro! —gritó, pero el *cavaliere* le puso una sanguinolenta mano sobre la boca, y ella casi se ahoga de asco.

Mengual vaciló, pero luego se quedó quieto, protegido por la sombra de la espesura.

—Es usted muy oportuno, sargento, como siempre —dijo Belmar con toda tranquilidad—; y celebro verle, porque así mataré dos pájaros de un tiro. Con esta *Derringer* de dos balas que mató a un cardenal, todo un privilegio para un patán como usted. Voy a volarle la cabeza en un santiamén por hacerme fracasar aquel día en el Vaticano, pero permítame un momento que me deshaga antes de la mujer; ya sabe, las damas primero.

Rubén Mengual, con cara de susto y tan mal afeitado como siempre, intentó dar un paso adelante, dispuesto a intervenir como era su obligación, pero el *cavaliere* amartilló sobre la cabeza de su hija la *Derringer* de plata con la que se había suicidado el cardenal jesuita, y amenazó:

—¡Ni se le ocurra moverse!

El sargento se detuvo en seco, mientras Leticia contemplaba deprimida cómo se diluían las últimas esperanzas de salir con vida. Aquel cobarde, con la corbata mustia y los zapatos deslustrados, no era más que un funcionario del Estado sin la menor intención de complicarse la vida.

—Bien, bien —rio Belmar con su mueca ulcerada—, así me gusta; guardemos las distancias. No ha debido usted entrometerse, esta mujer tiene que morir, jamás hay que dejar cabos sueltos, de lo contrario, puedes tropezar con ellos en el futuro.

Entonces Mengual se metió la mano derecha en el sobaco, como si fuese a rascarse indecorosamente, pero cuando la volvió a sacar, en ella empuñaba su pistola *Astra* reglamentaria.

—Oh, vaya —se burló el *cavaliere*—, así que va usted armado. Es normal, siendo un agente del orden. Pero tenga cuidado no se le dispare eso y se haga daño.

Leticia sintió el hedor de la carne chamuscada que desprendía la mano purulenta de su padre y verdugo, y tembló descorazonada, despidiéndose de todo. En ese preciso momento, Rubén Mengual levantaba el brazo, apuntando el arma en dirección a la cruz de oro que Bellamare le robó al cardenal jesuita, y que todavía llevaba

colgando en la pechera. La joya, recamada de diamantes, brillaba como un lucero en la oscuridad de la noche.

—Yo que usted no lo haría —aconsejó el *cavaliere*—, seguro que ahora mismo está temblando de miedo, y en tales circunstancias, desde tanta distancia y con tan poca luz, le va a resultar muy difícil hacer puntería. Porque supongo que no querrá fallar el tiro y matar usted mismo a esta buena mujer, ¿verdad?

Mengual se quedó quieto con el brazo estirado. Leticia cerró los ojos.

—Bien, pues despídase de ella —zanjó Belmar—, hemos llegado a la escena final de la tragedia...

Ella no podía más, flaqueó, a punto de perder el conocimiento.

—Y al final de toda buena tragedia siempre ha de morir alguien —añadió, sardónico.

—Eso es cierto —murmuró entonces Mengual.

Pero el *cavaliere* no le oyó; amartillo la *Derringer* y dijo:

—*Delenda est filius.*

A partir de ahí, todo ocurrió en segundos. Rubén Mengual, cuyas notas de tiro habían sido las más altas de su promoción, apretó el gatillo apuntando directamente al brillo del crucifijo.

¡¡¡Bang!!!

El *cavaliere* sufrió un sopetón y dejó libre a su presa. Leticia dio dos pasos vacilantes y a continuación se desmayó sin sentido en el suelo. Fabricio Belmar, alcanzado de pleno, dobló las rodillas y cayó muerto a su lado, con el pecho reventado por una bala del calibre 9 milímetros *parabellum*.

Barcelona se volcó empeñada en recuperar el Liceo devastado por un incomprensible incendio cuyas causas continuarían sin esclarecer durante muchos años. Algún periódico dijo que habían aparecido varios cadáveres calcinados entre los escombros, pero la versión oficial del siniestro lo negó tajantemente. En todo caso, alguna fuente menos hermética deslizaría que los cuerpos pertenecían seguramente a mendigos y pordioseros sin identidad, que a veces entraban en los sótanos del teatro a través de Dios sabe qué remotas alcantarillas.

Los miembros del servicio secreto de la Guardia Real habían salido al escuchar el certero disparo de Rubén Mengual, socorrieron a Leticia e hicieron desaparecer el cadáver del *cavaliere*. Tras unos días de observación médica, en una elitista clínica privada del Valle de Hebrón, ella se reincorporó a su trabajo en la Diputación. Por su parte, Mengual fue ascendido a teniente, pero apartado totalmente del caso y trasladado a otra provincia, con la expresa recomendación de no comentar nada de lo acontecido. Carpetazo. Asunto de seguridad nacional. Secreto de Estado.

Fue por aquellos días cuando Leticia recibió una proposición de compra por la Casa de las Palomas, dejada en herencia por su madrina doña Rosa Montpalau. La oferta fue cursada por un interesado anónimo a través de una empresa intermediaria, y Leticia intuyó detrás al atractivo cazatesoros Jean Claude Lavantier, que tal vez

continuaba obsesionado con encontrar el tesoro de Salomón. O quizá con ella. La propuesta económica era espléndida, como todo lo que tenía que ver con el millonario belga, pero Leticia sentía perder el inmenso caserón encantado en cual había pasado toda la vida con doña Rosa, el viejo gatizo *Fausto* y su manada de peludos amigos. Allí había sentido por primera vez y durante años la enigmática presencia de su Ángel de la Niebla, mientras crecía y se hacía una mujer. Era su hogar y el de su madrina, toda su familia. No quería desprenderse del único vestigio que le unía con su pasado.

Su vida era hoy muy diferente a lo que se hubiese imaginado cuando regresó de la expedición oceánica. Ahora era una funcionaria tan desconocida como discreta. Con el paso del tiempo, Leticia se fue olvidando de todo; era demasiado dramático para tenerlo presente. El general Betancurt le había recomendado no volver a encontrarse con ninguno de sus antiguos amigos de aventura. Debía ignorar todo aquello, como si nunca hubiese acontecido. Le pareció bien, tampoco ella quería ser presa de la nostalgia, esa emoción que nos envejece prematuramente. Así que se concentró en sus estudios de Historia, los terminó con buena nota y se sumió en la vida cotidiana y anónima como cualquier persona. La persona más sola del mundo.

Intentaba no recordarlo, pero cómo podía olvidar lo sucedido el día del incendio, cómo había llegado desde la villa gótica del marqués de Oriol hasta el Liceo y cómo había salido del teatro, quién la libró de perecer quemada. ¿Quién la había transportado por los subterráneos secretos de la ciudad librándola del fuego en varias ocasiones? ¿Era cierto que Marina Colomb era su madre? ¿Viviría todavía? ¿Tendría ella el *Diario* de Colón? Pero lo más inquietante de todo: ¿qué significaba *delenda est filius*, aquellas palabras que su presunto padre había pronunciado en el instante de atacar al Fantasma y momentos antes de intentar disparar contra ella?

Aquella noche en el barrio de Sarriá, cuando Leticia despertó de su desmayo y no encontró ni rastro del pérfido *cavaliere*, pensó si acaso todo había sido un espejismo causado por los gases del estramonio, tal como le había dicho su psiquiatra. Pero entonces recordaba lo que le había contado don Juan Carlos, y las dudas comenzaban de nuevo a florecer. Porque el Rey no podía mentir. Y aquello le recordó algo: el Ángel de la Niebla, la sombra inquietante que le había rondado muda durante años desde que Leticia descubriese de niña aquel extraño espejo de marco dorado cubierto con una sábana y olvidado en los más recónditos pináculos del caserón. Entonces comprendió que si quería de verdad completar el *puzzle* disperso de su vida tenía que buscar y encajar la última pieza de todas: conocer la verdadera identidad del Fantasma.

## V

*¿Qué es un fantasma?, preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres*

**James Joyce**  
*Ulises*

# 1

Muchas personas tienen la sensación de que su destino ya está planificado, y de que sólo les queda vivirlo tal como lo concibió la mano del Jugador invisible que dirige la partida. Se supone que si les ha tocado en suerte ser un anónimo e insignificante peón dentro del inmenso tablero de ajedrez que es la vida, deben resignarse con ello. Por el contrario, Quique no se conformaba con un papel secundario y menor, quería ser el creador de su propio devenir, inventar las reglas del juego que llamamos realidad. Y en la época de la que estamos hablando, Quique había tocado fondo, convertido en una víctima de su obsesión.

Pasaba el día solo, inventándose personajes de caricatura y argumentos rocambolescos. Era como cuando de pequeño soñaba con tener poderes mágicos para erradicar así sus complejos y borrar su desdichado pasado. Se imaginaba como a un tipo normal, incluso tímido en la vida cotidiana, con su trabajo aburrido en cualquier oficina; pero en sus ratos libres, cuando nadie le veía, se dedicaba a salvar doncellas en peligro de las garras de malvados malhechores, chicas con las que luego mantenía una romántica relación, hasta que aparecía un nuevo villano por derrotar y una nueva víctima a la que salvar.

Lo que Quique deseaba era inventar una aventura extraordinaria, al estilo de las que se contaban en aquellos libros ilustrados del siglo pasado, como las novelas de Verne, Salgari, Conrad y Dumas; un relato poblado de situaciones límite, personajes históricos mezclados con héroes de leyenda; magia, mitología, talismanes, secretos por descubrir, intrigas históricas, lugares remotos, hermosas princesas, diabólicos seres de ultratumba; la eterna lucha entre el bien y el mal, el destino y el poder salvífico del amor. Por azar, igual que ocurren los hechos más importantes de nuestra existencia, iba él a ver cumplido su deseo. Pues así es como un día se tropezó con toda esa increíble historia de Leonardo da Vinci, Cristóbal Colón y su destino secreto.

Era una gélida tarde otoñal de 1997. Tras el incendio del Liceo, Quique intuyó que aquel fortuito hecho estaba relacionado con los icarianos herederos de Carles Montpalau, uno de los cabos por anudar dentro de la fabulación en la que vivía sumido. Por eso, tras acercarse a la Rambla para echar un vistazo a los restos calcinados del gran teatro, se aventuró acto seguido por las estrechas callejuelas que circundaban el Liceo, en plenas obras de restauración, penetrando en el barrio del Raval por primera vez desde que residía en Barcelona. Sintió como si al hacerlo se hubiese colado en uno de aquellos antiguos cómics en blanco y negro, con su estética tenebrosa de los años cincuenta.

Conforme penetraba en el sombrío laberinto urbano, le salían al paso imágenes de la ciudad oscura y fantasmal que había dejado plasmada el fotógrafo Catalá Roca en sus tristísimas postales, cuando también Barcelona todavía era en blanco y negro, como un cómic antiguo. Caminaba sin rumbo, buscando la chispa que incendiase la historia que todos llevamos escrita ya en nuestro interior. En lo más intrincado del

barrio, alguien que surgió por detrás, de un portón de madera podrida que cerraba el paso a un viejo caserón, le golpeó sin pretenderlo, haciéndole trastabillar en los cordones sueltos de sus zapatos náuticos, los mismos que había estrenado en el *Santa Eulalia*. No tenía dinero para comprarse otros nuevos.

El hombretón que había chocado con él era un viejo borrachín, enfermo y astroso, apestado de vinazo y mugre centenaria, como uno de aquellos personajes infamantes que aparecían en *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad o en *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier. Quique todo lo traducía en literario. Pero lo cierto es que aquel tipo le impresionó, parecía un personaje de *Los miserables*, de Victor Hugo; viejo, acartonado, mugriento, con el espanto pintado en la mirada. Como si le persiguiese un fantasma.

—Oh, perdona, chaval —se disculpó el hombre, tambaleante.

—No se preocupe, señor —dijo Quique, tan redicho como siempre—, no es nada. Pero entonces el hombretón se presentó:

—Me llamo Malato —dijo con evidente acento caribeño, y a continuación le invitó a tomar algo en un bar cercano. Quique no supo cómo zafarse y aceptó. Era demasiado educado como para rechazar una invitación de disculpas.

Por eso ahora, sentados a la mesa de un bareto de mala muerte, aguantaba estoico el pestífero aliento de aquella boca babosa, mientras, sin mediar demasiados preámbulos, Malato había comenzado a contarle aquella disparatada historia, imposible de tomar en serio por alguien en sus cabales. Pero, casualidades de la vida, resulta que Malato no era en realidad un borracho mendicante cualquiera. Aquel hombretón vencido por los vicios había trabajado durante décadas como administrador y chófer de doña Rosa Montpalau, según él mismo confesó entre hipidos y regüeldos.

La noche del horrible asesinato de doña Rosa, el administrador había huido al ver la que se le podía venir encima, porque nadie podría creerle cuando contase lo que vio escondido dentro del anticuado y grandote automóvil con el que había llegado a Barcelona. De hecho, si daba parte de aquello, la policía sospecharía y le cargaría con el muerto. Malato había leído mucha novelita policiaca, y en el género negro el asesino casi siempre resultaba ser el mayordomo. Razón de más si es aborigen caribeño y practicante de rituales vudú, como era el caso. Así que, sintiéndose en peligro, subió al automóvil muerto de miedo, arrancó y salió de allí a toda velocidad, tratando de interponer la mayor distancia posible con el escenario del crimen.

Con su intuición indígena y su facilidad congénita para ventear el peligro y entrever la naturaleza interior de las personas, Malato vio enseguida la malignidad de aquel hombre que, aprovechando la ausencia de Leticia por motivos profesionales, había penetrado sigiloso en la Casa de las Palomas, durante una oscura noche de tormenta, matando a doña Rosa de una espantosa cuchillada en el corazón. Poco después, Malato averiguaría que se trataba de la misma persona que casi cuatro décadas antes ordenó sepultar vivos a dos mellizos recién nacidos, los niños que



había desenterrado con sus propias manos aquel día en el cementerio de Montjuic.

Encomendado por doña Rosa, que pretendía esclarecer los orígenes de aquellos dos niños rescatados de la muerte, Malato había husmeado durante años pero discretamente, como si fuese un animal selvático en pos de su presa, descubriendo que semejante diablo se hacía llamar Fabrizio Bellamare, pero se llamaba en realidad Fabricio Belmar. Cuando casi cuatro décadas después llegó desde Roma para cometer el asesinato de doña Rosa, ya era un alto dignatario de la aristocracia vaticana. Sin embargo, Fabricio había nacido inocente, y malignidad tenía un origen concreto: siendo un joven estudiante de Teología en Barcelona había caído entre las garras de una perversa logia jesuítica llamada la Santa Alianza, integrada por gentes de la alta sociedad caballeresca y religiosa para urdir turbios negocios, manejos financieros, golpes de estado y magnicidios, todo en su propio beneficio.

Fabricio Belmar era hijo de una humilde familia barcelonesa, que había entregado al muchacho a la Compañía de Jesús para que hiciese carrera en la Iglesia. Pero no tardó en ser corrompido en las más indescritibles prácticas rituales de ingreso al círculo secreto de los jesuitas, la Santa Alianza, compuesta por los más escogidos frutos podridos de cada orden, militar o religiosa. Pertenecer a ella exigía no tener escrúpulos, y para eso era necesario extirparlos desde niño, cauterizando cualquier rastro de bondad o inocencia. Fabricio Belmar se transformó en un ser infame, que jamás saciaría su sed de poder. Y así es como hipotecó su alma y su vida para encontrar un ancestral secreto perdido: la leyenda de una reliquia milagrosa, de cuya existencia se había enterado revisando antiquísimos pergaminos que poseía en sus archivos la Compañía de Jesús. El secreto del incógnito destino de Cristóbal Colón, oculto en un valioso relicario bizantino.

Cuando Malato comprendió quién había matado a doña Rosa, huyó lleno de pánico, sin ser culpable de nada, pero sin pensar en las consecuencias de aquel acto. Más tarde se daría cuenta de que con ello había ofrecido el móvil del crimen en bandeja. Caso resuelto. Orden de busca y captura, el asesino era el administrador; lo hizo para robar las escasas posesiones de la vieja dama, entre ellas el cochazo antiguo, una pieza de coleccionista. ¿Por qué? Ya se sabe: el secular odio endémico de las clases trabajadoras hacia las familias de linaje. Pero su acto de cobardía le había estado torturando el alma desde entonces, sumido en la culpa, tratando de ahogarla con alcohol.

El motivo por el que aquel hombre rico y apuesto que conoció en la República Dominicana siendo todavía un niño, le había embarcado hacia Barcelona con el coche negro, el espejo redondo y el baúl de marinero, era servir y proteger a doña Rosa. Malato, uno de tantos lacayos que llegaron a España con sus amos europeos cuando la pérdida de las últimas colonias de ultramar, sabía muy bien que su vida pendía de un hilo, que aquellos pretorianos jesuitas no tardarían en darle caza y eliminar su rastro. Así es como el pobre había llegado a tal estado de ruina moral y física. Ahora podía vérselo emborrachando el miedo en aquel bar de la calle Sant Pau. Vivía por

allí cerca, en una casucha umbrosa, esperando que de un momento a otro llegasen para matarle igual que a doña Rosa.

## 2

Al principio, Quique sólo pretendía esclarecer el insólito relato que Malato había estado contándole en un estado de borrachera permanente. Tenía curiosidad por comprobar cómo se relacionaba todo eso con la presunta expedición a Icaria y el incógnito paradero de Carles Montpalau. Tras el fortuito encuentro con el dominicano, Quique comenzó a rastrear la vida del enigmático anarquista, pero las pistas que lograba un día desaparecían al siguiente igual que la niebla de madrugada. Algunos habían oído hablar de Montpalau, sí, pero nadie sabía nada de su pasado utópico, ni mucho menos de su presunto viaje a Icaria en el submarino de Monturiol.

Para todos, Carles Montpalau era uno más de los indianos que se habían marchado en mitad del siglo XIX a Cuba o Santo Domingo, para hacer las Américas, como se decía entonces. Unos afirmaban que no volvió jamás, y otros que había regresado rico, a principios de siglo, tras encontrar un portentoso tesoro en alguna isla perdida del Caribe. Quique no había podido recolectar muchos más detalles, tan sólo que al volver, Carles Montpalau había tratado de pasar desapercibido en Barcelona, donde todavía era perseguido por sus ideas republicanas. Y entonces, Montpalau se había retirado a vivir de incógnito en una fabulosa hacienda que se había hecho construir en el sureste de la Península. A Quique no le costó mucho comprender que aquella hacienda era la misma donde Leticia, Chelo y Cristian habían conocido al cazatesoros belga, y donde se hallaba la ermita franciscana que albergaba la misteriosa custodia sacramental relacionada con Leonardo da Vinci y Cristóbal Colón.

Los ahorros se le habían agotado casi por completo. Había renunciado a los donuts y ya estaba pensando en aceptar cualquier trabajo para subsistir, cuando un día Quique conoció a Marta en la zona de cómics de una gran librería del Paseo de Gracia, donde acudía muy a menudo para ojear gratis las novedades editoriales del sector. Marta, una chica delgada y de porte recatado, vestida con ropa de *boutique*, no era una belleza pero poseía su encanto, y en ese momento se hallaba echando un vistazo precisamente a uno de los cómics preferidos de Quique.

—Lo co... conozco —la abordó—. Es muy bu... bueno. Si quieres te lo re... regalo —añadió de manera inconsciente, pues apenas le quedaba dinero para comer y

pagar el alquiler del próximo mes.

A ella le cayó simpático aquel chico vestido de manera tan extraña, con la ropa dispareja, un calcetín de cada color, un jersey demasiado ancho, los ojos implorantes y el aspecto famélico; y decidió en el acto adoptarlo como a un cachorrito. Poco a poco surgió entre ambos un vínculo humano, aunque sería difícil de calificar: ella le llevaba comida en *tuperwares* y le alimentaba de compañía y ternura cotidiana. Marta era una muchacha de familia burguesa, algo más joven que Quique, pero todavía soltera, pues las delgadas y con poco pecho no atraían el interés de los hombres, ni siquiera con la posibilidad de una dote sustanciosa por casarse con ella, como antaño sucedía.

Ambos congeniaron de maravilla, porque cada uno a su modo y por sus razones, los dos eran unos inadaptados a la vida frívola y superflua de usar y tirar que todo lo invadía. Sin embargo, tal vínculo no podría calificarse de amor, sino más bien de necesidad. Necesidad de afecto. No había otra chispa en la relación, y Quique seguía recordando y añorando a Chelo, con la que había sentido ese fuego inexplicable que te pone el espíritu del revés y te ilumina por dentro como un farolillo chino. Así es la vida: a menudo, el amor y el afecto discurren por vías paralelas que casi nunca coinciden, como si cariño y pasión fuesen conceptos antagónicos.

Por eso Quique no quería oficializar aquella imprevista relación sentimental surgida en una ciudad que no era la suya. No podía quitarse de la cabeza a Chelo, la putilla que tan feliz le había hecho. Pero Chelo no le llamaba (y aunque le llamara, Quique tenía el móvil sin saldo ni batería) y Marta poseía la facultad de hacer que hasta las cosas más complicadas le pareciesen fáciles y naturales. En una palabra: domésticas.

—No tienes ni televisor, necesitas una *tele* —insistía ella con ese candoroso empeño que ponen las mujeres enamoradas de un ideal que no existe salvo en sueños —, ¿por qué no te compras una?

Mucho después, Quique comprendería que Marta sólo deseaba eso, ver una película mala de domingo, sentados bien juntos en el sofá, cubiertos por una manta y comiendo galletitas mientras disfrutaban de una velada hogareña de besos y arrumacos, como una pareja de novios tipo semana fantástica en el Corte Inglés, sin más pretensiones que tener de todo, aunque no sea exactamente lo mejor.

Él no le había contado nada de su pasado ni de su familia, ni siquiera lo de que algún día sería bodeguero, si es que no le habían desheredado ya. Y a ella le daba igual, desplegaba su encanto natural en cada gesto, en la cocina, haciendo café; en el baño, invadiéndolo todo con un montón de cremas, champús y cosméticos de chica. Las vacías alacenas del rudimentario ático se habían ido poblando de envases de *tupperware*, galletitas integrales, infusiones y amor doméstico. En el dormitorio había un rastro inconfundiblemente femenino: un elástico del pelo, un pijama rosa de ositos, un paquete de compresas, una toalla perfumada con su cabello; y en la cama, ecos de risas y confidencias entre las sábanas, gemidos, abrazos y buenas noches.

—No tengo tiempo de ver la *tele* —eludía él, acobardado por el sutil asedio—; además, todo esto es provisional.

Y entonces Marta fruncía su bonita boca pintada de flor de invernadero, porque sabía muy bien que al decir «todo esto», Quique también la incluía a ella, y el día menos pensado desaparecería de su vida sin decir ni adiós. Y era verdad, sus padres, unos burgueses *como Dios manda*, ya se lo habían advertido con razón:

—Esa persona no es para ti —la reconvenía su padre—, no hay más que ver cómo va vestido; si parece un pordiosero. Desengáñate hija, sólo te quiere como señorita de compañía, para mientras ande por Barcelona. A saber quién será; un *charnego*, un vividor sin oficio ni beneficio. Tú lo que tienes que hacer es encontrar un buen muchacho de tu misma posición y tu clase social.

—Eso —secundaba su madre—, y que te regale joyas en vez de tebeos.

Sí, pensaba él, era un consejo razonable. Casarse con un buen muchacho, con oficio y beneficio, un chico sin excesivas pretensiones, pero eso sí, de padres *conocidos*. Un muchacho normal, con un trabajo aburrido en alguna oficina de tres al cuarto; equipar un hogar, formar una familia, bostezar al mismo tiempo frente a la *tele*, hacer juntos la compra semanal en el Carrefour, tener hijos, ir de visita con ellos a tomar café a casa de los familiares y los amigos, mirarse con afecto pero ya sin deseo, regalarse cosas inútiles en el día del padre, de la madre, de san Valentín y por Navidad. Ser feliz, tener de todo aunque no sea exactamente lo mejor... Y un día cualquiera despertarse sabiendo que tus ideales juveniles los tiraste a la basura sin darte cuenta, envueltos en el celofán de los regalos.

Aquella tarde, Marta y Quique habían hecho el amor y luego hablado de banalidades, o quizá fuese al revés. Tras ello, durante ese tiempo muerto que precede al orgasmo, ella se había quedado dormida sobre la cama. Pero él no podía dormir. Se levantó, tiritando y de puntillas por el frío que hacía en su modesto ático sin calefacción, se preparó un Cola Cao y se sentó frente al ordenador con su taza de vaquita humeante y un donuts. Los donuts que Marta le compraba y procuraba que nunca le faltasen; eran para él como la madalena de Proust. Siempre convirtiéndolo todo a literario.

—¿Qué haces? —le preguntó ella desde la cama; se había despertado a causa de su torpe trajín en la cocina.

—Nada, tú du... duérmete —repuso él, mirándola por encima de la pantalla del ordenador, que iluminaba su rostro de ojos implorantes en la penumbra fría del cuarto.

—Estás obsesionado con esa historia tuya de Colón —le reprochó ella—. Deberías dejar en paz a los muertos —añadió antes de darse media vuelta y seguir durmiendo.

Y era cierto. Quique no podía olvidar lo que le había contado Malato. El antiguo administrador de doña Rosa vivía en una casucha oscura cuyos bajos albergaban negocios de lenocinio, droga y delincuencia. Cuando le invitó a subir, él dudó de que

aquello fuese recomendable.

—Glub.

Pero quería oír el resto de la historia que había comenzado a desgranarle tras el encontronazo en el que se conocieron, sentados en aquel bar sucio y ruidoso que había por allí cerca.

—Adelante, está usted en su casa —a pesar de la gran diferencia de edad, Malato le trataba de usted.

Pero aquello no era una casa. El pequeño cubil del administrador dejó a Quique sobrecogido. La peste a váter embozado lo cubría todo con un manto invisible de fetidez, sólo un poco más soportable que el pútrido aliento de su morador. Un enjambre zumbante de moscas salió al paso nada más abrir el cochambroso portón, moscas doradas de las que acuden a la carne putrefacta. El habitáculo, amueblado con piezas humildes y desportilladas, se hallaba sumido en la oscuridad, apenas clareada por la luz que penetraba por pequeñas ventanas clausuradas mediante viejas celosías polvorientas.

Quique contempló despavorido el resto de la curiosa decoración del piso; decenas de crucifijos de todos los tipos y tamaños, velones que habían chorreado su cera manchándolo todo, estampas de santos y vírgenes dolientes y corazones de Jesús habían sido repartidos por todas partes, plagando paredes y techos, alternados con espejos turbios que reflejaban la sombra entre crucifijos y santos multiplicados en el azogue hasta el infinito. Amuletos indígenas de vudú, santería y ritos afrocaribeños, junto a ristras de ajos podridos colgaban por doquier y cagados de moscas, emitiendo una hediondez inaguantable. Quique le interpeló con la mirada, reprimiendo una mueca de asco.

—El Fantasma anda suelto —musitó el administrador como justificación por aquel despliegue, sin poder ocultar un estremecimiento de su encorvado cuerpo consumido por la vejez y el alcohol.

Nada más sentarse a una mesa camilla sucia de restos alimenticios irreconocibles debido a la nube de moscas verdes que lo asaltaban, Malato comenzó a beber a morro de una botella, que por el tufo parecía matarratas. Y entonces prosiguió con su delirio. Quique miraba de reojo aquella pocilga claveteada de crucifijos y macabros exvotos, aguantando la respiración para no caer intoxicado por la pestilencia reinante. El administrador de doña Rosa reanudó su relato por donde lo habían interrumpido en el bar, revelándole de golpe lo que había descubierto en las profundidades del Liceo.

—La cripta subterránea donde se oculta el Fantasma.

—Glub.

Malato cabeceó afirmativamente, dando un largo trago a la botella de gasolina, o lo que demonios fuese aquel líquido amarillo. Y entonces fue cuando le contó cómo había descubierto la morada secreta del Fantasma:

Casi nadie sabe que debajo de la populosa estatua de Colón existe una vieja bóveda de adobe que perfora los cimientos del monumento. Allí dentro los

funcionarios encargados apilan multitud de trastos y productos de limpieza junto a la grasienta maquinaria del ascensor. Sin embargo, más allá se abre un profundo laberinto interior de ramificaciones. Sobre la plataforma de piedra que sostiene la estatua de bronce existe una rejilla metálica de un metro de lado, como respiradero del subsuelo. Por ahí había penetrado una noche, en busca del secreto que ocultaba la Casa de las Palomas.

Malato había descendido por los escuetos escalones metálicos empotrados en el pozo de bajada, tapizado de telarañas y poblado de cucarachas. El fondo rocoso de la covacha escondía una portilla de madera disimulada en el basamento de los cimientos, debajo de la cual aparecieron unos toscos escalones de piedra cincelados en el angosto muro de mampostería, carcomido por las filtraciones. Aquel era precisamente el antiguo colector fecal del que hablaban las viejas crónicas de la ciudad, el *Cagadell*, el sumidero en el cual desembocaban antaño las aguas pluviales recogidas por las Ramblas y las grandes avenidas que desaguan su pendiente hacia el puerto.

Malato había comprobado estupefacto que el *Cagadell* existía; una vieja reliquia romana sepultada y olvidada de todos. Kilómetros de pasadizos y túneles abovedados de diversas épocas permanecen ocultos e ignorados, formando una maraña de conexiones donde muchos mendigos o delincuentes han penetrado buscando cobijo o huyendo de la justicia, para no regresar jamás a la superficie, extraviados, asfixiados o devorados por manadas de ratas hambrientas. Es un laberinto peligroso, una ciudad de pesadilla y mierda por debajo de la Barcelona moderna y modernista. En semejante inframundo había penetrado el amedrentado caribeño. Había supuesto con acierto que aquellos pasadizos, refugio clandestino de los antiguos utópicos, tenían su entrada secreta por debajo de la estatua de Cristóbal Colón. Pues Colón había sido el primero en partir en busca de Icaria, todo un símbolo para ellos.

—No sé si usted lo sabe —precisó Malato—, pero dicen que la estatua del Almirante no señala hacia América, sino hacia otro lugar.

—¿A dó... dónde?

—A Icaria.

—Glub.

El túnel llegaba hasta justo debajo del Liceo, donde Malato se había tropezado con una inmensa cripta subterránea, la del antiquísimo cenobio franciscano que antaño se alzaba cerca de las Ramblas.

—¿Había un mo... monasterio franciscano en Ba... Barcelona?

El dominicano dio un trago al matarratas y contestó:

—Escuche lo que le digo: ese monasterio del que hablamos, arrasado durante las revueltas políticas de 1835, estaba justo donde luego se construiría el gran teatro de la ópera, que sería destruido en 1861 por el primer incendio del Liceo. Y 1861 es la

fecha en la que partió Carles Montpalau con el submarino *Ictíneo* hacia Icaria...

—Glub.

Malato cabeceó afirmativamente, mientras un hilillo de líquido se le descolgaba por la comisura de los labios.

—Demasiadas coincidencias, ¿no cree?

—¿Está insinuando que Ca... Carles Montpalau incendió el Li... Liceo antes de marcharse?

Malato asintió, con los ojos turbios de aquel infame brebaje.

—¿Pero po... por qué?

—Para borrar las pruebas de todo lo que había encontrado debajo del teatro, entre otras cosas, la tumba de Cristóbal Colón.

Quique parpadeó alucinado, y se apartó el flequillo descolgado sobre la cara. Conocía bien la versión histórica oficial: al morir Colón en 1506, los franciscanos de Valladolid le sepultaron en su monasterio, hoy desaparecido. En aquel cenobio estuvo tres años, hasta que fue desenterrado y llevado a Sevilla, y de allí a Santo Domingo, donde su pista se bifurca entre una confusa maraña de inhumaciones, féretros, desenterramientos y traslados.

—Pero lo que pasó —contradijo Malato— es que la Santa Inquisición reclamó el cuerpo de Colón a los franciscanos de Valladolid, y entonces los frailes exhumaron y entregaron una caja mortuoria de plomo con un puñado de huesos anónimos. El caso es que los inquisidores no se dieron cuenta del cambiazo, porque después de tres años inhumado, el cadáver estaba irreconocible, claro. Así es como aquellos despojos llegaron a Santo Domingo, siendo venerados como si fuesen los del Almirante. Y allí siguen todavía, sepultados en un inmenso mausoleo fúnebre, que alzaron las autoridades de la isla levantaron en 1992 para conmemorar el quinto centenario del descubrimiento de América.

—¿Y qué hicieron los fra... franciscanos con los auténticos restos?

—Los monjes habían desmembrado el cuerpo cuando Colón murió, repartiendo sus huesos descarnados entre varios lugares para confundir y borrar las pistas de su pasado y de su misión clandestina. La calavera, lo más valioso para un monje, por ser el continente del pensamiento<sup>[11]</sup>, fue llevada en secreto hasta el monasterio franciscano de Barcelona.

Quique palideció.

—¿Qui... quiere decir que la ca... cabeza del Almirante está sepultada debajo del Liceo?

—Sí, yo la vi aquella noche. La calavera de Colón está depositada en la cripta subterránea que se conserva debajo de los cimientos del teatro, depositada en una pequeña urna de madera.

—Glub.

—Y le diré algo más: allí estuvo también el corazón del Almirante, metido en un tarro de cristal.

—¡El co... corazón de Cristóbal Co... Colón!

Malato asintió, dando un trago a su brebaje. Quique no sabía qué pensar. Acaso Malato estaba loco, o posiblemente deliraba por efecto de la borrachera crónica que padecía. Aún así preguntó:

—¿Qué pasó con él, to... todavía sigue allí de... debajo?

—No, Carles Montpalau se llevó el corazón para enterrarlo en Icaria, la isla donde Cristóbal Colón, en vida, nunca pudo arribar. Y aquel fue el último viaje del Almirante.



Era muy temprano cuando aquella mañana Quique se levantó solo y aterido en el cuarto de su ático, situado en los barrios altos de Lesseps. Amanecía un día muy oscuro, hacía frío y la niebla se deslizaba sobre la ciudad como un alma en pena. Llovía incesante desde la noche, pero él no podía esperar más, necesitaba comprobar si era cierto lo que le había contado Malato sobre la morada subterránea del Fantasma, la tumba de Colón, y si existían realmente los túneles que comunicaban la Casa de las Palomas con la estatua de Colón y la Academia de las Ciencias, según afirmaba el dominicano.

Quique le había pedido a Malato que le ayudase a penetrar en aquellos antros clandestinos, morada de anarquistas y masones. Quería ver con sus propios ojos la calavera de Colón. Y el borrachín le había emplazado para el día siguiente muy temprano. Aquella era la última oportunidad que se daba Quique que para despejar todo aquel embrollo histórico. Si hoy no descubría nada categórico, se prometió, abandonaría y buscaría un trabajo normal, atendería a Marta como se merecía y se olvidaría para siempre de sus fabulaciones. Todo aquello estaba conduciéndolo a la locura; tenía que dejarlo antes de que fuese demasiado tarde.

Cogió su mochila, metió en ella las cosas que pensó útiles para transitar por los túneles y salió a la calle. Todavía era otoño, pero el frío crudo del invierno había llegado asomando su cara sombría por la cima del Tibidabo, envolviendo la ciudad en un denso sudario de nieblas, de la que apenas si sobresalían algunos altos pináculos, como las torres neogóticas de la Sagrada Familia. Barcelona despertaba perezosa, aún sin el fragor del tráfico en la hora punta. Quique bajó de su ático sintiendo un hambre de lobo, con la idea de parar en la primera cafetería que viese abierta para devorar un Cola Cao y un donuts. No tenía nada en casa, pues Marta hacía días que no iba por allí a reponerle la despensa; estaban de morros.

Remolinos de bruma y lluvia azotaban las calles como en una pintura de impresionismo tenebrista. El alumbrado callejero apenas si servía para abrirse paso entre la niebla más opaca que Quique hubiese visto jamás. Mientras caminaba rápido para no calarse hacia la boca de metro Lesseps, le llegaban fragantes los aromas a pino y tierra húmeda de las riveras arboladas y el Parque Güell, tan cercano. El barrio residencial, salpicado de villas, se hallaba sumido en un silencio casi total, y al cruzar el puente de Vallcarca recordó que desde allí arriba se había tirado tanta gente a lo largo de la historia, que le pareció sentir el alma fría de los muertos subiendo lentos del fondo como globos desinflados. ¿Cuánta valentía o cuánta desesperación hace falta para quitarse la vida? Esperaba no tener la ocasión de comprobarlo nunca.

El metro le condujo, entre personas cabeceando su insomnio, hasta la Rambla de las flores. Pensaba desayunar cerca de donde residía Malato, en la Ópera, la cafetería de sabor añejo que hay frente al Liceo, donde Quique sabía que hacen un chocolate a la taza muy rico. Acababan de abrir, y él era el único cliente, junto a unos turistas,

supuso que alemanes por lo rubicundo de sus carnes, apremiados por tanta belleza monumental como les quedaba por fotografiar antes de volver a su país, atragantados de modernismo y pintorescos edificios de Gaudí. Sin embargo, mal día para las fotografías.

Pidió el desayuno con la idea de hacer tiempo suficiente leyendo la prensa local, antes de acercarse caminando al bareto donde sabía que hallaría al antiguo administrador de doña Rosa. Pero entonces, al probar el chocolate, tan bueno y tan caliente, Quique sufrió un repentino ataque de nostalgia por la ausencia de Chelo. ¿Sería eso estar enamorado, sentir no tener con quien compartir los buenos momentos de la vida? Con el alma teñida de tristeza, apuró la taza y volvió a la calle. Llegaba la mañana más triste del mundo sobre la bruma húmeda y otoñal y un cielo lívido que recortaba la estatua de Colón, la entrada secreta de las catacumbas.

Quique se dirigió hacia las callejas traseras del Liceo, en busca de Malato, quien ya debía estar empinando el codo en el antro de mala muerte que había cerca de su casucha. El bar, ruidoso de tragaperras, servía ya los carajillos mañaneros a los albañiles madrugadores, que alborotaban entre bromas y bostezos. Malato no estaba entre los parroquianos, así que Quique se acercó a la barra y le preguntó al camarero, que más bien parecía un boxeador noqueado, si había visto recientemente al borrachín caribeño, a quien todos conocían por residir allí cerca. Pero para su sorpresa, el malcarado camarero le dijo que no conocía a nadie con ese nombre. Quique insistió, tartamudeando más que nunca, y el camarero le lanzó una torva mirada, como si recelase algo turbio en la insistencia. Quique desistió, antes de que aquel energúmeno le rompiese la cara, pero cuando salía por la puerta, alguien que entraba le susurró de pasada:

—Ten cuidado, chaval, a ese indio amigo tuyo le ha detenido la policía por asesinato.

Se quedó atónito; aquello confirmaba que todo lo que le había contado el borrachín era cierto. Amedrentado, se acercó a la casucha del dominicano, pero entonces vio estupefacto que el portón de la calle se hallaba tapiado y la pared de ladrillos cubierta de pintadas y carteles de propaganda, como si allí no hubiera ninguna vivienda, ni jamás la hubiese habido. Y entonces Quique sintió que la tierra cedía bajo sus pies. Estaba claro, tembló, alguien quería impedir que Malato continuase propagando aquella historia, y seguramente lo habían tabicado vivo.

—Glub.

De pronto cayó en la cuenta de algo. Malato le había dicho que entre sus averiguaciones pasadas figuraba la localización de una mujer ultrajada hacía muchos años por el malvado seminarista jesuita para arrebatarse su secreto, un secreto que, mira por dónde, tenía que ver con Cristóbal Colón. No estaba seguro, pero según el dominicano, la mujer, llamada Marina; quizá hubiese sobrevivido a la pena por la

perdida de sus hijos y a la tisis que padecía cuando los engendró. El caso es que Malato conocía la dirección de alguien que encajaba con la penosa circunstancia: la presunta madre de los mellizos enterrados vivos residía en el Call, el antiguo barrio judío de Barcelona. Y allá que se fue Quique.

Llegó a su destino como un sonámbulo, caminando pensativo y cabizbajo, aterido dentro de su amplio jersey destejido por el uso, pisándose los cordones de los náuticos y empapado por la perentoria llovizna. El barrio del Call, estrecha maraña de callejas, es el más antiguo de la ciudad. Y allí estaba él, de pie, con la mochila en la espalda y el flequillo desmarañado sobre la frente, preguntándose a qué demonios jugaba.

Malato le había contado toda la odisea folletinesca de Fabricio Berlmir, el malvado seminarista jesuita captado por la Santa Alianza y el ultraje cometido con aquella inocente chica, heredera de un secreto histórico descomunal: el *Dario de a bordo* de Cristóbal Colón, el auténtico, no el que se conserva en la Biblioteca Nacional, redactado por el dominico fray Bartolomé de las Casas, plagado de intencionadas inexactitudes, con el fin de borrar las pistas del verdadero destino del Almirante.

Por lo visto, y por alucinante que fuese, Marina era la última descendiente directa de Cristóbal Colón. Según le había revelado el dominicano, aquella joven de linaje tan destacado residió durante años en el miserable barrio del Call, donde fue arrinconada, una vez que Belmar le arrebató el secreto que perseguía. Pero lo cierto es que Malato nunca pudo reunir noticias fehacientes de su paradero; nadie la conocía, nadie sabía si había existido alguien con ese nombre, o todo era pura invención de sus confidentes.

Una vez, alguien le había dado cierta pista de una tal Marina Colomb, una vieja furcia de los peores antros, que se prostituía en la zona franca. Malato investigó, pero cuando parecía tener algo sólido, la pista se le desvaneció como el agua entre los dedos. Si la madre de Leticia era esa Marina prostituida, la cosa quedó para siempre como una incógnita sin resolver, y doña Rosa murió sin poder conocer su paradero. Pero quizá, pensaba Quique ahora, temblando de frío y de miedo a las puertas del Call, Marina Colón aún siguiese viva.

Del puerto llegaban efluvios acres traídos por la brisa, y una brillo carmesí que anunciaba el sol a través del cielo encapotado hería la vista sin dolor. Quique reanudó la marcha, pensativo, penetrando en el corazón del antiguo gueto judío de Barcelona, donde aún se agazapan misterios irredentos. Le costó un buen rato encontrar la calle Sant-Domènech, que resultó ser una de las más fétidas y angostas. No tenía el número en cuestión, pero su intuición le guio hacia una de las casuchas más humildes, alta y estrecha, con apenas hueco para que sobre su fachada deslucida de humedad y acribillada de intemperie se abriese una fila de ventanucos ojivales como troneras góticas de un antiguo torreón medieval.

La puerta de la calle, oscura de roña, cedió chirriando, y por detrás apareció

vertiginosa una escalera que ascendía perdida en la penumbra. Quique tragó saliva y se aferró al pasamanos de hierro, comenzando su penosa subida a ese Gólgota. Le costaba pensar que alguien pudiese vivir allí, y menos aún Marina Colón, que debía ser incapaz de tal esfuerzo. Le palpitaba el corazón, no tanto del esfuerzo físico para subir los empinados escalones de piedra musgosa, sino de la emoción por lo que podría encontrarse allí arriba. Pues si lo investigado por Malato era cierto, aquella mujer debía ser ya muy mayor.

En cada rellano de los cuatro que había hasta llegar a la cima del umbráculo se abrían sendas puertas miserables, donde quizá malvivían pordioseros y ancianos arrojados a la playa de la soledad por el mar inclemente de los nuevos tiempos. ¿Cuál de las cuatro puertas era la que buscaba? Quique ya estaba planteándose tocar en todas, cuando la del cuarto piso se abrió con un barullo de cerrajería y se asomó una cabeza de mujer vieja bizqueando extrañada y recelosa.

—¿A quién busca? —gruñó con aspereza.

Quique saludó educado y dijo que a Marina Colomb. No le dio tiempo a más; con las mismas, la vieja dio un portazo y desapareció de su vista. Por detrás se oyó mascullar, pasillo adentro:

—Aquí no vive nadie con ese nombre.

Él se quedó plantado como un botarate, a un palmo de la puerta, con la ropa y la mochila goteando lluvia en el oscuro rellano. Tenía ganas de marcharse de allí, no quería profanar la sagrada miseria de aquel antro. Se sentía como un ladrón de identidades, dispuesto a utilizar a esa pobre gente como figurantes de la historia que se había empeñado en resucitar del olvido, hurgando sin permiso dentro la inmundicia de una Barcelona que ya no existe, o que no debería existir. Pero no se marchó. Esta vez no se rendiría sin llegar al fondo del asunto.

Dio dos golpes en la capa de barniz rugoso de la puerta que se había cerrado ante sus narices, y esperó acontecimientos; temeroso. El estrépito cerrajero se volvió a repetir, y entonces la puerta se abrió de golpe, mostrando de cuerpo entero a la dueña de aquel cubil con una escoba desmochada en la mano, igual que una bruja medieval dispuesta a echar a volar por los tejados del barrio judío. Pero no; porque la escoba era para sacudirle con ella.

—Glub.

El hosco talante de la mujer resultaba patente, su cara de pergamino, arañada de pliegues y salpicada de manchas marronáceas le hizo retroceder instintivamente al exiguo rellano, apenas iluminado por una luz enfermiza que subía desde la calle. Entonces Quique reaccionó apostando a todo o nada:

—Pe... perdón que la moleste, se... señora; quizá no me he expresado con la de... debida claridad. Busco a la ma... madre de una niña huérfana, y que podría lla... llamarse Marina Colomb o Co... Colón.

La puerta se abrió y la bruja le dejó entrar.

Era una mujer muy mayor y aspecto sumamente atribulado, pero vestida de

manera recatada, como una señora de otros tiempos. Todavía podía verse a través de su fachada consumida de años el tenue rastro de una serena belleza perdida en mitad de siglo. Llevaba el deslustrado cabello color ceniza peinado mediante un moño anacrónico; vestía de luto, con viejas aunque pulcras prendas de institutriz. Sus ojos azules eran ya un pozo seco y su boca despintada se fruncía en una mueca de dolor, forjada por los zarpazos de la vida. Caminaba cansina y doblegada, con los huesos demolidos por la humedad de aquel mísero cubil.

Quique observó en un rincón la presencia fúnebre de un piano *Steinwood*, igual que un ataúd preparado para recibir a su dueña en cuanto la diñase, y comprendió enseguida que aquella mujer había sido quizá maestra de música para señoritas. En los tiempos en que todavía quedaban señoritas.

—Fueron dos —dijo de pronto la mujer, que se había sentado y miraba con los ojos perdidos en alguna parte de su remoto pasado.

—Perdón, ¿co... cómo dice?

—Mellizos; un niño y una niña.

La casa rezumaba un hedor inaguantable que a Quique le invadía poco a poco los pulmones. Pasó la vista por el tabuco donde malvivía la mujer que suponía Marina Colón, la descendiente viva del Almirante, o lo que quedaba de ella. Una bombilla pelada y cagada de moscas les miraba desde arriba con su luz afligida, ahorcada de un cable medio pelado. Alumbraba tan poco que Quique apenas distinguía la silueta de aquel cuerpo raquíptico sentado en una silla descoyuntada y coja.

—Sí, Marina Colomb tuvo mellizos —la oyó decir, evocando sucesos que quizá la estuviesen cauterizando por dentro—; pero murieron hace cuarenta años...

Dicho aquello, la anciana se había quedado en silencio, ensimismada y con la mirada perdida en el pasado, mientras a Quique se le resquebrajaba la cabeza en mil pensamientos contradictorios, superado por la magnitud de unos hechos que ya volaban solos. Sonó un trueno estrepitoso. Un fragor de lluvia desatada se oía por el ventanuco alto y estrecho del cuarto, tapado con una tela sucia. Quique no comprendía por qué Fabricio Belmar había ordenado matar a los mellizos, como en ese cuadro tenebrista de Goya, *Saturno devorando a sus hijos*. Sufrió un escalofrío. El asombro y la confusión le hundían dentro del más hondo desconcierto.

—Aquellos hijos del pecado fueron enterrados vivos —dijo la mujer, como si lo hubiese recordado de pronto.

La noche había llegado como una cortina negra, cubriendo el cielo con su velvetón fúnebre. A lo largo de la tarde, Barcelona se había ido encapotando de nubes tormentosas, pero ahora la lluvia caía copiosa pavonando la ciudad otoñal de brillos nocturnos, y al poco tiempo se inició el repique xilofónico de las goteras cayendo en cacerolas y jofainas repartidas estratégicamente por toda la casa, incluso encima del piano.

—¿Y qué fue de Ma... Marina Colomb? —indagó Quique, tratando de sobreponerse a su desconcierto.

—Enloquecí de dolor cuando se enteró de lo que habían hecho con sus hijos.

—Pero los bebés no mu... murieron —contradijo él—, al menos la niña se salvó.

Sin embargo, la vieja no se inmutó. Su ajado rostro se había ensombrecido aún más; aquellos ojos, ausentes de vida, no miraban a parte alguna, parecían flores artificiales; ella misma era una figura inane, oprimida por un peso invisible que la descoyuntaba por dentro.

—Poco a poco —prosiguió, como si no hubiese oído lo dicho por Quique—, Marina cayó en una espiral sin retorno, vigilada y amenazada por los sicarios a sueldo de aquel malvado seminarista; le había roto una mano y no pudo seguir dando clases de música; no tuvo más camino que dedicarse a la prostitución para poder comer.

Aquello era demasiado, pero aún así, Quique necesitaba llegar hasta el fondo, saber si esa mujer que tenía delante era o no quien sospechaba, de lo contrario, jamás tendría paz durante el resto de su existencia.

—¿Y mu... murió?

Ella movió la cabeza ligeramente, aunque no podía decirse si aquello era un sí o un quién sabe.

—Hay muchas formas de estar muerto.

Entonces se levantó y se acercó al piano. Con cierta dificultad, abrió la tapa posterior y Quique oyó cómo sonaban algunas cuerdas vibrando en el aire, mientras ella rebuscaba en el interior del instrumento. La vieja regresó a su silla portando un paquete envuelto en harapos. Quique se fijó entonces en el vendaje amarilleado que cubría parcialmente la mano izquierda de la anciana. Mientras tanto, ella había comenzado a desenvolver el pequeño hatillo extraído del piano.

Y entonces Quique lo vio.

—¡Glub!

Lo que aquella mujer tenía entre sus manos era uno de los documentos más valiosos y más buscados de la historia desde que se perdiese su pista en Barcelona, hacía ya cinco siglos: el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón.

Quique caminaba temblando de frío bajo la lluvia, portando en su mochila el *Diario del Almirante*. Sentía que la cabeza le saltaba por los aires, incapaz de contener aquel cúmulo de alucinaciones que le había caído encima de golpe. Sacó el teléfono móvil, que por fin había recargado a instancias de Marta, y marcó su número. Necesitaba oír una voz amiga que le tranquilizase un poco. Pero le salió el contestador, Marta estaba fuera de cobertura o con el teléfono apagado. La echaba de menos; la nostalgia le devoraba las entrañas como un ácido corrosivo. Volvió a repetir la llamada. Pero Marta seguía sin cobertura. Tal vez ella también fuese un personaje ficticio, como seguramente lo eran todos.

Ni siquiera recordaba cuándo y cómo había salido del tugurio hediondo que habitaba la anciana que había visitado. Si era o no Marina Colón, ella no se lo había querido precisar. Pero daba igual, porque ¿acaso no era una respuesta positiva el *Diario* de Colón que le había regalado? Las últimas palabras de la vieja, dichas como despedida en el umbral, percutían una y otra vez dentro de su cabeza: «Toma, quédatelo tú; a mí no me ha ocasionado más que problemas. Pero ten cuidado, el Fantasma ha vuelto del pasado para matar a todos los que buscan el secreto de Colón». ¿Estaba loca? ¿Se refería a Carles Montpalau, el presunto Fantasma del Liceo? Pero Quique sabía que aquello no era posible, pues Montpalau, por lógica, habría fallecido hace más de dos siglos. «Hay muchas formas de estar muerto», también le había dicho la mujer. Así que ahora Quique tenía que ir al caserón del intrépido icariano en busca del Fantasma, por mucho que al hacerlo supiera que con ello traspasaba la delgada línea que separa la cordura de la locura.

Quique sabía que la Casa de las Palomas se alzaba en una estrecha calle como un bajel encallado en seco dentro del humilde barrio del Raval, antiguo lupanar de miseria y prostitución. A un paso de la ciudad fulgente de cafeterías y comercios, abarrotada de tráfico y gentío, existía todavía una gusanera donde no se abrían tiendas pijas ni centros comerciales, ni las autoridades organizaban fastos culturales y conmemorativos para atraer turistas. Había comenzado a llover con fuerza. Los pasos le conducían de nuevo como a un sonámbulo hacia el peligroso laberinto poblado de chulos con mirada torva y la navaja presta, vigilando la recua que fornicaba para ellos en miserables camastros con el orinal debajo, escupido de tuberculosis.

Quique se arrebujó en su deshilachado jersey y continuó caminando. La lluvia se había convertido de pronto en aguacero. El súbito roción le cayó sobre la cabeza, acribillándole el flequillo con su violento escopetazo de goterones fríos. Se resguardó en un maloliente portal, donde tiritaba huérfana una farola de luz acuosa. Silencio total, salvo el borboteo atragantado de los desagües regoldando agua sucia, esparciendo la basura de la ciudad, cuyas gentes se cobijaban ahora en lujosas cafeterías para ver pasar la tormenta detrás de los cálidos ventanales empañados de vaho. Qué bonito, qué romántica la ciudad bajo la lluvia. Pero aquí el imbornal

cegado de cieno vomitaba su lodo putrefacto, amenazando con tragarte, hambriento de nuevas víctimas.

Quique abandonó el portal y apresuró el paso bajo la cortina de agua. Y entonces, al doblar una de aquellas inclinadas esquinas, apareció ante sus ojos el esplendor decrepito de la Casa de las Palomas, la antigua morada de Carles Montpalau. Se apartó el flequillo pegado a la cara. Era un enorme inmueble vencido por la ruina y el abandono, tizado por un conato de incendio. Miró hacia lo alto. La fachada del inmenso caserón leproso figuraba por doquier patinada de manchurroneos de musgo verdinegro, sobre los que rezumaban riachuelos sangrando por los desagües rotos. Las horribles gárgolas de los altísimos tejados vomitaban agua pestilente, mezclada con raudales de mierda de las palomas y los estorninos que anidaban entre los recovecos y las almenas.

La puerta estaba atrancada pero abierta. Quique la traspasó con algunos empujones previos y se halló dentro del portentoso atrio de la planta baja. La vertiginosa claraboya de hierro forjado se veía rota y por ella entraban raudales de lluvia que caían a plomo sobre su cabeza; la basura y los escombros invadían por completo el suelo de mármol. Olía fuerte a excrementos y fogata fría. Se detuvo y escuchó con atención. Tenía miedo de tropezarse con una tribu urbana de okupas que habitasen de incógnito los rincones de aquel esperpéntico lugar. Sin embargo, no percibió más que las gotas de lluvia repicando su eco en las alturas de la rota claraboya.

Subió hasta los pináculos y buscó la buhardilla de Leticia. El cuarto estaba en la parte más alta y recóndita del edificio. Todo se veía desmantelado. La cama no era más que un armazón de hierro y madera desvencijada. Pegado junto a una de las paredes figuraba un gran armatoste de madera vieja y muy desgastada por el uso. Era un antiguo arcón Humboldt, como los que portaban aquellos intrépidos aventureros pertenecientes a las legendarias sociedades geográficas y academias científicas del Siglo de las Luces, repletos de instrumentos analíticos para medición y observación de la naturaleza.

Quique se acercó y abrió una por una todas las compuertas y cajones. Pero el arcón estaba completamente vacío. En el fondo lo esperaba, pues como le había insinuado Malato, alguien había entrado clandestinamente para robar su contenido, alguien que deseaba la información reunida por el utópico Carles Montpalau para llegar también a Icaria. Y Quique suponía quién era el expoliador.

Colgado de una pared figuraba un gran espejo circular de aspecto muy extraño, con el marco metálico dorado y cincelado con los doce signos zodiacales. Su azogue turbio le devolvía una imagen vaga y confusa de sí mismo, sentado en el esquelético somier de la cama. Quique rebuscó el móvil y volvió a marcar el número de Marta. Nada. ¿Por qué tenía el teléfono apagado? La lluvia otoñal seguía cayendo implacable. Pero entonces alzó la cabeza y miró de nuevo hacia el extraño espejo. De pronto se levantó de un salto, cogió una silla que había tumbada en el suelo y la



estrelló contra el cristal. Los pedazos saltaron por los aires con estrépito de loza rota. Y otro mundo apareció detrás.

## 5

El Fantasma estaba observando a Quique, impávido a través de su máscara blanca inexpresiva. De pie, erguido en su majestuoso esplendor, tenía en las manos una calavera, remedando a Hamlet en el pasaje de «ser o no ser, he ahí la cuestión». Vestía un elegante traje de gala, totalmente negro y camisa blanca rematada por una pajarita de seda, a juego con el fajín ceñido a la cintura. Permanecía en silencio, envuelto en una suntuosa capa de terciopelo negro forrada en escarlata. Se diría que aguardaba para que Quique asimilara lo sucedido y se recuperase del susto recibido al tropezarse de pronto con aquella inmensa caverna subterránea surgida tras el espejo roto. La cripta donde según Malato habitaba el Fantasma del Liceo.

Brillaban incontables candelas encendidas, velones chorreando cera y faroles emitiendo una extraña luz azulada. El fulgor que producían proyectaba temblorosas formas oscuras en todas direcciones, y la fumarada densa que desprendían trepaba como un vaho espeso por las paredes de piedra renegrada, elevándose hasta las alturas, y de allí cayendo sobre todo como un sahumero maléfico. Quique achicó los ojos, escocidos de humo y cansancio, tratando de sobreponerse al estupor.

Se hallaba debajo de una extensa y alta bóveda, sostenida por colosales arcos de sólida sillería. A la luz temblorosa de las velas y los faroles de luz azulada podía distinguir innumerables objetos como de un variopinto teatro del *ochocento*, en medio del cual, la figura del Fantasma destacaba como proyectada por un viejo cinematógrafo. A su alrededor se amontonaba un indecible atrezzo barroco. El hipogeo subterráneo del monasterio franciscano, agujereado de nichos, parecía un escenario medieval. Quique comprendió que se hallaba en los antiguos dominios secretos de los utópicos, y que aquella calavera que portaba en sus manos el Fantasma era la de Cristóbal Colón.

El ambiente de la cripta era opresor, todo rodeado de nichos por donde asomaban los esqueletos descortezados pertenecientes a los frailes franciscanos enterrados allí abajo desde la fundación del antiguo cenobio. El calor sofocante de los velones prendidos, la peste a lodo putrefacto y el humo narcotizante que provenía de los faroles de luz azulada le atenazaban las vías respiratorias hasta la extenuación. Veía como en un sueño tallas románicas, crucifijos de bronce, cortinajes damasquinados,

hornacinas góticas, decorados, tramollas, mecanos, un armonio, varios clavicordios, incluso un enorme órgano de tubos enmohecidos por la humedad reinante. Todo amontonado sin ninguna lógica decorativa, como un almacén teatral con aromas descompuestos a siglo pasado y operístico fasto, donde hubiesen arrinconado el ciclorama caduco de una Barcelona que ya no existía.

El Fantasma continuaba mirándole imperturbable desde su afectada elegancia de actor teatral. Sin embargo, y a pesar de la máscara que le cubría el rostro por completo, a Quique le pareció un hombre lleno de vida, de ningún modo un ser de ultratumba. A su lado había un pesado sitial de madera tallada y sobredorada, con el asiento y el respaldo acolchado de terciopelo rojo, como un trono pontifical, donde Quique supuso que había estado sentado aguardando su llegada, como si el Fantasma hubiese sabido y seguido cada uno de sus pasos desde que saliese aquella mañana en busca de Malato. O quizá desde mucho antes, desde que abandonase Alicante y su confiada existencia de funcionario universitario para echar a volar la imaginación en pos de una quimera.

—Bien —habló el Fantasma; su voz era fricativa y sonora—, y ahora que me has encontrado y has comprobado mi existencia real, ¿qué deseas por dejar de incordiar-me?

Quique vaciló, boquiabierto, sin saber qué contestar, así que tragó saliva:

—Glub.

—No te hagas el tonto conmigo —le reprochó el Fantasma—, has estado invocándome, aunque ni siquiera tú seas consciente de ello. Sí estamos aquí es porque tú me has buscado desde que comenzaste con tu imprudente intención de convertirlo todo en una de tus fabulaciones —Quique agrandó su absorta mirada—. ¿No lo sabías? —añadió el Fantasma—, los dioses nos castigan concediéndonos lo que pedimos.

—¿Qué qui... quiere decir?

—En los momentos cruciales de nuestra vida, todos elegimos de manera consciente o inconsciente quien nos ayude a pasar la corriente adversa. Unos eligen el bien y otros el mal, unos el ángel de la guarda y otros a Ícaro, el ángel caído. El destino depende de a quién de los dos hayas invocado para que te ayude —dejó que Quique asimilara su argumento y añadió—: Y tú has elegido a Ícaro. Bravo, alabo tu sentido trágico de la vida. Es algo que va mucho con tu estética raída y patibularia.

—Glub.

—Pero ahora se verá si elegiste bien, porque al traspasar la frontera de lo real has roto las reglas que rigen el mundo material para penetrar en el mundo de lo ficticio. Es lo que deseabas, ¿no? —Y sin aguardar respuesta, añadió—: Sin embargo, debo decirte que es imposible vivir dentro de un mundo imaginario, como pretendes; la realidad no tarda en irrumpir de nuevo con su odioso rostro, echando por tierra las ilusiones.

Dicho aquello, tomó asiento en el regio sitial de madera sobredorada. Parecía

abatido.

Aún así, Quique se atrevió a contradecirle:

—Pe... pero usted sí vive en un mu... mundo imaginario —dijo, señalando a su alrededor lo que parecía evidente.

—Di más bien vivía —ahora en su voz había desaliento—, hoy he sido arrojado de nuevo al reino de la tierra.

Quique parpadeó absorto, preguntándose a qué se refería, pero el Fantasma prosiguió:

—Lo que tú deseas —dijo—, esa vana utopía tuya de implantar una nueva realidad en medio de la que ya existe, no es más que una ilusión adolescente. Tienes que madurar, Enrique; el mundo ficticio de tus cómics y tus libros de aventuras no es más que un *espejismo*, como estás viendo. La novela se acaba y la realidad siempre termina por imponerse.

—Pe... pero ahora estoy al otro la... lado del espejo.

—Momentaneamente. No tardarás en regresar.

—¡No qui... quiero regresar! —impuso Quique.

El Fantasma hizo un gesto de conmiseración, y dijo:

—¿No te das cuenta?, el pasado lastra tu futuro, te hunde como un ancla hacia la cruda realidad.

—Pu... pues entonces lo bo... borraré —repuso Quique, alzando la barbilla con vanagloria—, seré una persona sin pa... pasado.

El Fantasma se quedó callado unos instantes. A través de su inexpresivo rostro pareció brillar una brizna de compasión, o quizá fuese pesar. Quique entrevió por detrás de su caríatide unos ojos que le analizaban en silencio, como ponderando su obstinado empeño. Luego negó levemente:

—No sabes lo que dices. Los que borran su pasado se ven condenados a vivir en un eterno presente —el Fantasma le miró con fijeza—. Créeme, sé bien lo que me digo.

—Glub.

Quique tragó saliva, decepcionado, sintiendo como el aire de la cera quemada se apoderaba de sus pulmones y su abotargada cabeza. Le pareció que sonreía cuando, después de una nueva pausa, el Fantasma terció:

—Sin embargo, puedes cortar esa ancla que te arrastra.

—¿Có... cómo?

—Tomando las riendas de tu destino.

—¿Pero el de... destino no está escrito en las es... estrellas?

—Quizá exista un modo de cambiarlo.

—¿De ve... verdad? —dijo Quique, notando cómo renacía su esperanza.

—Sí, no basta con ser un lector de fábulas para crear un mundo fabuloso. Por el contrario, has de convertirte en el protagonista de tu propia vida.

Un ruido intermitente y agudo sonaba en alguna parte, y Quique se despertó tumbado en el somier de la cama, con la mochila reposando a su lado. La luz del nuevo día penetraba en el desangelado cuarto de la Casa de las Palomas por un ventano que se abría en la pared. A la derecha estaba el espejo circular de marco dorado, intacto, reflejando su estupor y su aspecto de mala noche. El ruido agudo era el teléfono móvil zumbando con su timbre vibrante de abejorro atrapado en el bolsillo del pantalón. Contestó.

—¡Hola! —Era Marta—, ¿me estuviste llamando anoche? —preguntó, derrochando alegría, pues últimamente, hacia tiempo que no se hablaban y ya se le habían pasado los morros.

Quique se incorporó de la cama un poco aturdido y se asomó por el ventano, sentándose sobre su ancho alféizar de piedra. Se hallaba en lo más alto del antiguo edificio; desde allí podía ver cómo surgía la mañana tras un amanecer de acuarela. La aurora desplegaba su rubor límpido de brisa lavada por la lluvia; la ciudad se desperezaba todavía vestida con su camisión de niebla nocturna. Oyó en la lejanía la sirena de un buque de carga, la llamada resonante de un animal marino fabuloso.

Al otro lado del teléfono tintineaba fresca y alegre, la voz de Marta:

—¿Cómo ha ido todo, has encontrado a la persona que buscabas?

—Sí..., di... digo no. Bu... bueno, no sé.

—Oye, ¿qué te pasa? —preguntó ella—, te noto como extraviado.

—Estoy bi... bien, creo que to... todavía sigo a este la... lado del espejo.

En el Metro, ya de vuelta, Quique supuso que se había quedado dormido sobre el somier de la cama y había soñado lo del Fantasma. No había otra explicación posible, puesto que el extraño espejo seguía intacto cuando despertó. El sentido común le decía que debía olvidar esta pretensión, dejarse de metafísica y literatura, bajar al reino de la tierra (como había dicho el Fantasma), buscar un trabajo normal y formalizar su relación con Marta; conformarse con un amor estándar de domingo y fiesta de guardar.

Pero su ya escaso sentido común había saltado por los aires cuando, dando una última vuelta por la ruinoso casa, se había tropezado en el suelo, junto a los trozos de una gran esfera terráquea de madera hecha trizas, con aquel objeto que todos iban buscando, y que ahora él atesoraba en su mochila, junto al *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón.

Marta le recibió en la estación de Metro con su perrito. Pero Quique no le contó nada de lo que le había sucedido durante aquella insólita jornada, ni siquiera le mostró los dos objetos encontrados. Y ella no le pidió más explicaciones, se aferró a él con la dulzura de siempre, olvidando las pasadas rencillas. Sin embargo, a partir de

aquel día, Quique se fue volviendo cada vez más ensimismado y absorto. No quería salir, se pasaba las horas intentando dar un sentido lógico a lo sucedido y lo encontrado en la Casa de las Palomas. Se tornó descuidado, como un obseso; vivía hipnotizado, poseído por la sombra de Ícaro, el ángel caído. Marta se quejaba por todo ello, y él no sabía qué decir.

La relación fue deteriorándose, el polvo de la vida se acumulaba por los rincones del corazón, y ni ella ni él se molestaban ya en limpiarlo. Quique no sabía cómo decirle a Marta que debían dejarlo, que no era hombre para ella, que tenía que buscarse a uno con menos complicaciones mentales. Pero ella reaccionaba intentando salvar la relación, cediendo a todo con gran dolor. Un día Quique decidió que si quería poner fin a toda esa tóxica existencia que les envenenaba tenía que ser él quien tomase la iniciativa; debía largarse, tal como un día se había largado de Alicante sin decir ni adiós. Y lo hizo. Se fue a Madrid, en busca de Chelo, para pedirle perdón, contarle todo lo acontecido e intentar volver con ella. Ya no quería vivir en Barcelona, la ciudad donde le asaltaría cada día el espectro de Cristóbal Colón, del Fantasma y los icarianos, el espectro de su propio fracaso al intentar comprender semejante locura.

Aquellos fueron años muy duros para Quique; aprendió a vivir con lo mínimo, incluso con menos; aprendió a anudarse los cordones de los zapatos; luchó contra sus miedos, sobrevoló sus limitaciones, como el vuelo de Ícaro hacia el Sol, aún sabiendo que quizá con ello caería con las alas rotas e inflamadas en medio del mar. Pasaba semanas sin hablar con nadie, anudando cabos, estudiando durante horas en su nuevo tugurio, tragándose la soledad y la pena que destilaba su corazón derrotado, pues Chelo había desaparecido y no lograba dar con ella. Un día, la taza de vaquita se le cayó de las manos llena de Cola Cao, estrellándose contra el suelo sucio de su tugurio, haciéndose añicos igual que su corazón. Patibulario, como le había calificado el Fantasma. Se arrodilló frente a los trozos, llorando desconsolado, como si la vida ya no tuviese ningún sentido para él.

## VI

*La programación es una forma de arte, cuyo valor real puede ser  
apreciado por alguien versado en artes arcanas*

**Ed Nather**

# 1

Ningún historiador del mundo ha ofrecido pruebas concluyentes sobre la identidad y nacionalidad de Cristóbal Colón, ni siquiera su hijo Hernando, que así lo reconoce en varios de sus escritos biográficos sobre su padre. Tampoco hay datos fiables de dónde se hallan enterrados sus restos. Ni siquiera se sabe qué aspecto tenía, pues los tres o cuatro retratos que lo representan son puras invenciones alegóricas sin la menor base real. Es como si Colón fuese un personaje literario, como lo era don Quijote, y no una persona real.

El Almirante realizó desde 1492 cuatro viajes hacia lo que él llamaba Nuevo Mundo. Encontró nuevas tierras y antiguas civilizaciones desconocidas, incluso algo de oro con el que justificar tan arriesgada odisea marítima, pero él nunca pareció conforme con ello, jamás reconoció haber hallado lo que en realidad buscaba. Su verdadero nombre, su incógnito destino, así como su identidad, son todavía un enigma. En cambio, sí se conoce con certeza la fecha de su muerte, el 20 de mayo de 1506 en el convento franciscano de Valladolid, donde fue sepultado. Pero aquel no sería el último lugar de reposo de Colón. Sus viajes continuaron después de muerto, en un alucinante periplo que paseó los restos de su cadáver durante siglos y miles de kilómetros por tierra y mar, desde Valladolid a Sevilla, de allí a Santo Domingo, luego a Cuba y más tarde otra vez a Sevilla. Como resultado de semejante trasiego, todos los lugares por donde pasó el cadáver reclaman ahora ser la tumba oficial del Almirante.

En el año 2003, un grupo de historiadores, biólogos, antropólogos y genetistas del Laboratorio de Identificación Genética de la Universidad de Granada, bajo el patrocinio de la cadena de televisión *Discovery Channel*, crearon el proyecto denominado *Cristóbal Colón: la revelación del enigma*, con el fin de analizar el ADN de sus restos. Se trata del primer intento serio para determinar por fin la identidad de Colón, desenterrando y analizando los pocos restos óseos que se guardan en su túmulo funerario en la catedral de Sevilla, y posteriormente los que reposan en el monumento a Colón erigido en Santo Domingo, las dos principales tumbas en litigio. Según los primeros resultados de la investigación, los huesos de Cristóbal Colón fueron descarnados y su osamenta desmembrada y diseminada por varios lugares del mundo.

Los restos de Sevilla, apenas unos pocos trozos, unos 150 gramos en total, arrojaban un dato que pasó desapercibido para la opinión pública. El análisis de ADN, llevado a cabo mediante sofisticadas técnicas informatizadas y bioquímicas, determinaba que los huesos pertenecen a un varón posiblemente de origen catalán. La prensa de Barcelona resaltó el hecho, indicando que los barceloneses siempre han tenido la seguridad de que Colón era paisano suyo; se reavivaron antiguas hipótesis sobre su origen barcelonés o mallorquín, de origen noble y relacionado con la mar.

Parece confirmarse que Colón no era un patronímico en el siglo xv, sino un alias o apodo, del que, con el paso del tiempo, derivaría el actual apellido Colom o Colomb, tan habituales hoy día.

La razón de tal apodo estriba en su pertenencia a la Orden de San Francisco: todos los que ingresaban como postulantes debían cambiar su nombre. Es de suponer que ni siquiera se llamase Cristóbal, derivado de Christo Pherens, que significa el Precursor de Cristo, como lo era San Juan Bautista, primo de Jesús, que la liturgia católica simboliza con el cordero de Dios portando una cruz. El mismo símbolo de la hermandad de Florencia a la cual pertenecía Leonardo da Vinci. ¿Pero quién era Cristóbal Colón? ¿Por qué ocultó su identidad bajo una maraña de contradicciones? ¿Por qué comparaba su misión con la del profeta San Juan? ¿Cuál era su verdadero destino? ¿Realmente conoció a Da Vinci?

Todas estas preguntas y muchas otras se las hacía Quique aquella noche dentro de la *Gallerie dell'Accademia*, el museo de Venecia donde se guarda el *Hombre de Vitrubio*, la más famosa obra de Leonardo da Vinci tras la *Mona Lisa*. Guardaba un recuerdo agridulce de aquellos años de exilio que habían forjado su espíritu y su personalidad; años en los que incluso aprendió a atarse los cordones de los zapatos. A costa de todo, *o César o nada*, como rezaba la divisa de César Borgia, Quique se había empeñado en ser el protagonista de su propia vida, tal como le había recomendado el Fantasma.

Y había llegado la hora de culminar con éxito la historia con la que se había tropezado fortuitamente hacía más de diez años. Darle un final feliz a la novela de su vida, ser el héroe de la leyenda que todos llevamos dentro. Desde muy joven, Quique había querido ser el protagonista de la fábula en que había convertido su vida, quizá para combatir así su congénita timidez. Pero tras su encuentro con el Fantasma (si es que aquello fue real y no un sueño), comprendió que hay un rol superior al de protagonista, y es el de creador del argumento, el director escénico que mueve los hilos de la trama.



Hacía dos días que Quique estaba en Venecia, y la ciudad medio sumergida en el Adriático vivía embriagada por su fastuoso Carnaval. El viaje le había costado casi todos los ahorros, pero para culminar su historia, necesitaba desvelar la última clave de la trama, la única que todavía permanecía oculta desde que Cristian, Chelo y Leticia acudiesen aquella mañana de 1994 a pedirle que les dejase utilizar bajo manga el simulador de navegación de la Universidad de Alicante. Poseía el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón, había leído su contenido y ahora era la única persona en el mundo que conocía el destino y el rumbo secreto del Almirante. Pero todavía le restaba encajar la última pieza del *puzzle*: conocer la relación que hubo entre Colón y Leonardo da Vinci.

Quique llegó a Venecia disimulado en el tropel de los miles de turistas entregados al frenesí de las máscaras y los disfraces, a la ocultación de la identidad, al cambio de arquetipo, aunque fuese temporal y superficial, como una higiene de la personalidad, lo que demuestra la necesidad del ser humano por cambiar de rol y ser alguien diferente (como el Fantasma), quizá ese otro Yo que nos gustaría ser, pero que la vida estereotipada y reglamentada que llevamos nos lo impide.

Aparte del *Diario* de Colón, ahora contaba Quique con un elemento indispensable con el que poder encajar esa última pieza del enigma: la custodia sacramental que había encontrado en el suelo del salón chamuscado de la Casa de las Palomas, aquella noche tras su irreal entrevista con el Fantasma. El ostensorio de oro y piedras preciosas que Carles Montpalau, después de hacerse con él tomándolo de la ermita franciscana y descubrir su secreta función, el intrépido utópico había dejado escondido en el interior de la esfera terráquea que tenía en la biblioteca de su casa, poco antes de partir hacia Icaria.

Quique había bajado del tren en la estación de Santa Lucía, recibido por una de esas pocas mañanas en que Venecia se muestra espléndida, con un cielo fúlgido y azulino que ni pintado por Fortuny, sintiéndome Harry Potter en busca de la Piedra Filosofal. En su mochila portaba consigo la parte central de la custodia sacramental, el círculo de vidrio alquímico, del tamaño de una manzana grande, extraído con cuidado del ostensorio. En Madrid había dejado el resto de la pieza.

No dejaba de resultar paradójico: Quique, más pobre que una rata, pues finalmente fue desheredado por su padre, ahora poseía en su pequeño estudio de alquiler la pieza sacra bizantina de los Pitagóricos, utilizada para contener la lente holográfica creada por Leonardo da Vinci para leer sus manuscritos en clave: el Codexcopio.

### 3

El genio florentino escribió sus notas personales utilizando un enrevesado conjunto de claves criptográficas que no sólo incluían su famosa escritura invertida (Leonardo era zurdo y así le costaba menos redactar), de forma que se ha de leer mediante un espejo. Poseía avanzados conocimientos en refracción de la luz y en alquimia, lo que le llevaron a idear una lente especular capaz de reconstruir el contenido tanto del texto como de los dibujos que plasmaba en sus obras, recurriendo a técnicas artísticas ocultas, similares a las empleadas para pintar la *Mona Lisa*, como el *sfumatto* y las perspectivas múltiples realizadas con espejos, igual que la utilizada en la *Última Cena*, en combinación con óleos y pigmentos especiales.

De ahí que todavía resulten incompresibles muchos de sus códices y cuadernos de anotaciones, cuyo contenido se desconoce realmente, pues se hayan cifrados mediante un genial sistema de ocultación criptográfica creado por el amigo de Da Vinci, el arquitecto y matemático Leon Battista Alberti, cuyo descodificador bautizó con el nombre de Codexcopio. Y ahora Quique tenía en su poder el ambicionado objeto, la lente mágica con la que pensaba desentrañar el último de los secretos de Leonardo: el verdadero significado que encierra el dibujo más famoso de todos los tiempos, el *Hombre de Vitrubio*, símbolo del Renacimiento y todo un icono mundial.

Consultando las enciclopedias de arte, pudo saber que dicho grabado se hallaba desde hace años en la célebre *Gallerie dell'Accademia* (el equivalente veneciano a la galería de los Uffizi de Florencia), donde figura una valiosa colección de obras maestras del arte bizantino, renacentista, barroco y rococó. Quique había estado varios años anudando cabos y ahora por fin comenzaba a comprender la descomunal trama que se había tejido a su alrededor. El muchacho tímido y tartamudo, cuyo papel parecía secundario al principio, se había hecho finalmente con el *Diario* de Cristóbal Colón y el sistema óptico para desentrañar el enigma histórico que oculta el dibujo más famoso de todos los tiempos.

En un principio, Quique pensó que todo aquel plan de investigación sobre Colón, impulsado subrepticamente por el Gobierno español, pretendía proclamar la españolidad del Almirante y corroborar su enterramiento en la catedral de Sevilla, frente a las pretensiones de la República Dominicana en el mismo sentido. Sin embargo, fue al recordar el año que Chelo y él trabajaron como *fontaneros* de los servicios secretos, como dedujo que las razones del Gobierno iban por otro lado.

Todo comenzó a encajar cuando se conoció públicamente quién había sido el comprador del Códice *Leicester*, el anónimo coleccionista de Seattle (Washington) que en 1994 adquirió en subasta las 72 páginas (ilustradas con 360 dibujos) de Leonardo da Vinci: Bill Gates, fundador y presidente de *Microsoft*, el hombre más rico del mundo.

Cuando Gates pujó por el manuscrito *Leicester*, hubo de pagar por él 30'8 millones de dólares, casi 4500 millones de pesetas. Demasiado dinero para un libro

antiguo, por muy de Leonardo que fuese. De hecho, jamás se había pagado tanto por algo así. ¿Qué contenían aquellos manuscritos? ¿Por qué habrían de interesarle tanto a un empresario de *software*? ¿Qué tenía que ver la informática con Leonardo da Vinci?

Durante su investigación, Quique descubrió que el Códice *Leicester* había formado parte del conjunto de manuscritos propiedad del misterioso clérigo alquimista Juan de Espina Velasco. Espina era un tipo extraño, músico, científico y alquimista, que vivía en un siniestro caserón de Madrid, se dice que rodeado de autómatas que le obedecían y libros de cábala y ciencias ocultas. Su padre fue uno de los primeros conquistadores de América, de donde había vuelto muy rico y conocedor de algún secreto relativo a Cristóbal Colón.

Juan de Espina le había comprado un lote de legajos de Leonardo al yerno de un escultor italiano, Pompeo Leoni, escultor en el monasterio de El Escorial. A su vez, Leoni había encontrado los manuscritos en Milán, donde los compró con la intención de ofrecérselos a Felipe II para la biblioteca del monasterio; sin embargo, cuando llegó a España, el rey había fallecido y no pudo efectuarse la venta. Los pergaminos quedaron olvidados, hasta que la familia del escultor decidió desprenderse de ellos, comprándolos Espina.

Poco después, y tras mucho tira y afloja, el clérigo accedió a vender los manuscritos de Leonardo a Thomas Howard, conde de Arundel, secretario del príncipe Carlos de Inglaterra, que los ambicionaba desde que los viese en casa del alquimista, cuando en 1623 vino de incógnito a España para verlos. Así es como aquellos manuscritos fueron a parar a la colección de Whitethall Palace de Carlos en Londres, terminando finalmente en la localidad de Leicester tras la revolución de Cromwel, que dispersó dicha colección. Pero Quique averiguó un dato de interés: Espina no le vendió a Howard el lote completo traído de Italia por Leoni, sino que se quedó con una pequeña parte, en realidad la más importante de los manuscritos, los diarios personales de Da Vinci.

Juan de Espina intentaba embarcar hacia América desde Sevilla cuando fue detenido por los agentes inquisitoriales al servicio del rey, a la sazón Felipe IV. Para salvar su vida, no tuvo más remedio que entregar los dos cuadernos de anotaciones de Leonardo, que fueron depositados (y olvidados) en la Biblioteca Real. Y allí aparecerían a finales de los años 60, tras haber permanecido extraviados e ignorados por todos desde el siglo XVII. Hoy, esos documentos se conocen con el nombre de Códice *Madrid*, y cualquiera que lo deseé puede consultarlos en formato facsímil. Y eso es lo que hizo Quique, acudiendo a la Biblioteca Nacional.

Fue entonces cuando descubrió que los legajos que pretendía llevarse el alquimista a América aluden al *Hombre de Vitrubio*, en concreto al secreto más ambicionado por los artistas, científicos y cosmógrafos del *Quattrocento*: la cuadratura del círculo. Y al parecer, fue el monje franciscano de Florencia Lucca Pacioli quien resolvió el enigma, aunque se negó a compartir la fórmula, aunque se sabe que lo descubierto se relacionaba con la medida inspirada por Dios al rey

Salomón para construir el Templo de Jerusalén, tomando como base el Codo Sagrado.

Para resolver el enigma, Pacioli se basó en la vieja idea medieval sobre las relaciones proporcionales del cuerpo humano sobre la Tierra y el Cosmos, ya descritas por Pitágoras cuatrocientos años antes de Cristo. Pitágoras afirmaba que había deducido la clave de la misteriosa armonía que rige el Universo, condensándola y dejándola encriptada en su famoso Pentáculo. Al morir el sabio, se formó una logia de seguidores, conjurados para resolver la clave: los Pitagóricos. La tesis de Pitágoras fundamentó un misticismo numérico que se prolongaría durante mil años, hasta bien entrado el Renacimiento.

Analizando los facsímiles del Códice *Madrid*, Quique descubrió que en el legajo 8936, Leonardo indica cómo ayudó a su hermano de orden Lucca Pacioli con los bocetos que debían mostrar la síntesis gráfica de la cuadratura del círculo, plasmada luego en clave en su *Hombre de Vitrubio* u *Homo ad Circulum*, que por cierto, él denominaba *Hombre Zodiacal*, sin que nadie supiese la razón. Así fue como Quique dedujo que lo que de verdad le interesaba a Bill Gates cuando compró el Códice *Leicester* por semejante fortuna no era el arte, sino desentrañar el enigma que presuntamente contenía en clave: el sistema para localizar el Punto Fijo.

Quique comprendió que quien conociese dicha localización ancestral sabría dónde situar en órbita geoestacionaria el satélite principal de una constelación. Porque tal era la idea del proyecto *Teledesic*, participado por Bill Gates (curiosamente fundado en 1994, tras adquirir el código de Leonardo), y por medio de la cual pretendía controlar Internet desde el espacio, lanzando una red satelital con la que lograr la cobertura casi total del planeta<sup>[12]</sup>, sin apenas zonas de sombra.

Quizá la misión secular de los Pitagóricos aún continuase vigente, sólo que los viejos heliómetros, como el de la catedral de Florencia o la Plaza del Vaticano, habían dado paso a los modernos satélites artificiales. Los antiguos artefactos para la orientación y la navegación marítima, origen de tantas guerras, eran ahora sustituidos por modernos sistemas de orientación geodésica informatizada, cada día más precisos y al alcance de cualquiera, como los GPS portátiles. Nada cambiaba en realidad. Hoy, como ayer, todos buscaban el secreto de la navegación.

Pero Bill Gates había perdido el dinero pagado por el Códice *Leicester*, porque sus manuscritos, al igual que los del Códice *Madrid*, estaban escritos en clave, y si contenían el paradero del Punto Fijo, el dueño de *Microsoft* jamás podría saberlo, a no ser que se hiciese con el Codexcopio que albergaba la custodia sacramental. Y dado que la casualidad había hecho tropezar a Quique (literalmente) con el valioso relicario bizantino, más el *Diario* de a bordo de Colón, él era en estos momentos el único dueño del Punto Fijo.

En todo esto pensaba Quique, oculto aquella noche de Carnaval en un viejo púlpito barroco de madera tallada y pinturas renacentistas, arrancado de alguna vieja iglesia que había sucumbido a la inundación, y que ahora estaba expuesto como joya salvada del naufragio en una de las veinticuatro salas repletas de arte que componen la *Gallerie dell'Accademia*. Aprovechando el desconcierto de los Carnavales, había procurado quedarse encerrado en la Academia, donde entró a media tarde como un turista más, pagando los seis euros y medio que costaba la visita. A las 19`15, la hora del cierre, Quique ya llevaba bastante rato escondido en el interior del púlpito, esperando el momento para salir y buscar el *Hombre de Vitrubio*, al que aplicar el Codexcopio para desvelar por fin su contenido encriptado.

Tenía miedo, porque sabía que demasiados y muy peligrosos eran los iban en pos de aquel artefacto escondido en el relicario, aunque nadie supiese muy bien de qué se trataba. Desde que rescindió el contrato, no había dejado de sentirse vigilado por los servicios de Inteligencia dirigidos por Alonso Betancurt. Quique conocía demasiado bien todas las confabulaciones eclesiásticas y estatales por hacerse con el secreto ancestral de los Pitagóricos. Y a ello se unía el interés comercial de Bill Gates; sólo Dios sabía para que deseaba un programador informático el mayor secreto del Renacimiento, la cuadratura del círculo. Ni de lo que sería capaz por controlar la Red y dominar las telecomunicaciones globales del planeta.

Oculto en el polvoriento púlpito barroco, mientras oía cómo los bedeles iban echando a los últimos visitantes del museo, clausurando salas, apagando luces y cerrando puertas, Quique se había estado preguntando qué habría sido de Leticia, aquella mujer que concitó a su alrededor el estallido de toda la trama, sin desearlo, de manera casual, como un elemento azaroso en la meticulosa planificación de los servicios de Inteligencia militares. Porque Leticia, aunque le costase un poco reconocerlo, había sido la que desde el principio desenterró a las facciones enfrentadas en lucha por el Punto Fijo. Y ahora los descendientes de aquella truculenta leyenda de hace cinco siglos regresaban como espectros redivivos de sus tumbas.

También se preguntaba por el Fantasma. ¿Qué habría sido de él? Porque el Fantasma existió, estaba convencido de ello. No fue, como se dijo después, una invención literaria, ni fruto de la imaginación de algunas mentes calenturientas. Pero como suele suceder, el personaje acabó devorando a la persona. Hoy, tiempo después, convertido en mito, el Fantasma apenas perdura en algunos libritos de mala muerte sobre leyendas urbanas de Barcelona, o salta de vez en cuando a la hojarasca esotérica de las revistas de misterio, cada vez más distorsionado y truculento.

Sin embargo, Quique todavía recordaba cómo su aparición por medio del espejo embargó su vida empujándolo a los abismos de la ciudad; aquel día en que lo dejó todo para seguirle, penetrando en los laberintos encantados del barrio gótico y en las

entrañas del Liceo, en pos de una sombra cuya naturaleza real era un misterio. Pero aquella Barcelona ya no existe. Fue urbanizada sin piedad, macdonalizada, convertida en pan y circo por los acróbatas de la política; arrastrada por el viento de las celebraciones multitudinarias; bajada de su pedestal como una vieja talla de una santa sin devotos. Su cielo se apagó como el ciclorama de un desahuciado teatro en quiebra. Desde entonces, Quique vive como un nómada, cambiando de residencia cada poco tiempo, desdibujando sus huellas por donde pasa, escondiendo su verdadera identidad bajo seudónimos; a la deriva, aguardando la siguiente playa donde le arrojará la resaca marina.

Quique tragó saliva y escuchó con atención. Hacía mucho rato que había cesado el eco de puertas cerrándose y el ir y venir de pasos apresurados y luego más lentos y lejanos paulatinamente. Ahora tan sólo se oía la creciente charanga exterior, la riada humana de los desfiles carnavalescos que a esta hora comenzaban a invadir las calles con raudales de disfrazados turistas en busca de su otro yo, domeñado durante todo el año.

La suerte parecía estar de su lado, porque con el fin de que todo resultase más tenebroso, como en los truculentos tiempos de la epidemia de peste ocurrida en el siglo XIV, las autoridades locales habían cortado la electricidad en todo el distrito de Dorsoduro, donde se halla enclavado el museo, con lo cual, las alarmas interiores quedaban temporalmente inutilizadas. Ahora era la suya. Abandonó con un cosquilleo entumecido de las piernas su casual refugio en el viejo púlpito barroco salvado de las aguas, y se dispuso a buscar el objetivo de su visita.

Quique sabía que el *Hombre de Vitrubio* está desde hace años en la Academia, el museo fundado en 1750 a instancias de Napoleón para albergar la mayor selección de obras de arte veneciano, en un antiguo convento lateranense situado en el Campo della Carità. En conjunto, la Academia es un museo bastante pequeño, si se compara con el Prado o el Louvre, pero cargado de obras de gran valor, todas ellas colocadas en sus veinticuatro salas por riguroso orden cronológico, de manera que el visitante aprecie la evolución técnica de la pintura, desde la bizantina hasta el rococó.

Las salas desalojadas de gentío y quietas en la penumbra repicaban el eco de sus pasos recorriendo la atmósfera difusa que causaban las mortecinas luces de emergencia. Olía el ambiente a una mezcla de pintura craquelada de siglos y cieno abisal, el que traía consigo el *acqua alta*, cuando los canales rebosan su lógamo subiendo por los atrios de los palacios y las iglesias sin respetar ni lo profano ni lo sagrado, encharcándolo todo con su pestilencia, mientras las góndolas y los vaporetos surcan la ciudad fantasmal que se hunde poco a poco en los abismos del Adriático, reverberando resplandores de luz vitrificada en las fachadas decadentes de los *palazzos*.

Una claraboya del techo transmitía por todo el espacio central del museo su pálido fulgor de cripta, y cuya luz astral imprimía cierto halo de surrealismo a la fechoría de Quique. Recorrió con celeridad todas las salas cargadas de arte, incluido el lugar de honor en el piso principal, donde Venecia muestra con orgullo la joya de la Academia, *La tempestad* de Giorgione. ¿Pero dónde estaba el famoso dibujo de Leonardo da Vinci? Quique confiaba verlo enmarcado en un lugar preeminente. ¿Acaso no estaba allí, y había hecho el viaje en balde?

Pero entonces lo entendió de golpe. Se dio una palmada recriminatoria en la frente y corrió apresurado hacia la biblioteca del museo, el ala menos conocida y



visitada de la Academia. Quique acababa de comprender que la lámina del *Hombre de Vitrubio* no figuraba en la Galería porque no estaba catalogada como cuadro, sino como códice; de modo que tenía que hallarse en la biblioteca. Cuando entró en la regia sala repleta de infolios, incunables y manuscritos, algunos tan antiguos como el imperio de Constantinopla, su venerable contenido le recibió con el inconfundible aroma de papiro y polvo, mezclado con la pestilencia propia de los canales.

Tragó saliva y avanzó cauteloso. Las tenues luces de emergencia alargaban la silueta de los objetos, y a cada paso que daba, su propia sombra se deslizaba por el suelo de mármol como si cobrase vida independiente de su cuerpo, proyectándose sobre los tomos alineados y los techos decorados con pinturas al fresco. En algunos anaqueles y facistoles de madera oscura colocados en el centro de la sala se mostraban las obras más destacadas que atesora el museo. Quique comenzó a recorrerlas, mientras su corazón se aceleraba excitado por la expectativa. Y de pronto, en la parte central, presidiendo el espacio penumbroso, allí estaba, con la cara hosca, las extremidades duplicadas y extendidas en aspa, protegido de los visitantes por una urna de metal y cristal blindado, con una plaquita inferior de latón que lo confirmaba: *l'Uomo di Vitrubio*.

Leonardo da Vinci plasmó el *Hombre de Vitrubio* con tinta y acuarela en punta metálica pasada a pluma, sobre un grueso papel de 34 por 24 centímetros; en 1490, dos años antes de que Cristóbal Colón partiese hacia el Nuevo Mundo. Allí lo tenía por fin, el dibujo más famoso de la historia, delineado con suma perfección, teóricamente para representar de manera gráfica las tesis geométricas del arquitecto romano Marcos Vitrubio Pollio. Los diez tomos de su obra *De Architectura* pasaron desapercibidos en la época de Julio César, pero en el Renacimiento fueron aclamados por sus aportes sobre cuadrantes solares y proporciones geométricas, cuando los pintores y escultores competían entre sí por encontrar las medidas perfectas y la cuadratura del círculo. Y en dicha obra se había inspirado Leonardo para dibujar el más célebre icono renacentista, el símbolo universal del Humanismo.

Pero según había investigado Quique durante todos aquellos años, las explicaciones ocultas que encerraba el *Hombre de Vitrubio* eran bastante más herméticas de lo que supuso al principio. El centro de la figura es el ombligo, punto de unión del cuadrado y del círculo y de lo que simbólicamente representa: la tierra (microcosmos) y el cielo (macrocosmos), según la típica concepción simbolista medieval. El círculo (Cosmos) y el cuadrado (Tierra) significa la unión entre cielo y planeta, el Punto Fijo, que sólo puede localizarse si se conoce la clave encriptada.

Sin embargo, Leonardo llamaba a su dibujo el *Hombre Zodiacal*, negando secretamente la relación con el cuerpo de Cristo que algunos querían conferir al ser humano representado por su dibujo, pues él, como todos los Pitagóricos, era un gnóstico; de hecho, fue sospechoso de herejía, al no pintar nunca en sus obras al Crucificado, prefiriendo a San Juan Bautista, el *precursor* de Cristo. Como Cristóbal Colón.

A los ojos de algunos, Leonardo era un hereje, por eso, cuando el ambiente en Florencia se hizo irrespirable debido a las prédicas apocalípticas del fraile dominico Savonarola, Da Vinci se estableció en Milán, al servicio del duque Ludovico Sforza. Y cuando en Milán también comenzó a sentirse perseguido, se estableció en Roma, al socaire del maquiavélico César Borgia. Poco tiempo después, acusado de sodomía y herejía, huyó a Francia, donde terminó sus días, exiliado, atesorando el secreto de los Pitagóricos, que había dejado plasmado en clave en su *Hombre de Vitrubio* o *Zodiacal*. ¿Pero a qué se debía esa relación con el Zodíaco?

Quique se acercó reverente al célebre dibujo, protegido debajo del cristal antibalas y antireflectante, lo cual no parecía, en principio, un problema para aplicarle por encima la mágica lente alquímica que portaba en su mochila. La sensación que le arrebatava, tras tantos años de búsqueda y estudio, era indecible; por fin se sentía un héroe novelesco, quizá un Hércules Poirot, el afamado detective de Aghata Christie, o como un Sherlock Holes del arte.

Sacó de la mochila una pequeña linterna y enfocó el grabado. Le disgusta dirigir esa luz burda y artificial contra el valioso y bellísimo pergamino, pero necesitaba verlo con detalle y comprobar que se trataba del original y no una reproducción, de lo contrario, el fenómeno de inversión especular no funcionaría. Pegó la cara contra el cristal y comenzó a repasar la caligrafía, desempolvando sus conocimientos de latín. Ayudado por la linterna, leía con algo de dificultad el texto manuscrito en tinta marronácea que flanqueaba la parte superior e inferior del dibujo. Por si no quedasen claras las intenciones de la obra, Leonardo las había explicado con esa obsesiva fijación renacentista por la prolija exactitud:

*Una palma es la anchura de cuatro dedos. Un pie es la anchura de cuatro palmas. Un antebrazo es la anchura de seis palmas. La altura de un hombre son cuatro antebrazos (24 palmas). Un paso es igual a cuatro antebrazos. La longitud de los brazos extendidos de un hombre es igual a su altura. La distancia entre el nacimiento del pelo y la barbilla es un décimo de la altura de un hombre. La altura de la cabeza hasta la barbilla es un octavo de la altura de un hombre. La distancia entre el nacimiento del pelo a la parte superior del pecho es un séptimo de la altura de un hombre. La altura de la cabeza hasta el final de las costillas es un cuarto de la altura de un hombre. La anchura máxima de los hombros es un cuarto de la altura de un hombre. La distancia del codo al extremo de la mano es un quinto de la altura de un hombre. La distancia del codo a la axila es un octavo de la altura de un hombre. La longitud de la mano es un décimo de la altura de un hombre. La distancia de la barbilla a la nariz es un tercio de la longitud de la cara. La distancia entre el nacimiento del pelo y las cejas es un tercio de la longitud de la cara. La altura de la oreja es un tercio de la longitud de la cara.*

Demasiado explícito, reflexionó Quique, para la mente tortuosa y bromista de Leonardo, tan aficionado a las claves, al doble sentido, a la metáfora visual y los contenidos ocultos. No se creía la presunta devoción del genio florentino hacia el arquitecto romano, por muy de moda que estuviese en el Renacimiento. Estaba seguro de que había algo más escondido entre toda esa didáctica tan palmaria, un

mensaje cifrado entre líneas. Intuía que la metáfora visual encerraba un significado ulterior, nada que ver con la geometría y mucho menos con la anatomía, como pretendían los ingenuos comentaristas de arte.

Un secreto cósmico que fue custodiado desde Pitágoras, plasmado de manera rudimentaria por los alumnos de una cofradía clandestina que se transmitía los conocimientos de generación en generación hasta que la ciencia y la tecnología estuviesen lo suficientemente avanzadas para llevar a cabo la misión, la búsqueda del Punto Fijo, el centro del sistema solar, desde donde una sola persona, si conocía el secreto, podía dominar toda la Tierra, manejando ese nuevo poder sobrenatural que gobernaba el mundo actual sustituyendo a la magia del pasado: la informática y las telecomunicaciones globales.

Un secreto por el que durante siglos se habían cometido traiciones y crímenes, se habían declarado guerras entre reinos y se habían pagado fortunas, como las que desembolsaron por los mismos legajos el príncipe de Gales en el siglo xvii y el empresario de programación más rico y famoso del mundo en el siglo xx. Un secreto por el que la Santa Inquisición quemó a miles, relegando a la ciencia como sospechosa y herética. Un secreto por cuya posesión el Gobierno español había puesto en marcha toda una trama oculta de investigaciones y maquinaciones para desentrañar el verdadero destino de Cristóbal Colón.

Una vez autenticado el dibujo, dentro de los márgenes razonables, Quique rebuscó en la mochila y sacó el Codexcopio, la lente alquímica, turbia como la de un hipermetrope, que se hallaba encastrada en el centro de la custodia sacramental, a modo de relicario. Llevaba el portentoso cristal envuelto en un trozo de plástico, de esos con burbujitas de aire, para protegerlo de los golpes. No tenía ni la menor idea de cómo funciona, merced a qué combinación quizá holográfica o química el Codexcopio desmenuzaba las palabras y los dibujos para reordenarlos a la vista con otro significado y apariencia.

Tampoco sabía si funcionaría, pues lo había probado meses atrás con el Códice *Madrid*, archivado en la Biblioteca Nacional, donde se guarda como la joya de la corona de la institución, después de haber sido encontrado por casualidad hace cuarenta años por un profesor norteamericano. Sin embargo, no había sucedido nada, los legajos habían permanecido inalterables observados a través del Codexcopio, quizá porque no eran más que facsímiles, y el efecto óptico de la lente sólo se producía con los originales. Pero estos no se prestaban jamás al público, ni siquiera a los más prestigiosos estudiosos del mundo.

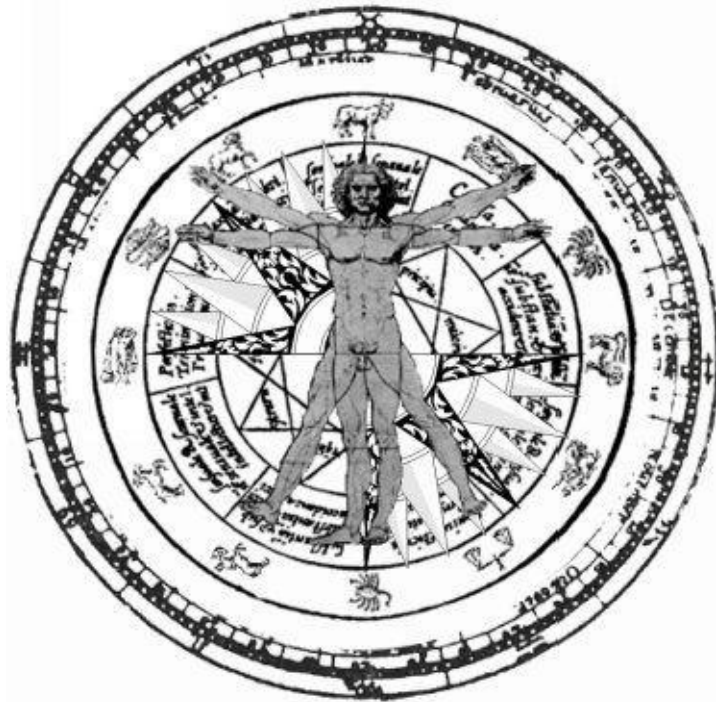
Por cierto, que en los legajos de la Biblioteca Nacional no se hablaba de ningún sistema de orientación creado por Leonardo para que Colón arribase a la isla de Salomón. Ahora, a un paso de resolver el enigma, temía que le sucediese como a Bill Gates. El fundador de *Microsoft* se habría llevado un chasco enorme al comprobar que los manuscritos y grabados que hablan del secreto geocósmico del Punto Fijo estaban escritos en una clave indescifrable, que sólo revelarían su contenido por medio del Codexcopio, albergado en una rica custodia sacramental envuelta en la reverencia que causan entre las gentes los objetos sagrados y presuntamente milagrosos.

Allí, perdida en una ermita del Sureste de España, depositada por el hijo de Colón o por los franciscanos que habían asistido al Almirante durante los últimos años de su vida, habría permanecido ignorada para siempre la custodia bizantina, de no ser por Carles Montpalau, que compró el terreno circundante a la capilla y se llevó la joya sacra, ocultándola en el interior de la esfera terráquea de la Casa de las Palomas. Si Montpalau arribó a Icaria en el submarino de su amigo Monturiol, es algo que nadie supo decirle a Quique. Malato, tal vez el único que lo sabía, desapareció (quizá emparedado vivo) antes de que pudiese contárselo.

Pero ahora Quique comprendía lo sucedido. En su *Diario de a bordo*, el Almirante confirmaba su misión: encontrar Ofir y los talismanes mágicos del rey Salomón, enterrados en la isla junto a su corazón. Navegando por las Antillas menores (su Anti Illa), Colón había localizado el islote, pero no pudo arribar a él por impedirselo el azote tormentoso del viento y la oscura niebla que lo envolvía siempre como una maldición. El mismo islote avistado por ellos en el velero *Santa Eulalia*, y

cuya ubicación no habían podido consignar debido al inesperado fallo del GPS y los demás sistemas de orientación. Algo de mágico tenía esa isla. Quizá, pensaba Quique, la única forma de arribar a Icaria-Ofir fuese de forma submarina, penetrando por alguna cueva situada debajo de la superficie del mar, como posiblemente habría hecho Carles Montpalau con el *Ictíneo*, encontrando la tumba de Salomón y sus talismanes; quien sabe si el famoso Espejo Mágico que cuentan las leyendas; el mismo que tal vez le había ordenado a su criado caribeño Malato llevar a su casa de Barcelona, junto al baúl marinerero utilizado durante la travesía oceánica.

Quique desarrolló cuidadosamente la lente y se dispuso a aplicarla sobre el impresionante pergamino de Leonardo. Si hay un secreto de Da Vinci, si su sistema de orientación astral existía, tenía que hallarse en el dibujo más famoso de todos cuantos hizo, su anagrama personal. Y entonces, ante sus ojos absortos, desmenuzado y reordenado por el Codexcopio, el *Hombre de Vitrubio* le mostró su verdadera faz:



La figura humana aparecía rodeada por los doce signos del zodiaco, de ahí su apelativo: el *Hombre Zodiacal*. Y entonces lo comprendió: los doce signos del Zodíaco se correspondían a las doce personas que Leonardo da Vinci había plasmado en su *Última Cena*<sup>[13]</sup>; los doce signos del Zodíaco, iguales a los que figuraban cincelados en el espejo redondo y en la custodia sacramental bizantina, circundando el Codexcopio. Aquello simbolizaba la más antigua representación metafórica del Cosmos y de la Tierra, el culto ancestral de la gnosis (herético para la iglesia) que profesaban Leonardo y los Pitagóricos, de que el ser humano es el centro del Universo, el vínculo de unión entre el Cielo y la Tierra, y de que Jesucristo simbolizaba dicho vínculo como humano, y no como Dios, como pretendía el Vaticano tergiversando la verdadera naturaleza de Jesús.

Los jesuitas, suplantando a los dominicos y a los franciscanos, habían dado con el secreto Pitagórico de la cuadratura del círculo, buscado durante siglos. Sólo ellos, con su cultura y su maquiavelismo, se habían percatado de las pistas dejadas por los Pitagóricos y sus discípulos sucesores. Pistas como la plasmada por Galileo con su heliómetro en la Basílica de San Pedro, coronada por las doce estatuas de los apóstoles y el Salvador en el centro, justo en la meridiana donde se proyecta la cruz

que corona el obelisco de la plaza de Bernini. Pistas como la encriptada por Leonardo da Vinci en la *Última Cena*, donde los apóstoles son los doce signos del Zodíaco, presididos por el Sol-Cristo.

Todos buscaban la clave geométrica por la que se rige el Universo, la misma que, aplicada a la cosmografía, permitía localizar el Punto Fijo, el *Umbiliculus Mundi*, un lugar donde no transcurre el tiempo, materializando así el mito de la inmortalidad simbolizado por Cristo resucitado; el sueño de los Pitagóricos y de Cristóbal Colón. Sí, Quique lo comprendió de inmediato. A Leonardo le gustaban aquellas bromas, o quizá eran formas de comunicar sus doctrinas gnósticas. Si en la *Última Cena* se había pintado él mismo como uno de los doce, cuando años después recaló en Roma realizó, mediante un rudimentario proceso fotográfico, lo que hoy conocemos como la Sábana Santa. Plasmó en lino el presunto cuerpo amortajado de Cristo, pero colocándole su propio rostro. ¿Qué había querido decir con ello Leonardo? ¿Que resucitaría de entre los muertos, igual que Cristo? ¿Que no moriría nunca, igual que se contaba de Salomón? ¿O simplemente que sería *inmortal* gracias a su obra? Quizá eso explique las últimas palabras anotadas en su diario, el 24 de junio, día de San Juan Bautista (el verdadero Mesías para los gnósticos, el *precursor* de Cristo) y día del solsticio: «Permaneceré».

Y algo parecido había hecho con el *Hombre de Vitrubio* o *Zodiacal*: el cuerpo representaba a Cristo y sus medidas perfectas como principio de la cuadratura del círculo, pero la cabeza del dibujo no era la de Jesús. Ese rostro adusto y severo, esa cabeza tan detallada y acabada comparada con el resto de la obra, esa faz con la mirada determinante y obsesiva de un visionario, era el verdadero rostro del Almirante. Leonardo da Vinci lo inmortalizó, pintándolo como a Jasón en busca del Vello de Oro, como al nauta más legendario de todos los tiempos, que habría de hallar el Punto Fijo de los Pitagóricos, aunque por error descubrió un Nuevo Mundo: América. El *Hombre de Vitrubio*, el dibujo más conocido del mundo, emblema universal del Humanismo, era un palimpsesto.

Quique comprendió que había llegado al capítulo final de su historia como protagonista; por fin era un héroe de novela, tal como siempre había deseado. Y aquella era la última clave por descubrir: el *Hombre de Vitrubio* era Cristóbal Colón.



# EPÍLOGO

# 1

Ha llegado el otoño a Barcelona, aunque nadie se quiera dar por enterado. Aunque haga el mismo calor de siempre y todavía los turistas abarrotan la Rambla, disfrutando los últimos días de sol. Ha llegado el otoño, y Leticia lo sabe porque mira hacia el final del Paseo de Gracia y así lo asegura la publicidad del Corte Inglés. También lo sabe porque *Fausto*, remendado el pobre, está triste y azul, como el gato de la canción de Roberto Carlos. El otoño, sí, esa estación de los abandonados en la estacada del amor, clavados en los zarzales, porque Cupido es un pájaro espino, un arquero con mala puntería. O mala leche.

Ha llegado el otoño, como furtivo, igual que un tren atravesando la noche con las luces interiores encendidas. De tal modo que no vemos el paisaje, y cuando queremos percatarnos, ahí está ya el calvo de la Lotería, soplándonos la Navidad en los ojos, todavía cegados de cielo azul verano. Y con el cambio de tiempo llegan también las depresiones, el *shock* traumático de la vuelta al trabajo, el síndrome de lunes, las facturas por pagar... Y las primeras rupturas, los amores caídos, secos y barridos por el viento de levante. Los desengaños del corazón, los amores de verano emigrando con las primeras golondrinas.

Pero Leticia, lejos de darse a la bebida o ponerse a coleccionar elefantitos indios, brujitas de la buena suerte, o a leer libros de Pablo Cohello como una solterona irredenta, sabe que su nostalgia no tiene cura; simplemente, ha llegado el otoño. Y con él se mueren las moscas y los amores falsos, que no duran más que la memoria de los peces (unos diez minutos); por eso no sufren el aburrimiento de la pecera, dando vueltas como beodos, en busca de la salida, para olvidar que no hay salida y volver a empezar su sinfonía infinita.

Pero el sufrimiento es necesario. Nos hace más humanos, nos hace comprender quiénes somos en realidad. Por eso Leticia cuida su memoria, no rechaza su pasado, aprende de lo sucedido. Y ahora disfruta del otoño, antes de que la publicidad cambie y el Paseo de Gracia se ilumine con los fulgores de la Navidad. Quien sabe si entonces la nieve llegará este año y blanqueará su espíritu aventado de otoño. No se debe vivir de recuerdos.

Una de las cosas que comprendió Leticia durante todos estos años transcurridos hasta hoy es que el Fantasma no murió la noche del incendio del Liceo, atravesado por el sable del malvado *cavaliere* vaticano, quien justo antes de alzarlo para matarle pronunció aquellas terroríficas palabras en latín, las mismas que utilizó días después cuando estuvo a punto de dispararle, a la salida de su entrevista con don Juan Carlos. *Delenda est filius*: el hijo debe morir. Es demoledor ver cómo tu propio padre intenta matarte, como Abraham a su hijo Isaac o como el Saturno de Goya devorando a su hijo.

El coleccionista y cazatesoros Jean Claude Lavantier, que todavía conserva la finca del indiano, aún sigue cortejando a Leticia; de hecho, nunca ha dejado de hacerlo durante todo este tiempo, enviándole flores y presentes. Hace unos días, el maduro pero atractivo belga, le mandó aquella moneda de oro, una de las que había financiado la expedición de Colón, junto a una nota que decía: «Tenías razón de nuevo. No se puede tener todo en la vida, pero se puede tener lo mejor. Y yo te quiero a ti». Aquel florín de oro era como su anillo de compromiso. Y esta vez Leticia aceptó el regalo. Había llegado la hora de poner a un hombre en su vida, ¿por qué no? Pero eso sí, un hombre como aquel, que la valorase como a un tesoro y la tratase como a una bella obra de arte.

Sin embargo, lo que más feliz hace actualmente a Leticia es su hijo, un niño de siete años muy guapo, rubio, de límpidos ojos azules y muy formalito. Los fines de semana salen de paseo, cogidos de la mano, recorriendo con calma la ciudad trepidante con su oleaje de tráfico en las avenidas y sus callejuelas del casco antiguo transitadas de turistas. En Barcelona ya no hay viejas luchas de clases, ni anarquistas ni oligarcas; ahora todo es global y políticamente correcto. Tampoco restan utopías por conquistar, quizá porque la gente sólo aspira a cambiar de vez en cuando de coche o de televisor, y a renovar cada seis meses su teléfono móvil.

Leticia y el niño se compran algo para merendar en alguna confitería de las Ramblas, luego suben las enormes escaleras de mármol de la Casa de las Palomas. Madre e hijo ascienden riendo hasta los pináculos del caserón, y allí ella contempla con nostalgia el sitio donde siendo una jovencita descubrió el recio arcón de marinero y el espejo redondo de marco dorado, los dos únicos juguetes que disfrutó en su austera y efímera infancia. Luego salen al terrado por un ventano ovalado que hay en la habitación, y sentados en el ancho alféizar, se comen la ensaimada que se han comprado, contemplando extasiados cómo va llegando la tarde a esta ciudad encantada que todavía cree en los cuentos de hadas.

Anochece poco a poco, mientras suenan a destiempo las horas en los arcaicos campaniles góticos que asoman como agujas de piedra por entre los feos y modernos edificios que trajo consigo la Expo, las Olimpiadas y el Forum de las Culturas. En ese momento se enciende el alumbrado público de farolas fotoeléctricas y neones

publicitarios, y Barcelona resurge de la penumbra crepuscular surcada por una plétora que se propaga fosforescente por todas las direcciones como el trazado telúrico de una logia renacentista en busca del Punto Fijo. Pero no hacen falta ni el GPS ni el sistema de orientación de Leonardo da Vinci para encontrar la clave oculta de semejante criptograma urbano. Los misterios que alberga esta *ciudad de los prodigios*, como la definió un escritor, perviven por debajo. Por eso nadie los ve.

Ella y el niño suspiran acompasados; se parecen tanto. Muy juntos el uno del otro, al borde del abismo, contemplan cómo las palomas alzan el vuelo del monumento a Cristóbal Colón, que desde su atalaya hueca de bronce otea el horizonte marino con el brazo extendido hacia Icaria, la última utopía. Y entonces Leticia hunde sus pensamientos en aquella noche, hace siete años, cuando salió en busca del Fantasma. Los ojos se le nublan de lágrimas, pero el chico no dice nada, respeta los secretos de mamá, que le quiere mucho, y eso es lo único que importa.

### 3

Cuando era niña, Leticia regresaba del severo colegio de monjas todavía envuelta en cánticos de coro y olor a cirio de altar. Pero en cuanto llegaba, dejaba los libros y salía trotando disparada hacia los áticos del caserón que habitaba con la viejísima doña Rosa. Allí arriba, cerca de las gárgolas y las palomas, se había ella instalado su refugio, justo en aquel recóndito cuarto donde una vez descubrió el extraño espejo redondo de marco dorado cubierto por una sábana blanca. Y los gatos, con el tuerto y despeluznado *Fausto* a la cabeza, corrían tras ella, subiéndose por la cama y por encima del viejo baúl, que reposaba medio desvencijado en un rincón.

El pesado armatoste, colocado en posición vertical, como un recio armario, era lo que se llama en marinería un baúl Humboldt, similar al que por primera vez se había hecho construir el navegante y naturalista alemán Cristianander Humboldt para portar sus pertenencias durante la expedición hacia las regiones equinocciales, patrocinada en el siglo XVIII por la Corona española, quizá también en busca del Punto Fijo. Ella jugaba con aquel baúl igual que con una cocinita de juguete, revolviendo su contenido de libros, láminas, farmacopea, cartapacios, mapas, instrumentos de navegación, astronomía y triangulaciones geodésicas. Se pasaba las horas allí arriba, revolviendo todo su misterioso contenido, mientras los gatos la rondaban maullando marramiaus y abajo, inválida, enlutada de tules, doña Rosa desgranaba el rosario de su desdicha.

En cuanto al espejo, se trataba un antiquísimo azogue turbio circundado por un áureo marco de metal, todo él cincelado con extraños emblemas zodiacales y una enrevesada simbología desconcertante. Apenas podía verse uno reflejado en aquella superficie lenticular que devolvía las imágenes como un enorme monóculo de cíclope miope. Pero lo raro es que cuando el tiempo se tornaba lluvioso, el espejo, igual que una especie de barómetro, exhalaba una rara bruma difusa, y en la oscuridad de la noche, parecía solidificarse a veces formando contornos vagamente antropomorfos, como si un espectro apareciese condensado en el aire.

Leticia lo llamaba su Ángel de la Niebla. Y no era ella la única que notaba su presencia, pues *Fausto* era el primero en avisarla con un lánguido maullido cuando el fenómeno se producía. Nunca lo comentó con doña Rosa, aquel era su secretito, primero de niña y luego de adolescente. Su Ángel era el hombre misterioso y fatal con el que toda chica sueña en alguna ocasión, idealizado por la imaginación ensoñadora natural a esas edades. Pero ya de adulta, convertida su vida en una tediosa rutina, Leticia llegaba demasiado cansada del trabajo, aburrida o despechada por sucesivos fracasos sentimentales, como para prestar atención al nebuloso habitante oculto en el espejo zodiacal.

Sin embargo, el viejo gatazo seguía percibiéndolo, sobre todo en las noches de lluvia. Entonces, cuando Leticia ya estaba dormida, surgía como una presencia que

parecía emanar del azogue, turbio como el ojo de un pez muerto. Así fue como había empezado a forjarse la idea de que la rondaba un ángel, pero no el de la guarda, como el que decían las monjas, sino uno de verdad, un ser oscuro y terrible, que daba miedo a todos menos a ella y a *Fausto*, su médium animal. Cuando la bruma comenzaba a esparcirse por el cuarto y el espejo se cubría de vaho, el gato abría su único ojo, alzando la cola con los pelos erizados, como si notase la presencia de alguien o algo que conocía desde un pasado muy remoto. Pero nunca venía nadie, tan sólo aquella niebla que parecía surgir del mismo espejo empañado.

La noche de su primera menstruación atronaba el cielo en medio de una lluvia de agua y trallazos eléctricos, cual ataque aéreo de una guerra imprevista y atroz. La luz se había ido en toda Barcelona, y ella, portando una vela, había subido a su cuarto arrastrando el camisón blanco por las altas escaleras del caserón, seguida por la manada de gatos, cuyos ojos brillaban en la negrura igual que luciérnagas flotando por el aire. Pero al llegar a la buhardilla más alta, los había dejado fuera, a todos menos a *Fausto*, pues era él quien únicamente intuía la presencia del Ángel de la Niebla.

Y entonces, con un extraño presentimiento epidérmico, estrenado hacía muy pocos días junto con su adolescencia, que le había subido los colores y la belleza, otorgándole de un día para otro un cuerpo recién florecido de mujer en ciernes, se desprendió del camisón y se tendió desnuda en la cama. Chocaba en ella ese acto de impudicia, impropio de una muchacha educada en estricto internado religioso. Pero no había en ello la menor lascivia, sino que más bien era un gesto de romanticismo, de ofrecimiento generoso hacia su Ángel, que tanto la turbaba en su imaginación.

Sin embargo, una vez más no sucedió nada, y ella sufrió un inconsolable desengaño, pues hubiese querido ser amada en su cama como en el altar del sacrificio, ser desflorada en aquel tálamo virginal hasta entonces cubierto con las blancas sábanas de la inocencia. Hubiese querido perder la castidad y el conocimiento al mismo tiempo, abrir los ojos ya en brazos de su Ángel de la Niebla, como si aquel misterio denso del amor y la entrega fuese un algo difuso, intangible, un vértigo arrebatado, durante cuya inconsciencia sucedían cosas que las monjas tachaban de pecado carnal y te llevaban directamente al infierno.

Pero aquella otra tarde de 1997, también súbitamente tormentosa, Leticia se había decidido a desvelar de una vez por todas la identidad del Ángel de la Niebla. Mientras afuera descargaba un torrente celeste, ella se había sentido embargada por la misma turbación de antaño. Cuando llegó a la Casa de las Palomas, se desvistió y se tumbó en la cama como había hecho de niña. Sobre una silla tapizada de cuero había plegado con recato su ropa, dejando encima el abrigo, el bolso y el viejo foulard azul con el que se adornaba el cuello. El pañuelo de Marina Colomb, su madre incógnita, con el que había sido enterrada viva. Su mortaja de flores de lys plateadas.

El pecho le palpitaba excitado, sintiendo un ansia desconocida que se iba posesionando de toda ella. Se había tendido como yerta, los brazos estirados en aspa y las piernas abiertas en ángulo, como el *Hombre de Vitrubio* de Leonardo da Vinci, o mejor dicho, la *Mujer de Vitrubio*; haciéndose la dormida, como cuando era niña y quería sorprender al Ángel de la Niebla saliendo del espejo turbio. Y nunca lo sorprendía, claro, porque no había ningún ángel, tonta —se reprochaba—, todo eso no son más que cuentos de monjas, fruto de la imaginación adolescente. Por el ventano entraban tibios halos de luna, cuya gélida luz asomaba de vez en cuando a

través de los rasgones de un cielo anubarrado, majestuosa en el firmamento, como el Santísimo Sacramento del altar, goteando su liviana luz astral sobre el hermoso cuerpo desnudo de Leticia.

Y esta vez sí había sentido al Ángel. Era real, no estaba en su imaginación. Lo había notado con toda intensidad, materializándose como la niebla de la noche a través del espejo redondo. Había cerrado los ojos. Pero incluso así podía sentirlo moviéndose amparado por la oscuridad, más vivo y más real que nunca. El corazón excitado de Leticia le había pateado el pecho, bombeando nerviosismo y esperanza, miedo y deseo. El Ángel de la Niebla se había acercado y la había cubierto con su sombra espeluznante, y ella apretó más fuerte los ojos, sin atreverse a mirarle.

Lo que sucedió a continuación, Leticia lo recordaba como un sueño alucinógeno, irreal. Sólo sabe que al final vibró toda ella como un tren lanzado a gran velocidad que hubiese pisado el freno de repente. Su piel se había recubierto de sudor y un rubor ardiente le quemaba en las mejillas, abriendo las compuertas del llanto en sus claros ojos de agua; pero eran lágrimas de dicha. Su cara había brillado en la tiniebla del cuarto con el fervor extasiado de una bella madona sufriendo un arrebató místico, la mirada perdida, el aliento calcinado. Extraviada por completo, Leticia había oído que alguien gemía, pero luego supo que era ella misma, incapaz de contenerse; la sangre inflamada en llamaradas ardientes de un oleaje ígneo que amenazaba con tragársela. Y ella se había dejado hundir en aquella ola gigante, notando su caída lenta y dulce hacia un abismo sin fondo ni tiempo. Y luego nada. Nada. Nada...

No fue hasta la mañana siguiente cuando la luz desleída del amanecer desnudó el satén oscuro de la noche, dejando entrever a lo lejos, por encima de la ciudad todavía dormida, una franja de mar tersa y nueva como la banda azulada de una princesa; cuando Leticia despertó, abrió los ojos y el horror le saltó a la cara.

Un hombre (porque su Ángel de la Niebla era un hombre) dormía tendido a su lado, con toda la superficie de su cuerpo lacerada por una espantosa costra rojiza y cicatrizada. Ella había lanzado un grito de pavor y el Ángel se había despertado. La luz tamizada entraba oblicua por el ventano del cuarto, llenando el aire con su polvillo de oro. La cama refulgía conteniendo los dos cuerpos desnudos, tan diferentes el uno del otro. El Ángel se había vuelto sobresaltado por el grito y se giró hacia ella. Leticia se había quedado sin aliento.

Y entonces, antes de que ninguna otra cosa sucediese, la mirada de aquel hombre había recaído por casualidad sobre la silla donde ella había plegado su ropa; en particular sobre un foulard azul de seda envejecida, tachonado con pequeñas flores de lys. De súbito, el rostro quemado por la cal sufrió una conmoción. El Fantasma (porque era él) acababa de ver aquel pañuelo, el sudario improvisado de un espantoso enterramiento, el pañuelo con el que la vieja partera desalmada los había cubierto al él y a su hermanita cuando fueron arrancados de su madre, Marina, y enterrados vivos en el cementerio de Montjuic. El Fantasma no sabía nada de aquella inhumación, pero las flores de lys plateadas que lucía el pañuelo se habían quedado



grabadas a fuego en su memoria de infante, como un holograma indeleble; fruto del dolor causado al quemar su carne la cal viva.

El Fantasma tampoco sabía que aquel pañuelo pertenecía a Marina Colomb, la última descendiente del Almirante. Al ser raptado a tan temprana edad, el chico creció sin saber que tenía una hermana. Para él, aquella niña de cabellos de oro que figuraba como Alicia al otro lado del espejo mágico, era su secreto, la esperanza de su redención, la luz inmaculada que brillaba en el interior de aquel mundo subterráneo cegado de tinieblas donde residía; el único mundo que había conocido desde que fue rescatado de la tumba: los túneles de Barcelona, los mismos que había utilizado para salvar a Leticia en dos ocasiones de perecer quemada. Leticia, su amor imposible, pues él no sabía que se trataba de su hermana.

El atildado académico Jaume Cadalfach era el último de los Pitagóricos, refugiados en Barcelona cuando Napoleón invadió Venecia, donde se habían instalado en el siglo XVI, custodiando el secreto de la cuadratura del círculo, plasmada en el *Hombre de Vitrubio*. El marqués de Oriol siempre había defendido la existencia del Fantasma del Liceo ante cualquiera que quisiera escucharle. Según él, Carles Montpalau encontró Icaria, llámese Ofir o isla de Salomón, y regresó de allí con alguna suerte de magia poderosa que le confería la inmortalidad, adoptando luego aquel rol como Fantasma de la Ópera para vengarse de los curas y los oligarcas, que tanto vilipendiaban el espíritu libertario de la Barcelona utópica que pretendía la *Renaixença*. Según suponía el marqués, Montpalau encontró en Icaria la tumba del rey hebreo y sus talismanes mágicos, entre ellos el mítico Espejo de Salomón, capaz de trascender hacia otros mundos, otros niveles de realidad, como un pórtico dimensional.

Todo esto parecía increíble, pero lo cierto es que diez años después de la partida de Montpalau y sus icarianos en el submarino construido por Narcís Monturiol, el escritor francés Julio Verne publicaría una reveladora novela titulada *Veinte mil leguas de viaje submarino*, cuyo protagonista, el capitán Nemo, surcaba los mares en un prototipo sumergible, el *Nautilus*, cuya descripción técnica encaja casi al cien por cien con el *Ictíneo* de Monturiol. Y para más detalles coincidentes, Nemo portaba en su navío textos clásicos de Pitágoras, Platón y Aristóteles, así como obras literarias y artísticas de Homero, Jenofonte y Leonardo da Vinci, las mismas que poseían los Pitagóricos de Florencia.

Jaume Cadalfach veía en ello y en otras pistas la palmaria confirmación de que los Pitagóricos de Barcelona se habían reconvertido en utópicos, y Carles Montpalau era Ícaro, el ángel caído de los mares, que habría encontrado la fuente de la eterna juventud o el árbol de la inmortalidad, el mismo que según las antiguas leyendas medievales crecía en el centro de una misteriosa isla situada en los confines del mundo. Y entonces fue cuando quiso conocer la localización de aquella isla y la existencia del fabuloso Espejo de Salomón. Así es como el marqués no cejó hasta encontrar la forma de acceder sin ser visto en la Casa de las Palomas, la residencia de Montpalau.

Estudiando antiguos textos archivados en la Academia de las Ciencias, fue como Jaume Cadalfach descubrió una red de subterráneos que unen diversos lugares de la ciudad, desde las remotas clavegueras romanas hasta la maraña de ramificaciones del alcantarillado en desuso y los abandonados túneles del Metro. Aquellos pasadizos conectaban entre sí el antiguo sumidero del puerto, que hace siglos estaba situado justo donde hoy se alza la estatua de Colón, con la Casa de las Palomas, la cripta que hay debajo del Liceo, los sótanos de la iglesia de los Jesuitas y la Academia de las

Ciencias en las Ramblas, unidas por un vínculo inferior.

Pero una de aquellas clavegueras se prolongaba mucho más allá, atravesando toda la ciudad en dirección al Tibidabo. Era el *Cagadell*, el antiguo torrente subterráneo que conducía las aguas pluviales y fecales desde los pies del monte hacia el puerto. El enorme túnel pasaba por debajo del jardín de su mansión, aquella tétrica torre gótica plagada de terribles estatuas con aspecto de murciélago y demonio que había heredado de su antepasado el marqués vampiro.

El día en que Jaume Cadalfach y sus amigos de logia masónica penetraron en la Casa de las Palomas a través del *Cagadell*, hacía dos años que doña Rosa, la hija de Carles Montpalau, había encontrado enterrados vivos aquellos dos mellizos. Al verlos en su cunita, y al escuchar de la anciana que el niño se llamaba Carles, el académico creyó que aquellos retoños eran los nietos de su admirado Montpalau, así que, tras saquear el baúl de marinero que descubrió en los pináculos de la casa, raptó al varón, presunto descendiente del intrépido icariano. Pero con el paso del tiempo, al ver que Carles Montpalau no se manifestaba, el marqués, decepcionado, optó por convertir aquel niño que había criado en su mansión gótica de Vallcarca como al ángel vengador en el que según su ideal utópico debió haberse convertido Montpalau.

Jaume Cadalfach pasaría el resto de su vida intentando recomponer el sistema de orientación del que hablaba un ajado cartapacio de cuero que había encontrado en el baúl Humboldt expoliado en la Casa de las Palomas. Dicho cartapacio contenía los catorce folios de Cristóbal Colón, robados por Montpalau de la Biblioteca Colombina de Sevilla. En los manuscritos del *Libro de las Profecías* se hablaba de cómo llegar a Ofir, la isla incógnita que había buscado Colón por encargo de los Pitagóricos. El marqués se prometió que también él y sus compañeros de logia encontrarían el Punto Fijo y se haría con el Espejo de Salomón, allí ocultado. La oportunidad de llevar a cabo su particular utopía le llegó cuando una tarde se presentó en la Academia de las Ciencias su viejo amigo Vicent Calabuig, junto a Leticia, la presunta nieta de Carles Montpalau. Y para colmo de dicha, pronto apareció alguien que pretendía llegar a la isla con un velero, imitando el viaje de Colón.

A todo esto, Jaume Cadalfach se había olvidado de aquel niño modelado por él para suplantar la personalidad del apócrifo Carles Montpalau. El chico, que había crecido discurriendo durante años por aquellos lóbregos túneles, se había convertido en un auténtico espectro, que vivía de espaldas a todo, disfrutando del temor que causaba su inexplicable presencia cada vez que se manifestaba con su disfraz y su máscara blanca, con la que cubría las cicatrices causadas por la cal viva en su rostro. Adoptó el rol del Fantasma de la Ópera, dispuesto a ser el homónimo de Barcelona. Gastón Lerroux había situado a su personaje novelesco en la Ópera de París; él sería el Fantasma del Liceo, su infierno de Dante particular. Y allí, en la cripta del cenobio franciscano, encontró la calavera y el corazón de Cristóbal Colón.

Con el paso del tiempo, había descubierto también la manera de penetrar en todos los lugares ocultos de la inmensa plétora subterránea que transita la Ciudad Condal,

entre ellos la Casa de las Palomas, habitada por una bella jovencita que residía sola junto a una manada de gatos y una pobre anciana inválida y doblugada de años. Uno de los gatos, el más viejo de todos, le había reconocido, con ese infalible instinto animal. El niño fue secuestrado por Jaume Cadalfach y sus masones icarianos cuando tan sólo tenía dos añitos, así que después no pudo relacionar aquella chica que dormía en la habitación del baúl marinero, con su compañera de inmundo enterramiento. Porque, además, él no sabía nada de su criminal inhumación. Y así ocurrió todo, como un condenado capricho del destino.

## 6

Las noches de lluvia eran las más propicias para salir a disfrutar con su papel de Fantasma, porque para él todo aquello era una escenificación teatral, una puesta en escena, una representación guiada por su mano secreta, como la de un director teatral, la de un autor que maneja la trama subrepticamente sin que sus personajes puedan siquiera sospechar que son víctimas de su capricho, roles de una historia por él predeterminada.

Debido a un extraño efecto incomprensible, el espejo redondo que figuraba colgado en una pared del cuarto donde dormía su bella princesita, se condensaba volviéndose inmaterial. Y entonces él, vestido de caballero a la antigua usanza, al estilo del Fantasma de la Ópera, aparecía en la oscuridad de la estancia, contemplando clandestinamente aquella chica que iba creciendo ante su vista y su palpito enamorado. Sólo el viejo gato tuerto le presentía y acudía a saludarle.

Asombrado por la belleza de Leticia, en contraste con su estragado cuerpo y su deforme rostro quemado por la cal, el Fantasma sufría la tortura de no poder manifestar su amor. Y cada vez que lo intentaba, finalmente se daba la vuelta, renunciando a dejarse ver. Sin embargo, aquella fatídica noche sí se atrevió. Quizá su decisión se fraguó el día en que vio a Leticia en una foto publicada por un periódico local, poco después de ser aclamada como la expedicionaria que había encontrado una isla ignota en el Atlántico, reproduciendo en velero el viaje de Cristóbal Colón.

Y entonces el Fantasma ya no quiso ser más el Fantasma, negándose a seguir manteniendo el ficticio papel impuesto por el utópico Jaume Cadalfach, su tutor, su Pigmalión, su doctor Frankenstein. Fue entonces cuando decidió bajar al reino de la tierra y ser un hombre más, revelarles su amor a la princesa de su vida, ser felices y comer perdices, tal como decían los cuentos de niños, y no aquellas truculentas fábulas góticas que habían ambientado su juventud: Fantomas, Rocambole, el Fantasma de la Ópera...

Pero la vida no es un cuento de niños, y las cosas iban a pasar de otra manera. Tal vez porque, después de todo, al desear convertirse en *normal*, había dejado de ser la mano escondida que mueve las fichas, el Jugador oculto de la partida de ajedrez que había estado dirigiendo durante más de cuarenta años desde las tumefactas entrañas de Barcelona. Si, como una vez le dijo el marqués de Oriol, los vampiros y demás criaturas de la noche hallan el descanso eterno al arrancárseles la cabeza y el corazón (como los franciscanos le habían hecho al cadáver de Cristóbal Colón), aquella bella mujer en la que se había convertido la niñita del pañuelo flordelisado, le había robado su pensamiento y su sentimiento, convirtiéndolo en el más mortal y vulnerable de los hombres.

Así es como, deseando yacer con ella, consumir su amor y su vida en aquel bello cuerpo que tanto había espiado durante años escondido en la oscuridad y en la magia neblinosa del espejo zodiacal, rompió su rol como director escénico y se convirtió en

un actor más, en una ficha más de la partida, contraviniendo los consejos que le había dado a Quique, ese muchacho tímido y tartamudo que había logrado penetrar a través del espejo mágico en dirección opuesta. Él, que había escapado de aquel furibundo *cavaliere* vaticano en el Liceo, ese que le había gritado *delenda est filius* antes de intentar clavarle su espada, ahora se veía de nuevo acosado, pero esta vez por su propia reina, pues era como si las fichas de su ajedrez oculto se revelasen y plantasen jaque al propio jugador.

Y así fue como se consumó el incesto.

Leticia, que seguía mirando hipnotizada los costurones producidos por la cal viva en aquel cuerpo masculino de su misma edad y de su misma sangre, tendido junto al suyo y absorto en remotos pensamientos, desvió entonces la mirada en dirección hacia donde ahora se hallaban fijos los ojos de su Ángel, y entonces vio sobre la silla el pañuelo de Marina Colomb, el viejo pañuelo azul, el emblema acuñado en los florines de oro que habían pagado el viaje hacia el Nuevo Mundo, el emblema de Florencia: la flor de lys. Porque aquel era el pañuelo de Cristóbal Colón, el mismo que había heredado Marina de sus antepasados, junto al *Diario de a bordo* del Almirante.

Y en ese mismo instante Leticia comprendió con quién acababa de hacer el amor. No lo pudo soportar, abrumada de vergüenza por el espantoso pecado cometido, se desmayó sin sentido sobre la cama.

Ha anochecido y hace fresco. El velo de viuda de la noche parece penetrar ahora por el ventano abierto y ovalado como un bostezo. Leticia le dice al chico que vuelvan a la penumbra cálida del interior, donde el baúl Humboldt figura en el rincón de siempre, soleado y pulido de salinos relentes atlánticos. Ella se acerca y abre sus puertas y cajones. Sabe que dentro no hay nada; todavía supone que su contenido lo expolió el malvado Fabrizio Bellamare cuando fue a matar a su madrina doña Rosa.

—¿Qué es eso, mami? —pregunta el niño.

¡El cofre del tesoro!, le dice mamá fingiendo voz de ultratumba. Y el chico se ríe con la de secretos que hay en ese caserón. Es un niño muy guapo y muy sano, a pesar de haber sido engendrado en circunstancias *contra natura*. Una de las portezuelas del arcón chirría cuando se abre, y Leticia se queda sin aliento. Alguien ha reintegrado todo su contenido: los enmohecidos artefactos de navegación, los mapas amarilleados por la intemperie, los carcomidos manuscritos abigarrados con elegante caligrafía barroca, junto a brújulas, compases, astrolabios y nocturlabios, estuches de dibujo, cuadrantes, catalejos, sextantes, telescopios altazimutales...

¡Dios mío —comprende de pronto—, es el baúl marino de Carles Montpalau!

Y eso es alucinante, porque quiere decir que los utópicos del *Ictíneo* sí que regresaron de su expedición submarina en busca de Icaria. Leticia suspira, como si hubiese hallado un auténtico tesoro. ¿Y no es acaso un tesoro el baúl de viaje de Carles Montpalau, repleto con todos sus objetos personales y el relato de su odisea marítima?

—¿Qué es todo eso? —pregunta el niño, sorprendido.

—Cosas muy antiguas —contesta ella—, pertenecieron a un gran aventurero marino, como lo fue Colón.

—¿El señor de la estatua del puerto que cagan las palomas?

—Sí, ese.

—¿Y qué hacen aquí?

—Las ha dejado el Fantasma —presupone Leticia, emocionada.

Entre los objetos figura un libro en cuarto manuscrito, cuyo título reza: *Ictíneo. Expedición Icaria. 1861, Barcelona. Cuaderno de Bitácora*. Y allí está escrita la odisea y las pruebas de la proeza oceánica, que llevó al intrépido icariano Carles Montpalau y sus nautas a encontrar y arribar a la isla de Salomón. Leticia lo abre, y entonces todo el azul del océano penetra en la buhardilla, junto a un tropel de singladuras navegando en dirección al sol, como Ícaro, como las *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne y su *Nautilus*, porque Montpalau había sido el Ícaro de los mares, el capitán Nemo del *Ictíneo*, el primer submarino de la historia, construido para descubrir la última utopía, Icaria.

Carles Montpalau, el anarquista, el visionario, el científico, el idealista, heredero de la *Renaissance*, un mito vivo que perduraba en el inconsciente colectivo de

Barcelona como el del Rey Arturo y sus caballeros de la Mesa Redonda, pues no en vano bien puede relacionarse Icaria con la mítica Avalón donde yace el corazón de Arturo, como en Ofir el de Salomón junto a sus mágicos talismanes, entre ellos el Espejo. Montpalau, el intrépido nauta, el Ícaro caído, perdido para siempre, quizá oculto en un mundo paralelo (el *Nuevo Mundo* que buscaba Colón) al que sólo se accede cruzando el umbral del Espejo Mágico.

—Mamá, ¿quién es el Fantasma? —pregunta el niño, sacando a Leticia de su absorta lectura.

Él es un chico especial, como a los muchachos de su edad, le gustan los videojuegos y las aventuras de la *Play-Station*, pero no desdeña los libros, porque mamá le ha explicado que la verdadera aventura está siempre en nuestro interior; que cada libro es un espejo que mágico, que abren puertas secretas en nuestra mente, por donde se cuelan los más inauditos personajes que uno pueda imaginar, como el Ángel de la Niebla.

Leticia suspira. ¿Cómo explicarle algo así a un niño de siete años?

—El Fantasma se llama Fénix, y es un superhéroe —afirma, poniendo voz misteriosa—, parecido a los que aparecen en tus videojuegos. Alguien que jamás muere, como el ave mitológica que resurge siempre de sus cenizas.

—¿Síííí?!

Leticia asiente, sonriendo.

—¡Guau! —exclama él—, ¿de verdad?

—Sí.

—¿Sabes qué, mamá? —resuelve el chico.

—¿Qué, cariño?

—Me gustaría ser como él.

Entonces ella le conduce frente al espejo de marco dorado, cincelado con los doce signos del Zodíaco, y le susurra:

—Mira, es un espejo mágico —la imagen de ambos aparece turbia en la superficie—. Si piensas en lo que deseas con verdadera intensidad, lo conseguirás.

El niño se planta frente al azogue neblinoso, pone la manita sobre la fría superficie y aprieta mucho los ojos cerrados, concentrándose en su deseo.

—Quiero ser un héroe inmortal —solicita con voz firme—, como el Fantasma.

Ella reprime un suspiro, le pone la mano en el hombro, como si estuviese nombrándole caballero, y dice:

—Lo serás, mi joven príncipe, si eso es lo quieres. Porque si de verdad lo deseamos, todos podemos alcanzar incluso nuestros mayores sueños. Además —añade Leticia, mirando por el ventano hacia las luces parpadeantes de la ciudad extendida bajo sus pies—, a Barcelona le está haciendo falta alguien que imponga un poco de utopía.

—¡Qué guay! —estalla el niño—. Voy a ser como Fénix, un superhéroe.

Pero entonces el chico se rasca la cabecita pensativo y pregunta:



—Oye, mamá, ¿por qué el Fantasma se llama como yo?

Ella lo estrecha contra su cuerpo, le da un beso en la frente y le dice:

—No, cariño: *tú* te llamas como *él*.

## NOTA FINAL

El teatro del Liceo de Barcelona ardió por completo el 31 de enero de 1994, por causas todavía desconocidas. Nada se pudo salvar de aquella inmensa pira. Sólo quedó en pie el portentoso arco de proscenio en medio del solar lleno de cenizas. Entre los restos calcinados apareció un trozo de papel con una frase del poeta Ovidio: *Inde ferunt, totidem qui vivere debat annos, corpore de patrio parvum Phoenica renasci* (Un pequeño Fénix ha vuelto a nacer del cuerpo del padre, y es su destino vivir el mismo número de años).

# Notas

[1] EMACON: Estado Mayor Conjunto de la Defensa. <<

[2] CESID: Centro Superior de Investigación de la Defensa: Servicios Secretos civiles, dependientes del Ministerio de Defensa. <<

[3] CSIC: Centro Superior de Investigaciones Científicas, organismo dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia. <<

[4] San Francisco, tras fundar su congregación en el siglo XIII, creó la llamada Orden Tercera, como una agrupación de seculares que se regían por la misma regla y hacían votos para seguir una vida de perfección espiritual. A la orden tercera pertenecieron artistas como Giotto y literatos como Dante. <<

[5] En Italia, título nobiliario menor equivalente al de barón. <<



[6] Los satélites artificiales de telecomunicaciones no usan el tiempo convencional *Greenwich Middle Time* (GMT), sino el TUC o Tiempo Universal Coordinado, un horario convenido desde 1979 para las actividades internacionales de radiocomunicación. <<

[7] Órdenes Militares: La Jarretera, Toisón de Oro, Santiago, Calatrava, Alcántara, Malta y Montesa. Órdenes Religiosas: Santo Domingo, San Francisco, Trinitaria y Agustina, más los Jesuitas, cuyo representante era el cardenal Hjortsberg. <<

[8] *El rey Salomón construyó una flota en Ezión-Geber, a orillas del mar Rojo. Los servidores de Salomón llegaron a Ofir y trajeron de allí 420 talentos de oro (...).* Libro I de los Reyes. <<

[9] La distancia de la Tierra al Sol varía durante el año; eso, unido a la inclinación del Ecuador con respecto a la órbita del planeta, produce diferencias entre la hora solar y la promedio (GMT) que se emite desde Greenwich. Al cálculo de esta diferencia se le llama *Ecuación del Tiempo*. <<

[10] Nicolás Copérnico, Galileo Galilei, Donato Bramante, Carlo Maderno, Rafael Sanzio, Miguel Ángel Buonarroti, Gian Lorenzo Bernini, Ignacio Danti y Doménico Fontana. <<

[11] La costumbre cenobita común entre las antiguas órdenes mendicantes medievales es desmembrar el cuerpo de los frailes finados, desechando los huesos y apilando las calaveras en la cripta subterránea que tiene todo monasterio por debajo. <<

[12] *Teledesic* está radicada en Seattle (Washington), figurando como principales accionistas Craig McCaw, presidente, y Bill Gates. El proyecto proyecta lanzar al espacio 288 satélites situados en órbita baja para dar servicio de banda ancha en toda la Tierra, creando lo que Gates llama *Internet en el Cielo* o *Sky-Net*. <<

[13] Con la idea de *cristianizar* el Zodíaco, Beda el Venerable intentó en el siglo VIII sustituir las doce constelaciones por los nombres de los doce apóstoles, colocando a Cristo en el centro, simbolizando al Sol, según la teoría heliocéntrica que siglos después defenderían Galileo y Copérnico. <<